



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXVI, Vol. CLV, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1967).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO;
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Cuyacán No. 1005
Apartado Postal 905
Teléfono 23-24-09
(A partir de diciembre próximo,
nuestro teléfono será el 75-00-17)

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A.
Av. Rep. de Guatemala 96

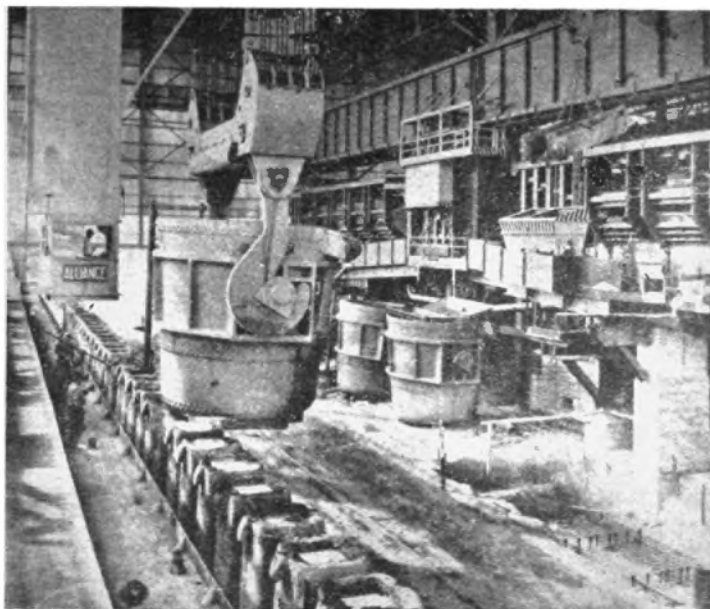
AÑO XXVI

6

*NOVIEMBRE-DICIEMBRE
1967*

INDICE

Pág. 3



acero

El empleo de ACERO MONTERREY que se fabrica con la maquinaria más moderna y el respaldo de 67 años de experiencia en la producción de acero en México, es una garantía para la fabricación, cada vez de mejores productos metálicos. Productores de: Perfiles estructurales, planchas, lámina en caliente y en frío, varillas corrugadas, perfiles comerciales, alambre y alambón, rieles y accesorios.



CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

Dos ofertas...



Aut. Com. Nat. Banc. No. 681 11 7296

Para invertir sus ahorros usted puede escoger **BONOS FINANCIEROS**, a plazos de 2 a 10 años, que producen hasta 10.60% anual, pagadero mensualmente, o **TITULOS FINANCIEROS**, del 9% anual neto, pagadero trimestralmente. Son al portador.

Adquiéralos usted en



NACIONAL FINANCIERA, S.A.

Isabel la Católica 51
México 1, D. F.

López Cotilla 285
Guadalajara, Jal.

Estos valores están registrados en:

Bolsa de Valores de México, S.A. de C.V. Uruguay 66 México 1, D.F. ●
Bolsa de Valores de Occidente, S.A. de C.V. Madero 385 Guadalajara, Jal.
Bolsa de Valores de Monterrey, S.A. Escobedo 737 Sur Monterrey, N.L.



BIBLIOTECAS GONZALEZ PORTO

- BIBLIOTECA DEL HOMBRE DE EMPRESA BIBLIOTECA DE ORIENTACION VOCACIONAL BIBLIOTECA DEL MAESTRO BIBLIOTECA DE LA CULTURA
- BIBLIOTECA DEL CONTADOR BIBLIOTECA DEL QUIMICO BIBLIOTECA DEL INGENIERO BIBLIOTECA DE TECNOLOGIA BIBLIOTECA FAMILIAR
- BIBLIOTECA DEL HOMBRE DE CAMPO.

EXHIBICION Y VENTAS, UNICAMENTE EN:

INDEPENDENCIA 10
 TELS: 13-26-30
 12-74-10 Y 12-35-88
 MEXICO J. D. F.

LOPEZ COTILLA 483
 T. E. L. 2-41-66
 MONTERREY N. L.
 GUADALAJARA, JAL.

CALLE 61-83-A
 MERIDA, YUC.

SI DESEA MAYOR INFORMACION, RECORTE ESTA PAGINA Y ENVIELA A EDITORIAL GONZALEZ PORTO, S. A. APOD. 140-BIS MEXICO J. D. F.

NOMBRE _____ DIRECCION _____
 POBLACION _____ ESTADO _____

SUR

INDICE DE LA REVISTA SUR

La Revista Sur publica en su número 303-304 (noviembre-febrero 1967) el Índice General correspondiente a toda su existencia.

Está dividido en dos partes: en la primera cada artículo aparece clasificado por materia, con un número de asiento; en la segunda, figura la lista completa de autores (por orden alfabético y seguido de los números de asientos correspondientes).

Este volumen incluye también la lista completa de todas las obras publicadas por la Editorial Sur, desde su nacimiento (1933) hasta el momento de la publicación del Índice y un Prólogo de Victoria Ocampo, en el que la Directora y Fundadora de Sur traza la historia de la Revista.

La edición cuenta con el apoyo de la Fundación Interamericana de Bibliotecología Franklin, a cuyo cuidado a estado el proceso técnico en todas sus fases.



S U R

Viamonte 494, 8o. piso

Buenos Aires

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.

CENTRO NACIONAL DE INFORMACION SOBRE COMERCIO EXTERIOR

(establecido en septiembre de 1965)

El Centro Nacional de Información sobre Comercio Exterior ofrece a los exportadores mexicanos, sin costo alguno, los siguientes servicios:

información sobre oportunidades de exportación en todo el mundo.

asesoría sobre la elección de canales de distribución y contactos comerciales en el extranjero.

información sobre medios de transporte y costo de fletes y seguros.

asesoría sobre procedimientos de exportación y financiamiento de ventas al exterior.

El Centro Nacional de Información sobre Comercio Exterior distribuye gratuitamente un boletín quincenal *Carta para los Exportadores*, que puede solicitarse a las oficinas del Centro:



Centro Nacional de Información sobre Comercio Exterior
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Venustiano Carranza N° 32

ÚLTIMAS NOVEDADES

	Pesos	Dls.
<i>El pueblo y su tierra. Mito y realidad de la reforma agraria en México</i> , por Moisés T. de la Peña. Es un libro apasionado y apasionante; libro polémico, sincero, valiente y honrado, es una aportación valiosa para el estudio de nuestro problema fundamental independientemente de que se esté o no de acuerdo con el autor	60.00	5.50
<i>El drama de la América Latina. El caso de México</i> , por Fernando Carmona. El autor analiza los aspectos negativos de las inversiones extranjeras y el gravísimo problema del deterioro resultante de las relaciones de intercambio entre nuestros países y los altamente desarrollados especialmente con los Estados Unidos de Norteamérica. El análisis sobre México impresiona por la acumulación de datos y la objetividad y el realismo descarnado y sin eufemismos que predomina en las páginas de esta obra fundamental	25.00	2.30
<i>El Problema Fundamental de la Agricultura Mexicana</i> , por el ingeniero Jorge L. Tamayo, autor de la Geografía General de México. Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Diálogos con América</i> , por Mauricio de la Selva. El autor entrevistó a diez escritores destacados de diez naciones americanas	15.00	1.50
<i>Guatemala prólogo y epílogo de una revolución</i> , por Pedro Guillén. El autor fue testigo de los sucesos que relata desde la llegada al poder de Arévalo hasta la caída de Arbenz, la gloriosa victoria de Mr. Foster Dulles	8.00	0.80
<i>La economía haitiana y su vía de desarrollo</i> , por Gerard Pierre-Charles. Una certera visión económica de ese país, por un verdadero especialista. Los problemas de Haití interesan a todas las personas ilustradas de América y del mundo	20.00	2.50
<i>Inquietud sin tregua, ensayos y artículos escogidos 1937-1965</i> , por Jesús Silva Herzog. El autor recoge en este libro una parte de sus escritos durante más de un cuarto de siglo, dados a la estampa en distintas publicaciones periódicas. Empastado en tela con cubierta de papel couché	40.00	4.00
<i>El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson</i> , por Alonso Aguilar Monteverde. Es un libro sincero y valeroso, el autor relata paso a paso en forma sintética los acontecimientos derivados de las relaciones entre los Estados Unidos y los países de la América Latina, desde la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson	10.00	1.00
<i>Instituto Mexicano del Seguro Social 1944-1963</i> , por Lucila Leal de Araujo	25.00	2.50

De venta en las principales librerías

o

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado 965

México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

EL PENSAMIENTO ECONOMICO,
SOCIAL Y POLITICO DE MEXICO

1810-1964

Un nuevo libro
de
JESUS SILVA HERZOG

Obra indispensable para conocer la trayectoria del pensamiento mexicano en el curso de 154 años. Obra única en su género, resultado de laboriosas investigaciones que ocuparon al autor durante más de 4 lustros.

Empastado en tela gris con cubrepolvo y solapas. 750 págs. con 50 retratos. 16 x 24.

PRECIOS:

	<i>Dls.</i>	<i>Pesos</i>
México		70.00
Extranjero	6.00	

Ediciones del Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas.

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Apartado Postal 965

Av. Coyoacán 1035

México 1, D. F.

México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

(A partir de diciembre próximo nuestro teléfono será el 75-00-17)

De venta en las mejores librerías

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
●		
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOG.		
Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917. Los próximos volúmenes se referirán a la Cuestión Obrera y a la Cuestión Política		
Política	25.00	2.50
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	60.00	6.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA ALEMÁN	20.00	2.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	70.00	6.00

●

De venta en las principales librerías

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Covoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

{ A partir de diciembre próximo nuestro teléfono será el 75-00-17 }



RECIENTES EDICIONES

creación literaria

MIGUEL ANGEL ASTURIAS (Premio Nobel 1967)

El espejo de Lida Sal
(Relatos y leyendas)

156 pp.

TOMÁS SEGOVIA

Anagnórisis

(Poema)

144 pp.

teoría y crítica

MAURICE GODELIER

Racionalidad e irracionalidad en la economía

324 pp.

sociología y política

H. MARCUSE, E. FROMM, A. GORZ

I. HOROWITZ y V. FLORES OLEA.

La sociedad industrial contemporánea

232 pp.

economía y demografía

VARIOS AUTORES

La brecha comercial y la integración latinoamericana

(Texto del Instituto Latinoamericano de Planificación
Económica y Social)

294 pp. Emp.

historia y arqueología

VÍCTOR SERGE

El año 1 de la revolución rusa

460 pp. + 40 pp. grabados.

antropología y lingüística

B. MALMBERG

Los nuevos caminos de la lingüística

256 pp.

En todas las librerías de América o en

GABRIEL MANCERA 65. MEXICO 12, D. F.

MANEJE
AUTO
NUEVO EN
EUROPA

**ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -**

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TEL. 35-56-74

ó consulte a su Agente de Viajes

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadrados en percalina, de más de
2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un
Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas,
sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

	Pesos	Dls.
México .	500.00	
Extranjero		50.00
Del mismo autor:		
"El problema fundamental de la agricultura mexicana"	20.00	2.00



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

(A partir de diciembre próximo nuestro teléfono será el 75-00-17)

C E R V E Z A

LA BEBIDA POR EXCELENCIA



SANA

PURA

NUTRITIVA

LOS PUEBLOS MAS CIVILIZADOS CONSUMEN
PREFERENTEMENTE CERVEZA

MEXICO PRODUCE LA MEJOR CERVEZA
DEL MUNDO



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

BIBLIOTECA JOSE PORRUA ESTRADA
DE HISTORIA MEXICANA
DIRIGIDA POR JORGE GURRIA LACROIX

PRIMERA SERIE
LA CONQUISTA

- V. *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México, hecha por un gentilhomme del señor Fernando Cortés* [El Conquistador Anónimo]. Traducción del italiano por el doctor Francisco de la Maza. México, 1961. 135 páginas, 3 grabados. Edición de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel Córscian, portada a dos tintas. Rústica \$ 150.00

Contenido del volumen: Noticias bibliográficas por Jorge Gurria Lacroix; estudio de don Federico Gómez de Orozco; texto de *El Conquistador Anónimo* en español, notas a pie de plana de H. Ternaux Compans, Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, León Díaz Cárdenas y Francisco de la Maza. Como Apéndices se publican estudios de don Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, doctor Edmundo O'Gorman, profesor León Díaz Cárdenas, don Alfredo Chavero, la reproducción facsimilar de la primera edición en italiano de la *Relación* e índices Onomástico y General.

- VI. *Décadas del Nuevo Mundo, por Pedro Mártir de Angleria, Primer Cronista de Indias*. Traducción del latín por Agustín Millares Carlo. México, 1964-1965. 794 páginas. 2 volúmenes. Rústica.

Tirada de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel RLCH de 106 gramos \$ 300.00

Tirada de 1,750 ejemplares, impresa sobre papel RLCH de 75 gramos \$ 150.00

Contenido del volumen: Pedro Mártir y el Proceso de América por Edmundo O'Gorman; Datos Biográficos de Pedro Mártir por Edmundo O'Gorman; Cronología de Composición de las Ocho Décadas por Edmundo O'Gorman; Bibliografía de Pedro Mártir de Anglería por Joseph H. Sinclair, puesta al día por Agustín Millares Carlo; texto de las *Décadas* en español; índices de Nombres y General.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

BOG. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8866
TELEFONOS: 12-12-86 y 22-20-86
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

NOVEDAD

ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO
MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL

por

LUCILA LEAL DE ARAUJO

Un libro escrito por una distinguida economista que conoce a fondo el asunto de que trata.

La autora estudió la institución desde 1944 en que inició sus labores hasta 1963.

Un libro informativo y de actualidad, de interés no sólo para México sino para todos los países de América y muchos más de otros continentes.



PRECIOS:

	Pesos	Dólares
México	\$ 25.00	
Exterior		2.50

De venta en las mejores librerías.



Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

(A partir de diciembre próximo nuestro teléfono será el 75-00-17)

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXVI

VOL. CLV

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE

1 9 6 7

MÉXICO, D. F., 1º DE NOVIEMBRE DE 1967

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Pablo GONZÁLEZ CASANOVA
Manuel MARTÍNEZ BÁEZ
José MIRANDA
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YÁÑEZ

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6

Noviembre-Diciembre de 1967

Vol. CLV

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
JAVIER RONDERO. La Revolución Negra en los Estados Unidos	7
C. ANDRES. Una carta de New York sobre la rebelión de los negros	16
PABLO CONDE SALAZAR. El Salvador en 1967	20
ANTONIO GARCÍA. Nacionalización y reforma agraria en América Latina	31
LUIS E. VALCÁRCEL. Nuevas corrientes culturales en el Perú	60
MANUEL DE LA ESCALERA. España 67	67
OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO. Los evangélicos contra el imperialismo	76

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

JUAN CUATRECASAS. Antropología de la libertad	91
ÁLVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Entre la razón y el mito	110

PRESENCIA DEL PASADO

EDUARDO NOGUERA. El deporte entre los aztecas	129
MANUEL SÁNCHEZ SARTO. El concepto de región	134
ANTONIO VILANOVA. España, 1810	151
WENCESLAO ROCES. En el centenario de <i>El capital</i>	170

DIMENSION IMAGINARIA

R. OLIVAR BERTRAND. Menéndez y Pelayo. Ni leyenda negra ni leyenda blanca	189
DONALD K. GORDON. Juan Rulfo: cuentista	198
SOL ARGUEDAS. El alcalde de Pátzcuaro	206

MAURICIO DE LA SELVA. Libros, revistas y otras publicaciones	Pág. 245
--	-------------

ÍNDICE GENERAL DEL AÑO DE 1967

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Frente a
la pág.

Fig. 1. Perfiles de diversos tipos de juegos de pelota. (Según L. Smith)	132
Fig. 2. Reconstrucción de un juego de pelota. Se observará que los jugadores lanzan la pelota únicamente con el antebrazo y cadera. (Según Alberto Beltrán, en su libro <i>Los aztecas, hombre y tribu</i>)	"
Fig. 3-A. Partido jugado entre Quetzalcóatl-Ehecatl (inf. der.) y Cihuacóatl (sup. der.) contra Ixtlilton (sup. izq.) y Xochipilli rojo (inf. izq.). Practicado durante la séptima fiesta anual Tecuiltonli. Según el Códice Borbónico	"
Fig. 3-B. Juego de Pelota según el Códice Magliabecchi. (Según Armando Jiménez en su obra <i>Juegos y Deportes del México Antiguo</i>)	"
Fig. 4. Jugadores de pelota llevados por Cortés a España, en 1528. (Según grabado de Christoph Weiditz, 1529)	"
Fig. 5. Jugador de pelota o guerrero. Estatuilla de barro procedente del occidente de México	"
Fig. 6. Dos aspectos del juego de pelota de Chichén-Itzá	"
Fig. 7. "Yugo" y "Palma" que se supone eran utilizados por los jugadores de pelota	133
El Voceador de Periódicos	224
La Ciudad de Pátzcuaro	"
El Vate	"
La Plazuela	"
Los Indios	"
Las Calles del Pueblo	"
Las Hijas del Señor Maderero	"
El Maestro	"
La Otra Señorita	"
Una Pareja de Indios	"
La Turista	"
El Cura Don Vasco	"
El Boticario	"
Los Ejidatarios	"
El Señor Maderero	"
El Comerciante	"
El Secretario del Ayuntamiento	"
El Alcalde de Pátzcuaro	225

Nuestro Tiempo

LA REVOLUCIÓN NEGRA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Por *Javier RONDERO*

HA sido Roberto F. Kennedy el que recientemente declaró que los desórdenes raciales, en los Estados Unidos, son "un legado de la indiferencia pasada". ¿Indiferencia ante qué? Indiferencia ante la segregación, la explotación, la injusticia, el odio, el sentimiento de superioridad racial de tantos blancos ante y contra los negros, en los Estados Unidos. Ya Alexis de Tocqueville, desde 1835, señalaba en su obra *La democracia en América* todas las monstruosidades y aberraciones sin paralelo que registraba la esclavitud. Pero agregaba que "la abolición de la esclavitud no hace llegar al esclavo a la libertad; le hace solamente cambiar de amo" y en cuanto a los negros emancipados y a quienes nacieron después de que la esclavitud fue abolida (en el norte), refería que "permanecen semicivilizados y privados de derechos en medio de una población que les es infinitamente superior en riquezas y en luces; están acosados por la tiranía de las leyes y por la intolerancia de las costumbres... muchos sucumben en su miseria; los otros se concentran en las ciudades, donde, encargándose de los más groseros trabajos, llevan una existencia precaria y miserable".

Esta condición miserable y precaria se ha perpetuado a través de más de 100 años, durante un largo siglo ante la "indiferencia" de los blancos que señalaba Roberto Kennedy. Este racismo significa la predicación de un ideario y la ejecución de una política con el propósito de mantener subordinado a un grupo racial y mantener un control absoluto sobre ese grupo. Este racismo consiste no solamente en actos individuales agresivos y de opresión sino también en actos de la comunidad blanca en su totalidad. Son reveladoras a este propósito las cifras proporcionadas en junio de 1966 por la Oficina de Estadísticas de Trabajo que informaba sobre el deterioro de las condiciones de los negros en los Estados Unidos. En 1948 la proporción de varones sin trabajo no blancos (incluidos los puertorriqueños, y los negros en su inmensa mayoría) comprendidos en las edades de 14 a 19 años era de 7.6%. En 1965 el porcentaje de desempleo en este mismo grupo fue de 22.6%. En cam-

bio las cifras correspondientes al desempleo de jóvenes blancos de esa misma edad era de 8.3% en 1948 y de 11.8% en 1965.

En la década de 1955 a 1965 el empleo total para los jóvenes comprendidos en dichas edades ascendió de 2 millones 642 mil a 3 millones 612 mil. De esos 970 mil nuevos empleos o sea cerca de *1 millón de nuevos trabajos sólo 36 mil se proporcionaron a los jóvenes no blancos*. Por lo que se refiere a los adultos el desempleo de los no blancos doblaba al de los blancos. En junio de 1966 era de 4.1% para los blancos y 8.3% para los no blancos.

No hay cuestión más antigua ni cuestión todavía más actual en la Unión Americana. Sin duda en las elecciones del año de 1968, la cuestión racial junto con la que se refiere al fin de la guerra contra Vietnam, serán las cuestiones decisivas, en la elección presidencial. Los motines negros en más de 100 ciudades estadounidenses son simplemente consecuencia de esta milenaria injusticia y de este oprobio, de este cáncer que corroe a la sociedad norteamericana. Urge para su propia salud como nación que los Estados Unidos extirpen esta gangrena. No es con medidas de represión y su perfeccionamiento, en las urbes americanas, como se puede resolver este problema. No es aumentando el furor de los hombres blancos y el de sus perros policías lanzados contra los niños negros a fin de destrozar sus débiles cuerpos, como se puede resolver este problema. Es menester ir hasta las causas —sociales, económicas y morales— del problema negro, para que los Estados Unidos encuentren el camino de su salvación.

El problema negro ha sido llamado, por muchos, el problema blanco, el problema de su conciencia culpable. A este propósito es el eminente escritor norteamericano y monje trapense Thomas Merton, quien en su libro *La revolución negra* (obra calificada por su propio autor como "una meditación sobre una crisis revolucionaria: una meditación que, así lo espero, contiene algo de verdad cristiana") quien, con toda claridad advierte que:

"En la raíz de todo esto existe un problema de culpabilidad, un Schuldfrage, que es a ciencia cierta como el del antisemitismo nazi. Es un problema de crueldad y de injusticia, aceptado y justificado con slogans políticos y falsamente éticos".

"Tras el odio racial que existe en el norte y en el sur se disimula una filosofía de la vida apenas formulada, a la que no se puede honrar con el nombre de 'mística', que no es precisamente sistemática, que no tiene ni estructura racional ni dogmas definidos como los del nazismo. Y sin embargo consiste en una especie de superstición colectiva cuyas raíces son tanto más profundas cuanto que son sentimentales e inconscientes. El racismo americano pre-

senta, pues, todas las características de una convicción rotunda e imposible de desarraigar, es aceptado como base de toda una concepción de la vida y se convierte en fundamento lógico de conclusiones inhumanas, la primera de las cuales es la justificación de todas las formas de violencia, de odio y de crueldad que puedan provocar los sentimientos racistas; esta justificación se expresa a veces en términos racistas ('la inferioridad esencial de los negros') o entra en el ámbito más general del anticomunismo... De donde se sigue que, partiendo de slogans superficiales y en nombre de la libertad y de la 'democracia', se lleguen a cometer crímenes y a violentar los derechos ajenos, y se invoque el anticomunismo para santificar y consagrar las infracciones más repugnantes a la justicia más elemental... Este fenómeno no debe considerarse aisladamente, aquí y allá, en Alabama o en Africa del Sur, donde se manifiesta en forma más que evidente. En realidad es universal. Representa uno de tantos aspectos de la inseguridad, la brutalidad, el odio, la estupidez, la crueldad sin paliativos que afloran a la superficie de la vida social en el mundo de hoy. Hasta cierto punto, realmente, las causas de este fenómeno son económicas y sociológicas, pero si profundizamos más veremos que dan testimonio de un hecho mucho más esencial: son síntoma de una crisis espiritual universal que puede alcanzar muy pronto proporciones apocalípticas".

Pronto, quizá dentro de pocos meses, puedan comprender la mayoría de los ciudadanos de los Estados Unidos que han llegado éstos a un momento de una gravedad sin precedentes en la historia americana.

Se propaga por todos lados la palabra "revolución".

Por grande que sea el desagrado que sientan muchos sudistas ante el hecho de que un negro pueda sentarse junto a un blanco no es esto en sí mismo ninguna revolución. E identificar el movimiento negro de liberación con un complot inspirado por los rojos contra las democracias occidentales equivale a esforzarse sólo a no querer ver lo que está ocurriendo realmente junto a nosotros mismos. Es la ineficaz táctica del avestruz.

Este momento, es justamente la hora para que los Estados Unidos se conviertan en una sociedad verdaderamente abierta y no cerrada casi por completo a más de 20 millones de su conciudadanos.

El monje trapense, que estamos citando, con voz de profeta exclama: "Los negros nos dicen que si no nos decidimos a instaurar con ellos unas relaciones profundas y cristianas, prevalecerán el odio, la violencia e incluso la guerra civil; y que ni ellos ni nosotros

saldremos indemnes de la prueba. No nos avergoncemos de afirmar que este momento tan crítico de la historia americana es una 'hora providencial', el Kairos no sólo para los negros sino también para los blancos. Es, o en todo caso puede llegar a ser la hora de Dios. Es quizá una hora de alarma, el instante en que oyendo y comprendiendo la voluntad de Dios expresada en las necesidades urgentes de nuestros hermanos negros, podamos responder a esta inescrutable voluntad con una fe que sepa encarar a las reformas y a las transformaciones creadoras a fin de que las exigencias de la verdad y de la justicia no permanezcan insatisfechas".

La hora ha sonado para que los Estados Unidos emprendan de raíz y sin subterfugios, con toda la grandeza de que son capaces cuando se empeñan de lleno a una noble tarea, una reforma absoluta del sistema social que permite y engendra tales injusticias y aberraciones.

Esta reforma puede ser todavía pacífica, pero si se aplaza llegará más tarde, pero no mucho más tarde, en forma violenta.

Los cristianos pueden todavía inspirarla si son sinceramente cristianos.

El cristianismo afirma que lo que se hace a los negros es a Cristo a quien se le hace. ¿Cómo se trata a este otro Cristo, a esa persona que resulta ser negra? Si los cristianos abdican de su cristianismo en los Estados Unidos y renuncian al respeto fundamental de la dignidad de la persona sobre la que se fundamenta la sociedad libre y se abandonan, en entrega total al racismo, todo lo que digan sobre el cristianismo, la libertad y la democracia habrá perdido cualquier sentido racional, cualquier significación a partir de ese momento. Entonces no se le abrirán a los Estados Unidos sino dos posibilidades: la violencia y el caos o el más abominable Estado totalitario. Al cristiano en los Estados Unidos se le presenta ya, hoy por hoy, este ineludible dilema: "Imitación de Cristo", o "Imitación de Hitler". Ser o no ser. Al norteamericano de nuestros días se le encara este hecho: No se trata en el problema negro sólo de "moral" sino de un sistema social y una estructura económica. Si se detiene ante este hecho, si no lo quiere ver y admitir, no podrá por ello eludirlo. Hay quienes opinan, en los Estados Unidos, que en nuestro siglo por el adelanto de las ciencias políticas, económicas y sociales y sus técnicas respectivas, "lejos de los dogmatismos del siglo XIX", se puede intentar y lograr una reforma eficiente. Es la hora de que lo prueben con hechos, ellos mismos.

A este propósito es el propio Thomas Merton quien en sus *Cartas a un blanco libera!* (en *The black revolution*) señala:

"En una palabra, es muy posible una guerra civil que destruya por completo el edificio social americano. Y, por más que la revolución negra de América esté hoy día indiscutiblemente al margen del marxismo, y sea también, sin discusión, un producto original 'fabricado' en nuestro país, es cierto que si causara trastorno revolucionario de la vida económica y política americana, correríamos el riesgo de que la revolución fuese acaparada por elementos marxistas y que éstos tomaran posesión de ella en nombre del comunismo soviético. Esta eventualidad, por lejana que pueda parecer, coincide con un modelo ya familiar, y estamos obligados a tomarla en cuenta porque está presente en el ánimo de la derecha segregacionista. La pregunta que le hago es la siguiente: ¿Puede encontrar usted una conducta mejor? ¿Acaso todas las transformaciones sociales de importancia vital deben efectuarse a través de la violencia y el crimen, las destrucciones, las represiones políticas y las contra-represiones?... ¿Es verdad que cualquier modificación de nuestra estructura social representa forzosamente un desastre tan grande que es legítimo pagar cualquier precio para impedirlo? ¿Acaso no es posible que se unan los blancos y los negros para llevar a cabo una experiencia política creadora, de un género desconocido en el mundo entero, cuya primera condición sería que los blancos dejaran dirigir su revolución no violenta a los negros aportándoles la ayuda y la cooperación necesaria sin temor a los sacrificios y las dificultades que necesariamente arrastraría consigo? ¿Acaso no existe más alternativa que la represión violenta?... Ello supondría esta conclusión: Es necesario impedir la revolución a cualquier precio; las manifestaciones son ya revolucionarias; ergo, disparar contra los manifestantes; ergo... Como final de esta asociación de ideas evoco su imagen, querido amigo liberal, marcando el paso del pantofo, por la Ave. Massachussets, con el uniforme del partido americano totalitario, en medio de una muchedumbre desbordante que manifiesta ruidosamente su aprobación, mientras que de los nuevos 'campos, donde viven retirados los negros' se elevan unas silenciosas nubes de humo de extraño olor". Así habrían luchado los norteamericanos en la Segunda Guerra Mundial sólo para lograr que sus hijos pudieran recordando al iniciador exclamar en su propio suelo: ¡Heil Hitler!.

Que este peligro no es del todo imposible ni sólo un sueño o una pesadilla nos lo demuestra la información que proporciona el *Time* (22 de septiembre de 1967 en su edición latinoamericana). Esta revista nos proporciona los pronósticos de Richard M. Scammon, sobre las elecciones presidenciales para fines del año que entra. Scammon fue director de la Oficina de Censos de los

Estados Unidos, de 1961 a 1965, y al decir de Harold Laski había sido "el estudiante americano más capaz que he tenido" en la Escuela de Economía de Londres; y autor de *America Votes*, obra de consulta obligada sobre las elecciones en los Estados Unidos. A juicio de Scammon, la guerra en Vietnam no será la cuestión número 1 sino la cuestión número 2. "La cuestión número 1 es y será la raza. El sentimiento popular es muy enconado, muy profundo, contra los negros. La profundidad de este sentimiento no puede ser desestimada".

Si los políticos norteamericanos manipulan este profundo sentimiento de temor-agresión propio de los perseguidos-perseguidores se daría la posibilidad de una enajenación colectiva en los Estados Unidos, en los próximos años.

A sus dirigentes políticos ya sean demócratas o republicanos con conciencia y sentido de la responsabilidad, a sus guías religiosos, cívicos y hasta hombres de negocios y de empresa, corresponde prevenir y contrariar a tiempo este "sentimiento profundo" de odio y temor cuyas manifestaciones dañarían a la gran potencia mundial, tanto en lo interno como en lo internacional. Existe en la actualidad, crisis de líderes y de ideas, en la vida política americana. ¿A qué se debe ello? A que la mayoría de sus políticos se abandonan al juego de las manipulaciones electoreras; para alcanzar el poder y para conseguirlo a costa de sus contrarios no reparan en medios. Es muy fácil obtener popularidad con la ayuda de los expertos en publicidad por conducto del cine, la prensa, la radio y la televisión, desorbitando el sentimiento de inseguridad que campea en la comunidad norteamericana, hasta elevarlo al paroxismo y transformarlo en actos de violencia, ataque y persecución contra los negros. Fue por desgracia amplia y mundialmente conocida la eficaz campaña contra los 4 millones de judíos, que desataron aquellos que creían en la superioridad racial y que controlaban el poder en la Alemania nazi; igualmente fácil es arrojarse contra 20 millones de negros en los Estados Unidos. Igualmente fácil, sí, pero igualmente suicida. Y no pararían aquí las cosas desatado el monstruo del racismo en los Estados Unidos y después de arrojar su furor contra los negros seguiría a continuación su furia contra los americanos de origen mexicano y los puertorriqueños y contra los 7 u 8 millones de judíos que habitan en los Estados Unidos porque el odio racial, por su esencia misma inhumana, antihumana, no reconoce barreras.

Todos los motines registrados en Detroit, Newark, Milwaukee y tantos otros lugares han sido causados no por el Poder Negro sino por el Racismo Blanco.

De este racismo, no es culpable cada blanco, pero en cierta medida es solidariamente responsable de él y de sus crímenes. Es el rabino Abraham J. Heschel el que nos recuerda que: "Una estimación honrada del estado moral de nuestra sociedad descubrirá que hay algunos culpables, pero que todos son responsables. . . En una comunidad que no es indiferente al sufrimiento, que no tolera la crueldad ni la falsedad, que se preocupa continuamente por Dios y por todos los hombres, la discriminación racial debería ser algo muy raro en vez de ser algo tan común".

Se requiere que la mayoría blanca de los Estados Unidos tome conciencia de su responsabilidad de establecer la comunicación entre las razas, ya que prácticamente todo el poder económico, social y político se encuentra en manos de los blancos. Toda la vida del negro, y por lo tanto sus opiniones sobre el problema negro han sido en su mayoría "reacciones secundarias a presiones más hondas provenientes del lado de la mayoría blanca dominante" como acertadamente lo ha explicado Gunnar Myrdal, el eminente sociólogo y economista sueco.

La actual crisis de las relaciones entre las razas es una tragedia que atrae esencialmente a los blancos, que los destruirá si no llegan a comprender la necesidad de transformar su mentalidad para poder adaptarse a las fuerzas que se están despertando en el mundo entero. Hay que detener a tiempo el ansia de los blancos por destruir el mundo antes que renovarlo. Los blancos en los Estados Unidos están perdiendo la facultad de escuchar cualquier otra voz que no sea la de su propio demonio que los incita a mantener el actual *statu quo* a toda costa, por desesperado y odioso que sea el precio.

Los escritores negros afirman que éstos cometerían un gran absurdo si siguieran confiando más tiempo en el blanco liberal o en el negro enriquecido. Uno y otro están poseídos por sus comodidades y sus bienes y cada uno a su manera han vendido todo a los poderes establecidos. Al simular una comprensión de los problemas y al demostrar una aparente buena voluntad alientan sólo a los negros a aceptar su estado de sumisión indefinidamente y esperar indefinidamente cualquier solución en un porvenir cada vez más remoto. Los negros sufrirán mucho todavía y los tiempos futuros pueden ser para ellos todavía más terribles pero en el fondo ya no pasarán días trágicos, porque se habrán liberado en su interior, al fin se han despertado y han tomado conciencia de sí y tomado en sus manos su propio destino. Con el despertar de la independencia africana los negros en los Estados Unidos han ido cobrando una conciencia cada vez más aguda de la condición anormal de su vida y de la necesidad no sólo de formar parte de la sociedad americana

sino de desempeñar un papel creador en la historia. Esto es el núcleo legítimo del movimiento llamado Poder Negro, como una política de liberación en América. Tienen los negros el sentimiento de que ha llegado su oportunidad y también el sentimiento de su vocación, el papel que deben ocupar en el universo, en el mundo de nuestro tiempo.

Desde esta perspectiva la hora de la libertad y de la salvación no es sólo para los negros. También los blancos si perciben "los signos de los tiempos" podrán liberarse, si descubren el sentido oculto bajo la forma de los acontecimientos a los cuales se oponen ahora por prejuicio y ceguera.

Los últimos libros de los autores negros en los Estados Unidos arrojan ese mensaje. El título de la primera novela de William Melvin Kelley, *A different Drummer* está significativamente tomado de Henry Thoreau. Thoreau, uno de los primeros defensores de la libertad negra decía: "Cuando un hombre no anda al mismo ritmo que sus compañeros, puede ser debido a que oye *un tambor distinto*. Que ande al son de su música por distinta y lejana que sea su cadencia". En estas palabras se basó el título de la más mítica y de la más profética de las novelas negras modernas. En ella se narra la leyenda de Tucker Caliban. En la sociedad negra americana se espera más o menos explícitamente el fin de la dominación blanca y el sentimiento de una civilización universal. De tal suerte los negros no se contentarán con integrarse a una civilización que consideran agotada. El mito de la novela de Kelley expresa esta idea. Tucker Caliban es la figura central del mito, es el negro contemporáneo, el negro completamente nuevo. Una especie de personaje sobrenatural que desciende en línea directa de un jefe africano, un gigante que llegó con su tribu en un navío de esclavos para ser comprado y finalmente muerto por el primer gobernador de un Estado sudista imaginario. El gigante africano es el símbolo de la raza negra. Pero Tucker Caliban no es ningún gigante. Es un negro pequeño, serio y grave. No está adherido a ninguna causa ni forma parte de ningún movimiento, porque acaso no le satisface ninguno de ellos y comprende sin rencores los problemas de los blancos. No espera nada de ellos ni se hace ninguna ilusión. Pero un día se despertará en él la fuerza de su antepasado africano y no campea tampoco en él ningún sentimiento de frustración. En la obra de Kelley, el personaje más lamentable es un sudista liberal blanco, en su juventud escritor radical, que mucho prometía, un verdadero cruzado en los días tranquilos de los años '30, pero que poco a poco se ha dejado acobardar para proteger a su familia. Desde entonces su vida está condenada a ser estéril, inútil e im-

potente. Bajo las apariencias de seguridad y prosperidad es un fracasado, un desgraciado que ha traicionado su verdad y su vocación. Aquí se presenta la sociedad blanca fracasando en un momento crucial de la historia.

Sobre esta situación que tantas veces se presenta en la literatura negra moderna es Merton, el monje trapense, el que afirma: "El propio cristianismo va íntimamente ligado a este fracaso. Sin tenernos ahora en hacer algunas aclaraciones y en defender la verdad esencial del cristianismo, no tenemos más remedio que admitir como bastante fundamentada esta crítica. Estos alegatos vienen reforzados por la conducta, en la práctica, de numerosos cristianos, 'iglesias' y grupos enteros. ¡No olvidemos que Birmingham se vanagloria de ser la 'ciudad más cristiana' de América!

"Quizás los cristianos se han contentado demasiado a menudo con slogans imprecisos y fórmulas abstractas sobre el amor fraternal. Con demasiada facilidad se han lanzado a hacer gestos simbólicos de 'buena voluntad' y de caridad, creyéndose inmediatamente dispensados de actos de un alcance determinado y sinceramente relacionados con los problemas cruciales de nuestro tiempo. Eso los ha vuelto sordos a la voz de Dios, en los acontecimientos de su tiempo, y la han resistido en lugar de obedecerla.

"¿Cuál es la conclusión de todo esto? Los blancos están tan obsecados que no pueden liberar a los negros porque son incapaces de liberarse a sí mismos. De ahí que estos libros lo que hacen en realidad no es pedir que los blancos liberen a los negros. Al contrario, su magnífica paradoja consiste en afirmar que son los negros los que ayudarán a liberar a los blancos, y que podrán hacerlo en cuanto aprendan a liberarse a sí mismos. El primer paso que deben dar hacia la libertad es convencerse de que no pueden depender de los blancos ni confiar en ellos, ya que la alienación personal que éstos sufren les hace irremediabilmente incapaces de ver y de comprender la verdad.

"Este es el 'mensaje' que lanzan los negros a la América blanca; según mi opinión, son los escritores contemporáneos más emotivos e inspirados de nuestro país.

"¿Es 'verdadero' este mensaje? Es difícil juzgar como 'verdaderos' o 'falsos' estos mensajes hasta que el tiempo nos aporte todas las pruebas. Aquí radica exactamente nuestra dificultad. No podemos esperar. Debemos decidir ahora, antes de que sea evidente la verdad o falsedad del mensaje. Debemos querer hacerlo evidente.

"Por mi parte estoy absolutamente dispuesto a creer que tenemos necesidad de que los negros sean libres *por nuestro bien más aún que por el suyo*".

UNA CARTA DE NEW YORK SOBRE LA REBELIÓN DE LOS NEGROS

Por C. ANDRES

SIN temor a equivocación, puede asegurarse que la mayoría de la población blanca del país espera con ansiedad la llegada de los primeros fríos del invierno. Difícil sería culparlos. De la revuelta de Watts en 1965 a la volcánica explosión de Detroit hace unas pocas semanas, este ha sido el más "ardiente" de todos los "veranos ardientes" en la historia interna de los Estados Unidos desde el fin de la Guerra Civil, hace ya más de cien años. La población blanca cree —y existe el precedente de los inviernos anteriores— que la furia de los Afroamericanos (como los negros han empezado a llamarse a sí mismos por acá) disminuirá con los fríos y las nieves, y que las autoridades de Washington tendrán la oportunidad de "hacer algo", para evitar futuros Detroits y Newarks. . . , el próximo verano.

En realidad, la élite en el poder, que ya respondió con tanques y helicópteros a las quejas del Negro en Detroit y Newark, parece indecisa en cuanto a qué camino tomar para "hacer imposibles" futuras explosiones raciales. El ala liberal, encabezada por hombres como Henry Ford II y David Rockefeller, se reunió en Washington el 24 de agosto próximo pasado bajo el nombre de *Urban Coalition* (coalición urbana). Este grupo, compuesto de más de mil hombres de negocios y "líderes cívicos y eclesiásticos", llegó a la conclusión (descrita por la revista *Life* como "temeraria") de que el callejón sin salida en que se encuentra el Negro en los Estados Unidos necesita "soluciones inmediatas". Andrew Heiskell, del poderoso imperio *Time* y *Life*, hablando en nombre del *Urban Coalition*, se pronunció por más y más empleos para el Negro, además de otras mejoras que él calificó de "socialmente útiles".

Pero, hay que decirlo, la voz del señor Heiskell no es sino una más en la tempestad de gritos que ha seguido a la violencia racial de hace unos días. En el mismo Washington, la mayor publicidad se ha dado a las declaraciones de las figuras más representativas del ala conservadora. El influyente senador James O. Eastlan (demócrata del Estado de Mississippi) apuntó que sólo existía una solución

para evitar la desintegración de la actual sociedad norteamericana: la fuerza. Y el senador Russel B. Long (demócrata del Estado de Louisiana), enfrentándose al grupo de *Urban Coalition*, dijo que era peligroso y tonto el tratar de excusar la conducta "criminal" de los negros bajo el manto de la ignorancia o la bandera de los "derechos civiles." Es más, después de acusar al gobierno federal de consentidor de los negros, Long pasó a señalar que los actos violentos de esa minoría racial constituían un "comportamiento criminal" que debería ser reducido *con la fuerza que sea necesaria*.

En el Congreso, la voz inquisitorial y aun temible del Comité de Actividades Antiamericanas hizo saber a los periodistas que "organizaciones de tendencias comunistas", en coalición con el Partido Comunista, distribuían literatura subversiva entre los negros norteamericanos y fomentaban el odio del Negro por el Blanco. Añadiendo leña al fuego, el vicepresidente Hubert Humphrey, quien hace un tiempo fue considerado como el sucesor de Adlai Stevenson en el movimiento liberal del Partido Demócrata, acusó de "traidores" a esos que están incitando "americanos contra americanos". "Los conocemos bien", dijo Humphrey en rueda de periodistas, "Son traidores, enemigos de la libertad".

Entretanto, el Ejecutivo, que tanto pudiera hacer por aliviar el sufrimiento de la población Negra en los Estados Unidos, parece inclinarse más y más hacia las recomendaciones derechistas de influyentes figuras de Washington. El 13 de septiembre, por ejemplo, Cyrus Vance, que fue representante personal del Presidente Johnson durante la violencia racial de Detroit, presentó sus esperadas recomendaciones "anti-motineras" al Secretario de Defensa, señor Robert McNamara. Dadas a la publicidad al día siguiente, las recomendaciones de Vance no contienen ni la menor sugerencia de reestructuración económica, ni siquiera el menor asomo de transferencia de fondos, del inflado presupuesto bélico, digamos, para el mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes de los *ghettos*. Vance se limita a recomendar que se debe formar un equipo de nueve hombres en Washington con autoridad absoluta para reprimir los desórdenes y evitar la diseminación de rumores. Dicho equipo "anti-motinero" estaría bajo las instrucciones directas de un representante del Presidente de los Estados Unidos o del Secretario de Defensa y contaría con los servicios de un comando militar que "dirigiría las operaciones militares del ejército y las unidades de la Guardia Nacional".

Por otra parte, sería ingenuo suponer que todas las preparaciones para enfrentarse a la violencia Afroamericana depende sólo de las autoridades federales. A nivel estatal —y aun municipal—

los dirigentes blancos están tomando medidas que harán futuras erupciones raciales costosas, en bienes y vidas, para los negros. Las autoridades municipales de New Orleans, por ejemplo, donde no se ha experimentado la menor tensión racial este verano pero que cuenta con una enorme población negra, han puesto a la policía en estado de alerta permanente, han aumentado la flotilla de automóviles patrulleros y han enriquecido el arsenal policiaco con más y mejores escopetas. Por su parte, las autoridades municipales de Los Angeles, encabezadas por Sam Yorty, el alcalde neonazi, han convertido al cuerpo de policía en un verdadero ejército de ocupación de los *ghettos* negros de la enorme urbe californiana. En una entrevista periodística, el jefe de policía, Thomas Reddin, reveló que las fuerzas a sus órdenes tienen instrucciones de recurrir al uso de gases "no letales" en caso de una nueva insurrección. Al mismo tiempo, anunció que se han adquirido mil escopetas más para el uso de "sus muchachos". (La escopeta, por su radio de alcance, es el arma favorita de la policía en caso de lucha callejera. Como se demostró en Newark y Detroit, un disparo de escopeta puede alcanzar, simultáneamente, a varias personas). La municipalidad de Los Angeles actúa en estrecho contacto con las autoridades estatales en Sacramento. En la eventualidad de un nuevo alzamiento Negro, aseguró Reddin, una simple llamada telefónica a Sacramento movilizaría, en cuestión de pocas horas, a unidades de la Guardia Nacional y efectivos de la Patrulla de Caminos.

Que las autoridades policiacas de Los Angeles se disponen a ahogar en sangre cualquier manifestación de violencia Negra, es un hecho ya demostrado. El 23 de junio, policías armados con largos garrotes de goma arremetieron salvajemente contra pacíficos manifestantes que protestaban por la guerra en Vietnam. Sin mediar provocación alguna —y a pocos pasos de donde el Presidente Johnson cenaba con influyentes personalidades californianas— mil trescientos policías cargaron contra profesionales, estudiantes, amas de casa y niños de escuela. Lo más interesante del caso es que habían muy pocos negros entre los manifestantes. El grupo, que algunos observadores estiman en cerca de cinco mil personas, se componía en gran parte de gente de la clase media, blancos, que, en otras circunstancias, hubieran sido catalogados por la misma policía que los aporreó como "muy respetables". ¿Si la policía se portó en forma tan salvaje contra ellos, se pregunta uno, qué les espera a los negros en su próximo Watts?

Mientras tanto, la víctima más importante de la violencia racial de los últimos días, el reverendo Martin Luther King y su política de No Violencia, trataba desesperadamente de reagrupar sus fuer-

zas y retornar a la época de la "desobediencia civil". El 14 de agosto, bajo la dirección de King, se reunió en Atlanta el grupo que compone la Southern Christian Leadership Conference. Después de tres días de discusiones, King prometió más y más "desobediencia civil" a menos que el Congreso terminara, de una vez por todas, "con la discriminación y la pobreza" y que hiciera cumplir la legislación concerniente a los derechos civiles, legislación, que dicho sea de paso, ha sido letra muerta para las autoridades racistas en diferentes estados de la Unión.

La forma de desobediencia civil que King tiene en mente es típica de su política No Violencia: huelgas escolares, bloqueos de tráfico, bloqueos de las entradas a edificios federales, etc. Es muy probable, sin embargo, que los esfuerzos de King por desviar la atención del negro de la violencia a la No Violencia sean fallidos. Para triunfar, para convencer a la población Negra a su doctrina no violenta, King necesita la cooperación de los habitantes de los *ghettos* urbanos y, entre ellos, la influencia del Reverendo ha sido mínima. Como ha dicho Rap Brown, uno de los lugartenientes de Stokeley Carmichael, el dirigente del Poder Negro, el movimiento de Derechos Civiles de Luther King está muerto: lo asesinaron en una solitaria carretera de Mississippi, cuando un racista disparó contra James Meredith, y los negros lo enterraron en Detroit y Newark.

Dentro de la actual estructura política, social y económica de los Estados Unidos, la única solución posible al reto Negro es la fuerza. La guerra contra la pobreza, cacareada por el Presidente Johnson, ha naufragado en los escollos de la guerra en Vietnam y las demandas de la gran mayoría blanca para que el gobierno ponga punto final a las demandas de los "extremistas" negros que crecen cada día. Por el momento, los cambios totalmente radicales que contribuirían al mejoramiento de vida de los negros norteamericanos son virtualmente imposibles. Lo que sí podemos esperar, dado el precedente violento de esta sociedad, es una "solución" que convertirá el sueño de la democracia norteamericana en una pesadilla digna de los días más "gloriosos" de la aberración hitleriana.

EL SALVADOR EN 1967

Por Pablo CONDE SALAZAR

I. Sinopsis

HACE aproximadamente seis años publicamos *El Salvador: tres décadas de lucha*,¹ trabajo que finalizaba informando acerca de la instauración de un Directorio Cívico Militar, así como también de la crisis política por la que los miembros de éste habían convocado para unas futuras elecciones presidenciales. Debemos hoy, a fin de tener elementos de juicio encaminados a comprender la actual situación política salvadoreña, retomar el hilo de lo sucedido desde entonces, siendo necesario para ello vincular momentos distintos de un lapso histórico cuyo comienzo quizás es localizable alrededor de 1958, pero cuyo final ignoramos si dependerá de un proceso largo y heroico o de una etapa corta y sorpresiva.

Forzosamente, vincular los momentos de ese lapso nos obliga a efectuar un recuerdo que empieza con las actitudes antidemocráticas del gobierno del a la sazón Presidente coronel José María Lemus, quien en forma fraudulenta había sido electo el 4 de marzo de 1956 y que, para 1958, ya se había distinguido con una serie de medidas que lo definieron como digno continuador de la tiranía militar salvadoreña. Del gobierno de este coronel nos ocupamos a su debido tiempo² abarcando hasta, más o menos, veinte días antes de su derrocamiento, octubre de 1960, cuando acordó con el presidente guatemalteco Ydígoras Fuentes el tratado de ayuda mutua.

El coronel Lemus no poseía una inteligencia capaz de acercarle al origen del descontento popular; su vanidad y su papel de instrumento de los intereses monopolistas norteamericanos así como de la oligarquía, le vedaron sensibilidad para entender ese 1958, año clave de un resurgimiento revolucionario que se extendería hasta 1962 y que está relacionado no sólo con los hechos nacionales, sino también con muchos del campo internacional, como las revoluciones venezolana y cubana triunfantes respectivamente en 1958

¹ *Cuadernos Americanos*, Núm. 1, México, D. F., 1962.

² *Cuadernos Americanos*, Núm. 6, México, D. F., 1960.

y 1959, la crisis de sobreproducción estadounidense en 1957-1958 repercutiendo en las economías latinoamericanas al reducir precios de nuestras materias primas, el cohete soviético de alcance intercontinental, el primer sputnik, la crisis en la estructura semifeudal de la economía salvadoreña que obstaculiza el crecimiento lógico de las fuerzas productivas, los monopolios norteamericanos unidos a la oligarquía para someter al país a una mayor explotación, la concepción en extensos sectores populares de la problemática referente a la obtención del Poder, etc. Por cierto, relativo a esa concepción, el Partido Comunista salvadoreño manifiesta en uno de los documentos alusivos a la situación de enero de 1959, que la considera como importante conclusión de una Asamblea; parte del documento expresa:

...para miles de trabajadores y personas del pueblo en general que forman los destacamentos más avanzados y aguerridos, el problema del Poder ha madurado. Se preguntan de qué manera y mediante qué procedimientos, cuándo y cómo ha de conquistarse el Poder del pueblo, convencidos como están de que sólo el poder popular será capaz de sacar a las masas de la miseria y al país del atraso y la dependencia. La elaboración de una línea concreta hacia el Poder se ha convertido en la piedra angular para nuestro trabajo de frente único.

Nada de esto pudo entender José María Lemus en los tres meses anteriores a su derrocamiento y, por el contrario, durante ellos se recrudeció la represión militarista que frente a la respuesta combativa del pueblo sólo reflejaban normalmente las contradicciones políticas y económicas, contradicciones agudizadas a tal grado que la conciencia popular sufrió una transformación paulatina respecto a los medios y la finalidad de su lucha, o sea que se pasó de la vía pacífica a la violenta y de las simples demandas cívicas y democráticas a la exigencia del abandono del gobierno por parte de Lemus.

Ampliando la información con la que finalizamos nuestro trabajo de hace seis años, recordamos que la Junta de Gobierno que depuso al coronel el 26 de octubre de 1960 no surgió de la acción popular y sí a espaldas de ella, que las fuerzas democráticas y las organizaciones revolucionarias se organizaron y formaron el Frente Nacional de Orientación Cívica, que la reacción se alarmó y acusó a la Junta de Gobierno de ser procomunista, y que esta alarma y acusación condujo hacia el golpe de Estado del 25 de enero de 1961 por el Directorio Cívico-Militar, grupo que, buscando una solución de falsa puerta mediante fraude electoral, propició la fundación de

un nuevo partido oficial que representaría al gobierno en próximas elecciones.

Si analizamos este extraño eslabonamiento para explicarnos mejor lo sucedido, es notable que el primer golpe de Estado surge en un momento difícil para el aparato represivo militar y de posibilidad de triunfo revolucionario para los sectores combatientes democráticos; es notable, igualmente, que la casi nula actuación política de estos golpistas obedece a que sintiéndose identificados con los medianos productores industriales y agrícolas, temen a las represalias de los intereses de la oligarquía y del imperialismo y desconfían, al mismo tiempo, del triunfo revolucionario; sin embargo, como las fuerzas populares sólo han logrado librarse de la represión lemusista y soportan todavía problemas vitales como son la falta de vivienda, la insalubridad, la desocupación, el hambre, la explotación, aceptan la conducta indefinida de los miembros de la Junta conformándose con aprovechar el clima democrático para fortalecer sus organizaciones; así nace el Frente Nacional de Orientación Cívica. De todos modos, la posición de la Junta es difícil dado que, por una parte, no arremete contra el pueblo como exige la reacción y, por otra, no somete a ésta como exige el pueblo.

Además de difícil, la posición de la Junta de Gobierno es débil, razón que trabaja en favor de la Embajada norteamericana y los oligarcas dándoles tiempo de reponerse del desconcierto causado por la pérdida de Lemus; en varias ocasiones recurren a los intentos de golpe militar, frustrados por las rápidas movilizaciones de masas populares; la reacción está cada día más escandalizada, sobre todo cuando una de aquellas movilizaciones se traduce en cincuenta mil personas respaldando a la Junta. Por fin, en la madrugada del 25 de enero de 1961, la Misión Militar Norteamericana tiene éxito y logra que un Directorio Cívico Militar elimine a la Junta de Gobierno.

El pueblo salvadoreño, al conocer la noticia, se lanza a la calle manifestando su repudio contra los nuevos golpistas; en favor de éstos hacen su aparición las ametralladoras y los fusiles; la desesperación propia del instante y el deseo de responder a las balas con balas, ingenuamente induce al pueblo a pedir armas en el cuartel que aún consideran leal; las prisiones, el destierro, los asesinatos, vuelven a funcionar; el combate abierto contra la tiranía militar se reinicia después de tres meses de tregua. A partir de ese enero, las acciones populares se multiplicarán y sólo habrán de disminuir a finales de 1962.

El Directorio, por su parte, utiliza todas las tretas a su alcance; golpea y promete, alaba a la democracia y reprime; el pueblo no

se repliega, avanza y se fortalece cotidianamente; a los diez meses los directoristas optan por entregar el Poder a un Presidente provisional; convocan a elecciones para diciembre de 1961 y el pueblo no asiste a las urnas; no obstante, el candidato del Directorio las "gana" con un 25 por ciento de los electores, dato éste que echa por tierra sus razones para mantenerse en el gobierno y que ridiculizan el espaldarazo del Presidente Kennedy al decir que, gobiernos como éste, eran eficaces en la lucha contra el comunismo.

Con la maniobra del Presidente provisional, la tiranía militar alcanzó uno de sus objetivos para dotar de legalidad a su aparato gubernativo antidemocrático; por supuesto, no fue la única maniobra; también derogó la Constitución Política de 1950 y aprobó la de 1962; luego, el Presidente provisional empezó su período el 25 de enero y cumplió las dos condiciones políticas de quienes lo impusieron: cerrar el paso a las demandas revolucionarias y preparar el camino de la Presidencia a uno de los miembros del Directorio; así, en abril fue "electo" el coronel Julio Adalberto Rivera, quien tomó posesión de la Presidencia de la República el 1° de julio de 1962.

II. *Datos económicos pertinentes*

PERO 1958 no es un año o número mágico sino, simplemente, en su transcurso se inicia la agudización de un nuevo ciclo de la ya tradicional crisis económica salvadoreña, empeorada ahora por la disminución de los precios del café en el mercado internacional. De las vicisitudes que atraviesa este renglón de la economía de El Salvador y los que le siguen en la multiplicación de divisas, se deduce un impresionante y deformado desarrollo del modo capitalista de producción que explica aquel agudizamiento. De ahí que, por ejemplo, sea factible apreciar un estancamiento en la producción agropecuaria para consumo interno así como una nula diversificación de ésta junto a la gran producción de materias primas para exportar y al desarrollo industrial de ritmo inferior al crecimiento de la población. Por supuesto, las relaciones capitalistas de producción han sido aceleradas por el aumento de la importación de capital estadounidense, por lo cual el país se encuentra cada día más sometido a la economía y política de los Estados Unidos; así, la crisis de 1957-1958 sufrida por la potencia norteamericana repercute visiblemente en el pueblo salvadoreño, integrado en su mayoría por trabajadores de los que dos terceras partes son asalariados, a quienes encabeza un numeroso proletariado industrial y sigue un no menos determinante proletariado agrícola a la gran producción.

Los datos económicos son decisivos para entender el movimiento social y político de los pueblos. En el caso de El Salvador, la crisis, la efervescencia revolucionaria, la represión de los militares, se localizan fácilmente a través de la situación económica nacional e internacional. Tal vez así lo han entendido los dirigentes revolucionarios salvadoreños, pues, algo de esto dijo el representante de la delegación salvadoreña ante la Primera Conferencia de las OLAS celebrada recientemente en La Habana; expuso, entre los tres elementos objetivos necesarios para elaborar la estrategia común de la revolución latinoamericana, el que parcialmente copia-mos a continuación:

...consiste en la relativa simultaneidad de los procesos de flujo y reflujo del movimiento revolucionario en el Continente, simultaneidad que tiene su base material en la relativa coincidencia de las situaciones en la coyuntura económica de crisis o auge, relacionadas con las oscilaciones en los precios de las materias primas, tan determinantes en nuestras economías dependientes.³

Al coronel Lemus le correspondió un período de crisis que no pudo sortear debido a sus compromisos con la oligarquía y los monopolios norteamericanos; de 1958 a 1962 el país sufrió las consecuencias de la sobreproducción mundial de café ya que éste, entonces como ahora, era el principal producto de exportación no obstante que su participación en ésta había disminuido; sólo de 1960 a 1962 bajó un diez por ciento, de sesentaicinco pasó a participar con cincuentaicinco por ciento. Al coronel Rivera le tocó en suerte gobernar un quinquenio coincidente con el auge; a finales de 1962 la crisis empezaba a ceder y ya en 1963 era palpable el desarrollo del auge económico; sin embargo, y respecto al café, la baja de precios en el mercado mundial continuó ocasionando pérdidas; entre 1958 y 1963 el país perdió doscientos cuatro millones de dólares, lo que es muy significativo si se sabe que en esos momentos la inversión extranjera ascendía a ciento veinte millones de dólares, o sea que de no girar la economía salvadoreña dentro de la órbita capitalista, si sus productos fuesen pagados a precios justos, habría bastado el café para no convenir empréstitos en el extranjero y todavía hubiesen sobrado, en favor del exportador, ochentaicuatro millones de dólares. En el siguiente año, 1964, la mejoría del precio del café se tradujo en dos dólares más por quintal y ello, sin duda, favorecería la gestión del coronel Rivera.

³ *Política* "Quince días de América y del Mundo", Vol. VIII, Núm. 175, México, D. F., 1967

Suerte también suya sería que en el renglón de la producción algodonera se observara un aumento, entre 1960 y 1962, del diez por ciento dentro del valor total de las exportaciones. La cosecha de 1962-63, además, sería financiada con cinco sextas partes de capital norteamericano, equivalentes a más de dieciséis millones de dólares. Como es sabido, la acumulación de excedentes de algodón en los Estados Unidos y la competencia de las fibras sintéticas empezó a producir bajas en los precios internacionales, bajas que igualmente afecta a la economía salvadoreña sobre todo porque el algodón se convirtió, desde la década de los cincuenta, en la segunda fuente de divisas.

Otro renglón importante como fuente de divisas es el azúcar, cuyo aumento de producción se vio estimulado cuando los Estados Unidos suspendieron las compras de este producto a Cuba; los capitalistas salvadoreños no despreciaron la oportunidad e invirtieron grandes sumas en plantaciones y centrales azucareros; esto dio como resultado que ya para 1962 la exportación hubiese aumentado en más de catorce millones de kilogramos.

El deformado desarrollo del modo capitalista de producción es apreciable igualmente al comparar una década relativa a los productos para exportar y los productos agrícolas de consumo interno; éstos, en 1952-53 representaban un setenta por ciento y aquéllos, lógicamente, el treinta restante; en cambio, para 1962-63, lo exportable subió el porcentaje a cuarentainueve y lo de consumo interno bajó a cincuentauno. El estancamiento y hasta retroceso de la producción agrícola para el consumo interno obedece tanto a que el sistema bancario, dominado por la oligarquía económica interesada en el comercio exterior, da preferencia de crédito a los productores de materias primas para la exportación, como a que el incremento en la producción de estas materias ha desplazado el cultivo de los cereales a tierras inferiores; sólo el arrendamiento capitalista de la tierra por los algodoneros ha elevado a tal punto la renta de ésta, que el pequeño y mediano productor de cereales se ve imposibilitado a intentar sus antiguos cultivos.

No es necesario hacer hincapié en la peligrosidad de este polvorín; en diez años la población aumentó y la dieta alimenticia disminuyó; la importación de alimentos, como disponen los economistas de la oligarquía, no ha dado resultados; la crisis cerealera se mantiene. Para los agricultores salvadoreños interesados únicamente en la mayor obtención de ganancias, el problema de la escasez de alimentos para el pueblo es inexistente.

Corolarios de la famosa deformación del desarrollo económico salvadoreño son que, de 1953 a 1962, la deuda pública externa subió

de siete millones de dólares a noventa, y en el intercambio comercial, según datos de la Dirección General de Estadística de El Salvador, los índices de los precios unitarios de las mercancías importadas aumentaron un cuatro por ciento, mientras los de las mercancías exportadas bajaron un cuarenta por ciento; esto quiere decir que las materias primas por las que el pueblo ve disminuir su alimentación, ocasionaron una pérdida de valor de cuarentaicuatro por ciento.

III. *De Rivera al PAR*

PODRÍAMOS decir que a grandes rasgos lo anterior da una idea del clima sociopolítico en el que Julio Adalberto Rivera recibió la Presidencia de la República el 1° de julio de 1962; la situación económica era difícil para el pueblo y las organizaciones revolucionarias no habían depuesto su actitud contra la tiranía militar. Por ello, el nuevo Presidente hizo una campaña preelectoral excesivamente demagógica, prometió terminar con "la explotación del hombre por el hombre" y repudió a los intereses imperialistas norteamericanos. Pero cuando triunfó y tomó el Poder, no volvió a acordarse siquiera de las tibias reformas sociales que había prometido y que nunca fueron más allá del marco, entonces recién inaugurado, de la Alianza para el Progreso. En su quinquenio prestó grandes servicios a los intereses de la oligarquía más exigente así como a los de los inversionistas norteamericanos; por si fuese poco, propició la entrada a innumerables misiones militares, policiales y civiles de los Estados Unidos. Las autoridades que conformaron su Gobierno reflejaron posiciones extremas para enfrentar las demandas populares; se desenvolvieron desde la represión hasta el aparente margen democrático. El dirigente revolucionario salvadoreño que atrás mencionamos en relación a la OLAS denuncia, sin extenderse, que esta es una táctica del imperialismo norteamericano para frenar las posibilidades de revolución en los países latinoamericanos y alude a El Salvador como objetivo más cercano de su observación.

Al hablar del segundo elemento para elaborar la estrategia común de la revolución continental, amplía el enfoque a escala latinoamericana y señala:

... desde hace ya algunos años ha venido demostrando ser capaz de elaborar una política que, por un lado, procura, y consigue hasta cierto punto, vertebrar una serie de organismos continentales en lo económico, político y militar que corresponden a una concepción estratégica global reaccionaria, orientada a frustrar la revolución y a profundizar su dominio; y que por el otro lado, al derivar al terreno

de la ampliación táctica esa su concepción estratégica, se vuelve sumamente elástica y variada... Dentro de un mismo país inclusive —y El Salvador ha sido en los últimos años, un ejemplo de ello—, el imperialismo introduce variaciones en su táctica, buscando siempre posiciones más sólidas para asegurarse el control del timón y para combatir la revolución.⁴

Esa táctica, según hacen saber los organismos revolucionarios salvadoreños, la aplicó la Embajada norteamericana durante el período de Rivera, quien incluso cedió políticamente en casos que aun cuando justos y en favor del pueblo, escandalizaron a la oligarquía por considerarlos dignos de ser resueltos con energía y no con la debilidad que había mostrado el Presidente.

Dentro de esa línea, en el último año de su gestión presidencial Rivera afrontó tres problemas; uno internacional y dos nacionales; el primero, se refiere al envío de tropas a la frontera con Honduras por razones menores que no ameritaban tanto furor belicista y demostraciones de falsa patriotería, como hicieron saber en ambos países los organismos revolucionarios a sus respectivos pueblos y que, sin duda, no conducían sino a desviar la atención popular de problemas importantes ligados a la explotación económica a que en Honduras y El Salvador los someten las respectivas oligarquías y el imperialismo norteamericano. El segundo, se relaciona con la campaña electoral de noviembre-diciembre de 1966 y enero febrero de 1967; unos meses antes el coronel Rivera tuvo que ser juez y parte entre las facciones del ejército para escoger al hombre que sería el candidato oficial: las facciones se glutinaron en dos bandos, el de los moderados y el de los conocidos como "gorilas"; una información del corresponsal de *Prensa Latina* hizo notar que la intervención de la Embajada norteamericana fue decisiva para imponer a Fidel Sánchez Hernández como el candidato del Partido de Conciliación Nacional u oficial. Y el tercer problema, está en relación con huelgas obreras, inusitadas en el país puesto que desde hacía casi veinte años no había sido posible una sola, ya que el *Código de Trabajo*, proyectado en favor de los patrones, neutraliza con efectividad el derecho de huelga; en esta ocasión, ni Rivera ni su Ministro de Trabajo pudieron intimidar a la clase obrera y a pesar de sus bloqueos y maniobras tendientes a demostrar que eran "huelgas ilegales", la unidad de los trabajadores se manifestó plenamente cuando en defensa de un sindicato iniciaron una huelga esca'onada dispuesta para convertirla en general; el Gobierno intervino favo-

⁴ *Política...*, Núm. cit.

blemente a las cuarentaiocho horas, cuando dentro del plan trazado treintaicinco mil trabajadores habían abandonado ya sus puestos de labor; es forzoso señalar que la unión de las dos grandes centrales obreras del país organizó el movimiento en respaldo de los trabajadores de una empresa que no empleaba a más de trescientos hombres.

De la campaña electoral lo más importante es la participación del Partido Acción Renovadora, fundado hace dos décadas, desprestigiado, sin programa político, listo siempre para hacerle el juego al partido oficial; sin embargo, mediante la disposición de los miembros más jóvenes, aportados por las nuevas generaciones, dejó de ser un partido representante de la pequeña burguesía urbana y pasó a distinguirse, en los dos últimos años, como una agrupación ubicada ideológicamente cada vez más a la izquierda. En los días de la campaña presidencial postuló como candidato al doctor Fabio Castillo Figueroa, ex Rector de la Universidad y el único miembro, de los seis integrantes de la Junta de Gobierno que derrocó a Lemus, claro en su posición democrática, tan claro que su carta dirigida en calidad de Rector al Embajador norteamericano en El Salvador, fue reproducida en varias publicaciones revolucionarias del Continente. Por esa actitud como por otras de corte nacionalista el doctor Castillo fue señalado como comunista por los voceros de la reacción.

El Partido Acción Renovadora participó en la contienda electoral no para hacer una campaña presidencial sino para aprovechar aquellos cuatro meses orientando, dentro de cierta libertad de acción, al pueblo respecto a sus derechos y a la crisis económica que por entonces estaba en puerta. En su Programa de Gobierno, antimperialista y de amplio contenido democrático, no ocultó este propósito y expuso los problemas socioeconómicos del país; habló de que en diez años se hab'án construido diecisiete mil viviendas pero que se necesitaban quinientas mil; recordó que más del sesenta por ciento de la población era analfabeta, que la crisis del algodón había dejado cien mil hombres sin trabajo, que grandes extensiones de tierra permanecían ociosas en un país de veinte mil kilómetros cuadrados y más de tres millones de habitantes, que no era posible prosperar si mil terratenientes eran dueños de dos terceras partes de la tierra agrícola y la economía del país, deformada, dependía del comercio exterior; en fin, el PAR proyectó su Programa exponiendo soluciones para los que consideró "cinco problemas fundamentales": El problema de la injusta distribución del ingreso nacional, el de la tierra, el del atraso de la educación, el de la dependencia económica y política del país, y el del régimen político antidemocrático.⁵

⁵ *Programa de Gobierno del PAR (1967-1972)*, setiembre, 1966.

IV. *Conclusión: perspectiva de 1958?*

AHORA bien, el PAR no hizo sino anticipar las dificultades con que se enfrentaría el nuevo Presidente; el coronel Fidel Sánchez Hernández debe haber sabido esto el 1º de julio de 1967 al asumir el Poder; en los meses que lleva como Primer Mandatario empieza a ver un panorama similar al que en su momento vio el ex Presidente Lemus; ambos fueron electos para gobernar durante un período de empobrecimiento y, por lo tanto, para encontrar la fórmula utilizable frente al surgimiento sordo del malestar social. La crisis está presente y la combatividad de 1958 empezó a manifestarse meses antes de que se fuera el coronel Rivera. Protesta el pueblo y exige la oligarquía; un ala de ésta pide una nueva legislación bancaria que los proteja contra la penetración norteamericana; un ala de aquél, la recién formada Asociación de Desocupados Pro Derecho al Trabajo, ha organizado manifestaciones callejeras y ha entregado al Presidente un pliego que expone los siguientes puntos: urgencia de trabajo para cien mil hombres que están desocupados por la crisis algodonera; rebaja en los cánones de arrendamiento de la tierra alquilable; diversificación de los cultivos y verdadera reforma agraria democrática; inmediatas fuentes de trabajo en la ciudad y el campo; plan de edificaciones, especialmente de vivienda popular y de obras públicas; medidas para evitar el alza del costo de la vida; prohibir la importación de artículos suntuarios; subsidios para los desocupados, y comercio con todos los países del mundo.

Lo que contiene ese pliego se complica si sabemos que el coronel Sánchez se asesora con un Gabinete conservador que, en el mejor de los casos, le aconsejará seguir la línea de la demagogia o la del reformismo inoperante vía Alianza para el Progreso; si consideramos que para atender los conflictos laborales designó a un militar como Ministro del Trabajo; si reparamos en que el desbalance comercial, de veintiocho millones ochocientos mil dólares, supera en la historia del país a los anteriores a 1966; si anotamos que para 1967 los quintales de azúcar almacenada y sin salida suman un millón y que, durante 1966, las ventas de algodón en el mercado internacional bajaron, respecto a 1965, catorce millones de dólares; y, por último, si nos informamos que todos estos datos económicos fueron dados a conocer por el ingeniero Edgardo Suárez, secretario ejecutivo del Consejo Nacional de Planificación y Coordinación Económica, funcionario salvadoreño que agregó que en 1966 el ingreso por exportación de café había disminuido en cinco millones de dólares.

Si entre los despidos, justificados o no, en decenas de centros de trabajo y las fábricas que rebajan su producción hasta más del sesentaicinco por ciento, a alguien se le ocurre pensar en el Mercosur Centroamericano, también deba ocurrírsele que a la larga esta posibilidad se anula porque es el mismo problema elevado a escala centroamericana; sobre todo porque los monopolios norteamericanos y las respectivas oligarquías, los más beneficiados, han valorado esa integración no como alivio para las necesidades impostergables de los pueblos, sino como negocio para explotar un mercado de once millones de consumidores.

NACIONALIZACIÓN Y REFORMA AGRARIA EN AMÉRICA LATINA

Por Antonio GARCÍA

*La nacionalización como marco estratégico
del desarrollo latinoamericano*

EL común denominador de las grandes revoluciones latinoamericanas del siglo xx —la mexicana, la boliviana, la cubana— ha sido la toma de conciencia y la incorporación de las masas, urbanas y rurales, a la problemática, el escenario y las aspiraciones de la *sociedad nacional*. Desde luego, semejante proceso de incorporación de las fuerzas populares a la nación como comunidad superior y como frontera cultural y política con el mundo, no supuso una desaparición radical de los fenómenos de marginalidad campesina, ni pudo efectuarse como un juego institucional en los países sin alternativas democráticas de cambio y en los que llegó a límites extremos la polarización social, la rigidez económica y la intolerancia política de la sociedad tradicional. Los elementos clave de esta sociedad sin alternativas (fácilmente reconocibles en el México porfirista de 1910, en la Bolivia de la Junta Militar de 1952 y en la Cuba de Batista de 1958) fueron el latifundio, el monopolio sobre la tierra y sobre los recursos institucionales del Estado, la *inmersión de las masas campesinas*, la hegemonía de los *enclaves coloniales* y el poder de decisión de la guardia pretoriana. Sobre estos soportes se levantó un sistema en el que se han acoplado y fundido dos elementos en apariencia contradictorios: *el absolutismo político y el liberalismo económico*. El absolutismo político se fundamentó en la hipertrofia de los aparatos de fuerza del Estado, en el cesarismo presidencial, en la reducción del ámbito de las libertades y en la obstrucción a toda forma democrática de organización popular. El liberalismo económico apuntó hacia otros objetivos: el desmantelamiento del Estado (como poder regulador y como empresa) y la transferencia de la soberanía económica a los grandes propietarios, los inversionistas extranjeros y las corporaciones estamentales. La fórmula oficial de este tipo de estructuras —la del general Porfirio Díaz en México, la del general F. Batista en Cuba o la del general

Ballivian en Bolivia— fue la de *Estado fuerte y absolutista frente a las clases débiles y Estado ausente y liberal frente a las clases absolutistas y armadas de poder*.¹

La realidad social y política de América Latina, echa por tierra la tendenciosa teoría de la *indivisibilidad de las libertades*, tal como fue enunciada en el siglo XIX, por el liberalismo ortodoxo de cátedra y reactualizado en el siglo XX, por ideólogos populistas como Arturo Frondizi: "Toda intervención del Estado —decía desde 1947—² implica una restricción de la libertad económica, de modo que para los que creemos en la intangibilidad de las libertades democráticas y espirituales, se nos presenta una gran interrogante: saber si esas libertades pueden coexistir con un régimen de restricción o supresión de la libertad económica. Históricamente la supresión de la libertad económica ha sido acompañada casi siempre de la restricción de otras libertades, no obstante lo cual soy de los que creen en la posibilidad teórica y práctica de la existencia de todas las libertades en un régimen que admite la restricción de la libertad económica en favor de la creación de derechos económicos para todos los hombres".

Estos elementos no sólo conformaron las últimas fases de esclerosamiento de la sociedad tradicional (no obstante las diferencias sustanciales entre la hacienda señorial que dominó el esquema agrario latifundista de México y Bolivia y la hacienda de plantación que definió los rasgos de la economía cubana), sino el *carácter*, la *dirección histórica*, el *estilo social* y la *ideología nacionalista* de la insurrección de las masas. Esta es la vía de incorporación de las masas en el escenario político y también la vía de *nacionalización* de las clases inmersas y postergadas. En este proceso insurreccional, se funden dos factores maestros que caracterizan el nuevo proceso revolucionario de América Latina: el de la *nacionalización de las*

¹ "El financiamiento de las actividades era de origen extranjero —dice del México de Porfirio Díaz, ALFREDO NAVARRETE en *El financiamiento del desarrollo económico de México* (Edic. Nacional Financiera, México, 1960, p. 4) —en proporción desmesurada por la sencilla razón de que gran parte de las actividades económicas estaban controladas por extranjeros. Imperaba la doctrina liberal de la no intervención del Estado en asuntos económicos; sin embargo, éste sí intervenía para dar a la inversión extranjera toda clase de privilegios y concesiones (subsídios exagerados para la construcción de vía, desproporcionadas concesiones mineras y petroleras, franquicias aduanales sin límite, y excesiva donación de terrenos)". Tanto en el caso de México, como en el de Cuba, la *liberalización económica* fue el marco ortodoxo del absolutismo político y de la estructura colonial de la inversión extranjera.

² *¿Es Frondizi un nuevo Perón?* ESTEBAN REY, Edic. Lucha Obrera, Buenos Aires, 1957, p. 141.

masas (especialmente las inmersas masas rurales, aprisionadas tradicionalmente en la infraestructura del latifundio y del poder local) y el de su agresiva incorporación al proceso de ampliación democrática del Estado. En México, Bolivia y Cuba, la revolución se produjo por una vía insurreccional y como una explosión de masas, de su iniciativa y de su energía, irrumpiendo en el escenario político con una nueva dirección histórica —de abajo-arriba— y con una nueva ideología popular y nacionalista. Esa vía insurreccional no la escogieron las masas campesinas, el proletariado minero, las nuevas clases medias, sino las propias clases gobernantes de la sociedad tradicional, su incapacidad para la reforma, la concesión y la participación democrática.

*Nacionalización y reforma
agraria en México*

EL México de Porfirio Díaz cerró los caminos del "sufragio efectivo", del acceso a la tierra, de la ampliación del circuito de las libertades, de la limitación al poder de la inversión extranjera, del juego institucional, del crecimiento por la vía democrática de la negociación y los pactos.

Pero lo peculiar de ese sistema de *estructura colonial compar-tida*, no era sólo su extrema rigidez, sino la absoluta imposibilidad de su modificación por medio de un mecanismo democrático e institucional: las masas campesinas carecían de derechos a la organización social o política, no disponían de instrumentos de presión económica, no podían negociar contractualmente sus condiciones de trabajo, no conocían ni las escuelas de primeras letras de las épocas coloniales de Quiroga y Sahagún, no estaban dotadas de derechos electorales. Esta estructura de poder —apoyada en la aristocracia latifundista, la inversión extranjera y la guardia pretoriana— no existía en el México de Iturbide o de Maximiliano, sino en el que había hecho la Reforma Juarista para abolir los sistemas de "manos muertas" y la potestad señorial.

Es esta la problemática que debe afrontar la Revolución Mexicana.

"La afluencia de inversiones externas se generaliza y consolida con la pacificación del país, impuesta por el porfirismo de 1880 a 1910". Para el año de 1910-1911³ "las inversiones extranjeras en

³ La nacionalización en América Latina —Política para el control de las inversiones del extranjero, LEOPOLDO GONZÁLEZ AGUAYO, *Revista de Comercio Exterior*, México, junio de 1965, p. 424.

México, pasaban de 1,800 millones de dólares y según algunos cálculos, se acercaban a los 2,000 millones de dólares”.

“En los últimos años del régimen de Porfirio Díaz —escribe el economista Alfredo Navarrete R., en *El financiamiento del desarrollo económico de México*—,⁴ se estimaba que únicamente las inversiones de propiedad norteamericana representaban más de la mitad de la riqueza nacional; es decir, que los norteamericanos poseían más, no sólo que el resto de los extranjeros, sino más que todos los mexicanos juntos”. La inversión extranjera directa representaba el 85% y la indirecta (títulos de deuda pública) sólo un 15%. La estructura de la inversión extranjera estaba orientada, en su localización, de acuerdo a los intereses estratégicos de los Estados Unidos: las inversiones en transportes (ferrocarriles) constituían el 40% de la inversión extranjera directa y consistían, en su mayor parte, en prolongaciones de ferrocarriles norteamericanos y vehículos de penetración económica y potencialmente militar; la segunda meta, eran los recursos no renovables (minería y petróleo) con el 30%; la tercera, los instrumentos de la manipulación financiera y comercial, con el 18%; y la cuarta, la territorial (agricultura y ganadería) con cerca del 10%. Siete compañías norteamericanas poseían 2.12 millones de hectáreas, dentro del cuadro del latifundio tradicional caracterizado por Jesús Silva Herzog en *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*,⁵ como una combinación de actividades extensivas, de tecnología rutinaria (arado egipcio, carencia de prácticas selectivas de semilla, etc.), escasa ocupación de la superficie disponible, descanso anual de la mitad de las tierras, congelamiento secular de los salarios agrícolas, bajísimos niveles de ingreso de los aparceros y peones. “Pero la crítica más severa que pueda hacerse a la política agraria del régimen porfirista —comenta Silva Herzog—,⁶ estriba en la entrega de considerables extensiones territoriales a individuos y empresas extranjeras en la frontera norte de la nación, poniendo así en peligro la integridad del territorio”. Como contrapartida de la extrema concentración latifundista de la propiedad de la tierra, el 96.9% de los jefes de la familia rural, no eran dueños de un solo pedazo de tierra. Aún para mediados de la década de los '20, se calculó que los extranjeros poseían el 20% de las propiedades rurales, con una superficie de 32 millones de has., de las cuales los propietarios norteamericanos poseían alrededor de la mitad: 16.5 millones de hectáreas.

A este marco correspondía un estado de absoluta inmersión

⁴ Edic. Nacional Financiera, México, 1960, p. 3.

⁵ Edic. Fondo de Cultura Económica, 1959, México, p. 125.

⁶ *Ob. cit.* p. 124.

de la masa campesina (dentro de la estructura señorial, localista y cerrada de la hacienda de peones acasillados), el monolingüismo indígena y el cegamiento de los canales de comunicación nacional. En su examen sociológico del Ejido,⁷ EYLER N. SYMPSON, lo mismo que el elenco de grandes científicos sociales norteamericanos que ha estudiado, comprensivamente, los problemas de la antigua estructura agraria y las condiciones del proceso revolucionario mexicano (SYMPSON, WETHEN, TANNENBAUM, MCBRIDE, CLARENCE SNIOR), ha coincidido en estos elementos esenciales del diagnóstico social.

Fue esta estructura de fuerza la que definió el carácter subversivo, violento e insurreccional de la Revolución Mexicana. Por eso fue arrastrado Madero,⁸ apostólico y racionalista, a una revolución social que estaba más allá de la problemática de la sucesión presidencial y del sufragio libre, por cuanto ponía en entredicho la constitución misma de la sociedad tradicional.

La imagen de la nueva sociedad era la *nacionalización de las masas*, el salto de la hacienda de peones acasillados al Estado representativo y a la *participación democrática* en el nuevo poder y la nueva comunidad. Esa corriente insurreccional no se limitó a la toma y aniquilamiento físico de las haciendas, sino que adoptó la forma ideológica y trascendente de las *nacionalizaciones: nacionalización de la tierra*, en el sentido de sustracción de ella al dominio de la inversión extranjera; asignación de un nuevo y activo papel al Estado —nacionalización del Estado— proyectándose e institucionalizándose esa aspiración en la Constituyente de Querétaro;⁹ y veinte

⁷ *El Ejido: única salida para México*, Problemas Agrícolas e Industriales de México, Nº 4, 1952, México.

⁸ "No es un accidente —ha escrito EYLER N. SIMPSON en *El Ejido: única salida para México* (Problemas Agrícolas e Industriales de México, Nº 4, 1952, p. 35)— que el primer dirigente de la Revolución Mexicana fuera un hacendado, un miembro de una de las familias terratenientes más ricas del país. El esclavo puede padecer miseria y descontento, pero su miseria y descontento carecen de dirección. Es el inadaptado de la clase superior o de la clase media el que a la vez tiene conciencia de sus ambiciones frustradas y puede revestir su descontento con un designio importante. Así sucedió en México. Los dirigentes intelectuales de la revolución surgieron de las clases altas y media, entre aquellos que no podían (o no querían) encontrar hueco en el cerrado círculo de la burocracia de Díaz o en las nuevas industrias dominadas por los extranjeros".

⁹ SILVA HERZOG (México a cincuenta años de su revolución, *Inquietud sin tregua*, Edic. Cuadernos Americanos, México, 1965, p. 165), al definir el proceso ideológico de la Revolución Mexicana —señalando sus principales ingredientes teóricos y prácticos, emulsionados en la lucha social y proyectados en los principios maestros de la Constitución de 1917— la ha caracterizado como "una revolución popular, campesina y nacionalista, y que

años más tarde —en la época cardenista del apogeo de la revolución y del movimiento obrero— *nacionalización del petróleo*, como principio dinámico de nacionalización de las fuentes de energía y de las industrias básicas del desarrollo nacional (energía eléctrica, siderúrgica, petroquímica, etc.).¹⁰ *La ideología de la nacionalización*, sus tendencias, sus fuerzas motoras, los intentos de expresarse en una nueva economía de empresas de Estado y en nuevas estructuras de conducción, de planificación económica y redistribución social del ingreso, están vinculados al proceso de los movimientos populares, dentro del marco inicial del agrarismo o dentro de los esquemas radicales del movimiento obrero.

En este punto histórico la Revolución Mexicana adquirió no sólo una insospechada dinámica, sino una extraordinaria capacidad de creación institucional, de arraigo social y de definición de su propio horizonte ideológico: ese punto de fusión estuvo articulado al proceso de convergencia de la reforma agraria, la nacionalización del petróleo y la formación de un nuevo cuadro de instituciones estatales de asistencia y gestión económica. Nacionalización de la tierra (en el sentido de incorporación al dominio real de la nación mexicana), nacionalización de una industria básica, nacionalización del Estado (en el sentido de integración a las corrientes populares y a la nueva problemática de la sociedad nacional), fueron —en definitiva— los más originales aportes de la Revolución Mexicana y la explicación fundamental de por qué la reforma agraria —con sus grandes errores, equivocaciones y problemas— le abrió a México las puertas del desarrollo económico, la estabilidad política y la paz social. Como señala Edmundo Flores en el *Tratado de Eco-*

por lo tanto no fue una revolución burguesa como lo han venido diciendo quienes no vivieron aquel drama formidable, sangriento y creador".

¹⁰ La CTM es evidente que orientaba su línea ideológica de acuerdo a esquemas radicales de nacionalización, pero más adoptando modelos europeos que intentando ajustarse a los problemas y condiciones de la sociedad mexicana. De ahí que, pese a sus enunciados programáticos, nada o muy poco hubiese hecho por dar un contenido político y revolucionario al proceso de nacionalización de las masas (capacitación, formación de cuadros, diseños de nuevas estructuras y formas operativas). "La CTM considera —decía en una de las más importantes *Resoluciones del Congreso Económico* de 1941 (CTM, 1936-1941, México, Talleres Tipográficos Modelo, 1942, p. 1074)— que debe pugnarse porque la explotación de las ramas principales de la economía nacional, tales como los servicios públicos, la producción de materias primas, los transportes, la energía eléctrica, etc., así como el crédito destinado al fomento de estas mismas ramas, sea sometida a un plan de nacionalización progresiva y de administración por el Estado conforme a un plan de beneficio colectivo".

nomía Agrícola,¹¹ "las modificaciones introducidas en la estructura agraria y, por consiguiente, en la distribución del ingreso, independientemente de los defectos específicos atribuidos al ejido o a la pequeña propiedad, sirvieron de base a un nuevo orden más propicio al desarrollo económico".

Desde luego, es necesario descomponer el proceso histórico en dos partes, bien diferenciadas: la una, corresponde a la eliminación de los obstáculos estructurales que se oponía al desarrollo económico y social pero que, *en sí*, no constituían un proceso de desarrollo (hacienda de peones acasillados, aristocracia latifundista, relaciones serviles de trabajo, inmersión absoluta de la masa campesina, monopolio señorial sobre la tierra, injusta e inmodificable distribución del ingreso agrícola); la otra, se relaciona con la aparición de fuerzas generadoras y multiplicadoras de una dinámica de integración y de cambio. Este es el papel que, en el proceso histórico mexicano, desempeña la nacionalización del petróleo, no sólo por lo que ella significa en el desencadenamiento de un sistema de reacción en cadena (que va de la transformación del sistema de vías carretables y del transporte automotor hasta los niveles industriales de la petroquímica), como por la capacidad de generar estos tres elementos:

a) La introducción plena del Estado en el sistema moderno de organización empresarial;

b) La imposición de una estructura estatal de financiamiento, orientada, dinámicamente, hacia la captación de ahorro interno, la organización de un mercado de valores y la canalización masiva de los recursos hacia los *nuevos focos* propagados por la industrialización y el desarrollo; y

c) La formación de una nueva clase media de intelectuales de la ciencia y la técnica (investigadores, geólogos, ingenieros industriales, administradores, economistas, antropólogos), vinculados al nuevo sector estatal de la economía.

¿Por qué la industria del petróleo no desempeñó, antes de la nacionalización, este papel de catalizador y de fuerza motora del desarrollo, en un país que había eliminado los obstáculos estructurales en el sector agrario y que estaba remodelando el marco institucional del Estado? Por una razón elemental: porque la industria del petróleo no funcionaba como una estructura *integrada* a la economía mexicana, sino como una industria colonial de extracción de aceite, articulada a los problemas estratégicos de los Estados Unidos e Inglaterra, los dos grandes mercados metropolitanos. Ni en México, ni en Venezuela, ni en Colombia, la industria del petró-

¹¹ Edic. Fondo de Cultura Económica, México, 1961, p. 179.

leo controlada por la inversión privada extranjera, ha desempeñado ese papel de centro de irradiación tecnológica que se le atribuye en la teoría clásica de la inversión.

De 1901 a 1937, la producción de petróleo en México fue de 1,866 millones de barriles de petróleo con un valor de US \$1,692 millones, siendo de 100 millones de dólares el capital invertido hasta el momento de la expropiación y de cerca de US \$1,000 millones las utilidades de las empresas.¹² "Las compañías petroleras —decía en 1938 Jesús Silva Herzog— no dejaron en México ni una sola obra de cierta importancia en beneficio del pueblo mexicano".¹³ Fue la nacionalización un proceso de *integración* de la industria a los problemas estratégicos de desarrollo de la sociedad mexicana, no sólo en el sentido de su contribución técnica, comercial o financiera, sino en el de las múltiples exigencias de inversión, de profesionales técnicos de alto nivel, de modernización administrativa del Estado, de nuevo ritmo y nuevas condiciones de expansión del mercado interno. Es a partir de la nacionalización del petróleo cuando se plantean, en México, los problemas de la energía, de las industrias básicas, de la integración y ampliación del sistema de comunicación interna, del financiamiento de las grandes obras de infraestructura agrícola (Distrito de Riego del Noroeste) y de la necesidad básica de una estructura estatal especializada en la promoción del ahorro y la conducción productiva de la inversión nacional. *En esto ha consistido el efecto multiplicador de la nacionalización del petróleo, en México, como apertura del proceso de industrialización y como fuerza dinámica de presión sobre la economía de la reforma agraria.*

La Guerra Mundial fue la coyuntura que hizo posible la consolidación de la industria petrolera, la acelerada construcción de un sistema de vías de comunicación interior y la rápida expansión de la Ciudad de México como gran centro metropolitano de atracción e integración industrial (en el Distrito Federal se localizaron el 63% de los establecimientos industriales y el 67% de los obreros, en la década del '50). "El crecimiento metropolitano —dice Flores—¹⁴ y la política de obras públicas generaron una enorme demanda de materiales de construcción. Tal demanda estimuló la inversión en el establecimiento de esta industria y aseguró su auge. Al mismo tiempo, de acuerdo con lo que observa Lewis (Arthur), la industria de la construcción fue el motor que generó el ímpetu para entrar en

¹² La expropiación de las compañías petroleras en México, *Inquietud sin tregua*, JESÚS SILVA HERZOG, Edic. Cuadernos Americanos, 1965, p. 14.

¹³ *Ob. cit.* p. 21.

¹⁴ *Tratado de Economía Agrícola, ob. cit.* p. 211.

la etapa industrial y poder consolidarla". "En el periodo 1939-50, el 36% de la inversión bruta total correspondió a obras públicas y de servicio público: carreteras, ferrocarriles, gran irrigación, energía eléctrica y servicios urbanos; por su parte, la construcción residencial, comercial e industrial absorbió el 18% y los edificios públicos el 2%, o sea que el 56% de la inversión bruta total dependió del funcionamiento y del desarrollo de la industria de construcción".

Partiendo de estas bases dinámicas, el desarrollo industrial mexicano ha ido ampliando sus líneas de operación hasta conquistar la etapa superior de la industria de máquinas y el crecimiento autosostenido. En esta nueva etapa, tendrá que provocarse un profundo reajuste en la estructura empresarial del campo mexicano (especialmente en el denso sector de ejidos, comunidades y áreas de minifundio, adecuando el sector agrícola a las nuevas condiciones de industrialización, crecimiento demográfico explosivo —tasas del 3.7%— y concentración poblacional en grandes ciudades), así como en la estructura del poder rural y en los mecanismos de distribución del ingreso agrícola entre las más empobrecidas capas sociales.

Los ciclos de la Revolución Mexicana

CUANDO se habla de "horizonte ideológico" de la revolución, se está haciendo más referencia a las líneas expresivas de las aspiraciones y actitudes, que al repertorio formal "programas". En términos estrictos, los programas son métodos destinados a formular un cierto cuadro de problemas y soluciones, que pueden o no ajustarse a los marcos de esa aspiración ideológica. En este sentido, no podría afirmarse que la *ideología de la Revolución Mexicana* está contenida en ese conjunto de "programas" elaborados durante su conflictivo proceso, por los Flores Magón o por Francisco Madero, por Venustiano Carranza o por la Casa del Obrero Mundial. De allí que no corresponda este enfoque histórico con el que hace Daniel Cosío Villegas en su penetrante análisis sobre la crisis de la Revolución Mexicana.¹⁵ "La revolución mexicana nunca tuvo un programa claro, ni lo ha intentado formular ahora, in artículo mortis, aun cuando el día de mañana, post mortem, habrá muchos programas, en especial los expuestos e interpretados por escritores conservadores. Además, como en los procesos históricos prolongados, no todos los propósitos iniciales se han conservado hasta el fin; por el contrario, algunas de esas metas fueron debilitándose y en cierto momento dieron paso a otras nuevas. . . Esta yuxtaposición de me-

¹⁵ *Extremos de América*, Edic. Tezontle, México, 1949, p. 12.

tas ha hecho aún más confusa la marcha ideológica de la Revolución, pues las tesis nuevas no reemplazaron a las antiguas, sino que unas y otras coexistieron, al menos exteriormente; y luego, al lado de tesis fundamentales de verdad, aparecieron desiguos de una magnitud y de una importancia menores: al lado de la cuestión agraria, por ejemplo, el fomento de turismo".

Pero tanto Cosío Villegas como Silva Herzog, han planteado problemas fundamentales de *inadecuación* entre los hombres y los grandes objetivos de la Revolución Mexicana. "Todos los hombres de la Revolución Mexicana —dice Cosío Villegas—,¹⁶ sin exceptuar a ninguno, han resultado inferiores a las exigencias de ella. Madero destruyó el porfirismo, pero no creó la democracia en México; Calles y Cárdenas acabaron con el latifundio, pero no crearon la nueva agricultura mexicana". "Si la revolución mexicana no era, al fin y al cabo, sino un movimiento democrático, popular y nacionalista, parecería que nadie, excepto los hombres que la hicieron, la llevarían al éxito, pues eran gente del pueblo, y lo había sido por generaciones".

"La ideología de la Revolución Mexicana —escribe Silva Herzog—¹⁷ se fue precisando en el calor de la lucha armada, de conformidad con la realidad angustiosa de las grandes masas de la población, de su idiosincrasia y deseo de mejorar sus condiciones de vida. Por supuesto que también influyó en la formación del cuadro ideológico los antecedentes del liberalismo social mexicano, así como también ciertas ideas anarcocomunistas y socialistas propagadas por Ricardo Flores Magón, por la Casa del Obrero Mundial y por los libros de ideas revolucionarias editados en español en Valencia, los cuales circularon profusamente en México en la primera y segunda décadas del siglo".

En términos estrictos, el verdadero problema de inadecuación es el existente entre la nueva problemática de la Revolución Mexicana y la ideología de desarrollo. En la *etapa agrarista* (que en un sentido estrictamente histórico debiera llamarse *etapa cardenista*), el núcleo central del proceso revolucionario y la transformación institucional, pareció centrarse en la Reforma Agraria: el reparto de tierras (la organización del ejido como *sistema*), la escuela rural, la nacionalización e incorporación política y cultural de las masas rurales. En el fugaz *periodo obrerista* o sindicalista, el centro de gravedad se transfirió a los problemas del trabajo, el mejoramiento de la estructura de clases, la justicia social, la ampliación estruc-

¹⁶ *Ob. cit.*, p. 17.

¹⁷ México a cincuenta años de su revolución, *ob. cit.*, p. 165.

tural del Estado (como órgano de gestión empresarial, de conducción económica y de servicios asistenciales).

La *apertura industrialista* y burguesa (efectuada con posterioridad a la nacionalización del petróleo y a la formación de una infraestructura de integración nacional), no surgió como una síntesis de los procesos anteriores, sino como una réplica y una sustitución de sus líneas ideológicas.¹⁸

Frente al agrarismo de trasfondo zapatista o cardenista y a los esquemas del movimiento obrero (justicia social sin líneas precisas de revolución productiva), la nueva burguesía mexicana formuló, desde el poder, las líneas de una ideología de desarrollo basada en la propiedad individual, la apertura a la inversión privada, el financiamiento público de la infraestructura y la aceleración industrial dentro del marco del capitalismo privado con enérgico apoyo en las estructuras estatales. Dentro de este esquema, se redujo a un segundo plano el problema de la constitución social y de la distribución equitativa del ingreso entre las clases sociales, y la reforma agraria quedó relegada a la categoría de subproducto del desarrollo agrícola. Dentro de este *marco* ideológico se produjo el enfrentamiento entre la *propiedad privada* y la *propiedad ejidal*, en dos fundamentales estratos: el de definición constitucional de la "pequeña propiedad" como unidad de tenencia de 100 a 300 hectáreas de riego, y el de persecución estatal del "ejido colectivo" o las formas comunales dominantes en el intenso ciclo cardenista. Al parecer, uno de los supuestos de esta ideología industrialista y burguesa de desarrollo, ha sido la idea de que el problema agrario podría ser superado por las vías de una impetuosa industrialización y de un sector privado y capitalista en la agricultura. El debilitamiento del sector ejidal, el atraso de las comunidades campesinas, la propagación rural del peonaje, el abandono de las formas cooperativas de organización empresarial en algunos Distritos de Riego, la subordinación de minifundistas y ejidatarios a ingenios, molinos, instalaciones e intermediarios privados, no ha traído consigo un más vigoroso crecimiento de la agricultura capitalista y se ha transformado en un mecanismo de creciente desigualdad en la distribución del ingreso agrícola y de bloqueo al proceso de desarrollo. Es, en este punto histórico, que la reforma agraria tendrá que reintegrarse a la ideología original de la Revolución Mexicana, expresada en dos excepcionales elementos: la justicia social capaz de romper las concentraciones de poder y el monopolio de

¹⁸ Sobre estos ciclos o etapas de la Revolución Mexicana, ver *La estructura social y el desarrollo latinoamericano*, ANTONIO GARCÍA, *Trimestre Económico*, México, No 129, 1966, p. 37.

la riqueza, y el Estado capaz de expresar el anhelo de las clases integradas en el proceso de la revolución popular y nacionalista.

Uno de los puntos fundamentales que explican la pérdida del impulso de masas y el debilitamiento progresivo de las metas y aspiraciones socialistas de la revolución nacional, fue la separación, el aislamiento, el radical desajuste entre el sindicalismo obrero y la agremiación campesina, proyectando el insuperado dualismo de las estructuras urbanas y rurales. Esa línea divisoria no ha podido ser borrada, ni en la época anarco-sindicalista de la Casa del Obrero Mundial, ni en el período del apogeo marxista de la CTM, ni en la actual etapa de afiliación colectiva y automática de las comunidades rurales a la Confederación Nacional Campesina y de ésta al Partido Revolucionario Institucional, al que también pertenece la Confederación de Trabajadores Mexicanos. Ni en la etapa agrarista de la revolución, ni en la obrerista de administración sindical de los ferrocarriles y gravitación decisiva de la CTM en el Partido de la Revolución Mexicana, lograron identificarse e integrarse los movimientos campesinos y los sindicatos obreros: de ese hecho se derivó el cambio de rumbo histórico de la revolución, el debilitamiento de la reforma agraria como política de redistribución del poder y como estrategia social de sustitución de la estructura latifundista por la ejidal, así como el liderato de la burguesía nacional y de las clases medias en la conducción del proceso revolucionario. Pero esta integración revolucionaria de clases no podía ser el producto espontáneo de la simple agremiación campesina y de la transformación del movimiento obrero en una poderosa estructura sindical, ya que el campesinado apenas había tomado un primer contacto con el extraño escenario de la actividad nacional y el proletariado carecía aún de la madurez política para comprender los problemas de conducción revolucionaria del Estado. La propia forma dogmática y absolutista de adopción del marxismo y de la teoría de la lucha de clases por las élites intelectuales y obreras de la CTM (como una filosofía escolástica, armada sobre unos soportes conceptuales rígidos y autoritarios, más cerca de las verdades de fe que del análisis dialéctico de los procesos sociales), demostraba que el proletariado podía ser también una clase ideológicamente alienada, mientras no aprendiese a penetrar en los problemas, la realidad y la circunstancia de su propio universo. La introducción del marxismo en México y en América Latina, no podía compaginarse con los niveles culturales y los antecedentes políticos del proletariado y aun de la "inteligencia revolucionaria": de allí que no pudiese ser utilizado como una verdadera herramienta crítica, destinada a reconocer la trama de la sociedad circundante y a descubrir las leyes que regulan la cerrada

estructura del atraso, sino como un repertorio de dogmas al que debía adecuarse la realidad y las condiciones de la lucha social.¹⁹

En el México que efectuó la primera revolución nacional de la historia latinoamericana, el Estado entró a desempeñar un nuevo papel:

a) el de órgano de promoción y conducción del desarrollo, en sus dimensiones económica y social;

b) el de estructura de servicios asistenciales; y

c) el de mecanismo redistribuidor del ingreso nacional entre las clases sociales, las regiones geográficas y los sectores de la economía.

Este cambio radical en la estructura de la inversión nacional y de la participación financiera del Estado, podría expresarse en estos términos porcentuales:

Períodos	Inversión bruta				Financiamiento de la inversión			
	Pública %	Total %	Privada Extran- jera %	Nacio- nal %	Ahorro Interno Total %	Público %	Pri- vado %	Ahorro Externo %
I Año Fiscal 1902-1913	5	95	45	50	47	15	32	53
II Período 1939-1950	40	60	6	54	92	33	59	8
III Período 1950-1959	39	61	10	51	88	28	60	12

FUENTE: El Financiamiento de Desarrollo Económico de México, *ob. cit.* pp. 6-14; Informe Anual del Banco de México, 1959; Cifras del Ahorro Público de Nacional Financiera.

Ese dinámico papel del Estado no fue producto de una teoría de elaboración previa y definidos trazos conceptuales (como ocu-

¹⁹ PABLO GONZÁLEZ CASANOVA ha analizado este problema, en *La democracia en México* (Edic. ERA, México, 1965, p. 138): "En México —dice—, el colonialismo interno y la falta de una expresión pura de la lucha de clases están estrechamente relacionados con un fenómeno que señala Marx: "... conforme una clase dominante es más capaz de absorber a los mejores hombres de las clases oprimidas, más sólido y peligroso es su dominio". En el desarrollo del capitalismo en México, la integración de grandes núcleos de la población del *status* semicolonial al *status* proletario, del *status* del proletariado descalificado al calificado, de la dirección obrera y campesina al gobierno burgués, ha provocado una estructura de control político del conjunto de la población semicolonial por el conjunto de la población semicolonialista —dirigida por la burguesía— con lo que la oposición de clases se ha obscurecido. En efecto, en ese proceso, el proletariado, su conciencia de clase, sus organizaciones, no obstante estar en oposición con el capital, no constituyen aún una "clase para sí", y sus luchas no han alcanzado una expresión pura".

rrió en las grandes revoluciones europeas del xviii al xx), sino de la praxis, de la dinámica misma del proceso, de una ideología un tanto borrosa en sus perfiles pero que emergía de la aspiración y los propósitos de las clases populares.²⁰

A este proceso trascendente de nacionalización de las masas, correspondió un Renacimiento de México, una irrupción de los valores culturales que parecían sepultados desde la conquista española, una explosión de sus recursos vitales y una exaltación de su *ethos* indígena.

El Renacimiento cultural de México coincide y expresa la emergencia impetuosa de la masa campesina, adoptando dos vías generales: una, de extraversion de los valores arraigados en el *sustratum* de los pueblos indígenas, de creación institucional, de apertura de la inteligencia a las nuevas formas del pensamiento científico, de la técnica y del arte; otra, de incorporación masiva de las comunidades a la escuela rural, no tanto por la actividad externa del Estado como por la iniciativa, el esfuerzo y la mística comunal de las propias masas campesinas. Este tipo de Renacimiento no se produjo en México ni con los gobiernos imperiales de Iturbide o Maximiliano, ni con los gobiernos cesaristas de Santa Anna o Porfirio Díaz: fue el producto cultural de la Revolución, en cuanto ésta significaba la incorporación de las masas a la vida nacional y la integración mexicana a las grandes corrientes culturales del mundo contemporáneo. Un hecho notable en este proceso —tanto en México como en Bolivia— ha sido el de que la primera actividad comunal realizada por las masas rurales analfabetas fue la construcción de escuelas rurales, al transformarse éstas —en las primeras décadas de la revolución— en los centros dinámicos de desarrollo de las comunidades campesinas.

Dentro del nuevo marco de participación nacional, fueron cambiando las fuerzas de conducción del movimiento popular, los impulsos, las metas finales, pero se conservó la ideología nacionalista y la actitud acerca del papel fundamental del Estado. La menor inclinación hacia las nacionalizaciones en la forma de operaciones

²⁰ "Las ideas de la revolución —escribe FRANK TANNENBAUM en *La Paz por la revolución*, Edic. Ercilla, Santiago de Chile, 1938, p. 139— fueron forjadas en las luchas por la justicia social. La negligente participación de los intelectuales ha sido, por largos períodos, semejante en lo que se refiere a la historia militar de la revolución. La revolución fue conducida por pequeños grupos de indios bajo la dirección de jefes anónimos". "No hubo intelectuales de importancia al lado de la revolución. Toda la clase educada perteneció a la dictadura y a sus satélites. Durante la dictadura de Díaz, los intelectuales miraban hacia Europa, especialmente a Francia, y estaban interesados en el positivismo" (*ob. cit.* p. 136).

estratégicas de creación de economías empresariales de Estado, está relacionada con dos procesos alternos: uno, de frustración de la influencia ideológica del agrarismo y del movimiento obrero, y otro de creciente auge y poder —a través del Partido Revolucionario Institucional— de una élite de clases medias y de la revolución. Lo cierto es que no obstante que el Estado sólo participa en un poco más del 10% del ingreso nacional, su contribución en la inversión nacional ha sido del 40%, en la última década, ha creado un mercado interno de capital, ha generado el más vigoroso proceso de industrialización de América Latina y ha incorporado a la cobertura de la seguridad social a cerca de una tercera parte de su fuerza de trabajo.

*Nacionalización y reforma
agraria en Cuba*

LA Cuba de Batista se caracterizó por la estructura colonial de la economía, el monopolio latifundista sobre las mejores tierras agrícolas y la pulverización minifundista en las vegas del tabaco y las laderas erosionadas del café, la extrema dependencia de un solo producto exportable y de un solo mercado de exportación (contrapunto del tabaco y del azúcar, según el enunciado de Fernando Ortiz), la clase media enrolada y comprometida en este sistema de clientelas, la corrupción institucionalizada y la dictadura —cobertura fuerte y débil moral— de la guardia pretoriana. El proletariado agrícola estaba atrapado en una estructura ocupacional que anulaba su poder ofensivo (limitando el empleo a los períodos de zafra, tres meses por año) y el movimiento obrero había sido tomado o neutralizado desde dentro, por medio de la corrupción, la violencia y la burocracia sindical.

La rigidez de este tipo de estructura social, económica y política, no se parecía a la del México porfirista, pero el resultado final era casi el mismo: carencia de alternativas de cambio, por la vía de la representación política, del regateo de poder y del juego institucional. Los "partidos populares" operaban como facciones caudillistas y de clientelas —por encima de las masas inmersas de minifundistas y *goajiros*— y los sindicatos obreros habían perdido, no sólo su valor expresivo y representativo en el más alto plano de las luchas sociales y políticas, sino la capacidad de regulación institucional del mercado del trabajo.

Esta estructura fue rota por la insurrección campesina y de la inteligencia revolucionaria, punto de arranque de un proceso de

nacionalización de masas y de definición de una ideología de modelación social del Estado. El proceso de nacionalización encontró la resistencia de las viejas clases medias, enroladas en el sistema tradicional de partidos, así como de la burguesía y de los grupos sociales estrechamente vinculados a la compleja y omnipresente estructura colonial de dominación. El proceso de nacionalización de las masas —en un movimiento envolvente de la periferia al centro, del campo a la ciudad metropolitana— provocó la reforma agraria basada en un concepto de nacionalización de la tierra (abolição de la *plantation* y del control extranjero de la tierra por medio de sociedades), y posteriormente, de la nacionalización de las industrias básicas y la estatización del comercio exterior e interior (jugando las cooperativas agrícolas —a partir de la Segunda Reforma Agraria— un papel de elementos de complementación de las organizaciones comerciales del Estado).

Pero es necesario diferenciar la nacionalización como fórmula programática y racionalista, elaborada desde arriba por los *partidos revolucionarios de tipo convencional*, alienado y urbano de la nacionalización como ideología de masas y como aspiración de una lucha insurreccional contra los *enclaves coloniales*, las arcaicas estructuras de la sociedad tradicional y la guardia pretoriana. En los "partidos revolucionarios de tipo convencional", dominaron los objetivos tácticos de maniobra sobre los objetivos estratégicos de revolución: y de ahí que en la década de los treinta el Partido Comunista hubiese propuesto una reforma agraria basada en la expropiación de los latifundios de propiedad de cubanos y el respeto por los ingenios azucareros y plantaciones de propiedad norteamericana.

*Guatemala: reforma agraria
sin nacionalización*

EN el caso de la revolución guatemalteca, podría explicarse la precoz frustración de la reforma agraria y del proceso de democratización del Estado, por la ausencia de ese movimiento insurreccional que no sólo produjo el alzamiento y la cohesión catalítica de las masas inmersas (en México, Bolivia y Cuba), sino que movilizó el potencial subversivo como un ariete capaz de destruir los muros de la fortaleza.

Desde un punto de vista sociológico, la importancia del movimiento insurreccional ha consistido —en países de mayorías campesinas incomunicadas, aprisionadas en economías de subsistencia, política y culturalmente herméticas, como México y Bolivia— en

que conmocionaron y movilizaron esas masas, integrándolas, de golpe, a diversas formas de comunicación y diversos planos de la vida nacional. Ese fue el papel más constructivo y desconocido del proceso insurreccional de la Revolución Mexicana y el de la Guerra del Chaco, en Bolivia, provocando el descoyuntamiento y la superación de los horizontes locales de la hacienda, el calpulli, el ayllu, la comunidad vecinal.

La revolución guatemalteca se inició como un golpe militar contra una dictadura militar caudillista —la del general J. Ubico— desdoblándose luego en un proceso electoral y en la instalación de un "Estado representativo" sin masas organizadas para la presión social y la participación democrática en el proceso de cambio. Sobre este piso aluvional, la estructura social conservó sus perfiles y normas tradicionales, y el proceso político se canalizó por encima de las masas indígenas inmersas. Dentro de este marco politico-social, la reforma agraria adoptó la forma de una política liberal de concesiones gratuitas desde arriba, sin participación campesina y sin integración nacional de las fuerzas sociales promotoras del cambio. Un Estado débil y unas masas campesinas por fuera del proceso revolucionario, abrían en éste una brecha demasiado grande como para suponer alguna posibilidad de contrarrestar la "fuerza contrarrevolucionaria de ocupación" armada y financiada desde el enclave colonial.

En Guatemala coexistieron la estructura latifundista de tipo tradicional (hacienda de mozos-colonos), con las formas neocoloniales de la plantación bananera. Sus elementos más característicos fueron, no sólo el marco de la concentración y de la fragmentación en la propiedad de la tierra, sino la enorme sobrecarga de mano de obra agrícola en el pulverizado recinto del minifundio y la bajísima capacidad ocupacional del latifundio. Sobre este soporte, la estructura del poder rural descansó sobre la constelación latifundio-minifundio —comunidad indígena— *poblado ladino* y sobre la articulación de tres fuerzas sociales: la aristocracia terrateniente, el enclave colonial de la *plantation* y la guardia pretoriana.

El análisis del siguiente cuadro de distribución de la tierra y de la mano de obra agrícola, revela el hecho sorprendente de que los minifundios y las unidades familiares, con el 28% de la tierra, han debido ocupar el 81% de la mano de obra agrícola y participar en el 43% del valor total de la producción agropecuaria; y de que los latifundios, con el 40% de la tierra agrícola, apenas han ocupado el 7% de la mano de obra rural y participan en sólo una quinta parte del valor de la producción agropecuaria. En la cima, la concentración de la propiedad de la tierra ha ido en incremento, en

razón de que sobre el nivel de las unidades de 2,000 has., cada propietario dispone de 4.5 fincas.

DISTRIBUCION DE LA TIERRA Y DE LA MANO DE OBRA
AGRICOLA (1950)

	% del total tierra agrí- cola	% del total de mano de obra agrícola	% del valor total de la producción
I Unidades minifundistas	15	68	30
II Unidades latifundistas	40	7	21
III <i>Estratos medios:</i>			
Unidades Familiares	13	13	13
Unidades Medianas	32	12	36

FUENTE: Estudios CIDA, Evolución y reformas de la estructura agraria en América Latina, Solon Barraclough y Arthur D. Domike, Edic. ICIRA, Santiago de Chile, p. 15.

La reforma agraria guatemalteca debió enfrentarse a tres tipos muy diferenciados de problemas:

- a) El del control extranjero de las haciendas de plantación;
- b) El de los latifundios de tipo tradicional; y
- c) El de las comunidades indígenas, enroladas en la estructura latifundista de poder.

El punto neurálgico —dentro de este elenco de problemas— fue el relacionado con la aplicación de la Reforma Agraria en las tierras sometidas a la soberanía de la plantación. En 1953, la United Fruit Co., poseía cerca de 189,000 has.,²¹ de las cuales sólo culti-

²¹ En reciente reportaje colectivo sobre "El movimiento guerrillero en Guatemala" (*Monthly Review*, N° 22-23, 1965, Santiago de Chile, p. 43). Adolfo Gilly ha investigado el problema de la actitud del campesinado frente a la reforma agraria y al proceso de la contrarrevolución. "En Guatemala, la reforma agraria no sólo fue limitada, paternalista y tímida, sino que, al excluir la movilización de los campesinos para llevarla a cabo repartiendo ellos mismos las tierras y defendiéndolas organizados y armados, estableció todas las condiciones para su derrota. Fue totalmente barrida y suprimida luego por la contrarrevolución, catástrofe que no llegó a suceder nunca en los casos de México y Bolivia". "Un campesino explicaba, en la sierra de las minas, este aspecto de la reforma: la hicieron en la capital. Allí repartieron las parcelas y después vinieron los técnicos a aplicarla sobre el terreno. La Central Campesina no inscribía y teníamos dirigentes, pero realmente no nos reuníamos ni funcionábamos nosotros, ni nos servía para discutir y resolver los problemas. Las mesas directivas eran por arriba y tenían poco contacto con nosotros. Yo creo que también por eso cuando vino la 'liberación' no hicieron nada, mientras todos estábamos esperando que nos llamaran a pelear y nos dieran armas para defender al Gobierno".

Los grandes desajustes tradicionales se acentuaron, dentro del marco de

vaba alrededor de un 15%: la reforma agraria expropió 83,000 has. de tierras no cultivadas, las que fueron devueltas a la compañía, en 1954, como uno de los primeros actos de la contrarrevolución victoriosa. En 1961, la United apenas cultivaba bananas en 14,000 has., casi todas de su propiedad, reteniendo esa infraestructura (líneas ferroviarias y puertos) que le ha permitido, en Guatemala o en Honduras, en Colombia o en Costa Rica, controlar el mercado bananero y las arterias del sistema exportador. La expropiación de tierras incultas de propiedad de la United Fruit Co., tenía como antecedente inmediato, la confiscación de 150 fincas cafetaleras de propiedad de compañías alemanas, durante la Segunda Guerra Mundial, con una extensión de 280,000 has. y una participación del 20 al 25% en la capacidad guatemalteca de producción de café. Estos procesos de confiscación fueron provocados y acelerados, como política de guerra, por el gobierno de Washington, incluyéndose dentro del repertorio de medidas de "defensa democrática del continente".

En dos años de Reforma Agraria, se expropiaron —con indemnización— más de medio millón de hectáreas (cerca de un 15% de la superficie en fincas) y se otorgaron parcelas a más de 50,000 familias campesinas (aproximadamente 270,000 personas). ¿Cómo pudo la contrarrevolución anular este proceso de redistribución de la tierra, de supresión de las relaciones serviles que ataban el trabajo de las masas campesinas y de limitación al poder extranjero de la *plantation*? Porque la reforma agraria no se efectuó como un proceso de nacionalización de masas y de creación de una nueva estructura de poder social, sino como una operación paternalista, *desde afuera y desde arriba*.

La experiencia de la reforma agraria guatemalteca, ha demostrado que ésta careció de aquellos elementos dinámicos sin los cuales no es posible ni su estabilización social y política, ni su incorporación a una primera fase del proceso de desarrollo:

a) Un fuerte y orgánico sector estatal de la economía, capaz de promover la tremenda operación del despegue y de movilizar —hacia las comunidades y empresas rurales— una intensa corriente de recursos técnicos y financieros;

esta "revolución urbana en un país rural", por cuanto al lado de un fuerte movimiento obrero, se careció de un sindicalismo campesino capaz de desempeñar tres roles básicos: a) como estructura de participación democrática; b) como elemento de presión y c) como mecanismo de redistribución del ingreso. El ingreso nacional por habitante aumentó, en el período revolucionario. (*La revolución Guatemalteca*, L. CARDOZA Y ARAGÓN, Edic. Cuadernos Americanos, México, 1955, p. 100), de 63 a 181 Quetzales (o dólares).

b) Una estructura empresarial (como la que hubiese podido constituirse con las 150 fincas nacionales y la plena utilización de su capacidad exportadora), sin la cual no podría funcionar un centro dinámico del nuevo proceso de crecimiento agrícola;

c) Y una estructura cohesiva en la base (sindical, cooperativa, mutuaría), capaz de desatar la iniciativa de las masas campesinas, de ordenar sus impulsos y de asegurar su participación democrática en el proceso de la revolución nacional.

Sin estos ingredientes históricos, no podría la reforma agraria desempeñar su papel de última instancia: el de operación estratégica destinada a la generación de un sistema de reacción en cadena.

La nacionalización como proceso social en Bolivia

EN el caso de la revolución boliviana, la nacionalización aparecía como una aspiración y como una ideología de masa, proyectada no sólo en la tesis programática de "nacionalización de la gran minería", sino en el común anhelo de una nueva economía de empresas de Estado, un moderno cuadro de servicios asistenciales y una sólida estructura de planeación económica y de control de los factores tradicionales de poder. Los alzamientos militares de los coroneles del Chaco (Toro, Busch y Villarroel), no fueron simples motines de cuarteles, siguiendo la oscura línea de "los golpes latinoamericanos", sino una expresión de esta *ansia de nacionalización y reconquista del Estado*, que ha inspirado la historia de Bolivia a partir de la Guerra del Chaco. Es a través de este enfoque histórico que debe comprenderse el papel, las raíces, la trascendencia social del tema y la estrategia de la nacionalización, como *marco general de las reformas básicas*. Es fundamental, para quien aspire a estudiar sin prejuicios el problema de la revolución boliviana, comprender *los alcances históricos de la nacionalización como un marco estratégico* de las reformas y no sólo como un punto programático —transmitido del Partido de la Izquierda Revolucionaria al Movimiento Nacionalista Revolucionario— limitado a la gran minería del estano. El *programa* de la nacionalización minera fue enunciado desde 1943 por el PIR (Partido de la Izquierda Revolucionaria) como una demanda un tanto académica y sin raíces populares o como pieza convencional de los programas revolucionarios de las décadas del '30 y del '40, no sólo de los partidos comunistas, sino de los movimientos nacionalistas populares (del tipo del APRA peruano) y aun de los partidos populistas de clases medias en Argentina, Chile y Uruguay.

En 1943, la nacionalización era una tesis que sólo expresaba el pensamiento de la inteligencia revolucionaria y de la aristocracia obrera, *por encima* de las masas campesinas, del artesanado, de las clases medias, del disperso proletariado de los talleres, los servicios y las pequeñas empresas de las ciudades señoriales. Sin embargo, en esa misma época, la nacionalización era también una especie de aspiración colectiva y confusa, en busca de expresión ideológica y de adecuada formulación política.

Sin este trasfondo social, no podría explicarse la política petrolera del coronel Toro, ni la política de nacionalización del mercado de divisas del coronel Busch, ni las políticas del coronel Villarroel de creación de empresas estatales de refinación del petróleo, de promoción de un sindicalismo de masas campesinas y obreras y de primera incursión estatal en el recinto amurallado de las haciendas. Semejante hecho sólo puede explicarse por el carácter urbano y la estructura eclesiástica de un tipo de partido revolucionario como el PIR, encapsulado en la rigidez de sus normas y en sus nociones —alienadas— de revolución demócraticoburguesa o de revolución proletaria. En esto consiste el drama y la frustración de este tipo de partidos revolucionarios de corte escolástico marxista-leninista, que realizaron la proeza de formar los primeros cuadros de conducción sindical y política sin poder integrarse en las corrientes de una dispersa movilización popular, ni expresar ideológicamente el sentido de sus aspiraciones, ni comprender el significado de la historia en que estaban participando. El gran problema de todo movimiento revolucionario, consiste en estar metido entre los árboles sin perder la perspectiva del bosque.

El PIR se movió, exclusivamente, dentro del limitadísimo circuito de la sociedad boliviana que tenía y hacía vida política (no más del 3% de la población nacional), participando en la institucionalización de un juego democrático simulado, ornamental y sin autenticidad. Estaba condenado, en consecuencia, a no poder expresar esas corrientes profundas de nacionalización de las masas y a quedar enclaustrado en las pequeñas y cerradas estructuras de la *representación señorial* (clientela de ciudades, de poblados mestizos y de haciendas). De otra parte, su alienación ideológica a la teoría dogmática comunista de la revolución demócraticoburguesa, le impidió comprender la sustancia popular de las nuevas formas del nacionalismo en América Latina, así como la importancia social del campesinado y de su necesaria y activa participación en la reforma agraria y en el proceso de nacionalización. La contrapartida de esta actitud ideológica, fue la sublimación de lo que era en realidad y de lo que podía ser la *burguesía nacional* idealizando el carácter de

la estructura social de Bolivia y comprometiéndose en una alianza política con las viejas clases, en 1946, para el derrocamiento de Villarroel.²² "En la mayoría de los países subdesarrollados —dice Celso Furtado en *Dialéctica do Desenvolvimento*—²³ y este es el caso del Brasil, la sociedad llamada democrática permanece prácticamente cerrada a la participación de la masa campesina. Excluida del derecho de voto por un analfabetismo compulsivo, esa inmensa masa no tenía casi ninguna participación en la vida política del país".

En esto consiste el singularísimo papel histórico del MNR: en su capacidad de expresar esa irrupción de las masas al escenario de la nación —*la rebelión de las masas*— y de canalizar políticamente la movilización de esas fuerzas postergadas e inmersas, en procura de una nueva imagen de esa nación y de una nueva forma histórica y estructural del Estado. Nada le impedía al MNR jugar ese papel de elemento expresivo, ya que desde su formación estaba ligado a las preocupaciones nacionales y al inconformismo intelectual de las élites de clase media. En esta circunstancia histórica, el MNR se transformó, de un limitado movimiento de la pequeña burguesía alzada contra la sociedad tradicional, en un órgano de integración y conducción del proceso revolucionario: primero, porque *expresó* políticamente la tendencia de nacionalización de las masas, en todos los sectores de la sociedad boliviana (campo, minas, ciudades); segundo, porque dio forma ideológica a la aspiración común —común denominador de todas las fuerzas populares— al Estado nacional. Nadie pudo definir, en el MNR, las formas y estructura de ese tipo de Estado (la vieja guardia movimientista no estaba formada para semejante reto ideológico y las nuevas generaciones no habían ganado aún una perspectiva, una experiencia y una teoría de la revolución nacional), pero fueron diseñándose, ideológicamente, las líneas gruesas de esa aspiración nacional sobre la nueva configuración y el nuevo papel del Estado: como órgano de expresión y representación de las nuevas clases, dentro del marco de una democracia abierta; como instrumento de redistribución equitativa de los ingresos y de la abolición del privilegio social; como economía empresarial y estructura de planeación del esfuerzo interno, en una dirección de crecimiento; como órgano de la aspiración al progreso social, por medio de los servicios asistenciales.

Efectuada la revolución de 1952, el punto clave del proceso

²² Es sorprendente el hecho de que el PIR continúe desempeñando el mismo rol histórico, al ser derrocado el Gobierno del MNR en los finales de 1964.

²³ Editora Fundo de Cultura, Rio de Janeiro, 1964, p. 86.

de nacionalización se centró en la capacidad de construir un nuevo poder del Estado (la economía de empresa, el sistema de conducción económica y planeación social, la estructura de finanzas públicas, el cuadro dinámico de servicios asistenciales, las formas de la representación abierta, los órganos políticos) y en la urgencia de fijar el papel de las clases que habían de compartir la conducción del nuevo poder, dentro del marco histórico del movimiento popular. Teóricamente, ese movimiento debió constituirse sobre una base social amplísima y pluralista, comprendiendo desde el campesinado y el movimiento obrero, hasta las clases medias y la burguesía nacional. En la práctica, las clases medias estaban compuestas por muchos estratos heterogéneos —unos reformistas, como los vinculados a las nuevas profesiones científicotécnicas y otros conservadores, como los del funcionariado y las profesiones ligadas al *status* de la sociedad tradicional— y la burguesía no calzaba con la imagen occidental de una clase nueva, enérgica y con sentido empresarial, por cuanto estaba aún recluida en los circuitos tradicionales del comercio y la banca.

El primer problema (el de construcción de un nuevo tipo de Estado, proyectando y trasvasando a él las líneas ideológicas y las aspiraciones de nacionalización de las masas populares), no pudo ser resuelto por el MNR, por incapacidad de transformar las *líneas gruesas* de la orientación revolucionaria en un cuadro maestro de estructuras, de normas, de medios instrumentales destinados a encauzar, hacia unos mismos objetivos estratégicos, la reforma agraria, los servicios asistenciales y de seguridad social, la economía de empresas de Estado (minería del estaño, la plata, el zinc, el tungsteno, el oro; explotación y refinación del petróleo; producción del azúcar y de las carnes faenadas; operación de ferrocarriles y transportes aéreos, etc.). Desde luego, esta operación estratégica no suponía ni perseguía una estatización absoluta de los recursos económicos y de las estructuras de desarrollo social, sino un control estatal de los sectores estratégicos del crecimiento, no sólo con el objeto de condicionar y planificar el uso de los recursos disponibles (tierras, minas, población, técnica, ahorros internos y moneda extranjera), sino de reforzar los elementos y engranajes del nuevo sistema de poder.

La estatización de la gran minería y el monopolio estatal sobre la moneda extranjera, originada en las exportaciones, era el punto clave en el financiamiento de la diversificación minera, la industrialización y la reforma agraria. Este era el punto neurálgico del proceso revolucionario, desde dos puntos de vista:

a) El de la urgencia política de adecuar al Estado al nuevo cuadro de responsabilidades y a la magnitud del proceso de nacionalización; y

b) El de la necesidad de definir la contribución, los alcances y el papel de las clases coaligadas en el proceso de la revolución nacional.

La incapacidad de proyectar la revolución sobre el aparato institucional del Estado y de fijar el *status* político de las clases integradas en el movimiento popular, constituyó el principio de frustración de los grandes objetivos estratégicos del proceso revolucionario. Esta carencia de instrumental, de marco de desarrollo, condujo a un *tratamiento segmentado* y estrecho de cada una de las conquistas revolucionarias (la reforma agraria, la nacionalización minera, la seguridad social, etc.) a una pérdida de la perspectiva del bosque y aun descoyuntamiento progresivo del movimiento popular. Expresiones de este proceso de desgajamiento y dispersión, fueron la ruptura del gobierno y el movimiento obrero (Confederación Obrera Boliviana), el enfrentamiento de Comibol y el proletariado de las minas, el conflicto a tiros entre las milicias sindicales y la hegemonía final de tres subproductos del desvertebrado proceso revolucionario: la burguesía parasitaria —enriquecida en el privilegio político e incapaz de comprender la importancia de la revolución empresarial—, los sectores burocráticos de la clase media (anclados en el partido, el sindicato y la administración pública) y el caudillismo.²⁴ Ni la burguesía que participó activamente en ese pro-

²⁴ El sociólogo ALAIN TOURAINE ha intentado un examen de este tipo de procesos en "Movilidad Social, Relaciones de Clase y Nacionalismo en América Latina", *América Latina*, Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais, N° 1, Río de Janeiro, 1965, p. 42.

"Si no existe un poder revolucionario propiamente dicho, la unidad y la capacidad de evolución de un tal sistema de acción histórica pueden ser aseguradas por un aparato estatal posrevolucionario, que se encarga progresivamente de la transición hacia la segunda etapa de desarrollo mediante la creación de empresas estatales, y luego mediante su propia fusión —por lo menos parcial— con una burguesía nacional. De esta manera, el aparato posrevolucionario mexicano ha podido constituir el marco excepcionalmente sólido en el cual se desarrollan contemporáneamente una burguesía nacional y un movimiento nacionalpopular; la unión y la tensión entre estas dos fuerzas sociales definen sociológicamente la segunda etapa del desarrollo. Al cambiar los presidentes, uno u otro de estos dos elementos pasa al primer plano, pero su unión se halla siempre asegurada dentro del PRI.

Esta solución sólo es posible si la rebelión agraria precede la formación de un sistema político de este tipo. De lo contrario, y a menos de recurrir a la solución revolucionaria, resulta sumamente difícil asegurar la transición hacia la segunda etapa de desarrollo, tal como lo demuestra el

ceso podría calificarse de burguesía nacional; ni el proletariado minero había ganado la conciencia política para aportar una nueva ideología al Estado y para aspirar a una posición hegemónica; ni las clases medias habían podido superar sus conflictos internos y madurar sus nociones de la revolución nacional; ni el campesinado —recién llegado al convulsionado escenario político— podía saltar por encima de las formas primarias de la organización social y crear una nueva estructura de poder, con envergadura suficiente para ejercer presiones y para fijar objetivos a la reforma agraria. En estas condiciones de desequilibrio y confusión, el MNR fue bloqueando sus posibilidades de orientarse hacia una dirección definida, a la manera de los grandes movimientos nacionalistas-populares de América Latina: el encarnado en el PRI mexicano, bajo la conducción de una audaz burguesía incorporada a la estructura del poder revolucionario, una vez quemada la etapa cardenista en que la CTM y el movimiento obrero ocuparon uno de los primeros planos del escenario político; el representado por Acción Democrática de Venezuela, en aplicación de la línea Aprista de hegemonía de las clases medias o el expresado en la línea radical y proletaria del PURS (o PC) de Cuba, una vez que el pluralismo de partidos revolucionarios fue roto por la agresión económica y militar y trasvasadas todas las corrientes dentro del molde marxista-leninista del partido único.

Este proceso de confusión fue haciendo explosiones internas y quebrantando esa *unidad primaria*, fraguada en la aspiración nacionalista y en la mística revolucionaria cuyo impacto perduró tres o cuatro años después de 1952. Las primeras pruebas de esa unidad del movimiento popular fueron la de participación directa de la Central Obrera Boliviana en el Gobierno (Co-Gobierno) y de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros (FSTMB) en la administración de la minería nacionalizada (control obrero con derecho a veto); la de definición de los alcances y métodos operativos de la economía de empresas de Estado en el proceso de industrialización; la de fijación del carácter y los objetivos de la reforma agraria dentro del marco de la nacionalización y el desarrollo; y la de ajuste, severo y estricto, entre dos líneas directrices de la revolución: la distribucionista y la productivista. La revolución significó (como toda revolución en países con masas empobrecidas e insatisfechas), una *explosión de consumos* y una formidable presión sobre

ejemplo boliviano: la rebelión popular, por un lado, y, por el otro, un aparato institucional que se apoya en parte sobre una clase media, tienden a enfrentarse y a anularse mutuamente, frenando de esta manera la capacidad de desarrollo de la sociedad”.

el anacrónico, rudimentario e inflexible aparato productivo. Pero ni la burguesía comprendió la necesidad impostergradable y el papel histórico de la revolución productiva (revolución industrial, revolución agrícola, revolución de los servicios, formación de una nueva clase de empresarios y de un nuevo sistema de empresas de Estado), ni las clases medias estaban en condiciones de superar la mística distribucionista de una justicia social sin desarrollo económico, ni el proletariado podía transformarse en la clase que acaudillara la revolución empresarial, en los tres grandes sectores de la nueva economía boliviana: el estatal, el cooperativo y el privado.

La burguesía prefirió la vía de la simulación industrial, creando aparatos artificiales cuyo verdadero objeto era el de obtención de créditos privilegiados, subvenciones y adjudicaciones de moneda extranjera a tasas oficiales de cambio. La psicología especulativa desvió las corrientes de actividad económica hacia el juego inflacionario de transferencias en un mercado hipertrofiado, hacia la re-exportación de bienes de capital y hacia el comercio clandestino (las exportaciones de ganado en pie se han calculado²⁵ en cerca de 25,000 cabezas anuales), frustrando las posibilidades de crear una estructura empresarial nueva, dentro del marco de una economía industrialista y privada. Semejante proceso de desorden no podría explicarse por la naturaleza misma del fenómeno revolucionario, sino por la incidencia de estos factores:

- a) la carencia de una línea ideológica capaz de definir el sentido de la nacionalización y la reforma agraria y de movilizar, sin reservas, la enorme energía del movimiento popular y del MNR;
- b) la ausencia de un Estado Nacional, apoyado en nuevas estructuras y capaz de expresar una nueva moral, una nueva forma de participación de las masas en la conducción democrática, un nuevo sistema de Derecho (armado sobre el concepto de la revolución proyectada en el sistema de normas), y un nuevo método de manejo de la economía por medio de la planificación y la disciplina del trabajo; y
- c) el creciente desajuste entre el movimiento obrero y los objetivos de la Revolución Nacional.

El proceso de nacionalización de masas

LA experiencia de Bolivia ha demostrado que el problema de la revolución no radica en la instalación pura y simple de una hege-

²⁵ *Cuatro años de Gobierno*, HERNÁN SILES ZUAZO, Mensaje al Congreso Nal., Imp. e. Burillo, La Paz, 1960, p. 33.

monía del proletariado en el movimiento popular y en el Gobierno que encarne sus aspiraciones y su poder, tal como tradicionalmente lo plantean los ideólogos ortodoxos del comunismo latinoamericano:²⁶ el problema es mucho más complejo y profundo, ya que ni el proletariado constituye una clase homogénea en la actual arquitectura social de la América Latina, ni ha de sentirse la gravitación revolucionaria de su poder sino en la medida en que el peso cuantitativo de la masa se transforme en capacidad política, ni podrá concebirse ningún movimiento popular —cuyo destino se enlace a la revolución latinoamericana— que no se construya sobre las reglas de la participación democrática, *sin hegemonía* política del proletariado, ni de la burguesía, ni de las clases medias o campesinas. La insistencia dogmática en la tesis de la hegemonía del proletariado —así como en la que ha transcrito una imagen europea de la burguesía nacional— revela una alienación ideológica y una trasposición formal de los esquemas europeos de las clases y de comportamiento político, de la lucha social y de la revolución.

El primer hecho notable en el proceso revolucionario de Bolivia, ha sido su capacidad dinámica de movilización popular: a través de un sindicalismo que se propagó, explosivamente, a todas las capas laborales de la sociedad boliviana,²⁷ se incorporó a la actividad social y política una enorme masa con aproximadamente las seis décimas partes de la población activa de las ciudades, las minas y los campos. Es probable que las múltiples y dislocadas Centrales Campesinas, enrolen aún a más de medio millón de minifundistas (antiguos colonos, sayañeros, piojaleros, aparceros y arrendatarios, co-

²⁶ Podría citarse, en simple vía de ejemplo, textos como los del argentino VICTORIO CODOVILLA, en "La penetración de las ideas del marxismo-leninismo en la América Latina", *Revista Problemas de la Paz y del Socialismo*, Nº 8, 1964, Bogotá, p. 15; las del uruguayo RODNEY ARISMENDI en "Algunos aspectos actuales del proceso revolucionario en América Latina", *Revista Internacional Nuestra Epoca*, 1964, Nº 10, Santiago de Chile, pp. 11 y 55; o los de ERNESTO VIUDICI, en "El proceso revolucionario en América Latina", *Revista Problemas de la Paz y del Socialismo*, Nº 2, Bogotá, 1965, p. 19, si bien este ideólogo argentino sienta el principio crítico de que "el proletariado no puede ser idealizado. Debe ser estudiado, concretamente en cada país, distinguiendo en él su sector aristocrático y combatiendo la influencia de la ideología burguesa. Esto no rige solamente en los países capitalistas desarrollados. En América Latina, hay sectores de la clase obrera que actúan dentro de los intereses y la influencia no sólo burguesa, sino también imperialista".

²⁷ Proletariado de minas, fábricas y talleres; artesanos; pequeña burguesía de comerciantes y operadores de servicios; funcionariado; profesionistas liberales; inteligencia científicotécnica, comunarios, minifundistas, jornaleros agrícolas, antiguos colonos y aparceros de las haciendas.

munarios y jornaleros agrícolas) y que la concentrada población obrera de las minas, los campos petroleros, las refinerías y las plantas de fundición y tratamiento de minerales, (no menos de 100,000 trabajadores) se asocie, cohesivamente, en más de sus nueve décimas partes, en un sindicalismo de agresiva fisonomía revolucionaria.

El segundo hecho decisivo es el de la frustración de este desmesurado esfuerzo de concentración de masas dentro de las estructuras sindicales, al carecerse de una ideología adecuada al carácter, la problemática y los alcances de la revolución nacional y de consiguiente, al no poder fijarse ni el sentido de la *legalidad revolucionaria*, ni el nuevo *papel* del sindicato en el proceso de la nacionalización, las empresas de Estado y la reforma agraria. Ideológicamente, la COB se inspiró en una Carta de Principios del más ortodoxo internacionalismo proletario —la Carta de Pulacayo— y al enfrentarse a la realidad de un Estado popular que escapaba a su esquema simplificado y pétreo del mundo, se dejó arrastrar a dos posiciones igualmente erróneas: una, de tratamiento de las empresas de Estado —las estructuras de apoyo del proceso de nacionalización— como simples formas patronales y ajenas a la clase obrera; otra, de pragmatismo vacío de principios y de ideales. La primera actitud ideológica, alentaba la oposición y el conflicto, vale decir, el enfrentamiento radical del proletariado minero contra aquel propósito de nacionalización por el que había luchado en 1952; la segunda, estimulaba el conformismo y la reducción de la actividad sindical al plano de las negociaciones salariales.

En este proceso, el sindicalismo podía imponer condiciones, utilizando el tremendo ariete de su poder y la circunstancia de que el Estado no había creado las nuevas estructuras, ni señalado los rumbos de la nueva economía, ni fijado la órbita y el papel de los sindicatos en esta desconocida faena de la revolución nacional. La participación de la COB en el Gobierno (ocupando los Ministerios claves en el manejo de la nacionalización minera, la reforma agraria y la política social), hipertrofió el poder de la Central Obrera y estimuló la prevalencia del pragmatismo oportunista sobre los esquemas ideológicos del radicalismo proletario (trotzkista, anarcosindicalista). El acceso sindical al Estado adoptó la forma de una *participación burocrática* del movimiento obrero en los órganos de Gobierno o en la administración de las grandes empresas y los servicios descentralizados, generándose así los fenómenos de más negativa gravitación en el proceso revolucionario:

a) la frustración del movimiento obrero, como fuerza capaz de promover los grandes cambios estructurales e ideológicos en el Estado Nacional, mientras no ganase la capacidad política de pensar

como clase en sí y de penetrar críticamente en los problemas, condiciones y circunstancias de la sociedad boliviana *tal como ella es* (y no de acuerdo a los modelos ideológicos importados por la inteligencia marxista de la década del '40);

b) la formación de un sistema de caudillismo y de burocracias sindicales, nutridas con el poder, el presupuesto y los medios instrumentales del Gobierno o con los recursos administrativos y financieros de las empresas estatales o de los servicios asistenciales y de seguridad social (Caja de Seguros Sociales);

c) la sustitución del concepto de la legalidad revolucionaria y del nuevo Estado de Derecho (sólo posible en países y clases de elevada madurez política), por el de la indisciplina social y el desconocimiento de las reglas del juego;

d) la frustración del proceso de *integración nacional* de los tres grandes cuerpos sociales segregados: las masas campesinas, el proletariado de las minas y las clases instaladas dentro de los hábitos políticos y las tradiciones institucionales de la sociedad urbana.

NUEVAS CORRIENTES CULTURALES EN EL PERÚ

Por *Luis E. VALCARCEL*

QUIENES visitan el Perú en estos últimos cuatro años quedan sorprendidos por el cambio profundo que se va operando en el país, el cual se hace mucho más visible en Lima, la capital, que ha crecido demográficamente un trescientos por ciento en menos de veinte años.

Asombra la ebullición social que se ha producido y que se manifiesta en todos los aspectos de la cultura: se ha pasado de una sociedad conservadora a otra dinámica en gran forma, con una actividad económica realmente extraordinaria, cuyo índice podría ser el incremento del Presupuesto Nacional que ha sobrepasado los treinta mil millones de soles, cuando hace apenas un cuarto de siglo no llegaba a la sexta parte. El impulso que ha impreso el actual gobierno a la actividad de construcción es único en América. No en vano quien lo dirige es un arquitecto y trabajan junto a él centenares de ingenieros empeñados en levantar una red de comunicaciones que ponga en relación a todos los pueblos del Perú, otra red de canales de irrigación que cubra gran parte del territorio hasta poder triplicar la actual tierra cultivable, una edificación masiva que dará viviendas a más de cien mil familias, la carretera marginal de la selva que unirá las mejores tierras tropicales, uniéndolo a Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú, Paraguay y Argentina. Se está duplicando el número de escolares y de maestros hasta acusar su pliego presupuestal más del veinte por ciento del Presupuesto Nacional. Numerosos colegios particulares y centros de educación técnica proliferan por todo el país. Se descubre en el pueblo una verdadera ansia de aprender. Si la acción del sector público es tan considerable, no es menor la del sector privado que multiplica fábricas, servicios, establecimientos de comercio, hoteles y restaurantes, centros de recreación, residencias de lujo, casas de departamentos de muchos pisos, líneas de aviación, etc. Al evidente florecimiento económico se añade, como una consecuencia lógica, un movimiento artístico y literario de gran alcance, si se consideran

algunas de sus manifestaciones materiales, como el establecimiento de importantes casas editoriales, numerosas librerías, buen éxito de empresas que no hace diez años ofrecían una lamentable debilidad. Hoy se agotan en breve tiempo obras de autores nacionales, algunas de alto costo como la *Historia de la República* por Jorge Basadre o la *Historia Antigua del Perú* de quien esto escribe. Buen número de revistas se mantienen, lo que no ocurría en años anteriores en que su desaparición se producía después de sus primeros números. Hay magazines y revistas de carácter político con tirajes elevados. Se lee muchísimo más en estos días, pese al costo creciente de lo impreso.

Los buenos negocios, las ganancias, no sólo han enriquecido considerablemente a los que ya eran ricos (terratenientes, banqueros, mineros, pesqueros, etc.) sino que el bienestar se ha extendido a la clase media que compite muchas veces en gastos superfluos con las altas clases. La clase popular (media baja y proletaria) también alcanza su parte alícuota gracias a jornales de cierto monto en las industrias, la minería, la pesquería y el petróleo. En pleno esplendor pesquero, fue increíble el despilfarro de los obreros.

Felizmente, se ha propagado en favor del ahorro y del cooperativismo, con resultados ostensibles. Son muchos miles de millones que recogen las llamadas "Mutuales" que en parte los aplican a la construcción de viviendas populares o de edificios de renta. Los intereses que abonan ciertos Bancos como el Hipotecario o el de la Industria de la Construcción ha desviado hacia ellos la corriente ahorrista, con desmedro de la banca comercial. Al panorama económico aquí trazado habría que agregar, como ligera sombra, un cierto desequilibrio fiscal momentáneo, susceptible de ser salvado con una reforma tributaria que haga pagar más a quienes más tienen, pues el encarecimiento de la vida, no hay duda, que en parte se debe a nuestro régimen preferencial de impuestos indirectos, herencia de los regímenes políticos de los grupos de poder que logran burlar toda fiscalización porque tenían el gobierno en las manos o en las de sus dependientes con o sin uniforme. Ultimamente se ha descubierto que un gran número de rentistas escapaban al pago del impuesto que debían pagar, por deliberada ocultación de sus verdaderas ganancias, mediante el conocido juego de la doble contabilidad. Una severa política de control y una adecuada legislación de justicia tributaria pueden librar al país de todo peligro de crisis fiscal.

La infraestructura que se está levantando permitirá que el Perú "despegue" en pocos años. Lo que nos interesa dar a conocer es la acentuación de la corriente "peruanista". Parece increíble, pero es

cierto: los peruanos padecíamos de un complejo de inferioridad: habíamos sufrido una dolorosa derrota en la guerra, con desmembración de nuestro territorio, primero; padecimos después de una inestabilidad política casi crónica. Una y otra cosa engendraron un sentimiento de sujeción a lo extranjero. En lo político y económico éramos adláteres, servidores, de los países poderosos. Dependíamos económicamente de ellos, eran nuestros únicos compradores. Dedicados a sólo producir materias primas, teníamos que conformarnos con los precios que nos imponían y debíamos hacer lo mismo con los de las especies que les adquiríamos. Enteramente a su merced. Por esta razón el Perú, hasta el presente régimen, se distinguió por su obsecuencia a cierta política de tipo imperialista. Si en lo exterior tal era nuestra situación, en lo interior teníamos que sufrir otras imposiciones no menos nocivas: se firmaban contratos altamente onerosos, se hacían concesiones desfavorables al interés del país, etc. Contra esta situación vergonzante se ha reaccionado y el Perú sigue en el exterior su propia política, en absoluto ejercicio de su autonomía, y en el orden interno, comienza a enderezarse el derecho del Perú, como en el caso de los yacimientos de petróleo explotados por una filial de la Standard Oil, sin base legal alguna y en contradicción con las más elementales condiciones que se establecen en materia petrolera. El actual régimen ha reivindicado tales yacimientos y se apresta a utilizar en beneficio del país su riqueza irremplazable.

Esta actitud gubernamental ha tenido su complemento con la fuerte corriente "peruanista" que está animando todas las actividades espirituales y materiales. Se tiene ahora una conciencia nítida de lo que es el Perú, y este descubrimiento se debe a la incansable labor no de los políticos ni de los economistas sino a la de los antropólogos, los novelistas, los poetas, los pintores, los músicos, los artistas populares, el periodismo y las universidades.

Fueron los maestros y alumnos de las ciencias antropológicas quienes se pusieron en contacto íntimo con los pueblos humildes, con las comunidades de indígenas, con las tribus amazónicas, con las bajas clases de las ciudades, con esta gran mayoría de peruanos puesta al margen de la vida nacional, por obra de una centralización absorbente sostenida por un núcleo oligárquico de grandes agricultores, comerciantes y banqueros que dominaron el gobierno desde los primeros tiempos de nuestra vida independiente.

A esa gente no sólo no le interesaba sino que sentía gran desprecio por el resto de la población blanca, india, negra o mestiza. Fueron unas cuantas familias estrechamente emparentadas por alianzas matrimoniales las que disponían de la suerte del Perú. Se habían

apoderado de todos los resortes del poder, no sólo económico, sino intelectual, porque los órganos periodísticos, las universidades, las academias habían sido copadas por sus pseudodirigentes "doctores". No se tenía acceso al conocimiento de nuestro propio pueblo. Los villorrios andinos, las caletas costeñas, los puestos amazónicos estaban absolutamente aislados.

El actual Presidente del Perú, arquitecto Fernando Belaúnde Terry que, siendo candidato, había recorrido todo el Perú, "pueblo por pueblo", expresó en su primer mensaje del 28 de julio de 1963 que "los últimos serán los primeros", durante su régimen, y así ha sido. Es el primer gobernante peruano que trata de seguir las enseñanzas del viejo Imperio de los Incas, cuando restablece la institución básica de aquel Imperio: la cooperación popular para las obras de bien común. Jamás se soñó que los millones de indios peruanos olvidados en los riscos de la cordillera merecieran tan profunda y sincera atención, verificada en tantas históricas oportunidades, como cuando el propio Jefe del Estado inaugura en un territorio lejano una carretera que él sabe que ha sido construida con el esfuerzo gratuito de aquellas modestas gentes, bajo la dirección técnica de un ingeniero del Estado. En lugar de que se cuelgue o se clave en el camino la consabida placa de reconocimiento al gobernante X, la placa lleva estas escuetas palabras: "El pueblo la hizo".

Los antropólogos hicieron mucho por dar a conocer a cada pueblo en sus características y en sus necesidades y no se limitaron a la mera investigación (Antropología Cultural) sino que contribuyeron a mejorar las condiciones de vida del grupo estudiado (Antropología Aplicada).

Ahora se realizan tareas en gran escala. Con un capital de un mil millones de soles se trata de promover el desarrollo de siete áreas en que predomina la población aborigen, reunida en sus tradicionales comunidades que el gobierno anterior insinuó se podían disolver...

Las comunidades son las grandes proveedoras de alimentos de las poblaciones grandes y pequeñas, porque sólo cultivan ese género de plantas, no las de negocio de exportación como el algodón o la caña de azúcar. Más de cinco mil comunidades, según lo han demostrado los antropólogos, pueden resolver el grave problema de la subproducción alimenticia que hoy se alivia con la importación de grandes cantidades de trigo, carne, grasas, leche, etc., con el correspondiente cuantioso gasto de divisas.

Los antropólogos han estudiado problemas tan serios como las migraciones: el éxodo de campesinos a las ciudades. Han investigado también lo que ocurre con el campesino inmerso en el laberinto

urbano, su desadaptación, las psicosis, la criminalidad, la rápida propagación tuberculosa, la desmoralización, la prostitución y todos los males de la vida "civilizada".

Felizmente el aborigen es de una fortaleza sorprendente física y espiritual. Llega a Lima, se posesiona de un pedazo de tierra baldía, levanta una choza y se pone a trabajar empeñosamente como peón en las construcciones urbanas o como pequeño negociante en comestibles. A los pocos años, este inmigrante serrano consigue transformar su choza de paja, en vivienda sólida de ladrillo y cemento. Las llamadas agrupaciones marginales o barriadas se están convirtiendo rápidamente en ciudades satélites, como sucede con Ciudad de Dios, la primera que surgió, San Cosme, el Agustino, pero sobre todo Comas, con 300,000 habitantes o San Martín de Porres con cerca de 200,000. La acción municipal se ha dirigido a la remodelación de estos poblados, abriendo grandes avenidas y anchas calles. Viven, pues, en Lima, la orgullosa capital criolla, encerrada en su tradición hispánica, con sus marqueses y condes que seguían ostentando sus signos heráldicos, no menos de seiscientas mil personas salidas de las comunidades y de los poblezueros de la Sierra, las cuales han revolucionado la vida urbana, extendiéndola enormemente y obligando a la pseudoaristocracia a trasladarse a lugares lejanos de Lima, como Monterrico, La Molina y demás zonas residenciales exclusivas. Los indígenas, acomodándose al cambio de modos de vida, conservan sin embargo mucho de su bagaje cultural y no se separan del todo de su terruño, al cual vuelven para la cosecha en su pequeño fundo o para el santo patrono del pueblo. Millares de clubes sociales y deportivos han constituido en Lima con el nombre de su lugar de origen. Aparte de celebrar sus diversiones dentro de sus hogares y con la concurrencia de sus amigos y parientes, concurren a bailes en sus clubes y a espectáculos propios que se ofrecen en los denominados coliseos, donde se ejecuta música indígena y regional, con canto y danza y números humorísticos, todo en su idioma materno, el quechua. Viene a ser Lima el centro en que mayor número de personas hablan este idioma y donde, es sorprendente, millares de personas están aprendiendo en escuelas y academias especiales el idioma de los Incas.

La actividad antropológica se ha incrementado en estos dos últimos años: aparte del Departamento que existía en San Marcos, la universidad mayor, desde 1946, se han establecido otros en la Universidad Católica de Lima y aun en las universidades técnicas como la de Agronomía y de Ingeniería se ha implantado el estudio de ciencias antropológicas; principalmente en la primera en que existe una Facultad de Ciencias Sociales. En la Universidad de Me-

dicina y Ciencias Biológicas y en las otras universidades de Lima y de provincias ocurre otro tanto. Hay demanda de antropólogos no sólo para la enseñanza sino para la Reforma Agraria, la Junta Nacional de la Vivienda, los ministerios de Trabajo y Comunidades, de Educación Pública y de Salud y Asistencia Social.

Los grandes proyectos de desarrollo como los que patrocinan la Organización Internacional del Trabajo, las Naciones Unidas, la OEA, etc., también ocupan a antropólogos, los cuales han constituido una Asociación Nacional. En el Instituto Nacional de Planificación, en el Centro de Investigaciones Sociales por muestreo, en el Centro de Investigaciones Sociológicas, Políticas, Económicas y Antropológicas, en el Instituto Indigenista Peruano, en el Instituto de Desarrollo Comunitario, en la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo, en el Programa Interamericano de Planeamiento Urbano y Regional, en el Plan de Desarrollo Metropolitano, en el Servicio del Empleo y Recursos Humanos, participan en sus labores graduados y egresados de Antropología y Sociología, pero, es, entre todos, el que ofrece un carácter muy particular el Instituto de Estudios Peruanos que entra a su tercer año de existencia realizando su finalidad primordial: el estudio de la realidad nacional y sus grandes problemas. En este interesante núcleo se han unido antropólogos, sociólogos, economistas, historiadores, etnohistoriadores, lingüistas, filósofos, arqueólogos, con el propósito de realizar investigaciones multidisciplinarias. Tiene, entre otros proyectos en realización, uno relativo al cambio cultural en treinta comunidades campesinas escogidas entre todas las del país. Otro proyecto importante es el que lleva por título: "Gran empresa y pequeño país", que es una investigación económica de enorme trascendencia para descubrir el secreto engranaje de esa relación que en tanto compromete la soberanía de los países en desarrollo. Es considerable la multiplicación de los medios de comunicación: Lima cuenta con seis estaciones de TV, más de cuarenta centrales de radio, ocho diarios, que irradian hacia todo el país, fuera de innumerables publicaciones periódicas o eventuales, muchas ediciones de poesía, historia, literatura, ciencias, muchas revistas especializadas dentro y fuera de las universidades. Conferencias se realizan diariamente, así como funciones teatrales de más de quince grupos de aficionados, debates, mesas redondas, congresos nacionales, interamericanos e internacionales, siendo estos dos últimos los más frecuentes gracias a la posición central de Lima con relación a todas las compañías aeronáuticas, más de veinte, que ponen a esta ciudad a pocas horas de Nueva York, de Buenos Aires, de París o de Francfort. Este movimiento

internacional unido al del turismo creciente abarrotan los hoteles de Lima, proyectándose ya la construcción de otros nuevos.

Las exposiciones de pintura y escultura en diez galerías de arte y los conciertos sinfónicos y las funciones de ballet hacen presentes las actualidades artísticas del mundo occidental y de aquel de la ya desmoronada "cortina de hierro". (Acaba de darse un decreto supremo autorizando el comercio con los países del oriente de Europa, con quienes se había prohibido toda relación en tiempos de la dictadura de 1948 a 1956, manteniéndose hasta fecha tan reciente).

El aprecio considerable que han alcanzado las obras de arte precolombino y de arte popular viene a reforzar el sentido "peruanista" de la corriente cultural que comentamos.

No hay hogar de Lima que no luzca una especie de esas artes y hasta los industriales adoptan símbolos incaicos para sus marcas de fábrica, aparte de que los diseños y los dibujos de telas de vestidos y de suntuaria copian los motivos del arte peruano para ser difundidos por el mundo entero. La cinematografía y la fotografía van contribuyendo a la difusión de aspectos naturales y humanos del Perú, no sólo en documentales sino en filmes de largo metraje, algunos de los cuales han obtenido notable éxito en las bienales. Asistimos, pues, a una nueva época en que el país toma conciencia de sí y procede con acierto al escoger el recto camino hacia su independencia, justicia y libertad, orgulloso de su pasado precolombino y optimista, como el que más, por su futuro, dentro de la gran familia latinoamericana.

ESPAÑA 67

EL DELITO DOLOSO

Por *Manuel DE LA ESCALERA*

LA pista corre veloz; ya estamos en el aire. Hay pueblos fugaces que huyen como liebres y a poco todo es geografía, orografía. Las poblaciones son ahora esqueletos de animales geométricos, que, al centellear con el sol, parecen metálicos. El hombre y sus vehículos han desaparecido. Pronto también las poblaciones. Sólo queda una tierra cuarteada, hendida, rugosa, recosida. ¿España? ¿Portugal? A estas alturas ya no existe la geografía política. Sólo la piel del toro ibérico. Así se hubiera visto también Iberia, desde diez mil metros de altura, en la era fenicia, romana, visigótica o árabe.

De pronto una línea tajante de espumas. La piel de toro se aleja como una plataforma, huye, va quedando atrás, y empieza la inmensidad azul. ¿Qué es lo que uno siente? ¿La sangre que se agolpa con la ascensión? No, son las lágrimas que se agolpan. Ya todo es azul entre velos, ya no hay tierra. Pero... sí, un barco y, en él, ¡hombres!

Es el momento del viaje en que se agolpan también los recuerdos. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué ha quedado atrás esa plataforma rugosa, donde al hombre le es dado posar la planta? Esa tierra ensangrentada que pasó y se fue bajo las alas, no es la península de los iberos, los celtas, fenicios, romanos, visigodos o árabes; sino el reino de dos hombres sin corona: Oliveira Salazar y Francisco Franco.

Sobre un mar de nubes, a cientos de millas de España, abro el *Ya* del 3 de febrero, que acabo de comprar en el aeropuerto, y leo: "Alborotos callejeros en Barcelona provocados por los estudiantes". En un recuadro, un suelto titulado: "Lo primero el orden". Así se comunica el cierre de la Universidad por tres días y de la Facultad de Ciencias Políticas indefinidamente. Otro artículo: "Es grave la reforma del código penal".

Dejo *Ya* para abrir en pleno Atlántico el *ABC*. En la portada una foto tomada en el campus, donde unos estudiantes se parapetan tras una estatua. Ellos en primer término, la policía al fondo. Al

pie, "Espectáculo bochornoso". Pero en las primeras páginas la foto del reportero gráfico del periódico a quien Yagues golpeó personalmente en la Dirección de Seguridad. Leo también: "Intento de manifestación en la calle de la Princesa". El Ministerio Fiscal se quejaba contra el diario *Madrid*. "Un estudiante (Rafael Guijarro) se tira por la ventana de su casa (6º piso) al irrumpir la policía en su domicilio a las tres de la mañana".

Reviviendo en la realidad del recuerdo mis últimos días en España, ese mar de nubes sobre el cual volamos me trae a la memoria la confusión en que me encontré. ¿Qué debía hacer? ¿Irme? ¿Quedarme?

Fui a consultar con el letrado Nº 1.

Se hallaba al corriente de mi caso. Con anterioridad, tuve una larga entrevista con él. Pero ahora, de pronto, no me reconoció. Acababa de llegar de la calle y tenía aspecto de gran fatiga.

—¡Ah, es usted! Espere un momento.

Es un hombre alto, aristocrático, saturnino, generoso. Su clientela es popular y él casi nunca cobra. (Mis consultas fueron tan baratas, con éste y con los demás letrados, que uno diría que en España la abogacía está socializada. Pero no, es la solidaridad de los abogados perseguidos con los clientes también perseguidos).

En la sala de espera están los familiares de unos chicos que mataron a un viejo el día de Nochebuena. ¿Por qué se han dirigido a este abogado, cuando el caso no roza para nada la política? También encuentro a un amigo ex preso que tiene un litigio por un terreno con el Ayuntamiento y hay otro señor cuyo caso ignoro, pero que, según dijo, venía a consultar como amigo.

—Ya podía haberse muerto antes ese viejo —dijo uno de los familiares de los chicos—. Andar por la calle a las cuatro de la mañana con sus ochenta años.

Ninguno de los presentes hizo el menor comentario. A poco la puerta se abrió y entraron los familiares de los chicos.

El señor, cuyo caso ignoro, dijo entonces:

—Les parece mal que el viejo anduviera por la calle a las cuatro de la mañana. Pero ¿y los chicos que tenían 13 ó 14 años?

—Era Nochebuena —recuerdo yo.

—Sí, la Nochebuena es para todos —reconoció el primero.

Mi amigo se había puesto a explicarme detalladamente el litigio por el terreno, cuando a poco me llaman y entro.

El letrado Nº 1 acababa de llegar de Valencia en coche, sufrió un vuelco en la carretera y no había dormido la noche anterior, según me explica.

Toma entre las manos el cuerpo del delito, mi libro de tapas

ensangrentadas y lo hojea unos momentos. Luego lo cierra de golpe, como si ya hubiera leído bastante.

—Pueden juzgarle por lo militar —dice—. Hay ataques contra los tribunales militares. Si le juzgan ellos, la defensa sería nula; en 20 minutos quedaría vista la causa.

—Pero hay más que eso —le recuerdo—. Salí indultado al cumplir 20 años de prisión ininterrumpida y el indulto podría ser anulado.

—¿Tiene la notificación del indulto?

Le tiendo un par de hojas delgadas, mecanografiadas. Las lee. Luego, con gesto de enorme cansancio, echa una mano hacia atrás y, sin mirar, toma de la estantería a sus espaldas un gran tomo: el anuario correspondiente al año '61, para leer el texto íntegro del indulto.

—Dice que "de incurrir en delito doloso dentro del plazo que marca la ley...".

—¿Y cuál es el plazo que marca la ley? —pregunto.

Consulta otro libro, el Código Penal, sin duda.

—Son diez años y, como ha salido de la cárcel el '62, no lleva ni cinco en libertad; le alcanza de lleno.

—¿Y qué puedo hacer?

—¿Tiene pasaporte?

—Sí.

—Lárguese de España.

—Pero...

—No puedo aconsejarle otra cosa, con sus 23 años de cárcel.

Le doy las gracias y salgo. La salita de espera sigue llena de clientela popular y gratuita. Compadezco al letrado insomne y rendido de cansancio.

Este hombre, dije para mí, es magnífico. Pero se hallaba en un momento poco propicio para aconsejar serenamente. En uno de esos momentos en que uno ve todo negro. Consultaré con otro.

El letrado N^o 2 defendió sin éxito una causa de celebridad mundial. Digo sin éxito, porque a su cliente lo fusilaron. También él estuvo preso y la policía lo visita con tanta frecuencia como sus clientes. Grueso, cetrino, cordial, respira optimismo o cuando menos lo infunde.

Leyó detenidamente unas páginas del libro y dijo:

—Es bueno.

—Pero, ¿tribunal militar?

—No. Hay ataques a los jueces militares, pero todo ataque contra las instituciones es sancionado por la Ley de Orden Público. Tribunal civil por lo tanto.

—¿Y el indulto? En la notificación dice que quedará sin efecto en caso de delito doloso.

—Un indulto es un indulto. Dirán lo que quieran, pero la gracia es irrevocable.

—En ese caso...

—No le aconsejo que se vaya, al menos por ahora. Podría ir pensando, sin embargo, en algún refugio, en alguna Embajada amiga, por ejemplo, para el caso de que...

—No sé de ninguna. Eso era corriente en tiempos de la República. Pero ahora...

—En fin, creo que no debe preocuparle. Le pondrán por el libro un año o dos y con los indultos...

—Recuerde que a mí no me alcanzan. Soy reiterante, reincidente...

—Sí, es cierto, pero, en fin, se publican muchos libros contra el régimen en el extranjero y sus autores entran y salen de España. ¡Paquito! ¡Paquito! ¿Dónde estás?

Nadie responde y el abogado, el amigo que me acompaña y yo nos asomamos a la puerta. En el fondo del pasillo había un niño inmóvil.

—Paquito, ven, no tengas miedo de estos señores. No es la poli—. Y a nosotros: —Cuando ve entrar dos hombres desconocidos cree siempre que es la policía. ¡Ven Paquito!

El niño no se mueve.

Letrado N^o 3. Me lo encuentro en la calle. Amigo también, joven, despierto, sin ceremonias.

—Leí el libro. Literariamente es...

—Sí, pero ¿desde el punto de vista jurídico?

—Se han publicado libros en el extranjero cuyos autores vienen a España.

—¿Y el caso de Sánchez Ferlosio? ¿Y el de...?

—Sí, hay excepciones. Realmente uno no puede saber nunca. Pero te juzgarán por la ley de Orden Público, te pondrán un año. la prensa extranjera hablará mucho y ya tienes hecha la propaganda del libro.

—¿Y si anulan el indulto?

—Todo depende de los trámites. Acaso se les pase por alto. Pero, si el tribunal de Orden Público lo comunica a Capitanía, la anulación será inmediata. De todos modos creo que tendrías tiempo para huir.

Aunque no había tomado una decisión definitiva, inicié los preparativos para largarme, caso de que la cosa se pusiera fea. Un editor me debía dinero. Era católico, de la oposición, y le hablé

con toda franqueza. El me pagó en el acto y además me dio un consejo.

—No decida nada hasta hablar con X. Vaya y dígame que va de mi parte.

Llamé por teléfono.

—¿El bufete de don...? Deseaba verle, consultar con él.

—¿De qué asunto se trata?

—De un posible delito de imprenta.

—Un momento (larga pausa). ¿Quién le aconsejó que se dirigiera a nosotros?

—Trabajo para la editorial S. y el Sr... .

—Venga enseguida. Bueno, mañana a las 6 de la tarde.

El letrado N° 4 vive en el barrio de Salamanca, en una mansión señorial. Sala de espera con vitrinas, dorados, mármoles y cornucopias. Hay otro señor que espera también. Pero transcurre media hora sin que crucemos una palabra. Aparece un pasante en la puerta y pasa el señor. Entonces se oye en la habitación contigua una voz pastosa, segura, una voz habituada a los discursos, acostumbrada a que la oigan con atención.

Entran dos señores que se sientan muy próximos para conversar, sin saludarme. Para ellos soy un mueble más.

—Mi opinión —dice uno— es que debemos ir al grano. Y el grano es lo del lunes. Todo lo demás, para mí, paja.

—Pero ¿no crees que Manolo...?

—A Manolo le gusta mucho la política, los sindicatos... paja. Creeme. Además supongo que accederá a la comisión.

No entiendo nada. Es un lenguaje correcto, incoloro y ambiguo que hace para ellos las veces del argot para el hampa. La conversación podría durar una hora sin que yo, o cualquiera otro oyente indiscreto, supiese de que se trataba.

Me levanto y voy al balcón. Tras los vidrios y la balaustrada, donde hay sujeta una palma de Domingo de Ramos, al otro lado de la calle, veo, seminevado, el jardín de la casa de Juan March. Empieza a oscurecer.

Vuelvo a sentarme. Los dos hombres siguen hablando en su lenguaje ininteligible, hecho de alusiones. Pasa otra media hora y vuelvo de nuevo a mirar por la vidriera. Ahora la oscuridad es total y sólo blanquean en ella los parches de la nevada en el jardín del multimillonario.

Se abre la puerta y me llaman.

—¿El señor...?

Despacho de proporciones impresionantes. El letrado N° 4 es hombre distinguido, atildado, viste traje color marengo. (Algunos

condiscípulos, de joven, le llamaban el efebo). Ocupó con el franquismo uno de los cargos más altos posibles en un régimen unipersonal. En su acogida cortés hay mucho de recelo. Quiere ver mis documentos y el libro de que le hablo. Mientras lo hojea apunto:

—No es un libro rencoroso. Pero...

—Así será, si usted lo dice. Pero yo estoy viendo...

—Después de 23 años de cárcel no se puede escribir una novela rosa.

—Comprendo, comprendo.

Desde este momento ya sólo le veo de perfil.

—¿Tiene pasaporte?

—Sí.

—Creo que debe ir pensando en marcharse. Pero no puedo decirle nada definitivo hasta que lea íntegramente el libro. Venga pasado mañana a esta misma hora.

Esto ocurrió el 26 de enero. El siguiente, el 27, era la jornada de protesta, el día señalado por las Comisiones Obreras para protestar contra el régimen. Ese día nadie debía de tomar ni autobuses, ni tranvías, ni metro o taxis, a partir de las tres de la tarde.

Estaba citado con el asesor literario de una editorial. Iba a devolverle el libro que me dio para traducir. No quería comprometerme a hacer ese trabajo, estando con el pie en la pasarela del avión.

Recibió la noticia sin extrañeza. Se hizo cargo en el acto de la situación. Es profesor auxiliar de la Universidad y estaba bajo la fuerte impresión de lo que había presenciado aquella mañana. Los estudiantes, sumándose al día de la protesta, levantaron una barricada y la policía intervino brutalmente.

—Se avecina una dura represión —me dice—. Los partidarios de la apertura están perdiendo terreno en el gobierno. La reforma del código agrava las penas de imprenta. Su libro no lo podrá leer nadie en España. Y ande con cuidado.

Eran las cuatro cuando regresé. Andando. Vi pasar tranvías con poca gente. Tres kilómetros a pie hasta mi escondrijo, el estudio de un amigo. Allí esperé noticias sobre el desarrollo de la jornada de protesta. No era discreto usar el teléfono, pero horas después llegaron dos amigos. Habían recorrido en coche particular buena parte de la capital. Los puntos de concentración para manifestarse eran seis, con el fin de disgregar a la policía. Pues aunque la policía en España es muy numerosa, siempre la superará en número la oposición. La opinión de los dos era que la jornada había tenido un franco éxito. A las once llegó otro amigo con informes más amplios. Se calculaba en 100,000 el número de los obreros que se

movilizaron. El cinturón rojo de Madrid es de 170,000 y abarca Barajas, Vicálvaro, Canillejas, Villaverde, Getafe... Sólo se rompe por el lado de la Ciudad Universitaria y el Pardo, acaso para que las sirenas fabriles no perturben las meditaciones del Caudillo. La Standard tiene 13,000 obreros, Barreiros 12,000, la Parkings, Marconni y otras, de 5,000 a 7,000. La presión de este cinturón está cambiando la fisonomía, el ambiente de Madrid, más de lo que ha cambiado a París el suyo, que ha sido bastante.

(Las diez de la noche, hora española. Sigue el sol en el poniente, iluminando el mar de nubes sobre el cual bogamos).

Por la mañana amplí la información, en parte por la prensa misma y en parte por conductos extraoficiales. El *ABC* publicó solapadamente el anuncio de la jornada de protesta, reproduciendo en primera plana la página de "L'Humanité" en que se anunciaba, y, como el fotograbado resultaba difícil de leer, transcribía el texto en cursiva. Por supuesto, al pie decía, como siempre: "Maniobra comunista". La policía y sus jefes se habían vengado de esta treta del *ABC* en uno de sus reporteros gráficos descalabrándolo. Extraoficialmente se supo que los corresponsales de United Press, Reuter y France-Press, a pesar de exhibir su carnet, fueron golpeados también. Se dice que Camilo Alonso Vega (Camulo) y Mínguez, de la policía social, llevan tres noches sin dormir, el segundo en estado de histeria. En las carreteras la guardia civil interceptaba el paso a los obreros y en las entradas de Madrid, la policía armada. Siete guardias fueron arrestados por falta de celo. Y el 28, *ABC* califica de inexacta la información dada sobre el día de la protesta por la agencia oficial franquista CIFRA.

(A través del mar de nubes se vislumbra la noche en la Tierra, o mejor dicho, en el mar. Pero aún sigue el sol en el poniente).

A las seis vuelvo a casa del letrado N° 4.

Ahora me toca esperar con un sacerdote. Debe ser hombre expeditivo y de mal genio. Había dejado un momento sobre mis rodillas el periódico que leía y me lo arrebató sin pedir permiso. Se puso a leer con la pierna cruzada y mostrando los pantalones bajo la sotana. Luego, como la espera se alargaba, se puso en pie y paseó a grandes pasos. Temí que tropezara con alguna columnilla de alabastro y que derribara algún bibelot. Pero apareció el pasante y el sacerdote, dejando bruscamente el periódico y los paseos, adoptó una actitud circunspecta, casi servil.

Pasó. Ahora la voz del otro lado, la voz que había resonado tanto en aulas universitarias, en consejos de ministros, y en salas conciliares. se dejó oír con largas pausas,

Paseando los ojos por el aposento, en busca de algo que atrajera mi atención, fui a fijarlos en un retrato, lujosamente enmarcado de un señor que viste uniforme de ministro y se toca con el bicornio correspondiente. ¿El padre, el abuelo del letrado?

La consulta del sacerdote no fue larga. Al entrar yo al despacho se deshacía aún en reverencias y agradecimientos serviles.

—Que Dios se lo pague don... Que Dios se lo pague!

Al quedar solos, el letrado adoptó una actitud más resuelta.

—Hemos leído el libro (¿Hemos? ¿Quiénes? ¿Un pasante acaso?). Y mi consejo no puede ser otro. ¡Váyase! ¡Lo antes posible!

—Pero...

—Hay en el libro tres o cuatro puntos que caen de lleno en la ley de Orden Público. Le pondrán una condena de un año. Pero automáticamente el indulto quedará anulado y como la condena que tenía era de 45 años de prisión y sólo ha cumplido 20, tendría que volver a la cárcel y pasarse allí otros 25 años.

—Me habían dicho que la gracia del indulto era irrevocable.

—Es un indulto condicionado y se hace constar la condición.

—Perdone, señor. Acaso nadie mejor que usted para aconsejarme sobre cierto punto. Entiendo que para anular el indulto ha de demostrarse que cometí delito doloso y esto requiere un juicio civil. ¿No cree que entonces sería tiempo de decidir?

—No le aconsejo que retrase su marcha. Quizás, como usted dice, el juzgado rutinariamente le reclame con un exhorto y entonces tendría aún tiempo de tomar el tren o el avión. Pero lo más probable es que el trámite sea otro y, dados sus antecedentes, sea la policía quien se persone. El arresto sería inmediato. Por supuesto, esto se lo sugiero como amigo, con carácter estrictamente confidencial. Como abogado...

¿Qué hay en su actitud? ¿Recelo, temor a comprometerse? Ha leído mis testimonios de condena y recuerda acaso que, mientras yo estaba en la cárcel o condenado a muerte, él se sentaba en la mesa del consejo del Caudillo. Precipita la despedida. Al fin y al cabo soy un fugitivo, un ex presidiario. Pero me tiende la mano.

—Se lo aconsejo como amigo. Buena suerte. ¿Dejó por aquí su abrigo?

(11 de la noche, hora española. El mar de nubes se va volviendo de un blanco sucio y el mar verdadero de tinta. Sigue en el horizonte el oro crepuscular y el cielo de un azul purísimo).

—¿Sus honorarios, señor?

El letrado N° 4 tiene fama de no cobrar a los obreros, a los pobres (entre los cuales me encuentro) y a los perseguidos (*idem*).

Mas "para no humillar a nadie", suele aceptar una peseta. La llevo preparada, pero me dice:

—No me debe nada, amigo. Buena suerte.

(11.30 hora española. El arrebol del poniente es ya una línea de brasas. 11.35: el rayo verde del crepúsculo. El cielo sigue azul, pero la noche avanza más veloz que el avión. El mar de nubes se vuelve de un verde parduzco, aunque el cielo azulea. Oscurece a cola y brilla el sol de proa).

Picnso: ¡qué corazón tan grande han de tener los hombres con dos patrias tan distintas! De un lado la piel de toro recosida, ensangrentada esa tierra parida, soterrada, siglo tras siglo, muerta y resucitada. Del otro, la tierra inmensa, acogedora, en forma de cuerno de la abundancia hacia la que voy volando.

(En medio del mar de nubes, brilla una luz. ¿Barco, avión, faro? Venus resplandece en el firmamento como una gema y en el horizonte aparece una línea de luces artificiales: la costa de América).

LOS EVANGÉLICOS CONTRA EL IMPERIALISMO

Por Octavio RODRIGUEZ ARAUJO

Cristianismo y sociedad, Julio de Santa Ana, Junta Latino Americana de Iglesia y Sociedad, Montevideo, Uruguay, cuatrimestral, año V, Nº 13, 1967, 135 p., primera entrega.

CONTENIDO: Editorial — Pablo Franco, "La influencia de los Estados Unidos en América Latina", pp. 5-40; I.—"Mecanismos de influencia de los Estados Unidos a nivel Económico", pp. 42-81; II.—"Influencia de Estados Unidos a nivel político", pp. 82-96; III.—"Mecanismos de influencia de Estados Unidos a nivel cultural", pp. 98-107; Apéndice: "Un caso de influencia económica estadounidense" (Argentina), pp. 108-122; Cuadros estadísticos, pp. 123-127; Libros (reseña de...), pp. 128-135.

EN Huampaní (Lima, Perú) se llevó a cabo la Primera Consulta Latinoamericana de Iglesia y Sociedad. Evangélicos de todo el continente se reunieron en julio de 1961 para considerar el importante problema implícito en la rápida transformación social no sólo de América sino del mundo entero. La principal significación de esta Primera Consulta fue la "toma de conciencia" del profundo significado de la Revolución Latinoamericana.

De Huampaní surgió un interesante movimiento que adoptó el nombre de "Iglesia y Sociedad en América Latina" (ISAL), que, a partir de su constitución, en febrero de 1962, y de estudios previos, llegaron a la conclusión que la Iglesia, como una expresión más de las leyes del cambio social, tenía que salir de la situación de estancamiento en que se encontraba. Sólo así podría interpretar la naturaleza y el significado de la revolución social que viven nuestros países.

"La revolución social —dicen los evangélicos¹— es también la revolución de la Iglesia. El impulso que busca transformar las estructuras de la sociedad para crear nuevas formas de convivencia, condiciones que den al hombre nuevas oportunidades de 'humanización', es el mismo impulso que orienta y determina el sentido actual de la misión de la Iglesia".

¹ Iglesia y Sociedad en América Latina. *América hoy, acción de Dios y responsabilidad del hombre*, Uruguay, ISAL, 1966. 132 pp., p. 17.

Es precisamente esta preocupación y no otra la que dio contenido a la actividad de Iglesia y Sociedad desde su fundación hasta enero de 1966. Con el objeto de encontrar respuestas a la problemática planteada por la pugna entre los defensores del *statu quo* y los movimientos revolucionarios latinoamericanos, fue convocada en "El Tabo", Chile, la Segunda Consulta Latinoamericana de Iglesia y Sociedad.

En esta Consulta se tomó conciencia, una vez más, de la grave situación por la que pasan los pueblos de subdesarrollo relativo para liberarse del colonialismo en que se encuentran sometidos —interna y externamente— por las oligarquías nacionales y las potencias hegemónicas del capitalismo.

"En esta toma de conciencia, uno de los elementos más importantes para calibrar la gravedad de la situación —dice el editorial de la revista en cuestión— está dado por la preponderancia creciente del imperialismo" y por las características *nuevas* —diríamos— con que se presenta.

La existencia de elementos constantes en la presente etapa histórica en favor de la liberación de nuestros pueblos, nos obliga a hacer reconsideraciones de la actual situación. Los elementos sobresalientes que caracterizan nuestro momento son la revolución y la contrarrevolución, factores simétricos en la actual situación mundial: existe una porque está la otra, y viceversa. El elemento presente y en otra instancia, en una superior y superior por poderoso, por determinante, es el imperialismo.

El imperialismo, por otro lado, sufre una crisis interna que, para sobrellevarla y no caer en ella siendo autodestruido, lo empuja a mantener el *statu quo* mundial. Siendo éste imposible de sostener por la propia marcha y desenvolvimiento de otros países, el imperialismo ha tenido que propiciar la contrarrevolución, la guerra fría y las guerras locales como en Vietnam.

El imperialismo existe a diferentes niveles, pero el mundial se caracteriza fundamentalmente por ser el que dicta el tiempo real a nivel internacional; es decir, el que siendo hegemónico por su alto poder económico y militar, determina las condiciones de dependencia de los demás países.

En otras palabras, el imperialismo para ser, requiere de satélites que lo sostengan —económica, política y culturalmente—, necesita asimismo de la perpetuación de la guerra fría y lo que ésta conlleva. Sin embargo, los pueblos cada vez son más conscientes de su situación de explotados y tienden a rebelarse. Esto crea una nueva necesidad en el imperialismo para seguir siendo. De aquí que fomente las oligarquías, la conservación de las dictaduras y regímenes antidemocráticos y, en ocasiones, movimientos francamente reaccionarios que procuren la vuelta a etapas ya superadas por la propia dinámica de los pueblos.

Las manifestaciones del clima revolucionario que favorecen y propician las acciones del imperialismo en América Latina son muchas —se afirma en el editorial de *C y S*—: "tensiones sociales, toma de conciencia del deterioro económico, luchas políticas agravadas, crecimiento de la actividad gue-

rrillera, etc. Ante este poderoso impulso emergente de las clases populares, ¿cómo ha sido posible que se afirmara la reacción contrarrevolucionaria?". La respuesta es sencilla y de probarla se trata en todo el desarrollo de este número de *Cristianismo y Sociedad*. La razón por la que los sectores y fuerzas contrarrevolucionarias prosperan en Latinoamérica es Estados Unidos de Norteamérica, que "enfrenta a nuestras naciones y se aprovecha de nuestros pueblos".

De ahí que "hacer referencia al imperialismo cuando se trata de la historia de América Latina es indicar un factor constante en la misma". La historia del imperialismo en América Latina es bastante conocida: "En un primer momento desarrolló una política excesivamente agresiva que llegó a un punto culminante con el 'big stick' del primer Roosevelt. Más tarde, en virtud de la reacción que suscitara, y sobre todo por la necesidad de afianzar la economía interna del imperio en tiempos inmediatamente posteriores a la crisis económica de 1928-1932, asumió un carácter más liberal y dispuesto a contactos benevolentes en tiempos del otro Roosevelt. llamándose esta nueva orientación política la del 'buen vecino'. Muerto Franklin Roosevelt, las iniciativas imperialistas variaron desde una tendencia conservadora no muy fuerte hacia momentos donde pareció predominar cierta liberalidad. En todo momento, empero, la presencia norteamericana en América Latina fue la del fuerte frente a los débiles...".

El ejemplo que presenta la Revolución Cubana "desató las tendencias imperialistas que de uno u otro modo pretenden mantener su posición predominante. Así sea de una manera ilustrada y desarrollista (como lo pretendió hacer la Alianza para el Progreso), o de un modo represivo violento, el imperio hace frente a las fuerzas emergentes de América Latina... Cuando la Alianza no fue suficientemente efectiva, el imperio actuó desembozadamente: Incentivando golpes de Estado, cortando créditos y exigiendo pagos inmediatos, presionando para que no se comercie sino con quien le conviene, y llegando incluso a hacer revivir los viejos tiempos de la política del garrote en momentos de la intervención en República Dominicana, hace casi dos años".

El imperialismo ha sido y es un factor limitante en grado superlativo del desarrollo económico y social de nuestros países. No se puede pensar en este desarrollo mientras su influencia no desaparezca en el continente. En otros términos, no puede concebirse el desarrollo de nuestros pueblos sin que antes se liberen económica, política y culturalmente. Romper con la opresión y la deshumanización en que viven las grandes masas latinoamericanas exige el desarrollo del subcontinente, pero... el desarrollo independiente. Lo que se plantea "... como un problema de estructuras es fundamentalmente un problema del hombre... He aquí la razón por qué, como cristianos —dice el editor— nos ocupamos del problema".

El contenido de la revista fue el resultado de un estudio realizado bajo la dirección de Pablo Franco, quien contó con la ayuda de Mónica Faimberg y Ricardo Gaudio. Dicho estudio sirvió de base para una discusión entre líderes eclesiásticos del continente, inclusive de E. U. de América, y cuyo valor "quedó demostrado por el interés y el respeto unánime con que fue recibido" en el encuentro de Bogotá, hace algunos meses.

Comienza el estudio con una discusión conceptual del desarrollo y subdesarrollo y del significado que el concepto "marginalidad estructural", aplicado primero al "análisis interno de las sociedades en desarrollo", representa en el plano internacional. "La difusión del (concepto 'marginalidad estructural') parte del reconocimiento que en el mundo contemporáneo el subdesarrollo no es un problema que atañe solamente a las naciones que lo padecen. Al cerrarse el ciclo de las guerras napoleónicas y completarse la expansión colonial de aquellos países que encabezaron la revolución industrial, se afianzó en el mundo una estructura y un estilo de relaciones internacionales que tuvo como característica dominante la desigualdad de las naciones".

"El subdesarrollo como concepto y como problema —añade Franco—, nació de la comparación y de la dinámica de las relaciones entre (las partes que conforman lo que Costa Pinto llamaría sociedad internacional estratificada con características de desigualdad y asimetría)".

Hablar de naciones subdesarrolladas sin referirlas a las desarrolladas, carece de sentido. En "...tal sistema de estratificación mundial, los países latinoamericanos se ubican, aun cuando desiguales entre ellos, en los pedañes correspondientes a los países subdesarrollados, en tanto que los Estados Unidos ocupan el primer puesto en la escala del desarrollo".

¿Cómo se plantea la relación entre la parte más desarrollada y la menos? Sólo en virtud de considerar el subdesarrollo como un efecto de otros fenómenos. La explicación del subdesarrollo no se entiende sin tomar en cuenta fenómenos tales como el imperialismo, el colonialismo y el neocapitalismo, aunque en E. U. de América, y en ocasiones en América Latina, se han pretendido como causas: 1. La falta de capital. 2. El bajo nivel técnico. 3. La ausencia de espíritu de empresa. 4. El acelerado crecimiento de la población, etcétera.

La crítica a estas pretendidas causas se puede sintetizar de la siguiente manera:

1. "...El principal obstáculo al desarrollo no es la escasez de capital, sino el excedente económico real que se invierte en la expansión de los medios de producción. El problema no es entonces la incapacidad de ahorro derivada de un bajo nivel de ingreso sino el hecho que una serie de factores estructurales tienden a mantener la tasa de inversión por debajo del nivel necesario para inducir un proceso de desarrollo autosostenido".

2. El bajo nivel técnico "...es una de las características de una economía atrasada, pero no la más explicativa para comprender el proceso que

mantiene a un país en el estancamiento. La utilización de una técnica de baja eficiencia se relaciona con una serie de factores estructurales entre los cuales nuevamente tiene seria importancia la distribución del excedente económico en inversiones improductivas, o solamente favorables para ciertos sectores privilegiados, sean nacionales o extranjeros".

3. La competencia que presentan las compañías monopólicas internacionales a empresas nacionales, obliga a los dueños de éstas a buscar la inversión redituable a corto plazo y con poco esfuerzo. Para éstos, las condiciones de desarrollo son bien diferentes a las que rodearon a los hombres de empresa de los hoy países industriales.

4. "...El problema no es que la población crezca demasiado rápido, sino que la producción crece a un ritmo muy lento y distorsionado".

Más adelante, el autor señala las causas reales del subdesarrollo, no sin antes aclarar que el análisis de las anteriores "se limitó a ciertas formulaciones de poca complejidad teórica" y que nosotros hemos esquematizado aún más.

Las causas reales del subdesarrollo han sido, cronológicamente, el colonialismo y el imperialismo.

El colonialismo. Los países del llamado "tercer mundo" se caracterizan por haber dependido o depender de los países que dictan el tiempo real internacional, o sea de los que de una forma directa o indirecta imponen su hegemonía a los países subdesarrollados.

A los países latinoamericanos les fue desviado, por las potencias coloniales, el mercado interno en el sentido de que su producción no estaba dirigida a incrementar el desarrollo de la colonia sino el de la metrópoli. De esta manera, para los países colonialistas, los países atrasados han ofrecido —y a veces ofrecen todavía— un amplio mercado para su producción de manufacturas cerrando el círculo de la metrópoli-colonia, con la importación de materias primas posibles de manufacturar. Esta etapa podría ser considerada como la primera del capitalismo como sistema.

El imperialismo. Es una etapa dominada por el capital financiero. A diferencia del sistema colonial en el que se presentan casi como requisito el sistema de libre empresa y comercio libre, en la etapa del imperialismo, este sistema es limitativo, pues la tendencia de la nueva clase es hacia el dominio absoluto y exclusivo de los mercados, por cuanto a inversiones de capital se refiere.

La exportación de capitales por parte de los sectores financieros de las metrópolis, cumple con dos objetivos: 1. "Retardar la maduración de las contradicciones que el proceso de acumulación engendra en los países exportadores del capital"; y 2. La mayor rentabilidad obtenida al invertir capitales en los países atrasados: la tasa de ganancia es mayor en el exterior de las metrópolis como también lo es la tasa de plusvalía.

Así, en esta primera etapa del imperialismo, la característica es la exportación de capitales en industrias extractivas, energía eléctrica o servicios y en las subsecuentes medidas de obstaculización para que los países subdesarrollados no beneficien industrialmente sus propios recursos. De esta manera, además de la transferencia de la riqueza de los países dependientes a los imperialistas, existe a través de la exportación de capitales, el control político en los primeros.

Este elemento de control político favoreció en gran parte lo que podría llamarse la segunda etapa del imperialismo, que nosotros llamaríamos el neoimperialismo. Etapa ésta con características bien diferentes a las del imperialismo anterior a la crisis del '29.

"A partir de la Segunda Guerra Mundial, parece comenzar a desarrollarse una subfase en la evolución del imperialismo, cuyo indicador podría estar representado por la tendencia a invertir en industrias de transformación, aun cuando se traten de industria ligera y nunca de máquinas-herramientas que posibilitarían el desarrollo de una industria que echara las bases para un desarrollo autosostenido".

El cambio de mentalidad sobre la intervención que E. U. de América debía tener en América Latina se planteó desde los primeros años de la década de los cuarenta. Pero no fue sino hasta el estallido de la revolución en Cuba, cuando se pensó en la aplicación de esta nueva línea, basada en la promoción de reformas estructurales que evitaran el descontento en aumento de los pueblos latinoamericanos.

Fue, pues, hasta finales de los cincuenta cuando se propusieron en el Departamento de Estado —con la aceptación y apoyo de la iniciativa privada estadounidense— las formas necesarias de control político para seguir extrayendo la riqueza latinoamericana. La Alianza para el Progreso, cuyo "fracaso sería uno de los mayores desastres de la historia",² fue la formalización de la nueva orientación política de los Estados Unidos hacia el exterior.

La ALPRO se planteó como objetivos fundamentales, los siguientes:

1. "Desarrollo económico para 'acercar en el menor tiempo posible, el nivel de vida de los países latinoamericanos al de los países industrializados'".
2. "Programas de reforma agraria integral, 'con miras a sustituir el régimen de latifundio y minifundio por un sistema justo de propiedad'".
3. "Reforma de las leyes tributarias, 'para exigir más a quienes más tienen, redistribuir la renta nacional en favor de los sectores más necesitados'".

Estos objetivos no han sido cumplidos hasta ahora y la tendencia es,

² Declaración citada por el senador Humphrey en el Congreso de los EE.UU. el 2 de febrero de 1962.

sin duda alguna, como lo demuestran los voceros oficiales de la Alianza, hacia un rotundo fracaso.

Los fondos de la ALPRO han sido dedicados fundamentalmente a obras de infraestructura. Pero, ¿con qué se hacen estas obras? ¿De dónde proviene la tecnología necesaria? El hecho importante es que los dineros de la Alianza no se destinan para la industrialización de los países latinoamericanos, condición *sine qua non* para un auténtico desarrollo económico autosostenido.

Por otro lado, la demagogia de la Alianza y de muchos de los gobiernos de la Región, quieren hacer creer que con una tasa de crecimiento de 2.5% anual, en poco tiempo se podrá alcanzar a los países industrializados. ¿Podrá esto lograrse a través del ingreso promedio *per capita* latinoamericano de 330 dólares? Para 1980 apenas se habrá aumentado a 500 dólares; esto dista mucho de acercarnos a los países más desarrollados.

Ahora bien, en los EE. UU. de América se pretende que cada dólar que salga a Latinoamérica, debe regresar a los Estados Unidos a través de la adquisición de mercancías manufacturadas en el país del norte. Así, la "ayuda" de la ALPRO "posibilita la apertura o consolidación de mercados para los productos estadounidenses".

Respecto a la reforma agraria, que al principio provocó la oposición de los terratenientes del subcontinente, con el tiempo se dieron cuenta que no era tan peligroso modernizarse y resolvieron que los objetivos de la ALPRO, en este renglón, coincidían con los propios. Los beneficios posibles de obtener con tales reformas, son los siguientes: "salvar lo esencial, guardando la parte más rica del dominio, atenuar la tensión social gracias a esta concesión, estabilizar una nueva capa de pequeños propietarios susceptibles de romper la cohesión colectivista del mundo rural tradicional, en resumen, establecer un 'cordón sanitario' de pequeños propietarios individualistas desolidarizados de la masa de aquellos que no tienen tierras".

La reforma tributaria, prácticamente no ha sido intentada. La razón es obvia: se perjudicaría a los sectores que son base de sustentación de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos; es decir, se perjudicaría a las burguesías nacionales, muchas veces y en determinados renglones, socias de las burguesías internacionales.

"Si la Alianza ataca sin discriminación a la oligarquía sudamericana —escribe *The American Banker*—³ hará un irreparable daño. Primeramente, descorazonará a los hombres de empresa que están modernizándose; es más, estos mismos se sienten hoy descorazonados de la manera como la orientación intelectual de la Alianza parece recompensar sus esfuerzos sólo con crítica y desprecio. Segundo, decapitará el orden social destruyendo la

³ JAMES LAKES: *Reformas sociales y Alianza para el Progreso*, citado por Alberto Baltra Cortés en *Crecimiento económico de América Latina*, Santiago de Chile, Ed. del Pacífico, 1964, pp. 241-2.

clase que, mal o bien, es la que dirige, y esta destrucción de la clase emprendedora mejorará las posibilidades del caos. Tercero, minará precisamente al grupo sudamericano cuyos intereses y posturas están más cerca a los Estados Unidos...".

"...La Alianza —dijo Moscoso al asumir la dirección del programa de la misma— merece el apoyo de los privilegiados porque es un llamamiento... a su sentido de propia defensa... Tienen que elegir entre apoyar los objetivos de la Alianza o exponerse a una revolución destructora de tipo castrista".

Es por el fracaso de la Alianza y por el inevitable despertar de los pueblos oprimidos de América Latina, por lo cual Estados Unidos ha cambiado su política exterior.

En la medida en que varios de los países latinoamericanos han seguido una política de sustitución de importaciones que ha redundado en el fomento de las actividades destinadas a producir para el mercado interno y la disminución de las destinadas a la exportación, los EE. UU. de América se han propuesto fomentar de alguna manera, cierto tipo de industria en América Latina. Esto los beneficia. La demostración se capta mejor viéndolo desde las siguientes dos perspectivas:

a) Dados los intereses económicos de EE. UU. de América, el "descenso de la tasa de ganancia en la metrópoli posibilita mayores beneficios en nuestros países, especialmente en aquellas industrias que requieren menor densidad de capital y mayor mano de obra...".

b) Como consecuencia del acelerado ritmo de innovaciones tecnológicas y de la necesidad de abaratar los costos por la competencia, se reduce el plazo de renovación de capital constante y se acumulan equipos obsoletos de los que hay que desembarazarse, so pena de mantener graves problemas internos.

"Un proceso de industrialización en América Latina abre la posibilidad de exportar tales equipos bajo la forma de inversión directa de capital (ya que la capacidad de importar es reducida)".

A partir de 1929 se resquebrajaron los antiguos vínculos entre E. U. de América y América Latina, dando lugar a la nueva estrategia del imperio hacia la región. Los Estados Unidos incorporaron los planes del mercado común latinoamericano de los que la CEPAL fue "...una de las principales inspiradoras...".

La idea del mercado común en Latinoamérica se fundamenta en la exigencia de desarrollar actividades industriales. Exigencia ésta sólo factible "...si consecuentemente se desarrolla un intenso comercio recíproco entre todos los países de América Latina...". Es, para decirlo con sencillez, un acuerdo entre países para organizar su producción y evitar al máximo la competencia entre ellos.

"Claro está que tales planes podrían, a largo plazo, conducir a la constitución de un sistema económico que disputara la hegemonía de los Estados Unidos, al menos en lo que respecta al área latinoamericana. Veamos ahora la respuesta de los Estados Unidos".

Al principio, ante el evidente fracaso de su política de posguerra, los EE. UU. de América tenían la idea de crear un mercado común continental; un mercado entre ellos y América Latina. La respuesta por parte de las burguesías nacionales no se hizo esperar. Estas no podrían correr el riesgo de caer aplastadas bajo la presión de los dólares y perder sus privilegios hegemónicos en sus respectivos países.

No fue sino hasta mediados de 1960 cuando en los Estados Unidos se pensó —como política global en la región— que valdría la pena adaptarse a la idea de integración latinoamericana y aprovechar el proceso. Un claro ejemplo de este cambio de criterio político se encuentra en el *Documento Informativo-Mesa Redonda Latino Americana de Business International* 3-8-1963, en el que se dice:

"Lo importante es ayudar a América Latina a desarrollar una economía capaz de sustentar un nivel de vida más alto. Si ello se realiza a través de la integración económica, sin duda que las exportaciones tradicionales de Estados Unidos habrán de sufrir, pero el total de exportaciones norteamericanas hacia el sur aumentarán, tal como ocurrió con la comunidad económica europea".

Podría pensarse que este "cambio de línea" plantea problemas a las grandes empresas estadounidenses. Pero no es así. Estas empresas consideran "al mundo dividido en mercados locales, tales como los EE. UU., la CEE y la ALALC. Ellas establecen sus fábricas donde la producción sea más aconsejable. Ellas piensan abastecer todo el mundo desde una o más fábricas. Una fábrica en México puede muy bien abastecer de un producto determinado a los EE. UU., las Filipinas y muchos otros países al tiempo que fábricas en los EE. UU., Alemania, Escocia pueden embarcar otros artículos a México. Estas empresas (la Singer y la IBM, por ejemplo) planifican sobre la base del máximo intercambio de las piezas producidas donde quiera que sea más económica su producción".

De esta manera, los empresarios nacionales vulnerables a los mercados internacionales y amenazados por las "nuevas aspiraciones al socialismo", tienen que ceder ante los monopolios extranjeros para no desaparecer. Así es como se han formado las "sociedades mixtas", "cuya razón social es 'nacional' pero cuya realidad económica es imperialista".

Claro está que, de acuerdo a las circunstancias descritas, y en especial con referencia al conocido caso del Brasil que inauguró Castello Branco, Estados Unidos tiende a propiciar la integración económica de América Latina, sobre todo si la puede controlar a través de un país —Brasil en este caso— donde volcará sus inversiones con la meta de que esta nación se con-

vierta en el mayor proveedor de la región. Así Brasil se convertiría en un país subimperialista recipientario de la tecnología norteamericana reutilizable a corto plazo, y del que dependerían varios países latinoamericanos, especialmente los de menor desarrollo relativo en la región.

En este sentido, la integración latinoamericana formulada por los Estados Unidos y el grupo de países socios, es no sólo una tabla de salvación de la ALPRO sino su complemento.

El análisis anterior —nos dice el autor— permite llegar a una conclusión especialmente importante: *no es posible actualmente pensar en la influencia de Estados Unidos como una variable externa, que actúa sobre la estructura económica nacional determinándola con escasas mediaciones a través del comercio exterior y el financiamiento externo. Por el contrario, nuestra dependencia actual es mucho más compleja y profunda, afectando las bases mismas de toda la estructura económica y social, constituyendo una "red", como expresa Bettelheim, de la que los países atrasados tendrán que deshacerse sin pretender realizar todas sus potencialidades. Es preciso pensar en el imperialismo como un factor estructural, inserto y actuante desde el seno de nuestras estructuras nacionales, conformando las raíces de una dependencia económica, tecnológica, política y cultural* (Subrayado de ORA).

La fundamentación de buena parte de lo expuesto anteriormente, la encontramos en los artículos especializados que componen casi la mitad de la revista. Esto es, los mecanismos de influencia de los Estados Unidos a nivel económico, político y cultural en América Latina.

A nivel económico se expresan de manera contundente, mediante cifras y datos estadísticos, las formas en que el capital monopolista y organismos norteamericanos influyen en América Latina.

Un esquema del método utilizado por los autores, proporcionará al lector idea suficiente de la profundidad y carácter del tratamiento.

I. Mecanismos de influencia de los Estados Unidos a nivel económico.

A. El financiamiento externo.

1. Apreciaciones generales sobre el financiamiento externo (De 1961 a 1963 América Latina recibió cerca de 11 mil millones de dólares en capital neto a largo plazo procedente de los EE. UU. de América. Cerca de dos tercios provenientes del sector privado, el saldo de fondos facilitados por diversos organismos de gobierno).
2. Los capitales privados (Se explica que dichos capitales son dirigidos hacia los sectores donde se esperan mayores beneficios, que generalmente no contribuyen al desarrollo nacional. Se afirma que la inversión directa ha operado como factor descapitalizador en América Latina. Según el país, se aplican inversiones en industrias que producen para el mercado mundial, servicios

complementarios de tales industrias o servicios públicos; o bien, una segunda estrategia consistente en inversiones para industrias de transformación que producen hacia la formación de mercados internos).

- a. Inversiones en industrias extractivas (Dirigidas generalmente a rubros que se traducen en exportaciones, tales como petróleo, azufre, cobre, plomo, etcétera. Estas inversiones agudizan la deformación estructural de algunos países, al hacerlos dependientes de la exportación de unos cuantos productos básicos, sujetos al deterioro comercial).
 - b. Inversiones en industrias de transformación (Se trata de un caso de pseudoindustrialización, que al no propender a una industrialización básica mantiene la dependencia. Ejemplo típico de inversión en industria ligera son las fábricas de montaje de automotores. Con estas inversiones se acentúan las diferencias entre un sector modernizado y un basto sector que permanece con estructuras atrasadas).
 - c. Conclusiones previsorias ("La crítica a las inversiones extranjeras no se efectúa meramente porque son extranjeras, sino que va dirigida contra aquellos flujos de capital que someten la economía del país prestatario a la dominación del país prestamista").
3. Planes de ayuda de los Estados Unidos (Son contribuciones en forma de donaciones gubernamentales, asimismo, son préstamos del sector público de una duración superior a los cinco años a organismos multilaterales. Los principales son: Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), Alianza para el Progreso (ALPRO).
 4. Organismos crediticios y monetarios internacionales.
 - a. Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF).
 - b. Fondo Monetario Internacional (FMI). (En estos organismos Estados Unidos ocupa un papel predominante. Los créditos están condicionados a la historia y estabilidad político-económica de cada país. El FMI pone énfasis en la estabilidad monetaria y no en el desarrollo).
 5. Planes de ayuda y préstamos: consecuencias para la economía latinoamericana ("Una consecuencia objetiva de [estos planes] es el endeudamiento cada vez mayor en que se ven sumidos los países latinoamericanos, como consecuencia de los servicios que son la contrapartida de los préstamos". Se aclara que el 75% del financiamiento externo de América Latina proviene de los Estados Unidos, sin tomar en cuenta el BIRF o el FMI, donde hay una clara preponderancia del país mencionado. Casi toda la

deuda externa de América Latina está contraída con Estados Unidos).

B. El comercio exterior.

(Hay una deteriorada relación de intercambio comercial).

1. Estructura de las exportaciones e importaciones (AL exporta materias primas, alimentos y productos semielaborados. E. U. de América absorbe el 45% de las exportaciones latinoamericanas y es el principal país del cual importan los países de la región).
2. Causas del lento ritmo de crecimiento de las exportaciones.
 - a. Menor crecimiento de la demanda de productos primarios en relación con la de productos manufacturados.
 - b. Política de subsidios y tratamiento discriminatorio de Estados Unidos.

Conclusión: creciente endeudamiento de América Latina con respecto a Estados Unidos.

II. Influencia de Estados Unidos a nivel político.

- A. E. U. de América y la seguridad del hemisferio americano (Primero la Doctrina Monroe y a partir del 20 de setiembre de 1965 lo que se podría llamar la Doctrina Johnson. En ambas, E. U. de América asume por propia voluntad la responsabilidad de velar por la paz y la seguridad del continente, especificando en la segunda ocasión que ante el peligro de "...la intervención, la dominación, el control y la colonización en cualquier forma, por las fuerzas subversivas conocidas como comunismo y sus agentes en el hemisferio occidental", puede incluso llegar al uso de la fuerza armada sin necesidad de consulta con otros países).
- B. Métodos de preservación de la "seguridad" de los EE. UU. de América.
 1. Métodos para preservar la seguridad política ("Tales métodos abarcan una amplia gama, desde la intervención diplomática hasta la intervención militar". Por su tratamiento "casi periodístico" omitimos mayor detalle).
 2. Métodos para preservar la seguridad económica (Al igual que en los políticos, abarcan desde la instancia diplomática hasta la militar; están íntimamente ligados. En ambos métodos de preservación de su seguridad, los Estados Unidos cuentan con la complicidad de las clases dominantes locales).

III. Mecanismos de influencia de Estados Unidos a nivel cultural.

A. Influencia en el ámbito científico.

1. Influencia en las universidades latinoamericanas (Se da fundamentalmente a través de fundaciones "filantrópicas" que en muchas ocasiones determinan serias distorsiones de los planes de estudio y de los institutos de investigación, que generalmente no son relevantes en forma inmediata para el país supuestamente beneficiario, y sí para el país donante).
2. Programas de investigaciones con técnicas sociológicas para fines políticos (Es el caso del plan "Camelot", del "Proyecto Simpático", del "Proyecto Colonia" y del proyecto "Job 430").

B. E. U. de América y los medios de comunicación de masas.

1. Agencias de información internacional, diarios y revistas (Periódicos como *Novedades* y *Excelsior* —de México— publican más material sobre EE. UU. de América que el *New York Times* sobre todo el mundo. Revistas norteamericanas como *Life*, *Visión* y *Selecciones*, tienen mayor tiraje que las revistas nacionales).
2. Publicidad.
3. Televisión y cine.
4. Literatura.

En este capítulo, "los datos consignados sólo intentan proporcionar un listado de temas importantes de investigar".

Aventura del Pensamiento

ANTROPOLOGÍA DE LA LIBERTAD

Por Juan CUATRECASAS

EL título elegido para este ensayo puede parecer ampuloso y rebuscado. Y sin embargo, me parece el más adecuado para abarcar la poliédrica visión del actual modo científico de concebir el problema de la libertad. En estos tiempos de crisis política y filosófica no faltan gentes que se burlan de los ideales de libertad, achacándoles una categoría utópica; ni faltan tampoco quienes, alardeando de modernismo hiperespecializado, hablan despectivamente de ella como abstracción superflua y superada por las corrientes de planificación económica a las que intentan circunscribir las fórmulas de progreso.

Hay un criterio cultural sobre la libertad que ha variado a través de la historia. También hay distintas interpretaciones de esta palabra, atacada de mágica ambivalencia. Se la ha visto perseguida y odiada como causante de todos los males, y en otras ocasiones parece triunfante y le rinden culto idolátrico hasta sus más encarnizados enemigos.

La libertad es una e indivisible, considerada filosófica y psicológicamente. Pero presenta diversas facetas, que permiten definirla de manera distinta según los tiempos, y también permite conocerla fragmentariamente. Profundizando en el estudio de la vida animal, encontramos que la libertad se va esbozando en la ascensión del siquismo hacia los precursores del hombre y adquiere realidad biológica con el surgimiento del cerebro humano. Por eso Georges Gusdorf ha podido afirmar recientemente que "la libertad, en la tierra, ligada a la aparición de la especie humana, es un *carácter antropológico fundamental*".

La intuición de Emilio Castelar había expresado muchos años antes algo parecido: "toda la historia del mundo es la historia de los esfuerzos hechos por el hombre para alcanzar la libertad y realizarla cumplidamente en el espacio". En un artículo de Castelar sobre la libertad, publicado en 1872, hallamos, además, en maravillosos párrafos, esbozado el desarrollo de *una antropología de la libertad*, adelantándose a los progresos actuales de las ciencias del Hombre. "El hombre —escribe— al decir *siento*, afirma que existe un mundo

de hechos a su alrededor; al decir *pienso*, afirma que existe un mundo de ideas sobre su frente; pero al decir *quiero*, sólo afirma y sólo encuentra su propia existencia".¹ Y es precisamente el factor *voluntad*, modernamente traducido al valor de conducción, o de *dirección volitiva* de la conducta, lo que da la resultante humana de la libre determinación de sus actos.

"Sin duda —decía Castelar—, las generaciones en su peregrinación por la tierra han buscado la libertad: por eso la historia está llena de guerras tremendas, las ciencias de aspiraciones generosas, encaminadas todas a recabar esta ley misteriosa de nuestro ser, que se llama libertad". El calificativo de *ley misteriosa* le cuadra perfectamente en la sicozoología moderna. He ahí unas palabras de Gusdorf: «*el misterio de la libertad se afirma con el primer paso del hombre en tanto que hombre sobre la tierra de los hombres; desde la primera palabra que por la invocación del hombre al hombre, consagra la sociedad*». Y añade que la realidad humana es una *toma de conciencia*, lo cual presupone la libertad como esencial ingrediente de constitución.

La raíz biológica de la Libertad

EL origen zoológico de la libertad está vinculado al desarrollo del instinto, y concretamente a la actividad lúdica (juego). El árbol zoológico, desde los primeros tiempos de su evolución, se bifurca en dos grandes ramas: una conduce a los Insectos, con instintos rígidos y sociedades muy integradas, en las cuales el individuo está sometido a la colectividad. Son los hioneurinios, que no conocen la libertad. La otra rama, de los Vertebrados, conduce a los Primates y al Hombre y desarrolla la individualidad primero, y luego la personalidad. En ellos (epineurinos) el instinto va desarrollando esquemas cada vez más amplios y contingentes, que necesitan ser "acuñados" por la experiencia. El gato, el perro, las aves, los antropoides, juegan con variable originalidad dentro de lo que se llama *campo* o *círculo estructural* donde se localiza la apetencia tensional y el fenómeno del titubeo, que es enriquecimiento de la conducta.

Gustavo Bally ha desarrollado este aspecto en un libro titulado *El juego como expresión de libertad*, que lleva como lema unas bellas palabras de Schiller: "Sólo juega el hombre cuando es hombre en todo el sentido de la palabra y es plenamente hombre solo cuando juega". Y Buytendijk, en su *Tratado de psicología animal*, analiza el

¹ *Enciclopedia Republicana*. Madrid, 1872, p. 283.

juego como tendencia liberadora, puesto que su dinámica escapa al dominio de la necesidad biológica y del finalismo utilitario. El animal lúdico no adapta su conductismo a tales finalidades utilitarias porque juega con las *imágenes*, con una superabundancia de imágenes que hacen más contingente su posibilidad de decisión. Y ello se revela como una primera manifestación sensorio-motriz de libertad en la esfera biológica. Es lo que Baytendijk llama *Sombra de libertad*, que más propiamente podríamos llamarle *germen* de libertad. Esta vitalidad exuberante es también más propia de la juventud.

Cuantos han examinado la actividad lúdica del animal descubren la importancia de la juventud en la manifestación expansiva de la libertad. Karl Gross ya en 1896 señalaba que el juego fomenta el desarrollo de la inteligencia, y que sólo juegan los animales que se acercan a un objeto. También Köhler (1918) estudió los juegos del chimpancé como brote de inteligencia. Pero el hombre ensancha súbitamente el campo de acción de su conductismo y "crea el margen de la libertad" en un mundo abierto a nuevos horizontes.

Podríamos representarnos a la libertad como un frondoso árbol cuyas raíces se hunden en el seno de los instintos animales y cuyo tronco va ascendiendo hacia las alturas metafísicas del siquismo humano, dando nacimiento a diversas ramas cuyo desarrollo se acrecienta con la evolución cultural histórica. Estas ramas a veces son confundidas con el tronco, y a veces se quieren hipertrofiar a expensas de las demás. Pero la libertad se encarna en todas ellas; en su florecimiento simultáneo y sin desplazamientos, ni retrocesos, ya que las ramas vivas de este árbol pueden crecer y expansionarse dejando espacios libres entre ellas.

El criterio bioantropológico

LA libertad de pensamiento es indispensable para el progreso científico, y también para el progreso histórico de la humanidad. Pero la libertad de pensamiento también tiene que luchar contra los mismos dogmas surgidos en el desarrollo científico. El problema de la libertad y de la responsabilidad del hombre de ciencia es particularmente aplicable al biólogo, ya que la biología es la ciencia que más directamente atañe al hombre. Juan Rostand recientemente (*Libertad del Sabio*; Janus N°5-1966) recuerda las palabras de Cuvier: "la biología es la única ciencia que toca la vida, el mayor misterio de la economía orgánica y de toda la naturaleza organizada". Por eso puedo yo mismo afirmar que he aprendido a amar la libertad

en el libro de la vida, a través del análisis de los fenómenos vitales y de proyectar estas enseñanzas hacia el mundo humano.

El citado J. Rostand en este mismo artículo afirma que el *biólogo* no puede ser ni político ni moralista. Pero esta afirmación no es aceptable. Seguramente querrá decir que el biólogo no puede ser (como tal) un político sectario (o de partido) ni un moralista dogmático. Hay que tener el valor de sostener el derecho que tiene el biólogo, quizás más que otro científico, a preocuparse por los problemas sicosociales del hombre. La filosofía presocrática, al sostener que al intelecto del hombre nada de lo humano le es ajeno, esbozaba de una vez para siempre el carácter político de la filosofía, que entonces era la madre de todas las ciencias. Heráclito de Efeso al decir "me he buscado a mí mismo" era tan biólogo como Demócrito y como Heródoto, al que se considera padre de la antropología.

La biología se ha desarrollado científicamente con un esplendor deslumbrante durante el siglo XIX y el nuestro. Y ha impregnado a todas las ciencias del hombre de sus inquietudes, tomando la delantera del pensamiento matemático, del filosófico y del sociológico. De ahí que puede afirmar Ernst Cassirer que la biología ha dado su verdadera base a la filosofía antropológica, colocándola, después de innumerables intentos estériles, sobre suelo firme. Augusto Pi Suñer decía (en su libro *La unidad funcional*) que "el pensamiento, incoercible, va más allá, siempre más allá. . .". Así se aprende en la Fisiología humana que el cerebro es consubstancial con la libertad. Y aquí en la República Argentina no hace muchos años que Nerio Rojas ha dedicado un magnífico libro a la "Biología de la libertad", al cual me voy a referir en el curso de estas adquisiciones.

Rectificando la mencionada frase de J. Rostand, me atrevería a decir que el biólogo puede ser político y moralista relativista. Es decir, siempre abierto a nuevos horizontes, pero sobre una firme base de conocimiento del síquismo humano, de respeto al pensamiento y de respeto a la persona en toda su integridad. Y ello es también una ética.

Hace un cuarto de siglo intenté esbozar estos conceptos en el libro *Biología y Democracia*. Y en estos días aparece otro libro de parecida orientación (*La metamorfosis del hombre-masa*) en el que he dedicado un capítulo a este problema espinoso de las relaciones entre biología y política, sosteniendo que el intelectual debe siempre estar al servicio de la lucidez, debe poner sobre el tapete los verdaderos términos del problema humano, y no confundir las concupiscencias de ciertos sectores políticos con la verdadera política, que es el arte de aplicar pragmáticamente los grandes principios

rectores del progreso humano concebido según sistemas variables, capaces de ser siempre discutidos y perfeccionados. Desde Einstein y Bertrand Russell hasta Freud, el pensamiento científico ha influido poderosamente en la filosofía política. Pero me limitaré a concretar esta influencia en un campo estrictamente biológico.

Basta recordar a algunos de los grandes biólogos que en el siglo xx han proyectado sus doctrinas hacia el campo sociológico: Elías Metchnikoff, con su *ortobiosis* para combatir las desarmonías de la sociedad humana; J. S. Haldane, en su sociología biológica (*La desigualdad del hombre*); Julián Huxley, fundador de la UNESCO, en su concepción del *Hombre social*; Carl Haskins, en su concepto de *Sociedades integrativas*; H. Laborit en su *Sociología biológica* hablando de una "regulación política íntimamente ligada al perfeccionamiento de los medios de comunicación y de intercambio"; P. Chauchard con su moderna moral biológica; y P. Teilhard de Chardin que llegó a proponer "un frente de avanzada humana" para salvar a la actual humanidad, preconizando una conjunción material y espiritual de *personas libres*, es decir, "susceptibles de desarrollarse en la totalidad de sus valores". Muchas de estas excursiones políticas de la biología humana adquieren un verdadero carácter antropológico.

Voy a detenerme un instante a subrayar el valor trascendente actual de la aplicación sociológica de la doctrina antropológica de Teilhard de Chardin. He ahí algunas breves expresiones suyas: "¿Cómo podemos establecer un conocimiento del futuro humano a la escala de la especie?". "El pasado —nos dice— me ha revelado la construcción del porvenir. El siglo xix y los comienzos del siglo xx se dedicaron a esclarecer el *pasado* del hombre; y el resultado de tales investigaciones dejó sentado con evidencia que la aparición del Pensamiento sobre la tierra correspondía biológicamente, a una humanización de la Vida. Y he allí que hoy, el cúmulo de investigaciones científicas dirigidas *hacia adelante*, sobre las prolongaciones del fenómeno humano, está creando, en esta dirección, una perspectiva más sorprendente todavía: la de una *humanización progresiva de la humanidad*".

La importancia política del pensamiento antropológico de Teilhard de Chardin, además de su profundidad y de su coincidencia con las orientaciones de los modernos biólogos no católicos, deriva de la influencia poderosa que ejerce sobre los estratos teocráticos que fueron antaño tan resistentes a la idea de progreso y de libertad. Veamos cómo nos habla ahora Teilhard de Chardin de este tema: "*Libertad es la 'chance' ofrecida a cada hombre* (por supresión de los obstáculos y entrega de los medios apropiados) de *trans-huma-*

nizarse, *judiando llegar hasta el fin de sí mismo*". Naturalmente, que esta especie de definición teilhardiana está impregnada de sentido político, como puede colegirse de las siguientes palabras alusivas al mismo concepto: "Libertad, Igualdad, Fraternidad, ya no más indeterminadas, amorfas e inertes —sino orientadas, dirigidas, dinamizadas, por la aparición de un movimiento de fondo que las sostiene".

Como antropólogo, Teilhard de Chardin puede afirmar lo siguiente: "Hasta llegar al hombre no aparece la autoconciencia y, con ella, la libertad. Mas con la libertad se pudo elegir, al mismo tiempo, entre el bien y el mal, la construcción y la destrucción. Una vez libre, el hombre ya no fue llevado por la evolución como fuerza que lo impulsara por la espalda y a la que no pudiera resistir. La evolución pasa a ser entonces una perspectiva, una meta, a la cual puede dirigirse, pero de la cual también se puede apartar". La libertad humana hace así posible que la propia evolución de la especie esté influida por la conducta humana y por las posibilidades técnicas de su conocimiento. Esta influencia fue primeramente inconsciente, pero modernamente se ha hecho consciente y despierta un nuevo concepto de responsabilidad.

Se plantea Teilhard de Chardin el criterio de democracia biológica y el contraste aparente entre democracia y socialismo. En realidad el *liberalismo* y el *dirigismo* "corresponden simplemente a dos componentes naturales (personalización y totalización) cuya conjugación define biológicamente la esencia y el progreso de la Antropogénesis".

Existe un *sentido de la especie* que impulsa la humanidad actual a pesar de sus desarmonías, a pesar de las alternancias del individualismo y del autoritarismo. La democracia biológicamente verdadera debe integrar ambos factores que se complementan. El índice de equilibrio es el criterio de la libertad.

Nerio Rojas ha abordado el problema de la libertad desde un profundo ángulo bioantropológico, por su formación sólida de sicuía y de sicólogo. Descubre que "la auténtica libertad consiste en un poder psicológico superior inherente al hombre normal" y señala que hay grados en su función. Esta gradación es muy importante, porque en la evolución filogénica se va elaborando lentamente la contingencia determinista de la conducta hasta que aparece la libertad, también mediatizada por dos tendencias que pugnan entre sí: una interna (el instinto antisocial) y otra externa (coacción del medio ambiente). De ahí que Nerio Rojas define a la libertad como "una fuerza biológica, iluminada por la inteligencia y la conciencia del hombre, que expresa la voluntad autónoma de la

persona para dominar sus propios instintos y la coacción de los demás, en defensa de un equilibrio social sobre la base de la dignidad del individuo”.

También advierte Nerio Rojas que “la libertad no puede ser demostrada como un fenómeno científico. Hay que sentirla, intuir-la, vivirla”. En este sentido, la considera como una realidad subjetiva y considera en ella dos aspectos: el filosófico y el político. Ambos no son otra cosa que las dos caras de una misma medalla: el hombre social, porque es muy difícil disociar la libertad de pensamiento de la libertad de acción, si bien la legislación política del estado democrático permite protegerlos y reglamentarlos. Como se trata de una *fuera vital* del hombre, no puede ser una creación política o jurídica. Las leyes no hacen más que reconocerla y protegerla frente a sus eclipses. Rojas puede con razón afirmar que “En el principio fue la libertad”. Y veremos que esta concepción genética corresponde con los más modernos criterios antropológicos.

El relativismo del conocimiento científico conduce siempre a una concepción de la libertad filosófica, la cual, según Hans Kelsen, no puede disociarse de la política: “Las dos teorías antagónicas del Estado presentan la oposición de sistemas filosóficos en los que en último término, enraza la pugna de idearios políticos”. Autocracia frente a Democracia.

“El destino biológico y moral del hombre es ir ampliando y afirmando su ínsita libertad. Su drama histórico consiste en que esa tendencia de su instinto y de su razón choca siempre con la presión del ambiente físico y social”. De ahí surge un claro concepto de la democracia: una estructura social que permita la convivencia humana encauzando las corrientes de libertad natural dentro de una regulación jurídica equilibrada, muy distinta y opuesta a la que oprime en nombre de una autoridad absoluta o incontrolada.

El mito edénico

Es una creencia muy extendida la de que el Hombre, en su primera etapa de vida natural, gozaba de la máxima libertad. Y que muy pronto la naturaleza es dominada por la cultura, de modo que la humanidad prehistórica pondría ya limitaciones progresivas al ejercicio de la libertad. El problema no es tan simple como parece y merece ser examinado a la luz de las modernas doctrinas antropológicas.

Nicolás Salmerón glosaba la libertad del hombre salvaje como fruto de las íntimas relaciones de la Naturaleza con el hombre,

quien se hallaría en un estado magnético a causa de la mayor proximidad con el mundo inorgánico y "de la unión más íntima del espíritu con el sistema nervioso". Este concepto ha sido muy difundido en los siglos XVIII y XIX, considerando la máxima libertad del estado natural del hombre. Desde Rousseau hasta Aldous Huxley, el retorno al estado salvaje ha sido objeto de muchas teorías.

Así se expresaba N. Salmerón: "sin pie aún seguro en este suelo del destino la Humanidad necesita vivir en el seno de la naturaleza que espontáneamente le sustentara, en paz e inocente comunicación con todos los seres, y bajo la inmediata protección de Dios. El Edén es así una tradición común a todos los pueblos".

Esta creencia de la libertad primordial del Hombre es intuitiva y se relaciona con el llamado *mito del buen salvaje*, es decir, del paraíso perdido, en el que el ser humano disfrutaba plenamente de la deliciosa libertad de la Naturaleza, antes de que existieran prohibiciones metafísicas. El mito del buen salvaje fue inventado por los ideólogos de los siglos XVI, XVII y XVIII bajo la tensión de las preocupaciones teológicas, políticas y sociales, derivadas de la tenebrosa obra de la Inquisición que invadía el campo político y estatal haciendo añorar aquellos tiempos felices de una humanidad inocente, libre en plena vida natural, que los navegantes de la Edad Media creían encontrar en las selvas vírgenes de las Indias conocidas o desconocidas.

La pureza de aquella vida patriarcal primitiva cantada por Hesíodo y por Horacio, caracterizaba una *Edad de oro* fuera del tiempo y del espacio, con "la perfección inicial" de la vida humana. Allí estaba la libertad añorada por J. J. Rousseau y por Garcilaso de la Vega, que creían *perdida a causa de la civilización*. Este esquema es el que modernamente ha resucitado Aldous Huxley en su mitología de "El mundo feliz", en la que pinta una civilización tecnificada que ahoga al pensamiento y al hombre y le obliga a huir a la selva donde todavía reencuentra el sentido de la libertad. La misma metáfora inspira la reciente película titulada *Farenheit 451*. En este siglo es la tecnificación lo que parece amenazar el progreso humanista, como lo fuera la teología en la Edad Media. Y lleva al espíritu a despertar la nostalgia de la *condición edénica*, es decir, de la imagen ancestral paradisiaca que representa simplemente las raíces biológicas y zoológicas de la libertad.

Pero esta hermosa leyenda del Paraíso no es actualmente interpretada del mismo modo por la sicoantropología. El paraíso edénico equivale a la *etapa prehumana* de la humanidad. Es decir, a la etapa final del *hombre zoológico*, antes del momento en que el siquismo se elevara hacia el estadio consciente, por el fenómeno

que hoy se llama reflexión. *El paraíso era la vida animal del hombre, sin limitaciones a sus instintos, sin ninguna organización social, sin lenguaje ni técnica.* Su libertad era zoológica, como la del antropoide, pero limitada por su capacidad instintiva y por los peligros externos que lo traumatizaban. Y cuando aparece el lenguaje y la reflexión, se multiplican las posibilidades de pensamiento y de acción que al hombre se le ofrecen a cada instante. Entonces la libertad surge como primer don de la naturaleza humana. Es una libertad metafísica, situada en un plano muy superior al de la libertad zoológica de que disfrutaba el hombre edénico.

El inconsciente del hombre arcaico se pobló súbitamente de símbolos arquetípicos al despertar el siquismo superior que creó el plano humano. El psicoanálisis lo descubre demostrando sus raíces en las más secretas profundidades del alma. El lenguaje expresa los conceptos. El símbolo los sacude intuitivamente y los muestra vivos. La escuela junguiana ha comprobado el valor evolutivo del arquetipo y del símbolo en el desarrollo de la humanidad. Son "dominantes colectivos inconscientes" que adquieren un valor energético psicoético. Es decir, son normas de conducta rudimentarias y absurdas, pero algo nuevo que está más allá del instinto y regula la energía instintiva. Con la aparición de los *tabús*, el hombre puede elegir entre lo prohibido y lo permitido. Adquiere una propiedad *metafísica* de elección. Es el gran paso de la libertad que poco tiempo podrá disfrutar ya que la cristalización de la mentalidad mítica envuelve prontamente a la conducta humana en las redes del ritualismo totémico.

Hay a veces una confusión del arquetipo-símbolo con el mito por el fenómeno arcaico del primer estadio de la mente humana. La mitología surge utilizando los símbolos en forma compacta elaborando una mentalidad animista y mágica. Mas *el símbolo en sí no es mitológico* (Brun) porque involucra una intención analógica y crítica, y abre un horizonte que da nuevo sentido a las imágenes. He ahí el lenguaje. Por ello la mentalidad mítica aunque ahoga la libertad no la decapita, ya que el símbolo, como núcleo energético del inconsciente, se proyecta hacia horizontes desconocidos y se transforma en baluarte de estructuras futuras. Hay una poesía primitiva, rudimentaria si se quiere, pero que engloba lo que puede llamarse *experiencia poética* (Rolland de Reneville) que esboza los sueños que inspirarán inconscientemente las acciones prácticas. Y el verbo poético será ya para siempre el baluarte de la libertad metafísica capaz de las transmutaciones alquímicas más inesperadas.

Alguien ha podido decir así que el *hombre es hijo del pecado*, porque sin haber inventado el pecado no podría haber valores espi-

rituales ni capacidad humana de elección. El *pecado*: bella metáfora que el inconsciente colectivo personifica en los demonios, quienes acompañarán ya para siempre al hombre, con mil disfraces, en sus transformaciones culturales a través de la prehistoria y de la historia. Sin "pecado" (es decir, sin demonios) no habría libertad. Un mundo perfecto, no sería humano. Es el mundo de los insectos. William James lo había dicho también: un mundo perfecto, sin errores, sin pecados, sería aburrido, terriblemente aburrido y estático.

He ahí pues, la fugaz eclosión de la libertad como *carácter antropológico fundamental*, con la aparición de los arquetipos, del lenguaje y del manejo del fuego en la *realidad consciente* del hombre arcaico (del Arqueantropus). Se puebla el inconsciente colectivo de símbolos vivientes, como los árboles frondosos del bosque que veía Baudelaire en nuestra inmensidad íntima. El espacio de la libertad se ensancha, pero es siempre un *espacio mental*. Así dice Gusdorf que los orígenes humanos de la libertad evidencian su carácter metafísico. Porque cree su posibilidad de libre elección cuando amplía su mundo propio, se plantea las variantes múltiples de la conducta, y adquiere una noción de los valores fenomenológicos de su consciencia: *Es así que la consciencia humana es la tierra vital de la libertad*.

Y así el hombre elabora su mundo animista, mundo mítico que va haciéndose como un bosque espeso en el cual se va limitando la libertad por el imperio mítico del ritualismo, por falta de desarrollo de la individualidad mental, que sumerge al hombre en el Kamo, haciéndolo menos apto para el ejercicio de la libertad, anulando esta actividad en la anquilosis de una realidad organizada en un nuevo mundo mítico en la cual el hombre apenas tiene noción de las posibilidades de su pensamiento y de su acción. Rousseau había dicho: "el reposo y la libertad me parecen incompatibles: es preciso elegir". Pero el hombre mítico no podía ya elegir, porque su camino, su vida estaba trazada por los ritos mágicos y manejada por las fuerzas ocultas. Fueron necesarios muchos centenares de siglos para que un nuevo esfuerzo intelectual abriera el horizonte a la libertad.

La libertad a través de la historia

No es mi propósito considerar el problema de la libertad a través de la historia siguiendo a los pensadores que han llenado tantas páginas fecundas en este campo de la filosofía y de la política. Desde Descartes, siguiendo con Bossuet, Spinoza, Leibnitz, Hume,

Locke, Kant, Condillac, etc., hay una amplia y profunda literatura que abre el camino a las concepciones sociopolíticas de los siglos XVIII y XIX, en que podemos decir que se llega a las etapas experimental y antropológica.

La libertad ganada por el ser humano al hacer su eclosión en la tierra, está amenazada siempre por la nueva naturaleza interior del siquismo humano, es decir, por las creaciones de la subjetividad. El afán de poder, el orden mágico, astrobiológico o teocrático neutralizan o destruyen muchas veces el don de la libertad en que descansa la dignidad del hombre. Por eso el hombre arcaico, bañado en la mentalidad animista, disfrutando de una conciencia mítica, ha perdido la noción de su libertad. Decía Levy-Bruhl que la existencia arcaica es una vida colegiada. Y Gusdorf que el hombre primitivo se mueve como el pez en una pecera. Y cuando la humanidad logra emanciparse de la edad mítica, se asiste al despertar de la razón. Comienza la era intelectual.

Existe una dirección del progreso histórico que marca el sentido de las transformaciones mentales y culturales de la humanidad; una maduración psicológica del hombre en cuanto a la autovaloración de su personalidad. En un determinado momento de la historia, según Jaspers, se observan rasgos definidores de ciertos hechos que dan precisamente *origen y sentido* a la historia humana. Y el rasgo más trascendente de este *periodo axial* es el de haber definido la eclosión psicológica de la libertad de manera irreversible en la evolución del hombre.

Este periodo lo sitúa Jaspers entre los 800 y 500 años antes de nuestra era. Y le asigna una amplia extensión geográfica desde el Asia, India, Egipto, China, Persia (o sea la localización de las altas culturas primarias de Weber) hacia Grecia y Roma. Hay una unidad espiritual entre las culturas nacientes del Asia y Europa oriental en aquel tiempo crucial cuya cronología cultural sería una amplia zona oscilatoria que representa la entrada del hombre en la Historia, y coincide con el hecho de que el hombre toma conciencia de sí mismo.

Esta interpretación "empírica" de la etapa inicial de la historia coincide con la más documentada visión de Berthelot y de Gusdorf que, como veremos, hablan de la "revolución socrática" como culminación del proceso que representa el surgimiento de una conciencia individual filosófica, que coincide con la aparición del llamado *Hombre categorial*.

Ernst Cassirer también atribuye este gran paso hacia la libertad a la etapa inicial de la historia en que la humanidad pasó del pensamiento mítico al pensamiento religioso. La mentalidad primitiva

se regía por medio de tabús, de prohibiciones y rituales mágicos. "El sistema tabú —dice Cassirer— amenazaba con convertir la vida del hombre en una carga que a la postre resultaba insoportable. Toda la existencia del hombre, tanto física como moral, se hallaba abrumada por la presión constante de este sistema. En este punto interviene la religión. Todas las religiones éticas superiores, la de los profetas de Israel, el zoroastrismo, el cristianismo, se impusieron una tarea común. Aliviaron la carga insufrible del sistema tabú; pero, por otra parte, injertaron un sentido más profundo de obligación religiosa que, en lugar de ser una restricción o compulsión, era la expresión de un nuevo ideal positivo de libertad humana".

Según Lalande, el sentido filosófico de *libertad* es indeterminación absoluta, no por ausencia de toda tendencia, sino por elevación más allá de la naturaleza. Y Bergson afirma que el concepto de libertad sería la relación del *yo concreto* con el acto que realiza. De la libertad filosófica se pasa a la libertad política, que ha iluminado la historia del siglo XIX, ligada al desarrollo de la ciencia, en especial de la biología con el darwinismo, y con el concepto de evolución aplicado a la psicología y a la sociología. El concepto de libertad se hace al propio tiempo vago y amplio, dominando la causa del progreso como un gran signo de los tiempos. A veces, la libertad ilimitada se hacía nihilista. La reivindicación de libertad frente a todas las formas de opresión podía convertirse, al cambiar la desgracia por el triunfo, en una insaciable sed de violencia iconoclasta. El movimiento libertario muchas veces se hacía paradójico. Pudo llegar a ser la libertad sin doctrina. En verdad, se trata de la experiencia de la libertad: el canto del hombre libre o el lamento del esclavizado.

En esta larga etapa de experiencia antropológica de la libertad, se desarrollan ampliamente las ramas que antes he mencionado como derivadas del tronco común. Así se concreta filosóficamente el criterio de libertad individual, con el derecho al pensamiento propio, respetando al ajeno: la libertad filosófica. Del mismo modo se define la libertad religiosa, la libertad política, con las subramas de libertad sexual, libertad de prensa, libertad económica, etc., y la formación del Estado de acuerdo a los grupos etnoculturales va desarrollando el concepto de *libertad de los pueblos*, consolidando el derecho etnologicocultural de los grupos culturales y geográficos humanos a su libertad total, incluso política. Esta doctrina ha sido reconocida por las Naciones Unidas en la Carta Universal de los Derechos del Hombre.

Así podemos decir que al principio la libertad era *metafísica*. Después, en el periodo axial se hizo *geométrica*, y durante el periodo

intelectual de la historia se hizo *filosófica-intelectual y teológica*. En el siglo XIX recupera su carácter metafísico para hacerse política. Se extiende el concepto de libertad como fuerza que va arrollando los acontecimientos políticos del siglo. Y por último en nuestros días, la libertad se ha tornado *antropológica*, experimental, fenomenológica y estructural.

La libertad religiosa y el antisexualismo

LA libertad religiosa es uno de los aspectos más importantes en la evolución histórica del medievo y hasta del mundo moderno. El fanatismo religioso acompaña a las grandes religiones históricas y se exagera durante la Edad Media. El pensamiento religioso, que después de la Astrobiología asiática fue el que abrió el camino de la libertad, no permaneció fiel a sus orígenes filosóficos y durante la Edad Media, originó el dogmatismo, la persecución de los herejes, la Inquisición, que fue motivo de un largo eclipse de la libertad.

La opresión desarrollada por la Iglesia durante muchos siglos a través de un dogmatismo teológico anticientífico contribuyó al retraso de las ciencias y engendró el largo periodo de lucha entre la ciencia y la religión. También los apóstoles de la filosofía política de progreso hallaban oposición durísima en los sectores de influencia teocrática. Asimismo, se libraron encarnizadas luchas entre los grupos militantes en religiones distintas: la Reforma y el antisemitismo, ejemplos bien conocidos.

Los liberales del siglo XIX libraron continuadas luchas contra las huestes teocráticas. El ateísmo fue aliado de la libertad, como puede verse en amplios sectores de la literatura social y política. Nicolás Alonso Marselau en la mencionada *Enciclopedia Social-Republicana* de 1872, dedica unas encendidas páginas contra la "esclavitud religiosa". Y así podía escribir: "¿queremos que los derechos individuales sean una verdad, que la justicia resplandezca sobre nosotros?, pues despejemos nuestra atmósfera de las negras nubes de la religión que nos amenazan con el rayo destructor del caos, de la muerte, de la sociedad". Pero mientras tanto, lentamente la idea antropológica de libertad iba abriéndose camino en las mentes más preclaras de los teólogos, hasta que hiciera la eclosión conciliar en nuestro siglo bien entrado.

Derivado históricamente del concepto de libertad religiosa podemos considerar al de la libertad sexual. Desde los primeros siglos del cristianismo, la Medicina, que Hipócrates había convertido en verdadera ciencia, sufrió la infiltración de una teología decadente y sectaria. Un obispo de Cartago del siglo III, Cipriano, decía que

los demonios producían las fracturas y dislocaciones de los miembros. Se olvidó a Hipócrates y a Aristóteles durante más de diez siglos. Fue desarrollándose la *demonología*, que hizo retrogradar a la mente colectiva hacia una nueva edad mitológica de base teocrática. Y el ejercicio de las libertades fue cada vez más cercenado, porque el temor al demonio y al pecado o la herejía, envenenaba las inteligencias.

Además, el temor era fundado en castigos cruentos que los poderes eclesiásticos promulgaban en combinación con los reyes y emperadores. Ello culminó con la promulgación del libro de Sprenger y Kramer, *Malleus Maleficarum* (el Martillo de las brujas) aprobado por el Papa Inocencio VIII (en 1484) que dio una mayor efectividad a la Inquisición, que ya en el siglo XIII había inaugurado otro Papa, Gregorio IX. Durante varios siglos, la persecución y la matanza de brujas constituyó la obsesión de gobernantes y de teólogos. Es sabido que la última bruja fue decapitada en Suiza (Glarus) en el año 1782.

Se me preguntará qué tiene que ver la quema de brujas con el problema de la libertad sexual. Mucho tiene que ver. La gran epidemia de brujería vino a ser una neurosis colectiva en cuyo mecanismo el psicoanálisis descubre la represión de la libido llevada a grados inconcebibles. Una mezcla de enfermedad, herejía y pecado empapaba a las conciencias y hacía víctimas de la ley a cuantos hombres y mujeres exhibían neurosis o simplemente manifestaciones variadas de la libido. Todo se atribuía al demonio y especialmente los fenómenos sexuales. El ascetismo antisexualista era predicado por muchos *santos*, mientras en círculos limitados los príncipes de la Iglesia vivían con una grandeza y liberalidad palaciega.

Quizás esto era una vía de salvación para la humanidad, como lo fue el mundo árabe, libre de las teorías demonológicas y de los tabús sexológicos. Averroes, gran médico árabe del siglo XII, fue perseguido por hereje y librepensador. Y más tarde, toda la ciencia árabe fue también víctima de la intolerancia teológica. Y mezclado con todo ello, el antisexualismo floreció como rama sociocultural que bajo formas distintas se perpetuó hasta nuestros días.

A pesar de ello, quedaban muchas zonas mentales de la humanidad occidental al margen del área demonológica. De allí surgieron los hombres esforzados que lentamente llegaron a imponer un nuevo espíritu científico. Como dice Zilboorg, "mientras el proceso llamado historia no ha llegado a una detención, la vida humana continúa; y mientras la vida humana exista, hay asombro, es decir, curiosidad, y se dan infinitas tentativas para resolver los numerosos problemas siempre crecientes que la vida impone al hombre...". Es

decir, que la edad del obscurantismo no fue una total anulación del sentimiento de libertad, como ocurrió en la edad totémica. No fue de muerte y descomposición, sino de inquietud y tumulto. Así el siglo XIII fue lleno de paradojas, de meteoros intelectuales cual tentativas impacientes de la imaginación; y el Renacimiento un definitivo resurgir del espíritu de la libertad, con la razón y la experimentación, que permitieron lo que en el terreno médico-psicológico fueron las grandes revoluciones psiquiátricas.

En el mundo occidental, siguiendo una trayectoria histórica, al esclarecerse los límites entre la teología y la ciencia, ha sido preciso una lucha titánica para individualizar la libertad política. Y algo parecido ha ocurrido con la llamada libertad sexual. Probablemente es un lastre hereditario del medievo la obsesión que todavía exhiben las mentes teocráticas y policíacas por la represión teórica y práctica de la sexualidad. De ahí que más que una clara definición de ética sexual ha existido una lucha sin fronteras entre los antisexualistas que pretenden imponer a la sociedad un ultrascetismo basado en persecuciones externas, y los defensores de la libertad sexual, también dotados de desorientación ética, movidos por la expansión vital del instinto, y que todavía necesitan beber en las fuentes antropológicas del relativismo cultural.

Recientemente, Lo Duca, al hablar de los derechos *del erotismo* y de los derechos *al erotismo*, señala necesaria la "desatanización". Todo lo que no es *genésico*, es *erótico*. Y el *erotismo* ha sido necesario en todas las culturas. Si el sexo se reduce a la reproducción, desaparece lo más bello de la vida amorosa del hombre. Los antisexualistas parece que quisieran anular en la especie humana todo lo que no es reproducción animal. Y olvidan que en ninguna cultura prehistórica ha ocurrido.

La libertad sexual consiste en liberar al hombre de las prohibiciones eróticas. Es evidente que ello debe ir acompañado de una ética sexual, de una educación sexual. Cada cultura tiene la suya, por ello el relativismo cultural se impone. La cultura moderna, quizá, no ha racionalizado o madurado bien cuál debe ser el grado y la forma de sublimación de la libido. Mas este es ya otro problema. El de la libertad es la previa eliminación de prohibiciones antibiológicas y antiestéticas; es la liberación de los brutales y exógenos mecanismos de la represión, bien descritos por la teoría freudiana.

La libertad en la España contemporánea

LA experiencia histórica reciente de la península ibérica permite reconstruir el fenómeno regresivo de la libertad que ocurrió

en el medioevo, naturalmente con velocidad muy distinta y con caracteres también propios del siglo veinte. Resucitar a la Inquisición en pleno siglo veinte era evidentemente una empresa insensata, desplazada del tiempo histórico. Sin embargo, así fue bajo otro nombre, que no bajo otro signo que el de combatir la herejía. La Cruzada salvadora para el espíritu y para el cuerpo. No fue la epidemia de brujería, pero sí de sistemática persecución y ejecución de los "rojos". Y lo mismo que las brujas eran difícilmente definibles (mezcla de varios ingredientes humanos); también el *brujo* víctima de la persecución "nacional" era una mezcla de científico, de ideario político progresista, de agnosticismo, de federalismo, que debía ser exterminado. Y el exterminio fue atroz y denso, si tenemos en cuenta el campo geográfico limitado y el tiempo corto de duración en relación con los siglos de la Inquisición medieval. Se trató de un eclipse total de la libertad humana, de todos los derechos humanos; eclipse derivado del concepto inquisitorial (o filipista, como dijo Figueiredo) del dogmatismo religioso. Y así, en un cuarto de siglo se llevaron millones de hombres y mujeres al patíbulo, a la cárcel, a la condena domiciliaria, al cercenamiento de su pensamiento y de su actuación. El programa filipista incluía la necesidad de creer y practicar fervorosa y públicamente el culto católico, de prohibir todo acto de sexualidad, de prohibir toda idea de participación política que no fuese la adhesión total a la causa de la Cruzada. Es decir, que fueron abolidas la libertad religiosa, la sexual, la intelectual y la política.

Pero el aislamiento mental no pudo mantenerse muchos años. El exterminio de los "rojos" fue total en poco tiempo en la primera década. Como simiente quedaron los muertos y los expatriados que conservaron la libertad con el peregrinaje. Pero el eclipse de la libertad continuó reinando para todos los habitantes peninsulares y la férrea disciplina mental y policial mantenía a los jóvenes en la absoluta ignorancia de sus derechos y del origen de los que ostentaban el poder absoluto. La enseñanza dogmática pudo crear una mentalidad mayoritaria análoga a la teológica de la Edad Media. Pero en enero de 1953 el gobierno español fue aceptado en la UNESCO y firmó la Constitución de la misma, que incluye todos los derechos humanos. He ahí una paradoja, que supone burla por parte de España y claudicación de la UNESCO. A pesar de ello, la UNESCO ha penetrado en la península y abrió el camino para ilustrar a las juventudes. Unas minorías intelectualizadas han ido aprendiendo lo que era la libertad en los países civilizados de Europa.

No existen jurídicamente los derechos humanos; mas los gobernantes ya no se han atrevido a aplicar en totalidad las prohibiciones

de los primeros años. Con la entrada de los turistas y los viajes de las juventudes a Europa, el antisexualismo feroz (que prohibía el traje de baño en las playas) se convirtió en un liberalismo mimético. La represión se ha ido concentrando a impedir tan sólo las actividades efectivas, que son por otra parte imposibles. No existen derechos ni libertad, pero *de facto* se ha hecho invisible la represión.

Por ello, actualmente, el turista y el expectador superficial aseguran que en España se vive libremente. Las gentes de mentalidad teocrática llegan a sentirse cómodas en un mundo que les prohíbe lo que ellos no quieren ni deben hacer, ni siquiera pensar. Dicen que sólo no hay libertad para el *mal*(?). Mas no definen la universalidad de su concepto del mal.

Recientemente, Juan Goytisolo se lamenta de este fenómeno al afirmar que "treinta años de censura han hecho que todos los españoles seamos censores, nos autocensuramos y seamos el país con menos libertad intelectual". La mentalidad creada por el régimen ya tiene vigencia propia al margen del propio régimen y subsistirá después del régimen.

Y a pesar de ello, cada hombre aspira a respirar mejor y se afirma en los derechos reconocidos para su trabajo, para su determinada vida social, y van reedificando una *cierta integridad* de la persona, hallando un sentido *concreto* de sus derechos y con ello se abre un nuevo horizonte individual de la libertad. Y los estudiosos jóvenes, los científicos, toman conciencia de su situación privilegiada y saben que son la antorcha del progreso intelectual y social. Insensiblemente van acercándose al horizonte político. Y una grey de borregos, como aquellos que Buñuel simboliza en las escenas finales de la película llamada *El ángel exterminador* sigue alimentando un *nuevo mito*, aparentemente opuesto al mito de Franco, pero que coincide con éste en una perspectiva sin horizonte, considerando al impotente hombre ibérico como un robot, cuyos movimientos están dirigidos por los hilos que penden de un alto centro de poder, verticilo de un pequeño cono de oscilación al que se pretende llamar libertad. Este es el sentido de una superficial adaptación a las corrientes modernas, que está dentro de una fiscalización psicológica y material. Tal es la pobre filosofía de la liberalización oficial que se exhibe en la fase agónica del régimen.

Mas al propio tiempo, las minorías intelectuales examinan objetivamente los hechos sociales. Y las más selectas mentes teológicas han despertado en la misma conciencia cristiana de humanidad y de amor al prójimo que durante el medievo encendía la referida mística de la libertad, apoyada en la infinita potencia y capacidad de horizontes de un Dios que se encuentra más allá del bien y del mal

y que disfruta de una libertad sin límites de la cual ha de hacer participar también al espíritu humano.

Pero además de este espíritu naciente de una libertad teológica, la juventud inteligente ha roto la *cortina de humo* de toda la mitología del régimen. Ha descubierto la libertad como fundamento de la vida intelectual y de la vida social. En las raíces mismas de la personalidad y del instinto, el hombre ibérico ha hallado nuevamente la fuerza impulsora de una auténtica libertad antropológica, no prestada por los dioses sino por propio derecho. El citado escritor *Juan Goytisolo* recuerda que a los veinte años escribía buscando su liberación y ahora por "afán moral y pasión estética", ya que el clima peninsular se hacía insoportable.

Volvemos a encontrar una filosofía teológica de la libertad que ha realizado una metamorfosis total del estroma que sostenía y dirigía el régimen. En un reciente número (mayo 1967) de la revista catalana *Serra d'Or*, órgano de los monjes de Montserrat, un articulista *M. Vilanova* que habla de "una teología de l'art Sagrat" e invoca el diálogo como base, afirma que "la teología busca un contacto con la realidad, un diálogo entre 'el'Escritura i el diari', según la fórmula de Barth; el arte de Iglesia también ahora es invitado a salir de su ciudadela hacia una integración social. El diálogo es llamado a enriquecer la vida de la teología y del arte". Como en sus orígenes, la libertad renace siendo metafísica. Pero no hay otro camino que el teológico para la conversión de una gran masa humana enquistada en la intoxicación nihilista del régimen. Por este camino, aquella grey rezagada va al encuentro de la otra España que vibra y que piensa en un próximo resurgimiento.

Hay actualmente en España 3 grandes tipos heterocrónicos de libertad, encarnados en grupos humanos distintos: uno de mentalidad mitoteológica primitiva, por atrofia intelectual, comparables al estadio precatégorial del "pez en el agua". Otro de mentalidad teointelectual, mística, que redescubre la libertad, como Santo Tomás y San Agustín (emparentados experimentalmente con Aristóteles) a través del espíritu cristiano auténtico. Y otro de mentalidad científico-existencial que siente como necesidad, desde sus raíces *ctonianas*, la libertad antropológica, global, de origen humano, y la proyecta hacia todas las esferas de la actividad moderna.

La importancia del segundo grupo, o sea del teosociológico, es desconocida por algunos, que incluso dudan de su autenticidad. Mas frente a éstos, cabe recordar que también el espíritu de libertad germinó junto al verdadero espíritu cristiano que preparaba el humanismo renacentista. Petrarca, calificado por Gusdorf de "gran alpinista espiritual" y por Renan de "el primer hombre moderno",

fue precisamente quien solemnemente quiso anunciar, desde lo alto del monte Ventoux (Alta Provenza) la luz de la libertad humana que alumbraría el Renacimiento. Y lo hizo recitando unas palabras de San Agustín: *Noli foras ire, in interiori homini habitat Veritas*. (La Verdad no debe buscarse en las manifestaciones externas porque reside en el interior del hombre). Esta escena, que aconteció un día del año 1336, era el símbolo de una metamorfosis sincrética: la Verdad de San Agustín era la libertad otorgada por Dios, y la Verdad de Petrarca es la profunda verdad de la libertad propia del Hombre. Y ahora una análoga metamorfosis se está incubando y madurando, en los espíritus de la tierra ibérica, especialmente en aquellos que están abiertos al futuro.

Y es esta zona humana vibrante, y que tiene visión del porvenir, la que cuenta. La libertad abre las puertas del futuro. Sin ella retrocedemos al estado de bestia. Bien lo recitaba el propio Segismundo encarcelado, *sintiéndose fiera entre los hombres y hombre entre las fieras*. J. Buytendijk, en su Psicología animal, expresa una análoga realidad biosicológica al definir el valor trascendente del sentido humano de libertad, que despierta en el niño con la alegría: "El infante *sonríe*, y por la sonrisa franquea el límite de la vida y del espíritu; mientras que para la bestia esta frontera forma irrevocablemente un obstáculo". Y esta es la situación presente que encubre el agónico silencio ibérico: la pugna invisible de la libertad a través de la fuerte sonrisa de la juventud frente al obstáculo de la bestia.

ENTRE LA RAZÓN Y EL MITO

Por *Alvaro FERNANDEZ SUAREZ*

CLEOPATRA, la reina, al sentir la palpitación viviente de su hijo, el que habría de llamarse Cesarion, juzgó venido el momento de informar a los sacerdotes y al pueblo.

He aquí un delicado instante, para cualquier mujer, un instante de hace más de dos mil años, pues latió, entre un destello y la nada, el año 47 antes de Cristo. Pero la condición especial de Cleopatra añadía, al común y femenino trance, ciertas implicaciones religiosas y políticas, porque Cleopatra era soberana de un Estado y de un pueblo regido por tradiciones milenarias, y su hijo había sido engendrado, no por un marido irreprochable, a los ojos de tales tradiciones, sino por un general extranjero, aunque —esto sí— con un nombre cuya gloria resonaría largamente en los futuros siglos y que ya no era poco sonoro en el presente: Cayo Julio César.

Cleopatra mandó decir —ritualmente, suponemos— a los sacerdotes de Amón (imaginamos que, de paso y, con tal motivo, les haría grandes regalos) que el dios se había unido a la reina. El asunto debía importarles mucho a los sacerdotes. En todo caso, tendrían que hacer —ritualmente también— como si les importara tanto, al menos, si no más que a la propia reina porque eran servidores, ministros, intermediarios, procuradores, esclavos y, sobre todo, realmente, tiranos del dios, es decir, del marido de Cleopatra: el marido celestial, por supuesto, pues en cuanto al terrenal, Cayo Julio César, aunque igualmente divino, no sería cómodo, cual sucedía con el otro, obligarle a decir esto o aquello, según conveniencias sacerdotales o sólo era posible mediante sutiles y tácitas transacciones y acuerdos, con mutuo beneficio. Uno de esos tácitos acuerdos, con beneficio mutuo, para los sacerdotes y para el marido terrenal, debió ser aquel testimonio empedernido del fausto acontecimiento, amoroso y político, y de su consiguiente expectativa, que fue grabado, en bajorrelieve, para imperecedera memoria y donde aparece la joven Cleopatra —tenía entonces veinte años— junto a Amón, el dios, que muestra los rasgos magros del general romano, de cuya cabeza calva emergen, discretamente, los cuernos sagrados del patrón de Egipto.

Queremos aventurar un análisis, llevado con divertido rigor y severa licencia, de aquel antiguo enredo; porque al ser lejano y al funcionar sobre rodamientos —creencias, esquemas para conducir el juicio— de otra época, podemos ver más claro o, lo que es igual, ver más libremente, sin compromiso, la confusa materia, objeto de estas reflexiones, es decir, los vínculos y conexiones entre la razón y el mito. De este modo quizás logremos asistír, en el secreto del huevo, a la gestación de ciertas recurrencias de la mente, es decir, movimientos reiterativos sobre lo mismo, en que consisten las creencias sociales que pueden haber nacido y nacer ahora mismo, entre nosotros, de una anécdota quizá trivial o acaso ridícula o pintoresca, por ejemplo la ambición política y el deseo sexual de un hombre y una mujer; si bien, aunque movidas, acaso, por la astucia y el oportunismo, estas pequeñas farsas tienen que hacer referencia a una verdad, la verdad de las fuerzas vitales del hombre, proyectadas hacia su realización más ancha y rica, de las que un mito suele ser la clave, la forma de expresarse. La anécdota del mito, su forma, su fábula, será, tal vez, absurda y extravagante, y su concreción oportunista puede ser una tracamundana, y sin embargo todo eso es capaz de durar más que las piedras más duras, y ya veremos por qué y en qué condiciones.

¿Para qué hacer este análisis? Ante todo, para ejercitar nuestra maquineta de jugar con las palabras, en compañía del lector, si tiene algún tiempo que dar gratuitamente al tiempo. Y esta falta de ambición trascendental nos va a servir de coartada para no vernos obligados a establecer, rigurosamente, una tabla formal de equivalencias o traducciones de normas de pensamiento entre aquella época y la nuestra, omisión que nos expone —desde luego— a cometer gruesos errores. Es verdad. Sólo podemos decir, a este respecto y a modo de excusa, que por eso mismo hemos hablado, antes, de un análisis llevado con divertido rigor y severa licencia. Por otra parte, en la medida de nuestro escaso saber, tendremos en cuenta aquel peligro de disparate, pero advertimos que no nos embaraza el respeto por nuestra propia persona y, en cuanto nos toca, salvado el lector, de quien, sí, somos respetuosos, podemos afrontar las consecuencias de tales errores sin que nos quiten el sueño. Uno no tiene tan vidriosa la dignidad ni, desgraciadamente, tanta juventud, como para inquietarse mucho por eso. Por lo demás, hay algo en favor de que la operación es razonablemente factible, un indicio, sólo un indicio, aunque no sea otra cosa más precisa, más eficaz en un plano de cierta exigencia lógica. Consiste ese indicio en que aquella vieja historia de César y Cleopatra no es, al fin y al cabo, tan vieja —sino más bien contemporánea— en cuanto nos representemos el oscurí-

simo pozo del tiempo, —es decir, el pozo de la humanidad—, unas quinientas veces más profundo; con mayor motivo si consideramos que los protagonistas de la historia, la reina, César-Amón, los sacerdotes y toda aquella gente, vivían un momento histórico, el período postalejandrino o helenístico, al menos en ciertos aspectos similar al nuestro, lo que suscita una probable y paralela contemporaneidad o correspondencia, más exactamente, entre ellos y nosotros. Las culturas de los pueblos del Mediterráneo, hasta entonces criadas en alvéolos más o menos comunicantes, desde luego, pero definidos; con sus respectivas y sólidas paredes, habían entrado en una batidora o mezcladora, en cuyo manejo acababan los romanos de relevar a los macedonios. Aquella masa batida y mezclada iba a ser vertida en el molde político de un imperio eficaz y duradero como no hubo otro nunca más, y esta vez el Poder político unificador precedería a un Mercado Común desde el Eufrates al océano Atlántico. También nosotros estamos en la batidora, una batidora mucho más grande, que revuelve gente y culturas a escala planetaria y anda en la laboriosa tarea de fabricar una cuba gigantesca donde meter todo eso, o más de una cuba, uno o varios moldes imperiales (allá veremos). No estamos seguros, claro está —aunque quizá no lo parezca, queremos ser intelectualmente serios— de que esto ayude mucho a la validez de nuestro análisis. Sólo confiamos en que ha de ayudarnos un poco.

Y ahora, he aquí el método. Lo que haremos será, sencillamente, proyectar sobre la anécdota luces de vario color, y a ver qué nos revelan: la luz blanca de la razón, la luz roja de la pasión —si se nos permite—, la luz negra del pensamiento mítico. Adelante, pues.

La luz blanca de la razón. Trataremos de considerar, pues, nuestra lejana anécdota, según los esquemas de juicio propios del racionalismo. ¿Pero qué es el racionalismo? ¿Y a cuál de los posibles racionalismos nos estamos refiriendo? Tendrá que ser, en todo caso, un racionalismo que haya tenido vigencia en aquel tiempo, cuando Cleopatra y César andaban por el mundo urdiendo, como cualquier mortal, sus tramas y enredos y sus grandiosas pretensiones inmortales. A eso vamos, precisamente.

Prácticamente, nos parece que casi nadie, en la vida apasionada, juzga con criterios racionalistas, en el sentido gnoseológico o epistemológico de las palabras; no suelen hacerlo los políticos, ni los generales en campaña, ni las reinas y los amantes. No es común que el sujeto se ponga a afilar su instrumento racional con el exquisito cuidado de hacer un análisis de los datos y aplicarles, después, el único instrumento de conocer válido para el racionalista, es decir,

la razón. Lo común, diríamos que lo "humano", es un aparato lógico, más impuro, como el racionalismo vulgar del hombre de hoy que le sirve para transitar bastante seguro de su inteligencia porque puede vivir sin inquietarse demasiado por el misterio del mundo y de su propio estar en él.

Ambas clases de racionalismo, *mutatis mutandis*, podían ser compartidos con nosotros por aquella pareja divina. Los dos habían sido formados, suponemos, en la cultura helenística, influida por el racionalismo platónico y por el más antiguo de los presocráticos que sabían separar bastante bien la naturaleza, con sus automatismos y su indiferencia respecto al hombre, del campo de lo histórico, donde se mete la voluntad (esa extraña cosa) y de la esfera de los dioses. Por lo demás, Aristóteles ya había expuesto la mecánica del razonamiento silogístico.

En un terreno más cotidiano, todo indica que era común, en aquel tiempo, un tipo humano cultivado y también sin cultivar que profesaba un racionalismo vulgar o cazurro, un modo de "estar de vuelta", una actitud escéptica respecto a lo que no se toca, se palpa y se come, aunque compatible con toda clase de temores supersticiosos, agorerías y recursos mágicos, medio creídos, medio descreídos. Esta clase de racionalismo cazurro debía ser muy corriente, apenas medio siglo más tarde, entre los funcionarios romanos, a juzgar por las referencias que nos dejó la vida de San Pablo en los "Hechos de los Apóstoles". Sirva de ejemplo aquel gobernador llamado Félix y el presidente Festo que sostenía, al parecer, pláticas, sobre religión, con Pablo, y le decía que le habían vuelto loco —a Pablo— las muchas lecturas.

Julio César, por lo demás, era un excelente escritor, un intelectual que sabía a qué atenerse; y nos parece que Cleopatra también. Sin embargo, ha de admitirse que, en sus mentes, debían alternar sucesivas actitudes, desde un racionalismo prácticamente igual al de un hombre de hoy, hasta un enjuiciamiento mítico, pasando por un modo de ver a través de las violentas deformaciones de la pasión. Muchas veces pensarían —es sensato colegirlo así— mezclando esos diferentes esquemas de conducir el pensamiento, es decir, pensarían, como lo hacemos nosotros mismos casi siempre (a menos que nos sometamos a la deliberada disciplina de un método científico), por medio de "paquetes" donde, en el envoltorio, van unos contenidos heterogéneos, conceptos tal vez depurados y precisos, otros confusos, muchos mezclados unos con otros, así como verdaderas personificaciones míticas y meras emociones.

En suma, nos parece que no cometeremos ningún atropello de la sensatez si examinamos el asunto —la anécdota con que hemos

iniciado estas líneas— valiéndonos de un criterio racionalista actual, para empezar, aunque después introduzcamos correcciones basadas en lo que creemos saber de la mentalidad de aquel tiempo, donde el elemento mágico, el mito y la emoción tenían mucha fuerza.

Cleopatra —en este entoque, deliberadamente anacrónico o intemporal— viene a ser una muchacha enamorada, de ayer o de hoy, que tuvo relaciones —digamos ilícitas— con un militar extranjero, y de estos amores iba a nacer un hijo. En cuanto a César está claro que se trataba de un político y general romano, de cincuenta y tres años, que corría una aventura erótica y política y trataba de sacar partido de ella, en diversos sentidos. Por su parte, Amón era una deidad egipcia que, por supuesto, no había existido nunca fuera de sus estatuas y de las mentes que creían en él, más o menos, quiere decirse, con la dudosa certidumbre y el frecuente apasionamiento con que se suele creer en los dioses. Con lo cual está dicho que Amón, por poco o nada que existiera, objetivamente, es decir, fuera del hombre mismo, no dejaba de tener fuerza —a veces una fuerza violenta— y de influir sobre la vida de su gente y sobre la de otros pueblos. Se trataba de un dios agresivo, de lo que eran testimonio los cuernos. Los cuernos de Amón evocaban la embestida del carnero y, según parece, simbolizaban el poder.

Estos ligeros trazos sugieren que Amón, ciertamente, no tenía mucho parecido, en todo caso corporal, con Julio César; pero, sí, lo tenía en otro aspecto, en la ambición y en las intenciones, porque también se dedicaba, en la medida de sus fuerzas, actualmente debilitadas, a la conquista y a la guerra. Por tanto, aunque la personalidad del romano y la personalidad mítica del dios, no pudieran ser ilentificadas, honradamente, por una mente lúcida, era posible descubrir, entre ambas, ciertas similitudes, acaso sólo semejanzas de afición y de oficio, que no bastarían para obnubilar a la inteligente y realista Cleopatra ni tampoco a César, desde luego. Por lo demás, ambos se conocían demasiado bien para poder tomarse, recíprocamente, por otro que no fuesen ellos mismos.

Por tanto —conclusión racionalista—, César y Cleopatra eran una pareja sin escrúpulos que manejaban con astucia las creencias de los egipcios para satisfacer obvias pasiones de erotismo y ambición política. La conclusión parece difícilmente refutable. Sin embargo, como en su lugar hemos dicho, hay que matizarla y esta matización puede influir profundamente en el pronunciamiento que acabamos de hacer, aunque este pronunciamiento subsista. Y es que, primero, en buena parte, esas filiaciones e identificaciones con las divinidades, eran rituales, en el sentido más formal de la palabra y los protagonistas no pretendían que fuesen verdad, comparadas con

proposiciones tales como "es de día", "es de noche", "yo me llamo César", "yo me llamo Cleopatra"; segundo (y parcialmente un poco al sesgo en relación con lo antes dicho) notemos que era común engañar a los dioses en Egipto, común y lícito, como hacían los propios faraones antiguos en sus tumbas, al acumular una relación gráfica de sus buenas obras, muy exagerada e incluso falsa, para presentarse, con este alegato, en el otro mundo, y salir con bien de la obligada rendición de cuentas. Esto quizá signifique que —como sucede en la magia— no se distinguía bien entre el símbolo y la realidad, entre la expresión formal y el contenido a que la expresión aludía. Quizás a César y Cleopatra, aunque ya racionalistas, como un hombre y una mujer de hoy, les sucediera algo de lo mismo: que, sobre todo si les convenía, creyesen ser un dios y una diosa, para lo que les bastaría verse retratados divinamente en un pétreo bajorrelieve.

Hasta aquí, hemos hablado de lo que se refiere a la verdad y a la mentira, en relación con el trance maternal de Cleopatra y los antecedentes del trance mismo, en particular el antecedente llamado Julio César. Examinemos ahora la cuestión moral, a la vista de las normas éticas vigentes en Egipto y en la época. Según estas normas, no parece que César, el soldado romano, fuese el marido previsto por la tradición egipcia para la reina. Pero digamos, antes que nada, al llegar a este punto, que nuestro espíritu racionalista suspende todo juicio sobre esas normas morales de Egipto, y se aplica, únicamente, a ver si la unión de César y Cleopatra encaja o no en los supuestos de la ley. Y no, no encaja. El marido correcto de Cleopatra tenía que haber sido su hermano correinante, Tolomeo, al que la reina, según parece y si no fue calumniada por los historiadores, había envenenado, excluyéndolo así del trono y también del lecho conyugal. La decencia, pues, mandaba, en Egipto, que prevaleciese la unión incestuosa de ambos hermanos y condenaba, por inmoral, la unión exógama de la soberana con aquel brillante genio romano a quien tomó ilícitamente por marido, mediante un previo fratricidio.

Uno comprende que los contemporáneos de la real pareja, cortesanos, sacerdotes y súbditos, tolerasen, con cierta facilidad, la indecencia lógica. Pero se inclinaría a esperar que fuesen más rigurosos en materia de indecencia moral.

Por consiguiente, tenemos derecho a sospechar que la "opinión pública" no dejaría de mirar con malos ojos aquel enredo de Cleopatra. Tal vez no por el fratricidio que lo había hecho formal y legalmente factible, pues siempre ha sido el crimen familiar compañero asiduo de la realeza; pero sí por aquel matrimonio irregular

perpetrado en suplantación del incesto sagrado, suplantación que debía escandalizar violentamente a las personas decentes, con sentimientos religiosos y sentido de la familia y de las buenas costumbres, y ello a pesar de la venal absolución concedida por los sacerdotes a la reina.

La luz roja de la pasión. En fin, hemos concluido que, a la luz blanca del racionalismo, César y Cleopatra eran lo que hemos visto. ¿Pero qué sucede cuando los procesos racionales se ven sometidos a las fuerzas distorsionantes de los intereses vitales? Es lo que trataremos de entender, con un poco de buena voluntad.

Cleopatra era una muchacha muy joven y enamorada (en todo caso César parece que estuvo muy enamorado de ella). Como enamorada, Cleopatra podía mirar a César con ojos magnificantes y ensañar al amante como a un dios. Al fin y al cabo, no le faltarían motivos —aunque le faltaran razones—, a Cleopatra, para creer que César fuese más que un hombre. Sabemos hoy que era un genio, concepto donde, entre otros contenidos, se alberga la idea de divino y de creador, generador, protagonista de un Génesis. Por tanto, también nosotros —si es que las palabras significan algo y suelen significar más de lo que parece a primera vista— participamos, de algún modo, en la "imperdonable" alucinación irracional de Cleopatra.

Pero Cleopatra tenía muy poderosos incitantes para alucinarse. No, no era sólo que César fuese un amante satisfactorio y "genial". Era algo más poderoso. No, únicamente, que hubiese alcanzado grandes victorias militares —lo que es mucho más seductor que cualquier virtud o talento— y que resplandeciese de gloria, resplandor capaz de cegar a una enamorada, a cualquier mujer y a casi todos los hombres. Era que Cleopatra le debía a César el trono y en él se sostenía gracias a las armas de César. Cleopatra hubiera podido olvidar todas las cualidades de César y, en primer lugar, su genio literario, militar y político, seducida por las gracias, más robustas, de un buen mozo estúpido. Pero no podía olvidar, de ninguna manera, so pena de caerse y hundirse, la espada que la mantenía en el poder y, por tanto, prácticamente, en vida. Esto era muy serio. En tales condiciones, con una espada así, César, mientras la blandiera, tenía que ser un arcángel celestial.

Cuando Cleopatra conoció a César, ya sabía ella lo que significaba vivir destronada. Su padre, Tolomeo el Flautista, después de pasar por la misma experiencia, había recuperado la corona por medio de cuantiosos sobornos y trapisondas. Cleopatra debía tener miedo, mucho miedo, a sufrir el destronamiento y sus accesorias.

Por tanto, es natural que le tuviese pavor también a César, y a la cólera de César, al abandono por parte de César, a la mirada hostil de César. Cuando se admira a alguien —y sería difícil no admirar a aquel hombre— y si además se le teme, y se le necesita para la propia salvación, no es difícil persuadirse de que se trata de un dios, por poco que ayuden, a una fe tan resuelta, las vulgares apariencias y lo toleren, un tanto así, las siempre desdeñables contradicciones lógicas.

Cleopatra, en fin, tenía que vivir.

Y esto, lejos de endurecernos y de volvernos severos en el juicio, nos induce a apiadarnos de Cleopatra, como de cualquier ser humano. ¡Pobre Cleopatra! Había asesinado, había intrigado, había puesto en juego delicadas artes amorosas sólo para ser, para vivir, para subsistir en su alta posición, viendo cómo, en torno suyo, saltaban y le tiraban dentelladas los tiburones ansiosos de quitarle su bien y devorarla. Pero ella tenía su dios para defenderla. Era el mismo Amón, no podía ser otro sino Amón, idea que procuraba a Cleopatra seguridad y buena conciencia y, por tanto, felicidad. ¿Quién renuncia a la felicidad sólo por un inútil afán de precisión en los conceptos y por amor al silogismo? Cleopatra era mujer y demasiado linda para ser pedante.

Nos apena Cleopatra como nos apenan sus víctimas, porque casi da lo mismo, mirado desde aquí. Cleopatra y César, es verdad, nos parecen, a primera vista, dignos de compasión pues eran "felicés", ricos, dueños de la fortuna y la desgracia de los demás. Pero, con todo, tenían unos cuerpos frágiles, hechos de carne blanda, donde se puede hundir la espada y había muchas espadas descosadas de hundirse en aquellos cuerpos, carne como la tenemos todos que se desgarran con una roca aguda, con cualquier material cortante y huesos que se rompen y pueden ser rotos, aplastados, triturados. César y Cleopatra, sí, expuestos, entonces más aún que ahora, a otras amenazas insidiosas y atroces, como las enfermedades, y vulnerables al tiempo. Tenían, también, sendas conciencias solitarias, en recíproca soledad, agitadas por borrascas de frenesí, ansiedad, angustia, miedo y todo eso... Todo eso, en efecto, que sabe cualquiera, pues estas reflexiones son viejísimas y casi obvias y, sin embargo, siempre muy difíciles de comprender substancialmente, a fondo y de verdad, porque ¡son tan terriblemente sencillas! Imaginamos que César y Cleopatra verían esto sólo en fulguraciones abismales porque no debían gozar de mucho reposo, y vivirían en la fascinación de maya. Pero, en todo caso, muy pronto, iban a verse ante la revelación, en la "hora de la verdad". César-Amón, gozaba de dos inmortalidades, una inmortalidad egipcia como ya

sabemos, y otra romana, pues se le habían erigido estatuas, al "divino César", en todos los templos de Roma; pero esto no le libraría, sólo tres años después, de morir herido por unos puñales de hierro. En cuanto a Cleopatra, la reina, la hermana de la Luna, viviría un poco más, hasta el año 30, y moriría, como se sabe, en circunstancias estremeceadoras.

Nos apena Cleopatra y nos apena César, no menos que sus víctimas, todos hermanos nuestros —nos separa de ellos muy poca distancia—, todos en este laberinto, donde se va y se viene, a ninguna parte y de ninguna parte, entre el dolor y la fascinación, víctimas de males no imputables, males que nos caen encima sin que podamos denunciar a quienes nos los mandan, y amenazados y heridos por otros males, éstos imputables, los que provienen de esa maraña oscilante e insidiosa en que consisten las intenciones de los demás hombres, pues todos vivimos haciendo daño y padeciendo el daño que nos hacen, temerosos y enardecidos de odio, contra quienes sabemos o sospechamos que nos miran con malevolencia, nos desean el mal, nos desprecian y denigran y tratan de mermar nuestro caudal de vida, porque vida es lo que nos quitamos y nos robamos los unos a los otros.

En estas condiciones no es fácil mantener la mente lúcida y la razón en desinteresado y puro ejercicio. Si acaso, se pone en juego a la razón como un arma más para ofender y para defenderse o como una herramienta. En lo demás, se hace lo que se puede. Que seamos fieles o no a la verdad, si la verdad no nos sirve para preservarnos o para servir nuestro deseo, no tiene importancia o, si la tiene, no importa. Lo que importa es vivir. Para vivir, hay que creer y descreer, según convenga, mentir y golpear el honrado pecho como testimonio de veracidad incorruptible, ser desleal a esto y a lo otro, cuanto más a la razón que, para casi todo el mundo, es sólo respetable si sirve para conseguir lo que el corazón apetece y para herir con ella al corazón enemigo. La pobre Cleopatra y el pobre César que tan apasionadamente vivían estaban demasiado sujetos a estas servidumbres, para pararse en verdades. Por eso, más que condenar la falacia y la trampa, nos entristece, en lo más profundo, esta luz roja con que iluminamos las cosas para proyectar sobre ellas el color del deseo.

Finalmente, Cleopatra era reina, es decir, habitaba un ambiente ceremonial, hecho de fórmulas verbales y ritos y actos formales, cuyo objeto es sostener en pie el muñeco, dar un armazón aéreo a ciertas tesis o proposiciones no racionales, suscitar una adecuada emocionalidad donde faltan las sólidas evidencias. Cleopatra podía dejarse mecer halagadoramente por este ritmo de fórmulas y actos

vacíos que le brindaban seguridad y acaso la convicción, más o menos seria, de ser lo que se suponía que era, es decir, una reina divina, inaccesible a la desgracia, inmortal.

Pero este aspecto de la cuestión pertenece —según creo— al tercer modo de contemplar los hechos, el de la luz negra o del pensamiento mítico.

La luz negra. Como hemos dicho, Cleopatra era reina, nacida princesa real, de un linaje divino, y no tenía intereses, al menos dominantes ni tampoco perentorios, que la obligaran a dudar de su divinidad. ¿Para qué iba a dudar? Había nacido diosa y como diosa la educaron. Descendía del Sol y era hermana de la Luna, conforme a ciertas asociaciones míticas muy extendidas, extensión muy corroboradora de la tesis, pues supuesta la filiación solar, era razonable el otro parentesco, el fraternal o lateral. Por lo demás —punto de mucha importancia—, la divinidad de Cleopatra no era una invención suya y no se limitaba a ser una estructura, un paquete mental subjetivo, sino que trascendía fuera, a un mundo exterior y poseía una objetividad social pues era una creencia del pueblo, al menos formal y rutinaria, aunque, con referencia a tales o cuales individuos y aun tal vez a la mayoría de ellos, uno a uno, esta fe no tuviese gran fuerza ni autenticidad. Pero eso no revestía tanta importancia como pudiera parecernos. Cleopatra —aun cuando personalmente cabe suponer que tampoco creyese a todo trance y en todo momento en su estirpe divina y en todo lo a ello aneja— carecía, sin embargo, en otro plano, en el de su condición de reina, de una verdadera opción pues su divinidad era consubstancial con la investidura real y base de los esquemas religiosos y constitucionales del reino. Por tanto, Cleopatra no podía ser reina sin ser, al mismo tiempo, diosa. Estaba atrapada.

¿Pero y César? ¿Cómo podía creer César que el mismo César fuese un dios y precisamente un dios egipcio? Por supuesto, César no podía tomarse a sí mismo, seriamente, por una divinidad egipcia. Sin embargo, parece que se dejaba creer y, tal vez, sobre todo, toleraba que los demás creyesen o fingiesen que creían, en su filiación divina, aunque referida al panteón romano, más decente y propio de personas respetables que el oriental, según el modo de ver estas cosas en Roma. Más aún: quienes habrían de castigar en él ciertas desviaciones de sentimiento y de conducta —los conjurados de los Idus de Marzo— le acusaban de ser provinciano a fomentar su propia divinización. Por lo demás, era tradición en la familia de César que descendía de Venus, la cual, como cabeza de estirpe, tiene las ventajas de lo sagrado sin lo aciago de otras paternidades celestiales, como la del mismo Amón, cornudo y feroz.

Por tanto, tampoco César carecía de orígenes sobrehumanos, aunque tales orígenes estuviesen en una diosa dada al amor y no a la guerra. Sin embargo, el ser hijo de una madre no es obstáculo, precisamente, para serlo también de un padre, y a una madre dulce y bella corresponde perfectamente un padre guerrero y cruel. Si la línea de Venus era una dádiva de la tradición, el propio César, con sus conquistas, no menos sino más convincentes que las del propio Amón, había demostrado que llevaba dentro el espíritu animoso del dios. Esto es más que suficiente para el caso cuando se posee la fuerza y se dispone de la fortuna y de la vida y la muerte de los demás. César había restaurado a Cleopatra en el trono y le daba una eficaz protección. Esto bastaba para que pudiera lícitamente pasar, sin la menor violencia lógica, por el restaurador, no ya de la reina, sino del mismo Egipto, y defensor del reino, patrón, por así decirlo, de la vieja sociedad egipcia, regenerador de sus glorias, en suma, precisamente, el papel atribuido a Amón, el intrépido cornudo.

Las minorías cortesanas y sacerdotales podían pensar sobre este asunto con obvias reservas, pero lo admitirían y lo practicarían "pro forma", lo que ya se parece mucho a la fe, y aunque sea un cascarón de fe no siempre es fácil de distinguir de la creencia "substancial" o de interior asentimiento. ¿Y el pueblo? Este es un aspecto muy sugestivo. Vamos a verlo.

El correcto planteamiento de la participación del pueblo en estos negocios, más o menos turbios, de la minoría dominante, exige, ante todo, una respuesta a esta pregunta: ¿Le importaba, en realidad, de alguna manera, al pueblo egipcio, la prosperidad, el poder y el honor del reino? Esta es la cuestión esencial, una cuestión que no deja de tener posibles trasposiciones sugestivas a nuestra propia época.

A primera vista, al pueblo egipcio —entiendo por tal la masa de pequeños agricultores miserables y de artesanos muy pobres— sólo deberían interesarle sus abrumadoras miserias. Si sometemos a un hombre a un tratamiento muy doloroso o si este hombre sufre un mal agudo, parece que la atención —y todo está en la atención, en la disponibilidad de energía síquica— no podría distraerse de la necesidad y del sufrimiento presentes. ¿Podría ocuparse este hombre sufriente, por ejemplo, de un problema de filatelia o de las reglas del soneto? No creemos que pudiera ocuparse de estos asuntos. Ni tampoco de los amores de la princesa tal o cual que son, por cierto, tema de las revistas populares. Así, pues, el miserable pueblo egipcio no debiera tener energía síquica —ni energía de ninguna clase— disponible para frivolidades políticas y eróticas y

otras intrigas y planes de su minoría dirigente, aunque fuesen planes a escala mundial.

Sin embargo, los hechos que cabe observar son otros. Es correcta la tesis de que la energía síquica disponible está en relación con el nivel energético del grupo —por ejemplo, las calorías que consume— y con el grado de satisfacción y la ausencia del dolor. Pero es igualmente verdad que los pueblos, aun hundidos en el estercolero de la miseria, aun escarmentados por una minoría privilegiada podrida y ridícula, son capaces de compartir los intereses de esa minoría, cuando, de algún modo, pueden ser identificados y se identifican con los del grupo. Así, los desharrapados siervos y proletarios, tratados a puntapiés por la minoría dominante, pueden, sin embargo, sentirse orgullosos de la riqueza, el resplandor —y no digamos la gracia y la belleza— de las familias de la clase superior y, claro está, más fácilmente aún, pueden participar en sus empresas militares y conquistas, sentidas como cosa propia, aunque nada les toque, materialmente, del botín ni de los despojos del vencido. Esto es posible a causa de la misma proyección de la vida, en cuanto accede al nivel de la conciencia, hacia la plenitud que promete el espíritu. El espíritu es la vida en un plano de amplitud, más allá del horizonte. Una supervida, si se nos permite. Pues bien: el espejismo de la vida superior, quiere decirse, la de las clases dominantes de un grupo, con sus oropeles y satisfacciones de diversa índole, actúa sobre los estratos míseros del mismo grupo como una fascinante promesa y suscita en ellos un cierto modo de identificación. Del mismo modo —y aun con mayor motivo— las empresas agresivas y dominadoras del grupo, aunque sean llevadas a cabo en beneficio de una minoría exclusivamente, como suele ocurrir, constituyen, también, una promesa para el grupo entero, le hacen partícipe moral de las ventajas o frutos de la empresa y, sobre todo, le permiten transferir la frustración y la humillación de los siervos, a los pueblos extranjeros, vencidos y rebajados y, por eso, más miserables aún.

Por tanto, deducimos que el pueblo egipcio podría muy bien participar en las esperanzas y hasta en los planes que implicaba el restablecimiento del poder del reino, por obra de Amón, es decir, del guerrero César-Amón, el marido de la reina. En suma, los gusanos que araban el lodo del Nilo y los piojos urbanos de los barrios de adobe, andrajosos y hambrientos, probablemente ensoñaban, con sus amos, un renacimiento del Imperio, aunque ya se estuviera —ciertamente— demasiado lejos de Ramsés II.

Incluso sospechamos que el pueblo sabía a qué atenerse respecto a las relaciones de toda aquella gente —empezando por los

Tolomeos y terminando por Julio César— con los dioses tradicionales de Egipto. Es casi seguro que se sabía mucho acerca de estos negocios, en los barrios y en los campos que poblaba densamente una masa embrutecida por la miseria y el sufrimiento y anestesiada por los consuelos de una confusa maraña de fábulas entramadas y contaminadas de ideas heterogéneas y falacias. Aparte del sonambulismo que es el estado natural del hombre —esa indecisa luz de la conciencia, ese milenario crepúsculo—, el pueblo egipcio, como cualquier otro pueblo, era muy capaz de haber concertado un pacto tácito con sus amos, de entrar en complicidad con ellos, y haberse dejado sobornar por las gloriosas expectativas de aquel negocio amoroso y político entre su reina, Cleopatra, y el soldado romano, Julio César. Propendemos a creer en la inocencia de los pueblos, sobre todo cuando son pueblos ignorantes (en el fondo, lo son todos, incluso los que se tienen por ilustrados). No hay tal cosa. Los pueblos son culpables, en su propio grado y a su modo, y es frecuente que se hagan cómplices de sus jefes o de sus amos, no ya de modo explícito sino mediante equívocos queridos y astuciosas cláusulas secretas. Por extraño que esto parezca, es verdad. Así, el pueblo egipcio podía reírse de las granujerías de su reina, del amante y de la corrupción de los sacerdotes y, al mismo tiempo, creer, "pro forma", que César era Amón y Cleopatra era Isis y entrar como socio sin acciones ni dividendos en una grandiosa operación, apoyada en la fuerza del general romano, para poner en el Nilo la cabecera del mundo, al menos la del mundo oriental.

Esta intervención que hemos atribuido al pueblo nos parece un aspecto de capital importancia para entender el juego entre la razón y el mito. Efectivamente, no es lo mismo un mito fraguado en el reducido ámbito de la minoría dominante, más o menos lúcida, que ese mismo mito preexistente en la comunidad o aceptado por ésta, aunque los creyentes activos, a título individual y personal, sean unos cuantos nada más. Basta con que el mito sea admitido a manera de dogma social —no digamos universal, quiere decirse, aunque no sea compartido, real y efectivamente, por todo el grupo, ni aun por la mayoría— para que se convierta en algo puesto ahí afuera, en un factor objetivo que condiciona la vida de los miembros del grupo y de todo otro hombre de algún modo afectado con ese dogma, y a su amparo pueden cobijarse muchas situaciones privadas y públicas como en un alvéolo de antemano preparado. Si el mito alude, de modo estimulante, a la expansión de la vida del grupo, el mito será "verdad" en el sentido en que es verdad todo lo real, todo lo que es algo, cosa, materia o "fuerza". La anécdota o sea, la forma exterior del mito, apenas si tiene importancia; lo

que importa es que esa anécdota haga el papel de símbolo válido, clave representativa de fuerzas sociales y de realidades y, sobre todo, si es capaz de poner en vilo y en fuego esas potencias que son las tensiones del grupo y de sus hombres hacia una vida más amplia y más rica, con mayor motivo, hacia una vida en plenitud. Esta substancia del mito es lo permanente en él, su alma inmortal que transmigra de una forma a otra, de un cuerpo mítico a otro, de una a otra anécdota, de una a otra fábula.

Ahora bien: las fuerzas sociales a que el mito alude son la substancia del mito y su espíritu, y la anécdota es el cuerpo perecedero, la forma efímera. Sin embargo, esta forma dura a veces mucho más que las piedras más duras. La substancia del mito ha emigrado ya y ahí queda el cuerpo, la anécdota; y queda, casi siempre, como una prisión de la vida, como un alvéolo fosilizado que impide el crecimiento de la comunidad. Un pueblo aprisionado por sus mitos muertos, es como un niño encerrado y oprimido en un viejo sepulcro. ¿Por qué hay mitos que duran y otros que mueren?

Creo que la anécdota del mito se afirma mediante el éxito social que el mito haya tenido. Detrás de toda "superstición" —eso es literalmente un cuerpo mítico muerto— hay una fijación producida por el éxito y la victoria.

Así, en el caso de la sagrada filiación y de la no menos sagrada coyunda de Cleopatra y de Cayo Julio César, vemos el mito navegando como un alevín por las aguas de la sociedad egipcia, acogido a los intereses del grupo y halagando sus expectativas de poder, gloria y prosperidad. Pero esta conjura de ensueños, mentiras y racionales expectativas no era ya, en aquel momento, según nos parece desde aquí, una fe muy robusta: no era, por ejemplo, uno de los mitos de salvación, a prueba de martirios y desastres mundanos, cuya potencia está en la mansedumbre y en la esperanza, asistidos por la promesa —muy cargada de certidumbre— según la cual "los mansos poseerán la tierra". Por el contrario, aquella conspiración de Cleopatra, César, sacerdotes... era un mito casi muerto y quebró, una primera vez, en los Idus de Marzo del año 44 a. de C., cuando un grupo de conjurados asesinó a César, al dios Amón, en los umbrales del senado. Imaginemos que no hubieran sucedido así las cosas en aquel 15 de marzo y que César, casado con Cleopatra, hubiese instaurado un imperio universal, romano en Occidente, egipcio en Oriente, y este último bajo el tradicional patrocinio de Amón y de los dioses del Nilo. Si las cosas hubiesen rodado de esta manera, la escena representada en el relieve nético, aludido al principio, donde se contaban las bodas del dios y de la reina —por medio muerto que estuviera el mito— se haría una

verdad de perspectivas seculares en la medida en que la anécdota sería, realmente, cifra y clave de una fuerza social, de una forma de expansión de la vida, en el molde concreto del Estado egipcio.

Con todo, la muerte de César no mató definitivamente los planes de Cleopatra puesto que tuvieron una segunda parte, un segundo intento, cuando la reina casó con Antonio, otro militar romano, sin el genio de César, pero apto, empero, para ensayar de nuevo la gran jugada de alcanzar el poder sobre el mundo del Mediterráneo. Esta segunda tentativa habría restaurado el mito de Amón-César o creado el de Antonio-Amón, aun menos verosímil, en términos racionales. Pero la empresa —la mítica y la otra— se hundió con las naves de Cleopatra en la batalla naval de Actium, el año 31 a. de C.

Fue el fin. Cleopatra ya no tenía más salida que la muerte o tal vez era la salida que a ella se le ofrecía como adecuada para una reina divina y fracasada. Sabemos, en realidad, poco, de las circunstancias y condiciones en que murió el mito, el pequeño mito doméstico de César-Amón-Cleopatra Antonio, vinculado al gran mito de los dioses egipcios, el pequeño mito de la unión de la joven reina, el año 47, con la encarnación de una deidad antigua y guerrera, protectora de los dos reinos del Nilo. ¿Por qué se mató Cleopatra? ¿Por qué no apeló a la piedad de Octavio? Sean cuales fueren las respuestas, hay un dato que nos parece fundamental para colegir, en todo caso, algo del ánimo de la reina en aquel trance final de su vida. Y es que se hubiese suicidado valiéndose de la picadura de un áspid, de una serpiente que gozaba, en las creencias egipcias, de una consideración muy particular como recomendadora de las almas para el otro mundo cuya puerta abría la propia serpiente con su picadura iniciática. Era la cobra egipcia (*Naja Haje*) o bien la víbora cornuda del Sahara (*Cerastes cornutus*), con una afilada espina dirigida hacia arriba —un animal inhóspito— y cuernos, como Amón, una bestia sagrada y significativa. Cleopatra, al darse muerte por medio de la picadura de este terrible animal, cumplía un rito, escogía un camino de propiciación para comparecer ante los dioses en buena forma, porque quien muriese de este modo sería acogido en el recinto de los inmortales. Esto quiere decir que, en tan supremo instante, la descendiente de los Tolomeos, de estirpe griega, a lo sumo un inerte extranjero en el viejo tronco egipcio, quiso adoptar y adoptó las creencias religiosas de sus súbditos y vino a dar, de alguna manera, testimonio de tales creencias mediante su propio sacrificio.

Este detalle rehabilita a Cleopatra, quiere decirse, más bien, para nuestro objeto, lo que rehabilita es la seriedad fundamental

con que Cleopatra se sometió a los mitos, en todo caso y en aquella decisión final que llaman, por cierto, "la hora de la verdad". ¿En qué medida, esta referencia al mito, a las viejas creencias egipcias, por parte de la reina, en una hora tan seria y tan atroz, dice algo en favor de una cierta sinceridad —al menos de una pequeña y refleja sinceridad— de Cleopatra, con respecto al también mito —y también pequeño y doméstico— que tuvo expresión pública y solemne el año 47 a. de C., en aquel instante en que la reina decide comunicar a los sacerdotes y al pueblo la nueva de un futuro alumbramiento divino? Una seriedad compatible —en otras circunstancias y sollicitaciones del sujeto— con aquel racionalismo cazurro de que hemos hablado, tan del período helenístico, con el escepticismo filosófico y también con las trapecerías, trolas y patrañas urdidas según las necesidades del interés perentorio o de los planes, más reposados, de la gran ambición política. Son alternativas en las que el ánimo cambia como las horas y la luz a lo largo de un largo día, según el color y la fuerza que manden en el ánimo. El sujeto es lúcido por la mañana, si está tranquilo, y sólo cree en lo que revela la luz; se ofusca en el calor apasionado del mediodía; y delira en la oscuridad de la noche. Todo esto es obvio, pero solemos pensar, en los individuos y en las épocas, como si estuvieran bajo el régimen constante de una sola luz.

Vivimos siempre entre la razón y el mito y apelamos tanto a una como a otro, según nuestras necesidades. Lo que importa es vivir, precisamente, a cualquier precio, hoy como ayer. La razón como el mito son el equivalente, en el ser de conciencia, a ese "director" que guía al árbol y a la planta en su crecimiento, resuelve los "problemas" que se plantean a la criatura y toma las decisiones necesarias para seguir adelante y hacia arriba. Porque la vida, a pesar de todo, a pesar de las fuerzas elementales que la dominan, tiene un camino hacia el espíritu, es decir, hacia la máxima ampliación posible de su horizonte y el máximo enriquecimiento de su contenido; pero esa ampliación y ese enriquecimiento sólo son posibles mediante una más penetrante conciencia y unas emociones de plenitud capaces de ser siempre renovadas, capaces de regenerar su virtualidad, es decir, su luminosidad y su promesa. Se puede vivir, desde luego a un nivel inferior, más próximo a las necesidades de la fisiología esencial, pero se vive menos, eso es todo. La razón suministra los medios más poderosos y efectivos para ensanchar y hacer más segura la vida; pero a veces es insuficiente o somos insuficientes nosotros y hay que sustituirla perentoriamente. Y, siempre, en el finisiterre de la razón, se acude al mito.

Esto sería lícito y valioso y acaso no haya otra opción. Pero lo malo es que la razón y el mito, de hecho, y en la más amplia esfera de nuestra vida, se contaminan y forman unos monstruos que son las ideas habituales sobre toda suerte de cosas e intereses (aparte la ciencia, un campo muy acotado y restringido). Conceptos como "nación", "justicia", "patria", "libertad", "sociedad", "democracia", "comunismo", "anarquismo" y casi todas las abstracciones de uso habitual son, en realidad, deidades, entes cargados de fuerza emocional que incluso exigen sacrificios humanos. No decimos que sean baladíes esas abstracciones, ni mucho menos. Decimos, sencillamente, que son míticas y así gobiernan decisiones y situaciones como, ahora mismo la inquietante guerra del Vietnam. Amón continúa, pues, con vida, y es el mismo dios cornudo y terrible con el que se identificó Cayo Julio César.

En suma, puesto que también nosotros somos hombres de mito, si este mundo nuestro no se acaba definitivamente y sin memoria de sí mismo, algún día, un escritor futuro quizá tome bajo su análisis una anécdota de hoy y trate nuestras pequeñas astucias y nuestros grandes sueños con la mezcla de ironía y de compasión con que nosotros hemos examinado aquel instante —entre un destello y la nada— en que Cleopatra, el año 47 a. de C., decidió anunciar a los sacerdotes que el dios se había unido a la reina.

Presencia del Pasado

EL DEPORTE ENTRE LOS AZTECAS

Por Eduardo NOGUERA

NUMEROSOS restos de estructuras de juegos de pelota se conservan en muchas regiones de Mesoamérica que atestiguan la importancia que tuvo el juego en épocas prehispánicas.

En efecto, al llegar a territorio de México los conquistadores españoles quedaron sorprendidos al contemplar todavía los juegos a que se dedicaban los pueblos del Anáhuac. Con mayor intimidad fueron testigos de lo que vieron entre los aztecas y aún pudieron observar cómo eran esos juegos. Entre ellos el más famoso, de mayor significado religioso y ritual fue el que se practicaba en el *tlachtli*, edificio construido especialmente para ese juego.

Ahora cabe preguntar: ¿ese juego fue únicamente ritual o como complemento o auxiliar de una ceremonia específica?, o bien, ¿además de ese ritualismo, los antiguos mexicanos lo practicaron en ocasiones como mero deporte, tal como se practica el juego en nuestros días?

Las estructuras de los juegos de pelota abarcan una amplia extensión. Desde porciones del suroeste de los Estados Unidos, regiones del norte de México hasta buena parte del norte de Centro América y aun hay evidencias de que se practicara el juego de pelota en las Antillas y hasta en el mismo Brasil. Entre los mayas, los zapotecas, mixtecas, huastecas y en regiones de Yucatán, Campeche, Oaxaca, Veracruz, el occidente de México, y con mayor interés por su cercanía, en los valles centrales, es decir, Puebla, Morelos, Edo. de México, contamos con numerosas referencias de ese juego.

Que esencialmente el juego de pelota tenía funciones rituales, no hay punto de discusión. Muchos de los cronistas nos han legado una detallada descripción de esos juegos y sus reglas. Estos datos han sido publicados en diversas obras para que incurramos en repeticiones, por lo que nos referimos a algunos rasgos esenciales con el fin de resaltar nuestros puntos de vista. En otras palabras, deseamos señalar que hay visos claros de que los juegos que tuvieron tanta fama y repercusión en épocas prehispánicas como función religiosa, en ocasiones se practicaban como simple deporte.

Además del interés que despertó en los cronistas los variados juegos, la pelota en sí causó su admiración puesto que estaba hecha de un material desconocido en España, es decir, el caucho, lo que le permitía botar a gran altura y sin mucho esfuerzo, en tanto que las que se usaban en Europa, de vejiga, apenas si su bote era de unos cuantos centímetros. Fue tanto el interés que los primeros españoles que llegaron a México tuvieron por el juego de pelota, que Cortés llevó a España a dos jugadores de pelota, como lo relata Cristoph Weidita, en 1529 (Fig. 4). A continuación, fueron innumerables los cronistas y otros escritores que describen estos juegos, la forma de hacerlos, y los lugares donde se practicaban; sus reglas, indumentaria que portaban los jugadores, concurrencia y otros detalles de tan extraños juegos para los europeos.

Una extensísima literatura existe acerca de estos juegos que con toda amplitud han sido descritos en diversas obras. Sólo nos referiremos a ciertos puntos esenciales.

Algunos cronistas describen los principales juegos que se practicaban. De éstos nos referiremos únicamente a los que se hacían con una pelota. Así tenemos referencias que desde los primeros cronistas nos han dejado, pero ese interés y admiración por tales juegos continuó por tiempos posteriores durante la Colonia. Así contamos con la afirmación de un verídico historiador, Francisco J. Clavijero, quien nos dice: "Era este juego de gran estimación entre los mexicanos y demás naciones de aquel vasto reino, y tan usado como se deja entender del número excesivo de pelotas de ule que anualmente pagaban a la corona por vía de tributo Tochtépec, Otlatlán y otros lugares que no era menos de 10,000. Los mismos reyes lo jugaban frecuentemente y solían desafiarse, como sabemos de Moctezuma y Netzahualpilli".

Numerosísimos son los edificios dedicados al juego de pelota que, puede decirse, a diario se localizan en regiones en donde antes no se sospechaba su existencia. Prácticamente en todos los ámbitos de Mesoamérica hay estos juegos ya que hemos hecho mención de que cubren una extensión desde el suroeste de los Estados Unidos hasta el Brasil. En México se encuentran en los Estados del centro, Oaxaca y Veracruz, pero predominan en mayor número en la zona maya, debido quizás a que esta última ha sido explorada con mayor intensidad en años recientes. Para ello contamos con un estudio muy detallado del arqueólogo norteamericano Ledyard Smith, quien ha hecho una detallada investigación por el altiplano de Guatemala. Allí encuentra variadas formas de edificios para el juego y diversos tipos de ellos (Fig. 1).

Estos juegos de pelota o tlachtli poseen características comunes que varían en sus proporciones, orientación y en sus componentes arquitectónicos. Su forma constante afecta la de una I latina, o sea, un patio central limitado por banquetas paralelas y así constituir la cancha para que sobre ella corrieran los jugadores. En los extremos había otros patios que en ocasiones iban limitados por otros edificios. Esta disposición variaba mucho y ha servido de característica para diferenciar los perfiles de los basamentos, lo mismo que la existencia de construcciones en los extremos. Muchos de estos juegos tenían en los paramentos anillos de piedra a fin de que los jugadores de acuerdo con la meta principal del juego, pasaran por allí la pelota de acuerdo con las reglas establecidas. (Figs. 2, 3, 6). Sin embargo, esta hazaña ha sido considerada como imposible al tener en cuenta el tamaño de la pelota, el pequeño diámetro del anillo y además la posición de este último en el paramento del tlachtli. Este hecho ha sido sistemáticamente refutado y con visos de mucha veracidad por parte del arquitecto Jiménez, quien se apoya en su experiencia como profesor de educación física y gran deportista; considera que es imposible de realizar. Como sea que muchos de estos juegos ya no tienen los anillos, se ha supuesto que lo fueron de madera que se ha destruido, o bien que muchos de ellos eran portátiles; y se retiraban una vez concluido el juego.

A consecuencia de diversas investigaciones durante los últimos años y al considerar la indumentaria propia de los jugadores, se ha emitido la plausible hipótesis de que las "palmas" y en especial los llamados "yugos" de artístico acabado y propios de la región de Veracruz, del Totonacapan, servirían como aditamentos para los jugadores y que sobre estos objetos rebotara la pelota. Debido al gran peso y magnífico acabado de estas piezas de piedra se ha supuesto que de admitirse que servirían para los jugadores, serían reemplazadas por otras de materia más ligera teniendo en cuenta el enorme peso que tendría que soportar el jugador a quien le restaría ligereza para correr (Fig. 7).

Ahora llegamos a la parte más interesante y significativa de este corto artículo: respecto a las funciones del juego. En un principio eran únicamente de carácter ritual. Los cronistas y muchos investigadores así lo afirman. Era una ceremonia dedicada al movimiento del sol, es decir, la pelota simbolizaba al astro rey en sus movimientos de este a oeste, de allí que muchos de los edificios para este juego estuvieran orientados con su eje mayor, de oriente a poniente.

No hay lugar a duda que las primeras finalidades de este juego eran ceremoniales teniendo en cuenta el sentimiento profundamente

religioso de los aztecas y en general de todos los pueblos prehispánicos, quienes lo observaban como una función y elaborada ceremonia ritual a la que posteriormente, y por mucho, grupos sociales lo practicaron como mero deporte. Nos apoyamos para emitir ese concepto en el hecho de que los cronistas nos refieren la existencia de pequeñas canchas dentro de los palacios y dedicadas a los jóvenes que no tenían ningún carácter sacerdotal. Además, como lo afirma el arquitecto Jiménez, quien vimos ha hecho un estudio detenido sobre los juegos prehispánicos, afirma que el pueblo lo practicaba como deporte, por el juego mismo y sin ningún significado religioso, simple y llanamente por el deseo de hacer ejercicio tal como lo hacen los jóvenes de nuestros días. Es decir, al mismo tiempo que encuentran una distracción, practican un ejercicio y adquieren una mejor constitución física, aparte del valor religioso que originalmente lo tuvo desde sus más antiguas épocas.

Es en el área maya donde se han hecho más detenidas investigaciones acerca de los juegos de pelota. Allí se han explorado muchos de ellos y se han identificado como tales, estructuras que antes no se conocía su significado. También en esa área, mejor que entre las culturas del centro de México, se ha descubierto que los juegos de pelota datan desde el horizonte clásico aunque hay presunciones de que algún juego que se practicaba con una pelota, existió en los Valles Centrales desde el horizonte preclásico.

Por otra parte, en la zona maya son mucho más numerosos que en otras regiones de Mesoamérica. A pesar de que esa zona ha sido explorada en una mínima parte, solamente en el altiplano de Guatemala se han identificado más de 130 edificios destinados a ese juego con lo cual el conocimiento, al menos bajo el punto de vista arquitectónico de estas singulares estructuras, se ha acrecentado. Los investigadores de esa área han podido descubrir gracias a esos descubrimientos, varios tipos de juego de pelota según determinadas características de cada uno de ellos. Se han establecido los siguientes grupos: de palangana; abiertos en los extremos (2 variantes); cerrados en los extremos (2 variantes), o sea, cinco diferentes tipos.

El tipo "palangana" consiste en un espacio cerrado, de forma rectangular compuesto sólo de dos plataformas paralelas sin indicaciones de patios en los extremos. Este nombre fue aplicado en Guatemala por los habitantes de la localidad. Casi todos ellos están contruidos de piedra y van revestidos de un aplanado de adobe.

En cambio, el tipo abierto, variante A, se distingue porque uno de sus extremos desemboca en una plazoleta en medio de la cual hay un altar en su centro. En contraste, el tipo B es de lo más

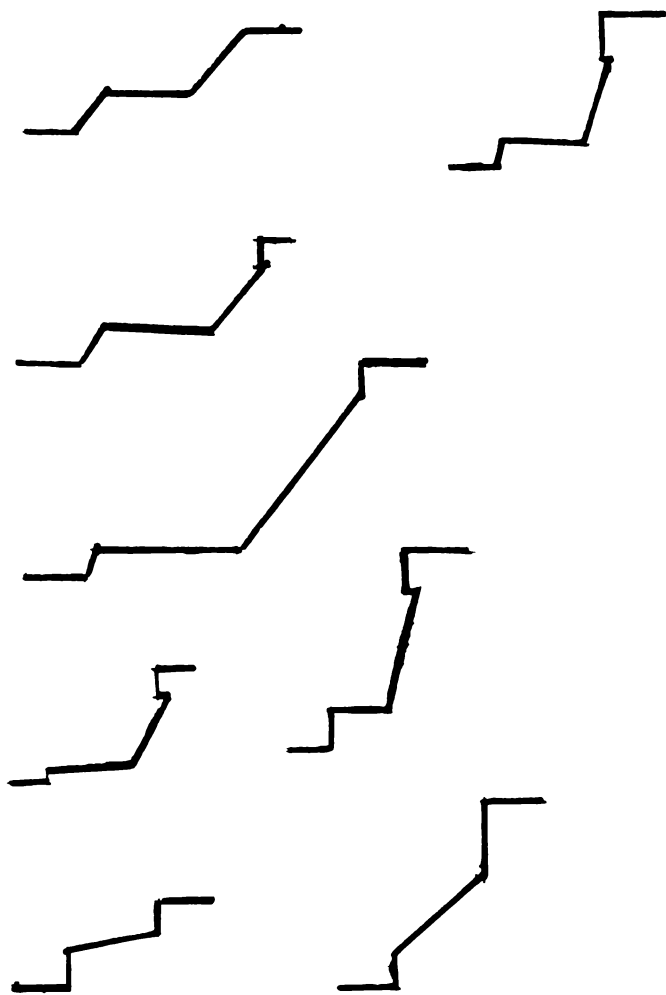


Fig. 1. Perfiles de diversos tipos de juegos de pelota. (Según L. Smith.)

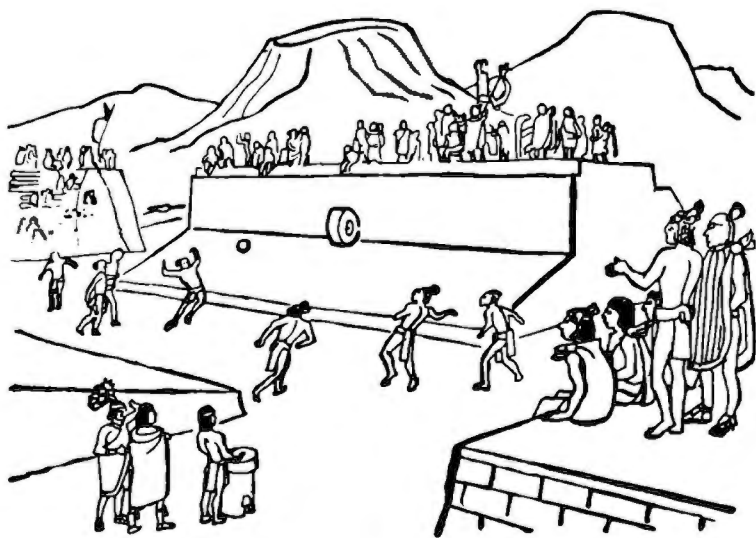


Fig. 2. Reconstrucción de un juego de pelota. Se observará que los jugadores lanzan la pelota únicamente con el antebrazo y cadera. (Según Alberto Beltrán, en su libro *Los aztecas, hombre y tribu.*)

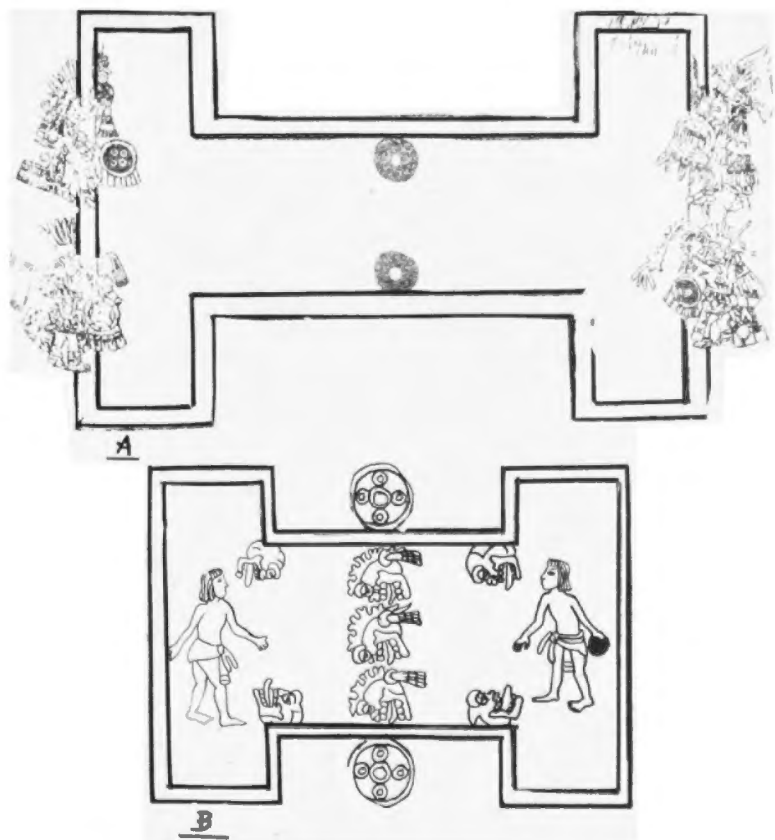


Fig. 3 A. Partido jugado entre Quetzalcóatl-Ehecatl (inf. der.) y Cibua-cóatl (sup. der.) contra Ixtlilton (sup. izq.) y Xochipilli rojo (inf. izq.). Practicado durante la séptima fiesta anual Tecuiltonli. Según el Códice Borbónico.

Fig. 3 B. Juego de Pelota según el Códice Magliabecchi. (Según Armando Jiménez en su obra *Juegos y Deportes del México Antiguo.*)



Fig. 4. Jugadores de pelota llevados por Cortés a España, en 1528. (Según grabado de Christoph Weiditz, 1529.)



Fig. 5. Jugador de pelota o guerrero. Estatuilla de barro procedente del occidente de México.

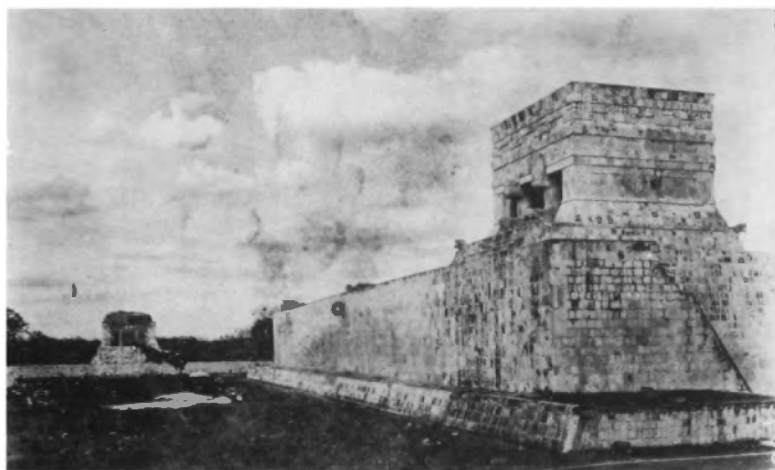


Fig. 6. Dos aspectos del juego de pelota de Chichén-Itzá.

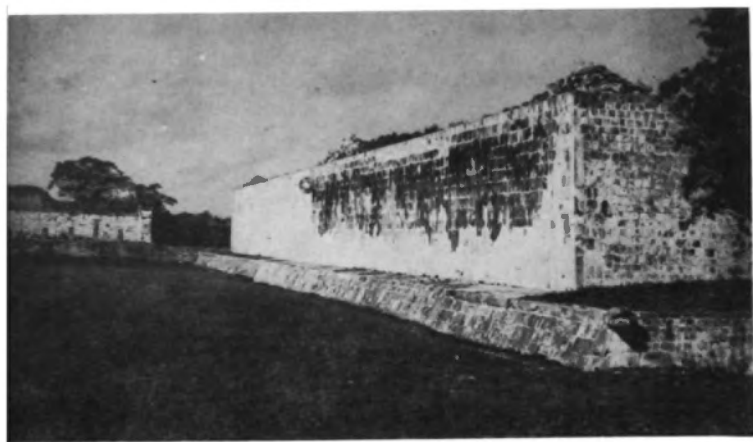




Fig. 7. "Yugo" y "Palma" que se supone eran utilizados por los jugadores de pelota.



sencillo. Comprende dos plataformas paralelas de igual altura y ancho, que limitan la cancha para los jugadores, en donde se practicaba el juego y sin contener los patios extremos.

A su vez, los juegos cerrados en la variante A, consisten en altos muros que limitan los patios y en los extremos hay escalinatas de salida. El tipo B consiste en que los patios en los extremos tienen muros bajos.

Las observaciones finales que se desprenden respecto a los juegos de pelota, es, que por lo general durante el período clásico, en especial en la zona maya, se construían en lugares abiertos de los valles, en tanto que en los horizontes posteriores, posclásicos, se encuentran en lugares accidentados, en los cerros, y protegidos por muros. Además, se nota que en esa misma área su uso desaparece en las épocas más recientes. Por su parte, en el centro de México, como así lo atestiguan los mismos cronistas, se practicaba y era muy popular el juego en momentos de la conquista.

Después de esta descripción que no ha sido posible alargarla más debido a la naturaleza de este artículo, llegamos a considerar que si este juego era esencialmente religioso y con fines rituales, también lo practicaron como simple deporte. Si respecto a los mayas no podemos hacer este aserto ya que, como vimos, desaparece en los tiempos históricos, sobre los aztecas contamos con la afirmación de los cronistas de que había mucho tlachtli en los palacios y quizás también en sitios arqueológicos que no han sido explorados y posiblemente contaban con canchas en las que se practicaba el juego como mero deporte.

Nos refieren algunos cronistas que entre los grandes señores y aun entre el común del pueblo, practicaban el juego como pasatiempo, es decir, constituía, como en nuestros días, un deporte desvinculado de su significado religioso. Esto queda señalado por la existencia de tlachtlis de variados tamaños que, al decir de los cronistas, tenían en sus palacios y en los barrios. Junto con el esparcimiento del juego en sí, les servía para hacer apuestas en las que jugaban sus pertenencias como mantos, plumajes, ornamentos personales y aun su propia libertad entregándose como esclavos al ganador. Era tal su entusiasmo por el juego propiamente y por las apuestas que cruzaban que puede guardar parangón con el moderno fútbol que apasiona a los públicos de numerosas naciones y comparable al moderno frontón (jai alai) en donde se cruzan fuertes apuestas. En otras palabras, tal parece que la mentalidad de los aztecas a finales del siglo xv y principios del xvi respecto a los deportes era, con todas las proporciones guardadas, muy análogo a lo que ocurre hoy en la segunda parte del siglo xx.

EL CONCEPTO DE REGIÓN

Por Manuel SANCHEZ SARTO

DESDE que la *Historia* empezó a serlo, con el resurgimiento de las primeras comunidades sociales, un selecto grupo de *artesanos de ese saber* procedió a dar noticia de los testimonios, documentos y tradiciones verbales acerca de la tierra, sus habitantes y sus dioses. Cada tramo histórico tuvo su propia cosmología, más o menos veraz o imaginativa, pero todos ellos se preguntaron, respecto a su hacer *presente*, acerca de sus orígenes y de su *futuro*. El historiador, después de contemplar a sus contemporáneos y de adentrarse en sí mismo, adquirió clara conciencia de la eclosión, auge, culminación, decadencia y muerte de los seres vivos, y de las instituciones en torno suyo. Así percibió, a poco andar, cómo cada etapa constituía un escalón ascendente o descendente, en la infinita serie de las sucesivas generaciones: se dio, de este modo, serena cuenta del fenómeno de la *evolución* y del concepto de *desarrollo*. Tuvo entonces la tranquilizadora vivencia de que con su propia muerte no se acababa el mundo y la humanidad. Otro historiador reanimaría el fuego de su antorcha, y escribiría, con nuevas palabras, mensajes equivalentes a los suyos, sobre los sucesos y cambios a los cuales les tocó asistir, respectivamente. De este modo la *temida muerte* se justificó por la *futura vida*, complicando el cuadro histórico con nuevos cielos e infiernos, reales o imaginarios.

Encadenados por la tradición, y enceguecidos por la *incertidumbre del futuro* inconmensurable, pugnaron todos los historiadores —no importa cuál fuese el campo de su conocimiento—, por *aferrarse a algo perennemente duradero*. Limitándonos al campo de nuestra presente exploración, o a la de los quehaceres protohistóricos, nada en el respectivo horizonte aparece ser más trascendente y sólido que la *tierra y sus océanos*: sin embargo, y por fortuna, han resultado ser tan mutables y volubles como los seres humanos y sus instituciones, circunstancia que la moderna Ciencia pura nos ha venido a esclarecer al demostrarnos cómo *también viven* la corteza terrestre y sus masas acuosas, y las entrañas del mundo físico, el aire, y las estrellas con sus constelaciones, la luz y el átomo —y sus componentes; también viven, mas *también mueren y renacen*.

Así ha podido identificar Pierre Massé —y ya estamos entrando en materia— la *verdadera naturaleza del progreso* como un proceso de *destrucción creadora*, que hace sentir una fragorosa revolución en cada estructura económica y social, desprendiéndose continuamente de sus *elementos envejecidos* y creando sin cesar *nuevas estructuras y funciones* (aquí habla Schumpeter), para acceder a niveles más altos de prosperidad y bienestar generales (de ahí el *desarrollo*).

Nunca se interrumpe ese *proceso eterno y polidimensional*. Para medirlo, necesitamos practicar, de tanto en tanto, "tomas instantáneas" al término de cada tramo temporal: durante su trayecto se han registrado altibajos, previstos unos, indeterminados otros; acaso ha ocurrido una "revolución en pequeño", y nos obliga a alterar el orden de su prelación tradicional, incluso, a veces, como respuesta a una honda *subversión de valores*.

La tierra y sus inmediatos aledaños habían empezado a descender en categoría económica, ante el surgimiento de otros materiales más ligeros, y aun "invisibles". Como la tendencia seguía, Eddington llegó a sublimar ese desarrollo, en el laconismo de una frase: "El mundo está hecho de tela de espíritu". Pero en un inesperado vuelco —y a la luz de la Ciencia pura— la tierra y la región, con los seres que la pueblan, pasaron, de ser cosa inmutable, a animarse con el *pulso de la vida*, como que son la vida misma, y a ocupar el lugar primero —para fines del desarrollo. "El conocimiento del espacio, el estudio de la historia, y la intuición del futuro deben guiar nuestra acción".

La *categoría espacial* —tierra y seres humanos— es nuestro factor de mayor anchura, como que abarca la nación entera. Mucho importa, para los designios del desarrollo, el *agregado económico y social*; su magnitud, su eficiencia productiva, su filosofía independiente y justiciera. Esa *suma* sería sin embargo, una bella entelequia si no estuviere constituida por 42 millones de mexicanos, a cada uno de los cuales debe llegar, íntimamente, la bendición del *general progreso*, hasta hoy disfrutada tan sólo por quienes componen un reducido y privilegiado estrato. Durante los cuarenta años de *revolución institucional*, la *ósmosis del desarrollo* ha ido empapando las capas subyacentes de modo inmediato al pináculo culminante: pero ¡con qué lentitud, para nuestra impaciencia!

Ciertamente el *paso de México* es mucho más dinámico y gallardo que el de la gran mayoría de los países del Tercer Mundo. El *instrumental* de nuestro desarrollo supera en riqueza al de la mayoría de los pueblos: poseemos ya una gran *experiencia* económica, política, administrativa; en el momento *presente* se advierte un gran

hervor de *iniciativas y realizaciones*, fascinantes para el sociólogo, angustiosas para los gobernantes. Los logros en materia de *educación general* son altamente significativos y ejemplares. Pero —por no citar sino un ejemplo— nos hallamos hoy, en términos *absolutos*, frente a un número de analfabetos mayor que en 1921, aunque en *términos relativos* hayamos reducido la tasa de analfabetismo a la mitad.

Todavía se aferra a los *distritos rurales* —y así ocurre en casi toda la América Latina— el 50 por ciento de nuestra población activa. Pese al relativo desarrollo de nuestra industria, y la precaria autarquía de nuestros grandes cultivos, las masas campesinas, a un nivel de "*autosuficiencia*", distan mucho, aún, de constituir la *infraestructura socioeconómica de una sociedad industrial*.

Pero, además y sobre todo, esas masas rurales no han adquirido aún, ni en mínima parte, una *conciencia de la necesidad de un general desarrollo*, y tampoco, por supuesto, el anhelo de *participación masiva en la política de las grandes decisiones*. Esa gran tarea —todavía no iniciada— acaso reclame varias generaciones: a ella deberán dedicarse, sobre todo, los esfuerzos de los educadores, en una ímproba labor de *información y formación* certeras, tenaces y crecientes, que llegue al último rincón de nuestro territorio. Esa es, y así lo reconocen nuestros mejores talentos, la premisa inexcusable de una vida digna, de un sector primario constituido por *infraestructuras para la industria*, de un mercado interno mexicano y próspero, y de una *superestructura política y administrativa* apta, honesta y justiciera, en la que estén cabalmente representados todos los estratos de la pirámide social.

Mucho han hecho y hacen, por la región y sus variantes, los *estadistas revolucionarios de México*, exaltadores, a la vez, de las tareas nacionales e internacionales, sectoriales y programáticas de nuestro país. A documentar el *trasfondo, presente y porvenir del tema regional* se aplican los tres apartados, subsiguientes, del presente ensayo.

I

EL CONCEPTO DE REGION

EL origen inmediato del vocablo "región" es una palabra perfectamente idéntica, en su grafía, a la nuestra. Sin embargo, su contenido conceptual es bien distinto: el *regio-nis* latino no se refiere a un *Área territorial* que con otras, hermanas, integra un país, y sirve

de asiento a una comunidad humana, con una misión pacífica y eterna que cumplir. Para los habitantes del primitivo Lacio —el reducido ámbito abarcado por las Siete Colinas de Roma— la región consistía en la estrecha zona a la cual alcanzaba la *jurisdicción de su poder militar y político*. Lo demás, era para ella un *mundo externo*, "regido" por otros imperantes, tan respetable, en la convivencia pacífica, como la propia Roma.

Siglos más tarde, cuando los germanos, oriundos de la cuenca del río Vístula, tradujeron a su lengua el término "región" escogieron entre sus raíces semánticas el núcleo *Reich* —así, con mayúscula— indicativo de "agarrar con la mano" (o con la garra): es decir, el acto de alcanzar una cosa e incorporarla al propio y general acervo. A poco andar, en la Historia, los romanos, en la época cesárea, tras de crear el poderío extendido al mundo occidental, centrado en la cuenca del Mediterráneo (el *Mare nostrum*) tomaron el viejo vocablo *imperium*, de donde arranca la distinción entre quienes "todo lo tienen" y los que "nada poseen" (los *have*, y los *have-not*, de nuestros días). Le dieron categoría insuperable: la de su poderío sobre el mundo de una clásica cultura y de una pasmosa organización administrativa, confiando el ejercicio de ese dominio a dos reducidos núcleos representativos: el Senado y los Tribunos del Pueblo. La mayor o menor extensión del territorio se consideraba cosa insignificante: todo lo necesario y útil era suyo; más allá de los límites (*limes*) de su omnipotente jurisdicción, no había sino tierras incógnitas (*terras incognitas*), ocupadas por los *bárbaros*, palabra con la cual los griegos habían apodado a unos desgraciados seres humanos incapaces de conocer y hablar el divino idioma de los helenos, y situados al nivel del balbuceo infantil (*ba-ba*).

Sin embargo, esos bárbaros —al desintegrarse el grandioso Imperio Romano— anegaron Europa entera, sumiéndola en una negra noche cultural de la que sólo salió con luz auroral en otro gran Imperio, el de Carlomagno. Para entonces, la otra gran oleada invasora había recorrido desde el Mesoriente, tras del estandarte verde de los sucesores de Mahoma, las costas norteafricanas, la Península Ibérica y parte de Francia, y la resaca de los mahometanos empezaba a moverse hacia el Sur, bajo el empuje de la Reconquista cristiana. Es entonces cuando aparentemente se forja una de las principales acepciones del concepto "región", como un territorio circunscrito, componente de una unidad política y cultural más alta en jerarquía, y donde, a la postre, reside —hablando en términos actuales— el "máximo poder de decisión".

Es igualmente en esos tiempos cercanos al término del primer milenio cristiano, cuando surge otro concepto importantísimo para nuestro tema regional: el *concepto de frontera*. Para recuperar los territorios ocupados en la Europa central por las huestes de Atila, Carlomagno y sus sucesores habían apelado a la pericia guerrera de capitanes arrojados, a quienes los reyes de entonces les conferían una dignidad nobiliaria sobre los terrenos reconquistados, *encomendándoles*, por añadidura, el gobierno y la administración de las tierras ganadas, y el derecho a levantar una o más fortalezas en lugar seguro, no sin antes vincularlos a sus respectivas coronas, como eminentes vasallos en la *relación feudal*.

Particularmente, el movimiento de reconquista, en tierras de Iberia, dio valor y sentido al "concepto de frontera". Arrancando del último rincón inviolado por los moros berberiscos, la Covadonga asturiana sirvió de punto de concentración, e inicial del avance hacia el Sur, para las numerosas mesnadas que componían las fuerzas de choque de los cristianos contra los musulmanes. Compuestas esas milicias, preferentemente, de labriegos más o menos libres, pero obligados por la ley del feudo a seguir a su señor —empeñado éste en conocer y disfrutar nuevas tierras— fuerte era la tentación de algunos, entre los capitanes y los vasallos, de tomar un largo respiro y aposentarse en un lugar fecundo y placentero, con facilidades de defensa, y oportunidades de desarrollar, en régimen de libertad mayor, actividades pacíficas y lucrativas. Hasta allí había llegado la frontera, *una frontera móvil y dinámica*. Tropas de refresco, con nuevas promociones en la soldadesca y nuevos líderes militares, avanzaban por los flancos, asumiendo el nuevo riesgo con la esperanza de botín, mientras los "fronterizos", se afincaban en las tierras de pan llevar, y ganaban ciudadanía mediante una carta de población expedida por el supremo monarca. Así surgieron villas y villanos burgueses, a quienes a veces "el aire de la pequeña población los hacía hombres plenamente libres". La marcha incesante hacia el Sur andaluz fue, durante siglos, repitiendo esa secuencia: la frontera dejaba de serlo, salvo en el nombre, y así se poblaron las tierras de León y Castilla, hasta los confines de Aragón, donde hallamos varios lugares que han mantenido su denominación fronteriza de entonces hasta nuestros días. Tales poblamientos constituían el "polo de crecimiento" de una nueva *región*, y como en todos los movimientos invasores, los soldados forzosos dejaban de serlo, y otros venían a suplirlos en el uso y manejo de las armas.

Encontramos ese mismo fenómeno de dinámica tendencia en la conquista de América por los inmigrantes del *Mayflower*, en los tardíos colonizadores del fascinador Continente australiano, en las

gestas de la migración hacia el *Far West* californiano. La región y sus límites aparecen como una *entidad viva y cambiante*, al compás de la coyuntura histórica, y sus habitantes y sus empeños económicos y sociales se hacen portadores y pioneros del progreso, e infatigables propagandistas de nuevas ideas; procedentes de los lejanos países europeos, son ellos, con su moral de cultura, honestidad y trabajo, quienes, durante siglos diferentes, han formado la infraestructura del nuevo concepto de "nación", que unos lograron en la era del Renacimiento europeo, y otros sólo han alcanzado —Alemania, Australia e Italia— muy entrado ya el siglo XIX.

¿Por qué fueron tan tardías la unidad alemana y la unidad italiana? Porque, en ambos casos y durante más de ocho siglos, los dos territorios, el de habla germana y el de lengua itálica, fueron tierras de paso para los incesantes movimientos de otros pueblos, algunos de los cuales ejercieron su dominio y dejaron sentir poderosas influencias.

Hasta los comienzos del segundo milenio de nuestra Era, el lenguaje había sido único y común: el llamado *latín vulgar* se extendía sin excepción por toda la Europa continental asomada al Báltico, al mar del Norte, a las costas atlánticas y al Mediterráneo entero. Salvo los islotes monásticos y catedralicios, guardianes de la tradición clásica —judía, griega y latina— todo el resto usaba el erosionado latín decadente que era el hablado por los mesnaderos y sus capitanes, por la baja clerecía, por los mercaderes trashumantes, por los artesanos de los burgos feudales, por los grandes señores laicos. Reinaba un régimen de *plena libertad de tránsito* para hombres, mercaderías y "capitales". Las guerras eran reñidas —salvo excepcionales casos— por pequeños contingentes militares, que pugnaban por poseer una población o un castillo: el agricultor, el mercader, el estudiante se movían de un lado para otro, en libertad total, sin pasaporte ni frontera, y grandes masas de población peregrina se trasladaban desde Varsovia, Siracusa, Praga, los Países Bajos, la cuenca del Rin, Francia y las Islas Británicas, y, cruzando el Pirineo, seguían la larga ruta que los conducía hasta Santiago de Compostela, o partiendo del corazón de Francia se desplazaban, durante las *Cruzadas*, hasta Constantinopla, la Turquía asiática y los Santos Lugares. Ya en la baja Edad Media (siglos XII a XV), con la *organización premial*, los muchachos hacían su aprendizaje en Nuremberg o en Colonia, recorrían media Europa como oficiales, y los mejores retornaban a su patria de origen y, cargados de experiencia, dedicaban varios años a realizar una obra magistral, como expertos ebanistas, plateros, auríficos, armeros, tapiceros —o juntos, en comunidad—, construían castillos, palacios, puentes y caminos, viviendas nobiliarias,

edificios de corporaciones casi siempre manteniendo el *anonimato*, y dejando tan sólo —como testimonio de su obra— el símbolo impersonal y colectivo de la correspondiente "masonería" internacional.

Entonces, *la región era*, auténticamente *el mundo conocido*, del mismo modo que, en la actualidad, las *Naciones Unidas* emplean el concepto de "región" para designar un *área supranacional* de cultura e intereses comunes: así se habla de la región centroamericana, del Área del Caribe, de la República Árabe Unida, del África francófona, de la inglesa, de la precaria Comunidad Atlántica, de los países del Plan Colombo, etc., y, conforme a otros enfoques, del mercado común europeo, del Grupo de los Siete, de la ALALC, etc., soñando, para la lejanía de los tiempos, en la *posibilidad de un mundo unido*, sin fronteras ni regiones.

Hoy nos enorgullecemos con nuestras *Universidades gigantes* —una *región cultural* con más de 100 000 escolares en París; casi otros tantos en Buenos Aires; 86 000 en México. Tres centros, cada uno de los cuales reúne poblaciones universitarias mayores, numéricamente, que la total suma de universitarios de Alemania en 1940, por ejemplo. Pero resulta todavía más asombroso conocer el surgimiento de las primeras "universidades". Ocurrió hace aproximadamente ocho siglos: y su iniciación causa asombro.

Al principio, varios maestros constituyen una comunidad informal a la que llaman *studium*, para la formación de los estudiantes. No tienen planta física permanente: si el tiempo lo permite, dan sus clases (*lectiones*) al aire libre; cuando no, en el domicilio de uno de los maestros, o en un local alquilado para ese efecto. No hay aulas, ni laboratorios, ni oficinas, ni funcionarios. La comunidad de profesores y estudiantes goza de privilegios equivalentes a nuestro *estatuto de autonomía* —conferidos por el Papa y el Rey de Francia, desde fines del siglo XII. Ya desde principios de esa centuria ofrece sus lecciones el gran teólogo y filósofo francés Abelardo, cuyos pasos siguen el alemán Alberto Magno, el italiano Tomás de Aquino y su compatriota San Buenaventura, e ingleses de la talla de Duns Scoto. Este cuerpo docente se otorga a sí mismo el título de *Universidad*. En 1257 San Luis confiere a los clérigos seculares el derecho a enseñar: su director es el capellán del rey, Roger Sorbon, fundador de la *Sorbona*. *Viajan los maestros* a Palermo, a Bolognia, a Edimburgo, a Varsovia, o —siguiendo la ruta de los grandes enseñadores— copiosos *grupos de estudiantes* acuden desde sus lejanas patrias, a esas y otras ciudades capitales del saber contemporáneo, como más tarde lo harán, profesores y alumnos, a Salamanca y Alcalá de Henares. Surgen entre tanto, por docenas, los *colegios nacionales*, de franceses, de navarros, de tedescos, de irlandeses. La

"región cultural" de maestros y estudiantes es un solo *gran "estudio" perpetuo, itinerante*, en busca de experiencias universales. Así, cuando entró en litigio esa corporación parisina con el Rey y con la Iglesia, los rebeldes se trasladaron temporalmente a Londres, pues con la capital francesa no les ligaba "la tierra" sino "la cultura". Todavía en la primera mitad del siglo XVI el navarro Francisco Xavier, discípulo de Ignacio de Loyola, y más tarde llamado "el apóstol de las Indias Orientales", hace la tradicional jira cultural a la Sorbona, donde realiza largos estudios, llevando a un tiempo su dignidad misionera y su personalidad nacional. En el claustro bajo de Tepozotlán, el portentoso monasterio bellamente restaurado, varios lienzos en mediopunto, que narran su vida peregrina, nos lo muestran profesando en la inmortal Universidad de París.

Y también, desde el siglo XV, empieza para Europa la *explosión demográfica universitaria*. La ciudad de Padua, en la actual provincia-región italiana del Véneto —que según el censo más reciente, de 1961, no alcanza los 200,000 habitantes—, contaba en el siglo XV con una Universidad de 35,000 estudiantes, vez y media más que los reunidos en nuestra Alma Mater cuando se efectuó la mudanza desde San Ildefonso hasta el portentoso conjunto de la Ciudad Universitaria. Bolonia fue, según los eruditos, el primer centro de altos estudios que adoptó el término de "Universidad", aplicado a las *gildas* o gremios de estudiantes extranjeros, celosos de defender sus intereses contra los de profesores y ciudadanos. Eran *los estudiantes* quienes contrataban a los maestros, imponiéndoles multas cuando llegaban tarde a clase, o prolongaban el curso más de la cuenta. Entre esos originales centros figuraba el Colegio Hispánico (*Collegio di Spagna*), fundado en Bolonia por el cardenal Albornoz en 1365, como uno de los centros —con Parma y Ravena— desde donde irradió al mundo culto el *renacimiento del Derecho Romano*, y su renovada vigencia como fuente jurídica fundamental.

II

LA "TEORIA" DEL DESARROLLO REGIONAL

CON el siglo de oro del Renacimiento de las culturas clásicas —el siglo XVI (movimiento generado en la centuria precedente)— surge un nuevo y decisivo "concepto de región". La acepción nueva responde a una necesidad ecológica: *nace —entonces— la "nación"*, en Portugal, España, Francia, Inglaterra, Bohemia y Polonia. Se

inicia en esa época la liquidación, largamente demorada, del sistema feudal: una dinastía con ideas nuevas impone *la unidad* en un área antes atomizada en cientos de encontradas jurisdicciones —en España, las taifas musulmanas, los dominios de los nobles, las ciudades libres, las regiones forales, los "entes" político-económicos (como la Mesta ganadera, las Hermandades marineras, los opulentos enclaves monásticos, los privilegios gremiales).

En lo tocante a los *factores esenciales de estructura* —hombre y tierra— la transformación es profunda. El ser humano deja de ser súbdito de un pequeño señor para convertirse —por lo menos en la letra de los pronunciamientos reales— en *leal ciudadano de un único imperante*. Los mandatos de éste llegan por igual al círculo visible de sus cortesanos, y al campesino que cultiva una pequeña parcela junto a la frontera de otra nación, o al pescador que sale diariamente, con su lancha, a un mar o a un océano libre. Por lo que respecta al territorio, *desaparecen* —siquiera en teoría— *las fronteras internas*: se crea una *administración central* cuyo poder coercitivo alcanza a todo el ámbito jurisdiccional del país; en los puertos "húmedos" y en puntos destacados del litoral marino, se establecen centros de vigilancia para los movimientos de personas, mercaderías y caudales monetarios; otro tanto ocurrirá con los puertos "secos", en los únicos pasos transitables de las montañas divisorias de jurisdicción, entre dos naciones colindantes. Con rapidez y ejemplaridad se cortan de raíz las insurgencias contra el nuevo sistema. *Se unifica, también, la fe religiosa*, y son expulsados del regazo nacional todos los miembros de otras confesiones. Se ponen en marcha poderosos dispositivos culturales para instituir *un solo idioma nacional*, e instituciones administrativas que reharán el cuadro de las *divisiones comarcales*, y harán expedita la recaudación de *contribuciones generales*. Surgen los *Consejos Reales*, donde tienen acomodo los decaídos príncipes temporales y espirituales, desposeídos de su *imperium*, con el cual se acrece el imperio efectivo y total de la realeza. Se instituye, por fin, *un ejército y una armada naval "nacionales"*, y toda la administración castrense se "uniforma", en el sentido más preciso de la palabra. Los cuadros militares se constituyen según las armas, y tienen como apoyo un formidable equipo logístico, los servicios de abastecimiento y reserva. Las naciones, drásticamente unidas en lo interno, se aprestan a comparecer en la *competencia internacional*, al compás de la época de los grandes "descubrimientos geográficos".

La gran masa servil campesina y aldeana no ha adquirido, en virtud de todo ese aparato decretal, las libertades de que antes careció; sigue siendo pobre, inculta y enferma; no acabó con las cade-

nas y los adarves: simplemente cambió de señor. El territorio no dejó de estar infestado por bandas armadas, pero hubo una *guardia cívica* que imponía y mantenía el orden, apoyado en las más rudas sanciones. Las Iglesias defendieron sus tradicionales recursos, y los acrecieron con el ejercicio de *la mano muerta*. En los distritos rurales subsistió un régimen de tenencia de la tierra, apenas mejorado con respecto al feudal. Los pequeños agricultores transferían, al morir, sus reducidas parcelas al *primogénito*; el resto de la descendencia era candidato a las disputadas limosnas, y a la "sopa boba" repartida por los frailes en las capillas abiertas de sus conventos. La vieja nobleza dedicaba un hijo al ejercicio de las armas, otro a la Iglesia, y los demás pululaban por la corte, las cancellerías, y los despachos de la administración. Toda esa inmensa fuerza de presión se proyectó hacia la *guerra de conquista*, en Europa, y hacia las *hazañas del descubrimiento y colonización en los territorios ultramarinos*. Italianos, suizos y polacos pusieron contingentes armados a la disposición, alternativa, de uno u otro de los imperantes, en eterna "guerra caliente". Sucesivamente fueron ejerciendo la hegemonía Portugal y España, Inglaterra, Holanda y Francia, en tramos históricos cada vez más cortos. En la Península Ibérica el afán de *acumulación de tesoros inertes*, en las Cortes, y en los monasterios y episcopados, se tradujo en el despoblamiento general de pueblos y aldeas, y en la decadencia de los obrajes y artesanías que habían sido la gloria de la larga era renacentista.

En la *Europa central y nórdica* la levadura de la *Reforma religiosa* se tradujo en un *gran movimiento de libertad*, en una conciencia de la necesidad de redención terrena, y en una gran capacidad técnica, empresarial y administrativa, comercial y agrícola, minera y cultural, que permitió capitalizar la corriente áurea y platista que sólo tangencialmente pasaba por Sevilla y Toledo e iba a parar a los depósitos bancarios del norte de Italia y de Francia, de los Países Bajos, liberados, y de la sede central londinense. De esa época son los Fugger, los Welzer, los Hofstacter, en las metrópolis del Danubio y del Rhin, que llegaron a ser "emperadores de emperadores". Sus espléndidas biografías dan prueba de cómo se pueden dominar imperios mundiales mediante un reducido *grupec* de gente vigorosa y pertinaz, inspirada y resuelta a asumir los más descomunales riesgos, y todo ello sin teletipos, ni "pájaros madrugadores", ni computadoras, ni ordenadoras, ni investigación, ni foros de discusión internacional, pero con talento y lógica, continuidad, y hasta pasión por la verdad limpia y entera.

La era de los descubrimientos y las empresas de conquista y colonización llevaron a las tierras nuevas mucho *dolo* y *maldad*,

opresión y dureza, pero de esa proyección de Europa, fuera de su revuelto territorio, surgió la galopada insensata que permitió conocer —superficialmente siquiera— *el mundo entero*. Ahí nació la empresa de mostrar a otras culturas la escoria y la luz de la civilización europea, que permitió *integrar el género humano*, abriendo hacia el futuro la posibilidad de llevar a la mesa de cada trabajador calificado, las primicias de todos los cultivos, y entre ellos los de la inteligencia y la comprensión humanas, igualmente aportadas por los territorios coloniales.

A veces son, los hombres, inconscientes portadores de mensajes universales. Particularmente ha cabido esa fortuna a muchos de los escritores y cronistas de los esfuerzos nacionales de la colonización del mundo nuevo. Uno de esos casos es del inteligentísimo aunque avieso italiano Antonio Pigafetta, autor de un bello libro ambiciosamente titulado *Primer viaje en torno del globo*. Miembro de la misión pontificia en la Corte de Valladolid, solicitó de Carlos V permiso para acompañar a Magallanes en su arduo intento de *circumnavegación de la tierra*, iniciado en Sevilla en 1519, con una flota compuesta de cinco naves —la *Victoria* como capitana, cuyo timonel era Sebastián del Cano. Muerto violentamente Magallanes en la isla de Batán, en las Filipinas, emprendió Elcano el viaje de regreso a Sevilla, llegando con un solo y maltrecho barco, el suyo, en septiembre de 1522, con 18 de los 237 marinos que habían embarcado en la flotilla de Magallanes.

Esos tres hombres citados pertenecían a *tres naciones diferentes*, precisamente las más señeras de la hazaña de los grandes descubrimientos. Cada uno de ellos llevaba consigo una *diferente cosmovisión*: *Magallanes*, la tradición lusitana de la gran Escuela Náutica de Sagres, y su rencor contra el rey portugués por no haber financiado su expedición, en provecho de la patria común; *Pigafetta*, la de un diplomático italiano, habituado a entregar a los monarcas extranjeros un relato donde faltaría, en este caso, la derrota seguida por la flota desde el estrecho de Magallanes hasta los archipiélagos de Australasia, y reservando lo más importante del viaje para su Pontífice encomendante; *Elcano*, maestre de la nave *Concepción*, extraordinario piloto guipuzcoano, que luego fue guía y piloto mayor de la expedición de Loaysa a las Molucas, muriendo en el Pacífico a consecuencias del desastre sufrido en el estrecho de Magallanes. Portaban entre los tres *el mensaje común de Europa*, una región que se abría a otra más amplia. Y ningún dolor y cansancio, por extremo que fuese, les movía a retroceder, sino a perseverar en su avance, con la esperanza de que pronto o tarde se alumbraría un

tiempo más bonancible y renovador en el empeño de progreso, para sus naciones y para las recientemente descubiertas.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, por muchos señalado como el más eminente cronista de las Indias Occidentales, tenía también su concepto de "nación", en una acepción doble: la relativa a *localidad y comarca de nacimiento*, y la más ancha y poderosa de un *país gobernado por un rey* al cual debían, él y sus soldados, más los pueblos de la colonia que se avenían a la ley española, una lealtad. Su fabulosa obra *Naufragios y Comentarios* relata en su primera parte la aventura de diez años de hambre, miseria y desnudez, transcurridos desde los Cayos de la Florida hasta las playas de California, a la vista del Pacífico: la desventura de los indios, su indigencia e insalubridad —en nada comparables a las condiciones más ventajosas de la Nueva España— y la muerte a la vista, cada día, para él y sus contados compañeros —únicos restos de una poderosa flota que brevemente estuvo al mando del gobernador Pánfilo de Narváez— bien podían haber quebrantado su ánimo e invitado a retirarse a la metrópoli española. La segunda parte de su apasionante relato está dedicada a narrar su brillante actuación como estadista en la pacificación de la cuenca del Río de la Plata. Su armada, desde Sevilla, hizo escala en la isla de Santiago, del archipiélago de Cabo Verde. Pasó de allí a la isla de Santa Catalina, frente a la costa brasileña, al norte de Portoalegre, en marzo de 1541, y teniendo pronta noticia de los tristes sucesos en la recién fundada capitania de Buenos Aires, pasó a la costa y se embarcó por el río Iguazú. Prevenido de los anhelos de muchas "naciones" indígenas, de atacarle en las proximidades de las grandes cataratas, donde toda su expedición hubiese perecido, saltó con sus hombres a la orilla, y llevando a hombros, él y sus compañeros, las lanchas donde navegaba con sus soldados, y repitiendo la hazaña de los Argonautas, recorrió, en paz o en guerra, el largo y difícil tramo central del río Paraná, hasta llegar a La Asunción que convirtió, efectivamente, en almácigo y nodriza de la obra colonizadora. Los guaraníes, de belicosa condición, habían sufrido graves quebrantos de otras "naciones" más vigorosas y feroces entre los indígenas de aquellas comarcas, como eran los temibles guaycurúes contra los que hizo una breve pero decisiva guerra. Tomando siempre acuerdo y consejo de sus capitanes y altos funcionarios, extremó Cabeza de Vaca su benevolencia y consiguió atraerlos a su causa, siendo en el futuro, esos indios rebeldes, sus más leales colaboradores, rendidos por la magnanimidad de un hombre que había vencido por vez primera a esa indomable "nación". Sus dos grandiosos relatos, los de un hom-

bre imbuido de su propia "nación", y respetuoso de las ajenas, fueron el estímulo para otras muchas expediciones en la Nueva España, al norte de Nueva Galicia, que llevaron a descubrir e incorporar al Virreinato Mexicano los inmensos territorios de California, Arizona, Nuevo México, Kansas y Colorado, encarrilando, con otros misioneros, de que México estuvo lleno, la fusión de las Tres Culturas. Los hombres de la Ilustración, los buenos virreyes, y el barón Alejandro de Humboldt prepararían, a su vez, el terreno, para el advenimiento de la Independencia y de la Libertad.

Siquiera sea brevemente, conviene apuntar cómo la Declaración de Independencia Norteamericana y la Revolución Francesa hallaron el camino para la institución de un *régimen que fue federal*, en México, como en Venezuela y en Brasil. En otros países latinoamericanos quedó implantado el *régimen provincial, de inspiración centralista*, al modo romano y napoleónico, señalando límites arbitrarios a las comarcas diseñadas por la geografía y la cultura. La "región" en ese período histórico, coincidió con el Estado o con la Provincia: las exigencias socioeconómicas del presente siglo, y en particular los cinco últimos lustros, han superpuesto varios tipos de auténticas *regiones naturales*, y han generado numerosas subdivisiones para responder a concretas necesidades en este último cuarto de siglo, bajo la advocación del desarrollo.

"El hombre y sus comunidades" han mantenido durante toda su historia, la *vivencia regional*. ¿Cómo se ha comportado, a ese respecto, "la tierra" misma? Los movimientos regionalistas, irredentistas, no han pasado de referirse a la tierra regional como una periferia colonial de un centro metropolitano. Pero los tiempos están cambiando: al fin de su vida octogenaria, Alejandro de Humboldt escuchaba en la Universidad de Berlín, fundada por su hermano Guillermo, las lecciones de un gran profesor, Ratzel, sobre *Geografía humana*. En un libro reciente, un gran economista norteamericano, Kenneth E. Boulding, dice lo siguiente, al evaluar el impacto singular de las ciencias sociales: "La Geografía se halla en un estado de gran fermento intelectual, absorbiendo por todas partes, afanosamente, nuevos métodos, especialmente los cuantitativos, y bastante alerta y consciente de su papel integrador de muchas ciencias sociales y aun naturales. De todas las disciplinas, la *Geografía* es la única que ha captado la visión del estudio de la Tierra como un sistema total, y cuenta con poderosos méritos para convertirse en la *reina de las ciencias humanas*".

III

EL PRAGMATISMO POLITICO

EN efecto: la tierra se ha despojado de su máscara inmutable, de hibernación multiseccular. *Cambia*, de veras, *la geografía*, aun para la visión cortísima de un hombre actual; cambia en su superficie, conocida y familiar; se hace aún más dinámica en los estratos profundos del globo terráqueo, sólo parcialmente explorados respecto a algunos satisfactores económicos; *cambia también la "región"*, en las poderosas mentes de los científicos y de los estadistas. Cambia porque *se remodela "como un ser vivo"*. Cambia porque, en ella, a la vida inerte del mineral se agregan, al nivel del átomo, las fuerzas todas de la Química y de la Biología.

Nuestra generación ha registrado ya el avance de la "remodelación del territorio" (*aménagement du territoire*).

El reciente Congreso Internacional del Petróleo, en México (1967) ha revolucionado la vieja teoría del carácter no renovable de varios productos energéticos; ha diseñado nuevas técnicas para reanimar las reservas de antiguos yacimientos, sólo temporalmente paralizados; ha desplegado una amplia gama de aprovechamientos espectaculares, de orden bioquímico, que, tras prolongados y repetidos trabajos de investigación, permitirán a las generaciones venideras crear satisfactores socioeconómicos de origen energético (petróleo, gas), para reducir y aun erradicar grandes carencias alimenticias, mejorar fabulosamente los insumos de abonos agrícolas, ganaderos y biológicos, en general. Una gran venda ha caído de nuestros ojos, gracias al esfuerzo de la ciencia pura: la tierra "vive" —y, con ella, vive la "región"— porque es, como el hombre, la vida misma.

El V Plan francés (1966-1970) extenderá el ámbito de la "remodelación del territorio" mucho más allá de las conocidas técnicas de las vías escénicas, de la protección y de la restitución de edificios y conjuntos arquitectónicos. Una gran labor se está adelantando para utilizar viejos edificios de vecindad con hermosas fachadas, y detestables servicios domésticos: aquéllas se restauran con impecable fidelidad; éstos se instalan en forma plenamente satisfactoria para las exigencias de la familia moderna. Una rehabilitación con ese sentido es más satisfactoria y más barata que una demolición total y una reconstrucción siempre detonante, en un ambiente arquitectónico donde otras edificaciones mantienen, en lo fundamental, su antigüedad honorable. Todo el mundo aplaude la obra de limpieza llevada a cabo en fachadas, calles, plazas y monumentos de la Ciudad Luz; no es la pátina de los siglos lo que se pierde, sino la

suciedad depositada por la niebla y la polución de un ambiente envenenado por las emanaciones letales de la técnica. Ya ni el costo se objeta: nadie pregunta, como antes: "¿No hubiese sido más barato ennegrecer el *Sacré Cœur* de Montmartre?" Algunos pequeños percances han ocurrido: al limpiar el grupo escultórico "La Danza", de Carpeaux, en la fachada de la Ópera, quedó de manifiesto que la obra no constituía un solo bloque. Por otro lado, en Notre Dame y en el Louvre, al proyectar agua pura, pulverizada, en determinados edificios parciales, se ha advertido que las piedras son de diversos colores y de grano distinto que el resto del conjunto: el piadoso manto del polvo histórico ocultaba el fraude de un arquitecto o la pobreza de un cabildo. Pero París refulge y se agranda con los bloques restituidos a su blancura primigenia, y en la noche todo está bañado en dorada luz: han desaparecido los armatostes metálicos de la publicidad "moderna", y el neón multicolor ha empujado la retirada.

Pero no es eso lo que da calidad al V Plan, sino el *imperio de una visión racional à la Descartes*, y la imaginación ponderada con que *cada transformación urbanística se acompaña y encaja en una idea global*. París ya no es un solo Departamento administrativo, sino varios, y en cada uno se ha creado un conjunto armónico de servicios administrativos, sociales y culturales, cuya belleza se conjuga con la eficiencia funcional y el sentido de desconcentración. Cada proyecto, programa o plan de que es objeto la urbe parisina, exige un documentado informe que la población entera conoce a fondo y discute a placer. París entero participa en el Plan y lo enriquece con un alud de sugerencias; éstas son estudiadas por cerebros humanos y de los otros, y a veces algunas se aceptan. Volvemos a *la Florencia del Dante*, en que *cada ciudadano era un celoso cancerbero del prestigio y elegancia de su ciudad*.

Pero —cosa extraña— hasta los economistas han suscitado ideas geniales, atentas al *contenido biológico, dinámico y cambiante de cada región*. El carbón, que hizo de los departamentos colindantes de Francia con Bélgica y Alemania, un *imperio tecnológico* en la segunda mitad del siglo XIX, está "agotándose", y la primacía empieza a desplazarse a otras regiones, antes atrasadas, que poseyendo una fachada al mar o al océano (Bretaña, Pas de Calais) o una mayor cercanía al Mercado común europeo o a los centros deportivos invernales (Eje Lyon, Provenza, Alsacia) adquieren ritmo y estatura, y atraen las perezosas inversiones de los grandes inversionistas franceses. Las regiones del Macizo Central, las *tierras de la "garriga"* mediterránea, se estaban despoblando, con grave peligro para la armoniosa continuidad del agro francés: el resultado *era*

que los pueblos rurales sólo conservaban *viejos y niños*; los *jóvenes* emigraban a los grandes centros urbanos franceses, o al lejano extranjero. Ahora se intenta, con éxito, *fixar estos fugitivos potenciales en su comarca de origen*, mediante proyectos bien ideados y poco costosos (un bosquecillo de moreras y, al lado, una prometedora hilatura de seda natural; una plantación vastísima de "lavandin" para reducir la importación de lavanda inglesa, y ahorrar divisas; un centro vacacional para niños de corta edad, en uno de los pocos desiertos franceses, donde, protegidos en un ancho espacio por unas cercas de alambre, los muchachos andan sueltos como el ganado de un potrero, mientras sus padres realizan un *tour* barato por las islas del mar Egeo). Tres pequeñas granjas ganaderas, incosteables por la cuantía de los costos fijos, se asocian para la producción de leche y quesos, mecanizan su distribución y se convierten de entidades competitivas en una unidad cooperativa floreciente. Francia entera sabe ya que cada región, y todas ellas, han resuelto el problema de su comunidad con otros cinco países, pero advierten igualmente que para sus excedentes de producción, sus ventas fuera de ese gran mercado encontrarán la *fuerte competencia de los países* mismos que hasta aquí fueron sus gemelos económicos, y ahora hallarán dificultades para penetrar en los Estados Unidos, en Australia, en Canadá, en el Japón, en América Latina, y en los países socialistas. Ninguna de estas proezas les asegura una fácil tarea en el futuro.

Como apéndice del Plan francés, está en marcha el llamado *Grupo 1985*: se ha iniciado la *preparación de las nuevas generaciones* francesas para un mundo bajo el imperio de la investigación pura y *aplicada*, en el que las grandes enfermedades del presente (trastornos cardiacos, tuberculosis, leucemia, cáncer) posiblemente serán vencidas, elevando todavía más la *longevidad general de la población*. Las inversiones requeridas para esa nueva etapa ascensional se están iniciando, pues sería suicida que acaezcan sin una necesaria y cuantiosa previsión. El francés está alerta, *entre la inquietud y la esperanza*; la tierra entera trepida con un incesante latido vital. Las Universidades introducen profundas reformas: acortan sus cursos, sin reducir su eficiencia; simplifican y coordinan su operación; ni un minuto se pierde, porque, alrededor de ellos, cada región europea o del mundo exterior, pulsa con un ritmo parejo al suyo. No se trata de encender momentáneas fogatas de virutas, sino *crisoles permanentes*, cada vez en mayor número y con mayor potencia de calor y de luz.

Todo ello puede quedar aplastado bajo el peso ingente de dos mil millones de dólares mensuales gastados en la guerra de Vietnam, a lo cual se agrega, por vía de recordatorio, que una sola potencia,

los Estados Unidos, acumula el 85 por ciento de los ahorros mundiales, y obtiene, con su inversión en el extranjero, el 25 por ciento de su ingreso nacional neto.

Para que la nación viva, tiene que vivir la región, cada región de su unidad nacional; para que el plan regional se materialice hace falta, allí como en todas partes, un plan nacional de referencia; para que todo ello viva a un ritmo cada vez más noble y veloz, debe imperar la paz, y erradicarse la economía del despilfarro.

¿Qué estamos haciendo nosotros para reforzar, desde nuestra modesta posición, ese impulso general de lucha por la vida digna, para la humanidad entera? Los mejores economistas y sociólogos admiran a México: su panoplia instrumental para el desarrollo es, acaso, la más opulenta y ambiciosa del Tercer Mundo: pero se intentan demasiadas cosas, y no existe ni la coordinación adecuada ni el *esprit de suite*, la tenacidad rigurosa en los avances para los cuales estamos preparados. Hemos adquirido un gran virtuosismo en hallar para cada problema, obstáculo o carencia, una pragmática respuesta; en nuestros planes no entra el *criterio de prioridad* entre las diversas alternativas, sino el arrojito de *atacar, frontalmente y a la vez, todos los problemas, todos los obstáculos, todas las carencias*. Hasta aquí, esa filosofía política ha dado resultado en realizaciones asombrosas y en prestigio internacional.

¿Acaso incurriremos en la paradoja de que las cosas empezarán a empeorar cuando la coordinación y la prudencia mejoren? En absoluto, no: hasta el presente —y de conformidad con nuestra idiosincrasia— muchas, muchísimas realizaciones se han logrado en la pendiente ascensional de nuestro progreso; acaso ha habido en ellas pocos adarnes de teoría, pero sí muchos kilogramos de entusiasmo y eficiencia. Tenemos una norma: la Constitución, y una política: la que predica la independencia y el anhelo de bienestar para los mexicanos.

Pero si queremos recoger y potenciar en México esa idea universal de *extender el disfrute del progreso hasta la última ranchería del país*, y hacer, a cada uno de nuestros conciudadanos, partícipe del creciente bienestar, necesitamos *expandir* con sentido activista *las ideas y las realzaciones de los mejores entre nuestros hombres*. No parece sino que a medida en que nuestro *mundo exterior* crece y se expande por las hazañas de la ciencia, se oscurece y hace más pequeño nuestro *mundo interior*, precisamente cuando es más urgente iniciar, en el corazón y en la mente de la mitad de nuestros conciudadanos, la *fe en sí mismos* y la *imperiosa necesidad de su concurso para la obra del común desarrollo*.

ESPAÑA, 1810

Por *Antonio VILANOVA*

LA historia de España de principios del siglo XIX comprende uno de los períodos más importantes de su vida como potencia mundial y de la presencia de sus habitantes, al incorporarse a una nueva Europa convulsionada por las ideas de la gran Revolución Francesa.

En este tiempo, España perdió su Imperio; suprimió la Inquisición y admitió la Masonería y las ideas liberales; entró en escena el pueblo como grupo organizado; comenzaron su vida institucional sus antiguas colonias americanas y se echaron los cimientos de una nueva nación.

España en 1800 descansaba sobre dos pilares: la Institución monárquica y el clero. Todo lo demás contaba bien poco y giraba en torno de estos dos pilares quienes habían tendido un cordón sanitario alrededor de la nación, convirtiéndola en un compartimento estanco para que no se contaminase con las ideas disolventes de la Francia de 1793.

LA Institución monárquica, en aquellas fechas, tenía su representante en Carlos IV, hijo de Carlos III, sin duda este el mejor rey que ha tenido España.

Carlos, por el contrario, débil, inepto y sin voluntad, inició la desmenbración del imperio español con la pérdida de Santo Domingo en 1795, sostuvo guerras con tan desastrosos resultados como la batalla de Trafalgar y llevó su ineptitud y poco carácter hasta ceder la Louisiana a Francia, quien la vendió posteriormente a los EE. UU.

Si en su vida pública realizó Carlos IV una política totalmente negativa, en su vida privada soportó las afrentas que el valido Godoy le inflingía continuamente en su carácter de rey, marido y padre.

La presencia de Godoy, elevado por la reina Maria Luisa de simple guardia a príncipe y primer ministro, sumía a la Corte en un envilecimiento tal que un grupo de hombres, recordando el buen gobierno de Carlos III, se unieron alrededor del príncipe heredero, Fernando, a quien se hizo llamar el Deseado.

Y el motín de Aranjuez, donde Godoy fue arrastrado por las turbas en un serón, fue la culminación de aquel abyecto período real.

Con motivo de esta toma de posición por los partidarios de Fernando, entre padre e hijo, Carlos IV y Fernando, comenzó una disputa que no acabaría hasta la muerte del primero y la que Napoleón, en su manifiesto de Santa Elena, describe así:

"El Rey padre y la Reina eran, por aquel tiempo, objeto del odio y el menosprecio de sus vasallos. El príncipe de Asturias conspiró contra ellos, hizo que abdicaran y al punto fue el amor y la esperanza de la Nación. . . El Rey padre me pedía venganza contra su hijo y el Príncipe solicitaba mi protección en contra de su padre y me pedía una esposa".

Una breve cronología nos dará una idea de la podredumbre moral de aquellos monarcas, de las bajezas a que se sometían ante Napoleón y de las traiciones que hicieron al pueblo español.

El 17 de marzo de 1808 sucede el motín de Aranjuez.

El 19, abdica Carlos IV en su hijo Fernando pero el 21 escribe a Napoleón diciéndole que su abdicación debía ser considerada nula y solicitaba su ayuda para recuperar el trono.

El día 23 entra en Madrid el duque de Berg con 40,000 soldados franceses y, tras ellos, el 24 hace entrada Fernando VII el Deseado.

Napoleón cela de la popularidad de Fernando, esto es, desconfía del pueblo español, y con el señuelo de un nuevo tratado atrae a aquel a Francia. Los consejeros del trono: Urquijo y el duque de Mahón, intentan disuadir al joven rey del viaje haciéndole ver la trampa; pero Fernando cruza la frontera el 20 de abril. Ha sido rey solamente durante 26 días.

Antes, el 10 de abril, nombró una Junta Suprema de Gobierno bajo la presidencia de su tío el infante Antonio Pascual.

Hay una anécdota reveladora de la irresponsabilidad con que los príncipes tomaban sus deberes, así como sus modos de gobierno.

Cuando el infante Pascual, asustado por el sesgo popular que tomaba la insurrección contra los franceses se marcha a Francia el 3 de mayo, todo lo que deja a los miembros de la Junta es un papel que dice así:

"Al Sr. Gil: A la Junta para su gobierno le pongo en noticia como me he marchado a Bayona de orden del Rey y digo a dicha Junta que ella sigue en los mismos términos como si yo no estuviese en ella. Dios nos la dé buena. Adiós señores; hasta el valle de Josa-fat. Antonio Pascual".

El día 1º de mayo, Carlos IV escribe a su hijo una carta donde le recuerda:

"...os hice arrestar y hallé en vuestros papeles la prueba de vuestro delito; pero acabar mi carrera reducido al dolor de ver perecer a mi hijo en un cadalso..." Y continúa: "...os habéis sentado sobre mi Trono y os pusisteis a disposición del pueblo de Madrid y de las tropas extranjeras que en aquel momento entraban". Y termina: "He recurrido al Emperador de los franceses, no como un rey al frente de sus tropas y en medio de la pompa de un Trono, sino como un Rey infeliz y abandonado".

Y a tal confesión de memez e impotencia de su padre, Fernando, el día 5 de mayo, escribe a la Junta de España ordenando se rompan las hostilidades contra los franceses y se convoquen las Cortes; sin embargo de lo cual, al día siguiente, renuncia a la corona; ese mismo día 6 envía una carta al infante Antonio Pascual dejando sin efecto las órdenes dadas a la Junta Suprema de convocar Cortes y revoca todos los poderes de la misma; Junta que era la única encarnación de autoridad en España, autoridad dejada en medio de la calle por sus reyes.

A su vez Carlos IV termina su vida pública renunciando a sus derechos a la corona de España en favor del Emperador de Francia.

De esta manera, Carlos y Fernando, en medio de una pelea arrabalera, traicionaron al pueblo español a cambio de recibir:

Carlos IV el palacio de Compiègne, la finca de Chambord y una pensión de seis millones de reales anuales.

Fernando, el título de Príncipe Francés, el palacio de Navarra, un capital de seiscientos mil francos y una renta anual de cuatrocientos mil francos.

Cada uno de los infantes una renta anual de cuatrocientos mil francos.

El día 12 de mayo de 1808, Fernando desde Valençay pone fin a su efímero reinado de menos de un mes con un manifiesto a España disponiendo que Napoleón sea obedecido.

De tal padre, tal hijo.

Ciento veintiocho años más tarde, Carlos y Fernando, esos Borbones, serán el espejo en que se mire Francisco Franco, ese hombre.

SIN embargo, en España, el pueblo no conoce estas luchas familiares ni esas traiciones de los monarcas. Por el contrario, se les cree prisioneros de Napoleón y así, en toda España, se fueron formando Juntas que combatían a los franceses y luchaban por Fernando; un

rey traidor y vendido quien, mientras el pueblo español se sacrificaba por él y sus derechos al trono, felicitaba a Napoleón, desde Valençay el 25 de junio de 1809 "por las victorias obtenidas sobre España".

En los comienzos de 1810 —marzo, abril— hubo varios intentos de rescatar a Fernando de su imaginaria prisión en Francia.

El Marqués de Ayerbe primero, fracasó; después el Barón de Kolly y por último un tal Richard quien, vestido de buhonero, llegó a Valençay y se encontró con la sorpresa de que fuera el propio Fernando quien lo denunciara ante Fouché. Acababa Fernando de festejar el casamiento de Napoleón con la archiduquesa María Luisa y de pedir a Bonaparte lo casara con una princesa francesa de su elección. Quería ser hijo adoptivo del Emperador.

Transcurren los años 1808, '09, '10, '11 '12 y '13. El pueblo español continúa desangrándose por su independencia y su rey. Y éste vive en Francia sumiso al opresor de su patria.

Pero llega la derrota de Napoleón en Rusia y éste necesita los miles de soldados que tiene en España y decide abandonar su conquista. Cree en la gratitud de Fernando por su perenne sumisión al Emperador y decide ponerle de nuevo en el trono de donde lo quitó. Fernando accede una vez más a la voluntad del Emperador y el 11 de diciembre de 1813, se firma un tratado por el que Fernando es convertido en rey de España por la gracia de Napoleón y sometido a los designios de éste.

Para ello, Fernando, jamás contó con la opinión de las Cortes, máxima autoridad española.

Estas, en vista del hecho consumado, expidieron un decreto en el que exigían que, al entrar el rey a España, se le presentase un ejemplar de la Constitución política de la monarquía y que, en llegando a la capital de España, fuera en derecho al Congreso a prestar el juramento que la Constitución previene.

El acta de esta sesión fue firmada por todos los diputados; pero el que lo era por Sevilla, Juan López Reina, proclamó que Fernando debía ser rey absoluto. Las Cortes lo expulsaron de su seno y lo procesaron; pero Fernando VII lo premió con un título nobiliario.

Comenzaba la lucha entre el absolutismo y las normas constitucionales.

EL clero es el segundo de los pilares de la España de 1800. Según el censo de 1796, el personal de la Iglesia en España se dividía así:

Clero secular con 2,393 canónigos, 1,869 racioneros, 16,481 curas párrocos, 4,929 tenientes, 17,411 beneficiados, 18,669 ordenados, 9,088 ordenados de menores, 15,015 sacristanes y acólitos, 3,987 sirvientes y 1,416 ermitaños. Total: 91,268 personas.

El clero regular contaba con 2,031 conventos de varones con 38,422 profesos, 2,559 novicios, 8,334 legos, 3,733 donados, 6,401 criados, 1,828 niños; otros 1,626 conventos de hembras con 23,111 profesas, 896 novicias, 603 señoras con vestido seglar, 769 niñas, 4,366 criadas, 464 donadas y 1,191 criados. Total: 92,727 personas.

Total del clero regular y secular: 180,839 personas.

El Catastro de 1766 a 1788 clasificó así las rentas de la Iglesia: Patrimonios, 41.910,000 reales; por casas, 13.241,000 reales; por tierras, 212.764,700 reales; por ganados, 21.165,440 y por salarios fijos, 10.735,200 reales.

Por cada 50 habitantes había un eclesiástico en España, mientras que en Rusia la proporción era de uno por cada 153, en Italia de uno por cada 200 y en Francia de uno por cada 280 habitantes. Había poblaciones, como Valladolid, donde había un clérigo por cada 17 varones.

La propiedad territorial de la Iglesia se cifraba en 1.300,000 hectáreas. Por rentas territoriales y urbanas la Iglesia recaudaba anualmente 600 millones de reales. Por diezmos y primicias 324 millones. Por casual, derecho de estola y pie de altar, otros 118 millones.

Este inmenso poder económico le daba un enorme poder político. Poder que siempre suscitó protestas.

Ya en 1518 las Cortes de Valladolid habían pedido a Carlos I medios para contener el incremento de la riqueza del clero regular y las Cortes de Madrid en 1626 formularon parecida reclamación a Felipe II.

Hasta que a mediados del siglo XVII se efectuó la desamortización de los bienes de la Iglesia y Carlos III expulsó a la Compañía de Jesús.

Sin embargo, el siglo XIX encuentra de nuevo a la Iglesia todopoderosa económica y políticamente.

Esto había de perjudicar a España también, ya que la Iglesia de 1800 tenía un nivel intelectual sumamente bajo.

Menéndez y Pelayo se extrañaba de que en todo el primer tercio del siglo XIX no se publicase en España un solo tratado de Teología pura, lo que le hacía preguntar qué hacían los 180,000 españoles que tenían consagrada su vida a la religión. Se duele de que se hubiesen acabado los Vázquez Menchaca, los Suárez, los Lainez y

de que la genuina tradición católica española estuviese horra de valores intelectuales.

El clero español era político, mas su ignorancia y su codicia, hizo de ellos pésimos asesores e incapaces gobernantes y el inevitable conflicto entre el poder social de la Iglesia y su incapacidad para administrarlo en beneficio de sí mismo y de la nación, tenía que traducirse en el rápido descenso de su popularidad.

El pueblo perdía el respeto a un clero montaraz que predicaba la violencia política y la ejecutaba con su propia mano. Y las masas fueron retirando su adhesión a una institución que no podía reformar nada porque ella misma estaba necesitada de reforma. Y así fue como en 1834 se produjo en Madrid la primera matanza de frailes, repetida en 1835 en Barcelona, Reus, Zaragoza y Murcia.

Y así, ininterrumpidamente, hasta 1936, el pueblo español ha demostrado estar muy impregnado de religiosidad pero ser francamente anticlerical; y es fácil demostración de ello, el hecho de que, en cualquier motín nacional, la primera preocupación del pueblo es la de matar curas y frailes y quemar iglesias y conventos.

En los años críticos de la invasión francesa, el clero fue furiosamente fernandino y absolutista.

Casos como el del obispo de Santander que organizó y presidió la Junta, incitaba a las masas al saqueo y se hacía llamar Alteza, no fueron raros; pero el caso más notable fue el del obispo de Orense, Pedro de Quevedo y Quintana que a los 73 años encabezó el movimiento realista antifrancés por odio a las ideas de los convencionales franceses a quienes calificaba de "libertarios, ateístas, herejes y demás monstruos de la Francia".

Era tan partidario del absolutismo que, a pesar de ser presidente de la Regencia nombrada por las propias Cortes, se negó a jurar reconocer la soberanía de la nación en las Cortes y solamente por presiones de un tribunal presidido por el cardenal-arzobispo de Toledo lo hizo en forma muy dilatada y condicionada. Más tarde, restaurada la Inquisición por Fernando VII, fue nombrado Inquisidor general.

Podría creerse que las Cortes de Cádiz en quienes, ausente el Rey, se hacía recaer la soberanía nacional, fueran heréticas; pero, aparte el hecho de que la Constitución se sancionó: "En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, autor y supremo legislador de la Sociedad", el artículo doce que trata "De la Religión", dice así:

"La Religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana una y verdadera. La Nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra".

El clero, pilar de la nación con el Rey, al advenir la invasión francesa aparece con un inmenso poder que no supo aprovechar ya que, durante aquélla, tuvo todos los poderes en su mano y controló Regencia, Juntas y Cortes.

Otros elementos nuevos: pueblo, masonería y grupos liberales, mas la codicia inglesa y las ideas de la gran Revolución Francesa entraron en la vida española.

Y ya con una fuerza que no pudieron ser expulsadas de ella.

COMPLETA este cuadro una pequeña noticia de lo que eran el pueblo español y la masonería en aquella época.

En 1800 la Península ofrecía poderoso contraste con Europa. Francia, por ejemplo, tenía 42,000 burgos o centros urbanos de la clase media burguesa; España tenía solamente 150 ciudades sin que llegaran a 40 las de más de diez mil habitantes; solamente 4,700 villas, 14,500 lugares y feligresías, 18,000 aldeas, 2,200 granjas y 930 despoblados. Madrid tenía menos de doscientos mil habitantes.

Francia tenía veintisiete millones de habitantes. España diez y medio.

En el dominio de la ilustración, en España la inmensa mayoría de la población carecía de instrucción elemental,

La ignorancia española se fue acentuando paralelamente a la decadencia nacional y el pueblo continuó envuelto en las densas tinieblas que sobre él proyectaba una minoría formada por un reducido sector de cada una de las clases privilegiadas: nobleza y clero.

Entre la élite y el pueblo no había, como en Francia, una clase burguesa o media.

Este pueblo bajo, ignorante y pobre, se dedicaba al pastoreo o a la agricultura. Agricultura, según Costa, del siglo XV, del arado romano, del sistema de año y vez, del gañán analfabeto.

Había en el campo 800,000 jornaleros o braceros, hombres sin tierra; de la población productiva sólo una décima parte se dedicaba a la industria. Fábricas y talleres daban ocupación a 150,000 maestros, 50,000 oficiales y 13,000 aprendices. En el gremio de artesanos había 220,000 maestros, 42,000 oficiales y 17,000 aprendices. Y agréguese a esto 25,000 comerciantes.

El número de personas dedicadas al comercio y a la industria juntos, era inferior al de nobles y eclesiásticos reunidos.

Además, ello ocasionaba que hubiera 276,000 criados o sea uno por cada 37 habitantes; 140,000 vagabundos o sea uno por cada 70 habitantes; 100,000 contrabandistas o sea uno por cada 100 habitantes. Y 36,000 mendigos.

El español del pueblo se había plegado a vivir sin industria, sin comercio y casi sin agricultura; se había hecho hidalgo, soldado o fraile.

Ello justifica que el alzamiento popular de 1808 no fuera una revolución como la francesa, la rusa o la mexicana: un movimiento por un mejor modo de vida con líderes, doctrina, programa y filosofía.

Era sólo un motín nacional; y un motín en defensa de un viejo modo de vida, al revés de las revoluciones clásicas que intentan transformar el medio.

Después, los grupos dirigentes divididos en absolutistas y constitucionalistas harán sentir su influencia sobre grupos de población que irán adquiriendo conciencia de ciudadanos; pero este proceso será lento y tomará décadas el que el pueblo español piense y actúe por algo más que por pasiones y sentimientos.

LA masonería empezó a existir en España —de modo formal— al llegar el primer Borbón Felipe V. En 1728 se constituyó la Gran Logia Española que en 1780 tomó el título, que todavía conserva, de Gran Oriente de España y en 1808 ya funcionaba regularmente con el sistema escocés de los 33 grados.

La llegada de las tropas francesas (de las que el 80% de la oficialidad pertenecía a la masonería) fomentó la Institución y José Bonaparte, Gran Comendador de la Orden, fundó en 1811 un Gran Capítulo con jurisdicción sobre los altos grados.

Este Gran Capítulo francés hallose frente a la potencia masónica presidida por el Conde de Montijo y testimonios auténticos dan fe de que, en los azares de la guerra, el masón francés encontraba piedad en el masón español y viceversa.

De estas escenas de fraternidad, en medio de aquella guerra sin cuartel, se habló mucho y los españoles tuvieron ocasión de ver por sus propios ojos cuántos eran los servicios fraternales que a los masones franceses les producía el pertenecer a la Orden.

Estos ejemplos extendidos y aun exagerados, levantaron mucho el crédito de la Asociación quien gozó de mucho predicamento durante la guerra, después de ella, y sobre todo, ya hecha la paz con Francia.

De aquí la constitución del Gran Oriente Español cuya sede se estableció en Granada, de donde invadieron a toda Andalucía y, más tarde, el resto de la Península. Este Gran Oriente fue trasladado a Madrid en 1817 tomando su dirección el Conde de Toreno.

De las logias andaluzas formaron parte hombres tan ilustres como Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Mendizábal, del Riego, O'Donojú y muchos de los más brillantes liberales españoles.

Pero ocurría que el carácter español prevalecía en los talleres dando preferencia al sentimiento político sobre las teorías de tipo estrictamente masónico, y así muchas logias tomaron de la Institución no más que el régimen de secreto, de mutua ayuda y de propaganda de las ideas liberales y fueron el origen de las sociedades patrióticas a partir de 1820.

La primera intromisión abierta de estas logias en la política fue a principios de 1816 con la conspiración del triángulo. En ella estaban el Conde de Bisbal, el general de artillería Manuel de Velasco, defensor de Zaragoza y otros miembros destacados de la Orden.

Así, a lo largo de la segunda y tercera década del siglo, la institución tuvo una intervención activa en la política española y es indudable que su actuación y la de sus componentes fueron la barrera más importante que tuvo el absolutismo de Fernando.

Los masones formaron logias volantes en el ejército, influían en los periódicos de la época, satíricos en su mayor parte, dominaban los grupos de carbonarios, inspiraban los alzamientos y rebeliones antifernandinas y usaban la Institución y su organización, no realmente en un sentido masónico estricto, sino como arma política muy efectiva.

Es harto conocido que todas las revoluciones progresistas las hacen minorías burguesas ilustradas. Tras sus ideas va el pueblo. Así en Francia con los enciclopedistas, Rousseau y Voltaire; en España con los hombres de la Institución Libre de Enseñanza; en Rusia con Lenin, Trotzky, Lunacharsky, Kamenev; en México con Madero, Carranza, etcétera.

En España, la minoría burguesa ilustrada era muy reducida pero casi toda estuvo influida por la masonería.

Ella fue el motor de la inquietud de la época y quien movía voluntades. Ella fue con todos sus defectos de sectarismo, divisionismo y actividad política, el espinazo sobre el que descansaba la insurrección contra una época que se extinguía y que no se resignaba a morir.

RECORDEMOS:

El 19 de marzo de 1808 abdica Carlos IV en su hijo Fernando.

El 10 de abril, Fernando nombra una Junta Suprema de Gobierno bajo la presidencia de su tío el infante don Antonio Pascual.

El 20 de abril sale Fernando para Francia, de donde no regresará hasta cinco años más tarde.

El 3 de mayo, el regente de la Junta abandona España y se traslada a Francia.

El 6 de mayo, Fernando revoca todos los poderes de la Junta Suprema dejando a España sin rey y sin gobierno en manos del invasor francés.

El 12 de mayo, Fernando recibe el título de Príncipe francés con cuantiosas rentas y dirige un manifiesto a España recomendando obediencia a Napoleón.

Y el 7 de julio de 1808 se celebra el Congreso de Bayona y el 19 de marzo de 1812, las Cortes de Cádiz. Ambas dan a España una Constitución.

MERECE la pena hacer un somero análisis de cada uno de estos congresos.

El de Bayona fue convocado por la Junta Suprema de Gobierno que nombró Fernando el 10 de abril y que anuló el 16 de mayo. Ahora la presidía Murat en vez del fugitivo infante Pascual.

El Congreso lo componían los seis generales de las Ordenes religiosas: de San Benito, Santo Domingo, San Francisco, Mercedarios calzados, Carmelitas descalzos y San Agustín; los arzobispos de Burgos y de Loadicea (este último como patriarca de las Indias) y veinticuatro obispos; cuatro tenientes generales; diez grandes de España, entre ellos los más poderosos como los duques de Medinaceli, Fernán Núñez, Santa Cruz y Osuna; diez títulos de Castilla; y más los delegados de Asturias, Navarra, Canarias, Alava, Vizcaya y Mallorca, amén de otros representantes del comercio y universidades. En total, ciento cincuenta miembros.

El de Cádiz lo formaban 303 miembros y se componía de 3 inquisidores, 10 nobles, 35 abogados, 45 militares, 89 clérigos y 121 civiles.

De este total correspondían 62 representantes a las Indias.

Chile y Puerto Rico con un militar cada una; San Salvador, Costa Rica, Nicaragua y Honduras con un civil cada una; un clérigo por Uruguay; dos civiles por Ecuador; un clérigo y un militar por Guatemala; un militar y un civil por Santo Domingo; dos militares y un civil por Argentina; tres civiles por Venezuela; un civil, un clérigo y un militar por Filipinas y otros tantos por Cuba; siete clérigos, cinco militares y cuatro civiles por Perú y por último la representación de Nueva España, la más numerosa, estaba compuesta por tres militares, cinco civiles y trece clérigos.

Estos representantes mexicanos fueron:

Los presbíteros José Francisco Beye y Cisneros, por México; José Eduardo de Cárdenas, por Tabasco; Miguel González Lastiri, por Yucatán; José Guridi y Alcocer, por Tlaxcala; Máximo Maldonado (suplente) y Salvador Sanmartín (suplente), por Guadalajara; José Miguel Gordón y Barrios, por Zacatecas; Manuel María Moreno, por Puebla; José María Couto (suplente), por Nueva España; José Miguel Ramos Arízpe, por Coahuila; y los canónigos José Cayetano de Focerrada, por Michoacán; Antonio Joaquín Pérez, por Puebla y José Simón de Uría, por Nueva España.

Los militares Francisco Fernández Munilla, José María Gutiérrez de Terán y Francisco Munilla, los tres suplentes por México.

Los civiles Pedro Bautista Pino, comerciante de Santa Fe; Octavio Obregón, Oidor, suplente por Guanajuato; Mariano Mendiola, abogado por Querétaro; Andrés Savariago, comerciante (suplente) por Nueva España y Joaquín Maniau, por Veracruz.

Don Martín Luis Guzmán en su libro *México en las Cortes de Cádiz*, disiente de esta lista. Incluye al teniente coronel de milicias don Florencio Barragán, por San Luis Potosí; al canónigo por Monterrey, don Juan José de la Garza; al licenciado Juan María Ibáñez de Corvera, por Oaxaca; a Juan José Guereña de Nueva España. En cambio no menciona a todos los suplentes que actuaron con efectividad hasta la llegada de los propietarios, algunos de los cuales como Barragán y como Corvera que nunca llegaron a Cádiz.

Los datos del señor Martín Luis Guzmán concuerdan con la información que figura en la obra *México a través de los siglos*. Los anteriores proceden de un estudio que, sobre las Cortes de Cádiz, hizo en 1858 el Congreso de los Diputados de Madrid.

A simple vista, salta la diferencia entre ambos congresos.

Al de Bayona, convocado prácticamente por Napoleón para legalizar la dinastía de José, acude lo más granado de la inteligencia española: clero y nobleza.

Las Ordenes religiosas, los más altos dignatarios eclesiásticos con el arzobispo de Toledo a la cabeza, lo más destacado de la nobleza española, las universidades y las regiones estaban con el nuevo régimen.

A Cádiz acude el estado llano de la nación.

Aquí, de 89 clérigos, solamente 5 son obispos y aún así, lo son de diócesis como Ibiza, Sigüenza, Cisamo, Mallorca y Calahorra, sin comparación con las dignidades que acuden a Bayona.

De los 10 nobles, ninguno es poderoso.

Los 35 abogados, los 45 militares y los restantes 121 civiles,

son gente sin relieve. Apenas resaltan un Alcalá Galiano, un general Eguía, un general Palafox y un Conde de Toreno.

Si examinamos las dos Constituciones políticas emanadas de ambos congresos observaremos las diferencias que las separan.

La de Bayona tiene más de Carta otorgada que de Constitución. Es renacentista como corresponde al período napoleónico: ilustrado y absolutista.

La de Cádiz tiene inspiración medieval en su sector absolutista y el sector liberal está influido por la Enciclopedia y la Declaración de Derechos.

Bayona tiene un lejano antecedente en el siglo XI cuando aparecen en España los benedictinos de la abadía de Cluny (dignos antecesores de la Compañía de Jesús) suprimiendo el castizo rito mozárabe y abriendo la nación a las corrientes universalistas y autoritarias extranjeras, impregnadas de un poder real fuerte y un clero con gran autoridad. No olvidemos también que es en este siglo cuando aparece la Inquisición por primera vez en Tolosa, y aunque en España no fue permanente hasta los Reyes Católicos, ya era un arma política muy efectiva.

Cluny y Bayona están ligados por su origen francés, su ilustración, la autoridad real y la aristocracia de sus dignatarios.

Cádiz, en cambio, tenía sus fuentes en el medioevo español y en la Revolución Francesa.

Sería excesivo hablar de un sentimiento popular liberal ni de un sentimiento popular absolutista. El pueblo no decidía todavía más que en momentos sentimentales como el 2 de mayo; pero entre todas las minorías —generales, guerrilleros, obispos, ministros, escritores, aristócratas— se hallaban los que tenían la responsabilidad de la gobernación directa e indirecta del país.

De una parte se hallaban el Consejo de la Regencia en el que el obispo de Orense y el general Castaños (notables conservadores) tenían considerable prestigio, los Consejos generales, una parte del clero y numerosos aristócratas; de otra, la mayoría de las Juntas, los guerrilleros, varios generales y altos jefes, los escritores, los filósofos, los enciclopedistas y varios sacerdotes con autoridad moral y científica. Ambos encabezaban los respectivos bandos.

Pero la mayoría de sus componentes estaban imbuidos de las máximas republicanas aprendidas en los papeles de la Revolución Francesa y proyectaron establecer República con el nombre de Monarquía constitucional. Fernando estaba ausente y pensaban reinar en su nombre presumiendo conseguir más así que si publicasen su verdadera intención de fundar República.

Los dos grupos estaban de acuerdo en limitar el poder real. Abrevaban con ello en la tradición española.

Recordemos que el Fuero Juzgo (634) en su Ley I dice: "Rey serás si hicieres derecho y si no lo hicieres no serás rey".

Que el Privilegio de la Unión (1228) concedía al justicia de Aragón al decidir: "...que los súbditos queden libres del deber de obediencia tan luego como el rey deje de cumplir lo aquí escrito y no lo tengan por tal rey y nombren otro". E insistía con terquedad aragonesa: "Cual querredes e don querredes".

Y que las Cortes de León al elegir rey lo coronaban diciendo: "Nos, que valemos tanto como Vos y todos juntos mas que Vos, os facemos rey".

Y así, no es extraño que las Cortes de Cádiz en sus dictámenes y discusiones se remontaran al tiempo de los godos en un tono arqueológico y erudito.

Este espíritu se manifestó repetidas veces en la historia de España, como por ejemplo, cuando en el siglo XII en Toledo, el arzobispo Bernardo monje cluniacense, se cruza en unión de los nobles toledanos para Tierra Santa y el clero y el pueblo toledanos aprovechando su ausencia, se sublevan, lo deponen y eligen otro arzobispo.

Es el espíritu castizo del medievo español contra el espíritu europeo.

Pero en España, no sólo la nobleza limitaba el poder real, sino que siendo un país tan romanizado, nunca se pudo desarraigar el municipio, enérgico agente antifeudal. Incluso fue reforzado por los mismos reyes, con medidas tales como la tomada por Garci Fernández quien en 970 introdujo en la clase de los nobles infanzones a los caballeros villanos dueños de un caballo por lo menos.

Y así, mientras en Europa no había más que señores y siervos, en España la aristocracia municipal y el clero bajo, siempre estuvieron presentes como clase social en las disputas entre rey y nobleza, y así son el lejano antecedente del grupo liberal de 1810.

España sale del largo y violento proceso medieval conformada política y económicamente. Y este estado hace crisis en el siglo XV con los Reyes Católicos. Isabel es todavía una mujer de la Edad Media; pero Fernando pertenece ya al Renacimiento.

Y aunque, según Altamira, en 1500 "se había ya perdido el antiguo amor a la independencia y la masa se sentía dominada por el prestigio de la autoridad real y por las ideas absolutistas de la época", aún entonces surge la revolución de los Comuneros, de estilo y fondo medievales, en la que todos los jefes eran nobles menores.

Más tarde, Carlos I con los flamencos introduce lo extranjero en su reinado; pero Felipe II vuelve a sumergir a España en la Edad Media; aunque ya con sus cumbres intelectuales, como la representada por Cervantes, iluminadas por el Renacimiento.

Lo anterior explica, pues, por qué en 1808, la ilustración española (clero y nobleza) se inclinó por la tendencia europea, renacentista, representada por un poder real efectivo y fuerte, con una Constitución autoritaria. Y por qué el espíritu medieval de limitación del poder real por el feudalismo, paliado por las aristocracias municipales, es el que impera en Cádiz; pero allí ya aparecen las ideas de la Revolución Francesa y se marcan claramente las dos tendencias: la absolutista y la liberal.

Ambas, cierto, buscaban sus raíces en el medioevo español; pero la segunda, influida ya por la Enciclopedia y su secuela la masonería, matizaba sus opiniones con un espíritu de libertad y de derechos.

El antecedente inmediato de las Cortes de Cádiz son las Juntas creadas en cada provincia para oponerse a la dominación francesa. Todas ellas estaban inspiradas por la salvaguardia de los monarcas españoles.

El pueblo español correspondía así al apoyo que los monarcas buscaron siempre en las clases bajas, para frenar las exigencias de los señores feudales.

No olvidaban que Felipe V derogó el derecho de vida y muerte que en Aragón disfrutaban los señores sobre los villanos. Y que Carlos V autorizó al pueblo a usar espada para defenderse de los nobles.

Después del alzamiento popular del 2 de mayo en Madrid, siguió la formación en Asturias de la primera Junta el 24 del mismo mes y así siguieron alzándose todas las provincias hasta el 22 de julio en que Murcia propuso a las ciudades con voto en Cortes la formación de un cuerpo, un consejo que organizara todas las disposiciones civiles.

Estas Juntas, formadas en América, constituirían el primer paso para la autonomía y, tras ésta, la independencia.

El 25 de septiembre de 1808 los representantes de las Juntas provinciales formaron en Aranjuez la Junta Suprema Gubernativa del Reino e Indias.

Características medievales de estos organismos son, por ejemplo, la decisión de aplicar la Ley de Partida como Código Civil y estatal de España (Alfonso el Sabio 1250), la admisión de nuevo de la Compañía de Jesús disuelta por Carlos III y el nombramiento del obispo de Orense, como Inquisidor general.

En la Junta había un grupo conservador que dirigía el conde de Floridablanca; el centro o liberalismo acaudillado por Jovellanos y un tercer grupo radical dirigido por Lorenzo Calvo de Rozas, el cual atribuía todo el poder al pueblo.

La Junta Suprema o Gobierno funcionó todo 1808 y parte de 1809 bajo la presidencia del Conde de Floridablanca (conservador) y el Marqués de Astorga (liberal). Fue Lorenzo Calvo de Rozas (radical) quien suscitó el problema de que la soberanía nacional debería residir en las Cortes y el 22 de mayo de 1809, el gobierno accedió a la convocatoria de Cortes. El 4 de noviembre se publicó el Decreto convocando a Cortes para el 1º de enero de 1810. Y el 29 de enero del mismo año se constituía la Regencia formada por cuatro españoles de la metrópoli y uno del imperio. Este lo fue Miguel de Lardizábal y Uribe, oriundo de Nueva España.

Los diputados fueron elegidos a la Cámara única a razón de uno por cada 50,000 habitantes en la metrópoli y cada 100,000 habitantes blancos en América. Para ser elector bastaba haber cumplido 25 años y tener casa abierta.

Y el 24 de septiembre de 1810 comenzó la historia del parlamentarismo español.

MERECE la pena hacer algunas comparaciones entre ambas Constituciones —Bayona y Cádiz— para apreciar cómo fueron plasmadas a hechos, las ideas de los grupos que formaban el pueblo español de 1808.

Los diputados debían ser nombrados por los ciudadanos a base de electores y compromisarios de Juntas electorales de parroquias, de partido y de provincia.

En la Constitución de Cádiz se emplean 26 apartados del art. 131 para fijar las atribuciones de las Cortes y las cuales van, desde resolver el orden de sucesión a la Corona y recibir el juramento del Rey, hasta adoptar el sistema de pesas y medidas.

Respecto a las Indias, Bayona establecía la libertad de comercio y de cultivo y determinaba en veintidós el número de diputados que acudirían a la metrópoli representando a América y Filipinas. A Nueva España se le adjudicaban tres diputados.

Las Cortes de Cádiz daban la ciudadanía española a "todos los hombres libres nacidos y avecindados en los dominios de las Españas y los hijos de éstos" y como establecía que la base para la representación nacional era la misma en ambos hemisferios, los americanos se colocaban en el mismo pie de igualdad que los peninsulares.

En cuanto a las libertades humanas, Bayona disponía se estableciera la libertad de imprenta "dos años después de haberse ejecutado enteramente la Constitución" (artículo 145). Cádiz, en cambio, estableció la libertad inmediata de escribir, imprimir y publicar las ideas políticas sin ninguna licencia (artículo 371).

Bayona protegió la libertad personal en forma muy limitada. Exigía, sí, que el Ministro de Policía diera parte al Senado de las detenciones de personas que no hubieran sido puestas en libertad después de un mes de su aprehensión y dejaba los trámites siguientes de amparo ante la Junta Senatorial, el Senado en pleno y el Rey. Demasiado alto y complicado el trámite.

Cádiz, por lo contrario, estableció que nadie podría ser preso sin mandamiento judicial y que deb'a ser puesto a disposición de juez competente dentro de las 24 horas de la aprehensión; suprimió el tormento y los apremios, los procesos públicos y decretó la vigilancia de las cárceles. Con esto se incluyó en el Derecho español el principio del *habeas corpus*.

Del ramo educativo, Bayona no hace mención ninguna, ni siquiera determinó que hubiere ministerio relativo. Cádiz le dedica cinco artículos y establece que "en todos los pueblos de la monarquía se establecerán escuelas de primeras letras en las que se enseñará a los niños a leer, escribir y contar y el catecismo de la religión católica".

Vemos, pues, las diferencias tan grandes existentes entre la Constitución elaborada por la ilustración y la que efectúan las clases llanas españolas.

Las primeras intervenciones en las Cortes de Cádiz fueron las de Muñoz Torrero, brillante sacerdote que a los 27 años era rector de la Universidad de Salamanca y del presbítero Manuel Luján, quien leyó el proyecto de Decreto por el que se organizaba la soberanía nacional.

La primera figura en el grupo absolutista la produjo el obispo de Orense, presidente de la Regencia, al negarse a prestar acatamiento a las Cortes debido a las limitaciones que se establecían al poder real. Era la típica actitud medieval de apoyo al rey por la clase llana contra el poder de los nobles, sólo que ahora el sector feudal no era el enemigo, sino las nuevas corrientes liberales, procedentes no ya sólo de la Revolución Francesa, sino de los orígenes de ésta o sean: el Bill de Derechos inglés de 1689 y la Declaración de Derechos Americanos de 1791.

Esta corriente liberal era tanto más apreciable en el grupo americano cuanto que la mayoría de los 63 diputados de la España americana pertenecían al partido reformista o liberal.

Ya el día 25 de septiembre, a un día de la apertura de Cortes, el jefe de la minoría americana, el ecuatoriano José Mejía Lequerica, pidió se reconociera explícitamente la igualdad de derechos de todos los españoles, lo que fue acordado el 14 de octubre y también por su boca se oyó por primera vez en un parlamento español la palabra amnistía que pidió para todos los que hubieran cometido extravíos en los dominios de Ultramar. Esto afectaba a los primeros insurgentes mexicanos.

La fuerza del grupo liberal fue acentuándose a medida que pasaban las sesiones. Hasta el pueblo distinguía ya entre liberales y absolutistas a quienes se llama popularmente serviles.

La ley de imprenta fue en donde más se hizo notar aquella fuerza. También Mejía Lequerica fue el más radical del grupo liberal, y como en ambos grupos había algunos sacerdotes, los discursos de ambos bandos derrochaban filosofía escolástica y teología mística. Producto del vigor de aquella tendencia en este asunto, fue que en Cádiz hubiera, en aquel tiempo, 15 periódicos, de los cuales doce defendían ideas liberales.

En este grupo fueron elementos destacados los mexicanos José María Gutiérrez de Terán, José Miguel Gordón y José Miguel Ramos Arizpe.

En general, las Cortes de Cádiz tomaron acuerdos revolucionarios, en España y entonces. Era la guillotina al régimen feudal y medieval, aunque también al nuevo autoritarismo europeo.

Uno de los debates más importantes y trascendentales fue el de los problemas sociales y económicos de la tierra. Los bandos políticos contendieron una vez más. A favor de la supervivencia de los señorios, los absolutistas; en contra, los liberales.

El 6 de agosto de 1811 las Cortes resolvían incorporar los señorios jurisdiccionales a la nación; dejar los señorios territoriales como propiedades particulares; abolir los privilegios exclusivos y prohibir que nadie pudiera llamarse señor de vasallos ni ejercer jurisdicción.

Con ello comenzó la revolución económica española.

Es interesante conocer el Decreto de indulto que las Cortes aprobaron el 30 de noviembre de 1810 porque afectó a muchos americanos. En él, entre otras cosas, se decía:

"Artículo VII.—Queriendo las Cortes que este indulto no sólo comprenda a todos los súbditos del Rey no militares, sino también a los eclesiásticos seculares y regulares se hará el encargo acostumbrado a los MM. RR. Arzobispos, RR. Obispos y Prelados de las Ordenes, los de territorios exentos, los regulares y de cualquier clase que sean".

"Artículo X.—A fin de que la declaración hecha por las Cortes... circulada ya, a saber que, desde el momento en que los países de Ultramar en donde se hayan efectuado conmociones... haya un general olvido de cuanto hubiera ocurrido indebidamente en ellas... llegue también por este medio al conocimiento de todos los súbditos del Rey en los dominios de Ultramar".

Sucesivamente, las Cortes fueron aprobando Decretos y Ordenes esencialmente revolucionarios por su espíritu.

Se prohibieron —5 enero 1811— las vejaciones a los indios; el 9 de febrero concedieron igualdad de representación en Cortes a los españoles americanos en proporcionalidad con los metropolitanos y se autorizó el cultivo de la vid y el olivo que estaban limitadísimos anteriormente y el 2 de abril de 1812 se abolió la trata de negros.

La Constitución de Cádiz fue promulgada el 19 de marzo de 1812 y aunque las Cortes siguieron trabajando, no cabe en este resumen mencionar sus actividades. La más importante fue la abolición de la Inquisición que provocó alborotos, conspiraciones y hasta un manifiesto a la nación explicando las causas de la supresión del Instituto, acuerdo que satisfacía particularmente a los mexicanos, ya que fue el Santo Oficio quien en 10 de octubre de 1810 acusó al Padre de la Patria de ateísta, materialista, libertino, sedicioso, cismático, hereje formal, judaizante, luterano y calvinista.

UNA situación con grupos tan definidos como la de 1810, sólo se conoce en España hasta 1936.

Por supuesto, en esta última fecha, hay dos elementos nuevos: el ejército que, en el movimiento de valores sustituye a la nobleza de 1810 como grupo preponderante, y el sindicalismo que aporta pueblo que ya no quiere tirar de la carroza de Fernando.

Pero la inteligencia sigue siendo europeizante; el clero sigue siendo conservador y partidario de un poder civil autoritario y el grupo liberal aunque ya exclusivamente peninsular, continúa influido por las ideas de 1793.

Sin embargo, en 1936 hay una correlación de fuerzas debido a la mayor claridad y definición de los dos nuevos grupos: ejército y sindicalismo.

Y así, a Burgos se incorpora el grupo absolutista que por españolismo quedó en Cádiz. Y a Madrid se une el grupo ilustrado que, por europeísmo, fue a Bayona.

En 1936, como en 1810, obtuvo la victoria la tendencia conservadora.

Y si en 1810 los dos principales enemigos fueron el absolutismo real de Fernando contra el Estado llano liberal; en 1936, los antagonistas fueron el absolutismo militar del ejército contra el sindicalismo obrero.

Desgraciadamente, en 126 años, España no aprendió nada y en tan largo lapso de tiempo sólo hubo una efímera república tribunicia, golpes dinásticos y militares, ausencia de América, miedo a Europa, retraso e incultura.

Históricamente, tanto Fernando como Franco, son dos momentos en el tiempo español.

Pero lo triste será que, tras Franco, no haya —como no hubo tras Fernando— un espíritu europeo y un quehacer americano.

EN EL CENTENARIO DE *EL CAPITAL**

Por Wenceslao ROCES

SI pudiera sostenerse que los grandes libros o las grandes ideas que en ellos alientan contribuyen a hacer cambiar la faz del mundo, de pocos podría afirmarse esto con tanto fundamento como de la obra cuyo centenario celebramos. El mundo que en este mes conmemora los cien años de *El capital* difiere mucho de aquel en que Marx escribió su obra maestra. Es como el gigante que apenas se reconoce en el niño del que salió. Y en los cambios profundos que registramos y que están a la vista de todos han desempeñado un papel fundamental, decisivo, las fuerzas sociales y las leyes históricas de que es alto exponente *El capital*.

En eso residen cabalmente la grandeza de la obra y el genio de su autor: en haber sabido captar con magistral dominio científico las fuerzas motrices que hacen cambiar el mundo y las leyes inexorables, que trabajan en la realidad viva de la historia por su transformación.

El capital, como toda la filosofía y la doctrina del marxismo, es poderoso y gigantesco porque lo es la fuerza transformadora de la historia que habla en él y por él. Como dijo Lenin, el marxismo es invencible porque es verdadero; es decir, porque refleja fielmente y alienta y fortalece la potencia invencible de la vida misma, de la realidad.

Esa es su fuerza y su permanencia. Eso es lo que explica que nos reunamos esta noche aquí, que millones de hombres, en el mundo entero, bajo los cielos y los signos nacionales más diversos, se congreguen en estos días, no para rendir homenaje a una reliquia histórica, cubierta por el polvo venerable de cien años, sino para extraer enseñanzas de una cantera de pensamiento vivo. De una obra luminosa que, en muchos de sus aspectos, en los fundamentales, tiene todavía hoy y seguirá teniendo mañana la misma actualidad que el día en que se escribió.

Claro que mucho en *El capital* ha sido superado o se ha modi-

* Conferencia leída por su autor el 4 de octubre de 1967 en la Universidad Obrera de México.

ficado, al cambiar las condiciones sociales. Otra cosa sería la negación del sentido mismo de la filosofía en que este libro se apoya. Estos cambios son el mejor testimonio de la reciedumbre de la obra y de la concepción sobre que se asienta, pues se han producido cabalmente como resultado de los factores que sirven de cimiento a sus doctrinas. Pero lo medular de ella, la investigación y la proclamación de la ley histórica ineluctable que conduce a la muerte del capitalismo —una ley no grabada en el mandato de los dioses ni en los corazones de los hombres, sino encarnada en la lucha de clases—, eso sigue en pie y en pie permanecerá mientras el socialismo, ya hoy realidad pujante en gran parte del mundo, no sea la meta alcanzada por toda la humanidad.

Y ese día, tal vez no lejano, en que realmente sí podrá decirse que *El capital* de Marx ha envejecido, ese día, el hombre nuevo, el hombre socialista, verá en este libro extraordinario, con gratitud y admiración redobladas —como hoy la Unión Soviética, al cumplir los cincuenta años de construcción de la nueva sociedad—, una de las armas más poderosas en la lucha por su advenimiento.

Debo exponer aquí algunos de los rasgos esenciales de la época en que nació *El capital* y que forman el marco histórico de la obra. Pero antes, muy brevemente, quisiera decir algo acerca de la personalidad del autor y de las características fundamentales de su pensamiento, que brillan con tanta fuerza en el libro cuyo jubileo celebramos. Si no lo hiciera, limitándome a hablar de las condiciones históricas escuetas, podría caer en un determinismo muy poco marxista.

Estamos —esto nadie lo duda, ni los más enconados enemigos— ante una inteligencia prodigiosa, excepcional. Pero el factor subjetivo no basta ni es el determinante. De grandes talentos frustrados o encumbrados están llenos el infierno y el cielo de los siglos. Lo importante es que, aquí, el genio portentoso se conjuga con la causa de la humanidad, de la liberación del hombre, respondiendo al llamamiento objetivo que la propia historia hace y potenciando el caudal inagotable de energías que ésta encierra en su seno para alcanzar los grandes objetivos.

Una entrega total, abnegada, a esa causa. Pero no con la exaltación mesiánica de quien cree cumplir una misión trascendente, profética, sino con la convicción humana, científica y combativa de quien sabe que sólo indagando la verdad para aplicarla, luchando y apoyándose en las grandes fuerzas sociales que deciden de la lucha y marchando por los derroteros que para ello traza la historia, es posible avanzar.

Una dedicación apasionada, intransigente, a la verdad, pero hermanada con la lucha por su realización. La conciencia clara y firme de que la meta de la auténtica filosofía social no es simplemente la explicación del mundo sino su real transformación.

Esa es la primera gran enseñanza de la vida y la obra de Marx: la unidad perfecta del hombre de ciencia y el luchador, del científico y el revolucionario. La identificación del intelectual—uno de los más preclaros de todos los tiempos— con la lucha activa de las potencias llamadas a hacer cambiar los rumbos del mundo y del hombre. El ejercicio dinámico de las ideas y la cultura —una cultura portentosa, soberana en todos los campos del saber—, no para recrearse en ellas o exaltar los valores personales, sino como palanca de transformación de la realidad.

El capital es, por ello, uno de los más grandes libros de ciencia que se hayan escrito en el campo de lo social. Pero no de una ciencia puramente contemplativa y especulativa, sino de una ciencia viva, transformadora, revolucionaria.

Permitidme que señale dos trazos esenciales que dejan grabada su huella profunda en *El capital* y nos ayudan a comprender la posición fundamental de esta obra ante las condiciones de su tiempo.

El primero es el sentido crítico. "Crítica de la economía política", es el subtítulo elocuente de esta obra. *Contribución a la crítica de la economía política* se titulaba el estudio preparatorio de *El capital*, publicado ocho años antes. *Crítica de la crítica crítica* llamaron Marx y Engels a uno de sus primeros escritos filosóficos.

La crítica es el camino de la lucha intelectual. Crítica científica y revolucionaria, cuando se basa en el conocimiento de la realidad y conduce a la acción para transformarla. Cuando, para emplear esta fórmula de Marx "las armas de la crítica", pertrechan a las fuerzas determinantes con "la crítica de las armas". Combate crítico incansable contra las corrientes y las ideas que cierran el horizonte de la conciencia revolucionaria y que llena toda la vida y la obra de Marx, desde la primera línea hasta la última. Crítica de los demás y de sí mismo. Esclarecimiento autocrítico de las propias posiciones hasta encontrar el cimiento de roca viva. Forcejeo de "ajuste de cuentas" con la propia conciencia, para superar todos los vestigios del pasado idealista, a que asistimos, sobre todo, en los escritos juveniles de este titán del pensamiento y la pasión revolucionarios y de la honestidad y el rigor científicos insobornables.

Tal es el gran sentido educador, ejemplar, de las obras de su época temprana, que van preparando el camino, primero para el *Manifiesto comunista* y luego para *El capital*. Algunos beatos y celotas del marxismo dan de lado, con pudor monjil, como "no

marxistas", a estos frutos premaduros, mientras otros, los "marxólogos", que buscan en Marx al humanista puro, ven en ellos lo auténtico de su obra, queriendo enfrentar al Marx juvenil, que lucha afasonadamente por llegar a ser lo que luego será, con el gran maestro y dirigente del proletariado, como si fuese posible separar anatómicamente lo uno de lo otro. Marx no nació marxista del vientre de su madre. Tuvo que luchar denodadamente —y eso es lo grande en él y lo ejemplar para nosotros—, en duro combate crítico y auto-crítico, hasta encontrar el camino certero. Y los escritos primerizos, que unos, los devotos, condenan y extirpan de sus ediciones, y otros, los desmeduladores, colocan en la cúspide después de lo cual todo es, según ellos, sectarismo y descenso, son la matriz fecunda de la que saldrá, debatiéndose críticamente contra las ideas de los otros y algunas de las suyas propias, el auténtico Marx.

De la crítica contra las corrientes económicas, sociológicas y filosóficas imperantes en su tiempo nacerá, en uno de sus aspectos fundamentales, *El capital*. Esta crítica de las doctrinas que mediatizaban la ciencia económica y de su mano el movimiento obrero, está en la misma médula de la obra y llena los tres volúmenes complementarios de ella, la *Historia crítica de las teorías sobre la plusvalía*.

El segundo rasgo fundamental que quiero destacar aquí es la conciencia histórica. No un historicismo muerto, que mira hacia atrás, sino un historicismo vivo, que ve y alienta las fuerzas en desarrollo. La clara y dinámica conciencia de la realidad y de los factores que impulsan su movimiento, a las que es necesario atenerse, potenciándolas mediante la organización y la acción, para no caer en los sueños generosos, en los fracasos regados con sangre, de que está llena la empresa de la liberación del hombre, ni en el equilibrio inerte de quienes todo lo explican sin hacer cambiar nada, ni en la desesperación o la vocinglería anarquistas de los que erigen en pauta de las cosas su caprichosa y desorbitada voluntad. El conocimiento profundo, real, de las condiciones y leyes de la historia, al margen de las cuales todo empeño, por levantado que sea, está llamado a fracasar. La negación de las verdades eternas y los Estados y leyes inmutables, en un mundo en que todo cambia y se transforma por la acción de los hombres, las clases y los pueblos.

Ese es el postulado medular del materialismo histórico, que no en vano se llama así y que, enraizado en la filosofía del materialismo dialéctico, informa las investigaciones plasmadas en *El capital*. Y que, por ello mismo, tiene que guiarnos para comprender las condiciones de la época en que esta obra surgió.

Detrás de *El capital* están, desde la revolución industrial inglesa de los siglos XVII y XVIII, los procesos de transformación del poten-

cial productivo que conducirán a la gran industria moderna. Y están, desde la Revolución Francesa de 1789, las largas décadas de lucha de los pueblos, en las que comienza a erguirse, primero como peón de brega en el juego político de la burguesía y luego como fuerza protagónica, con su propia personalidad, dando su signatura a la nueva época, el proletariado.

A comienzos de siglo, los ludditas, los "destruidores de máquinas", que veían candorosamente en éstas el enemigo, en vez de verlo en la clase explotadora a cuyo servicio se hallaban. Luego, en los años treinta y primeros del decenio del '40, los chispazos heroicos, preñados de futuro, de los obreros de la seda de Lyon y de los parias de las manufacturas textiles silesianas. Poco después, la huelga de 60,000 obreros en París.

Y, al cabo de este período, como la gran llamarada que ilumina la aurora de una nueva época, la revolución europea de 1848, que estremece al continente de punta a punta. En ella, sobre todo en las grandes batallas de junio en París, la clase obrera, luchando por sus propias reivindicaciones, se coloca ya en la vanguardia de la lucha por los derechos del pueblo, por la democracia, y desenmascara a las fuerzas de la burguesía como el gran puntal del nuevo orden reaccionario. Los obreros de París son bestialmente reprimidos. Y la voz de Marx y Engels, cuyo *Manifiesto comunista* acaba de publicarse, pero sin tiempo todavía para que sus enseñanzas prendan en las masas, se levanta en la prensa popular de aquellos días como el clamor más poderoso, "ciñendo sus laureles a las frentes sombrías y amenazadoras" de los temporalmente vencidos, pero a los que la historia reserva la gran victoria del mañana.

Las Jornadas de Junio de 1848 en París revelaron con trazos de sangre—como Marx escribía a raíz de ellas— la realidad de "la guerra civil bajo su forma más espantosa, que es la guerra entre el trabajo y el capital". Uno de los contendientes de esta guerra, el proletariado, había dado pruebas de un heroísmo admirable y de una indomable combatividad. Había acreditado, sobre todo, la decisión de no seguir siendo utilizado como fuerza de choque al servicio de las ambiciones políticas de una burguesía que se llamaba liberal y cuyas armas, al subir al poder, se volvían contra quienes habían derramado su sangre en el combate frente a la autocracia. La independencia del movimiento obrero, con arreglo a los postulados del *Manifiesto comunista* fue una de las grandes conquistas del proletariado en la revolución del '48, que sentará, reafirmada más tarde por la página gloriosa de la Comuna de París, las bases para las grandes victorias del futuro.

Al tiempo que la voz de Marx y Engels se alzaba, valerosa, cantando el heroísmo de los trabajadores, el arma acerada y certera de la crítica marxista, con la palabra y con la pluma, registraba con gran claridad los grandes objetivos que el movimiento obrero tenía aún que alcanzar, para colocarse en el camino victorioso. Eran, fundamentalmente, dos. Una conciencia clara de las grandes leyes del desarrollo social, sobre que descansa la lucha de clases, la cual reclamaba una teoría firme, inconvencible, que abroquelase su heroísmo. ("Sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario", dirá más tarde Lenin, recogiendo diamantadamente esta gran exigencia del marxismo). Y, a la par con ello, una unidad nacional e internacional sostenida por una poderosa organización que diese a las fuerzas incalculables de la nueva clase una cohesión y una potencialidad invencibles.

Es la gran batalla tesonera a que los dos grandes maestros y dirigentes del proletariado se entregan sin descanso, en los largos años siguientes, en el seno del movimiento y la organización y en el terreno de la crítica y la opinión, en los ámbitos de la publicística, a través del libro, del artículo periodístico y del discurso, siempre en la brecha. Y una de las obras, la más grandiosa y permanente, que brotarán de este combate, respondiendo a estas condiciones y exigencias históricas, será *El capital*, el arma de la ciencia económica del proletariado.

Para lograr el primero de los dos objetivos señalados, era necesario dar la batalla en el movimiento obrero, con las armas del análisis crítico, basado en la experiencia vivida y en la lucha, a toda la serie de influencias ideológicas que lo maniataban, malogrando el caudal inmenso de su combatividad y heroísmo. A las corrientes reformistas y anarquistas, a las tenaces supervivencias del liberalismo burgués y de la mediatización ideológica y a las reacciones anarquistas desprecadas contra esas influencias! Al proudhonismo y el asalleísmo de una parte, y de otra al b'anquismo y el bakunismo, para citar solamente algunas. A toda la gama de corrientes que enajenaban el movimiento obrero, desviándolo de su camino victorioso y que ya *El manifiesto comunista* había denunciado: el romanticismo reaccionario, el socialismo feudal, el socialismo cristiano, el vacío fi antoptimo y el gene.oro, pero equivocado utopismo.

Para alcanzar el segundo objetivo, había que rescatar, crítica y combativamente, la organización del movimiento obrero de las ataduras del sindicalismo reformista, del tradeunionismo economicista y de las ilusiones del liberalismo burgués y pequeño burgués. Forjar un movimiento sindical en el que las reivindicaciones inmediatas se entrelazasen con la clara perspectiva de las luchas por las transfor-

maciones políticas, encaminadas a la conquista del poder, que es lo que decide; en que los sindicatos tuviesen como espina dorsal y vanguardia política al partido de los proletarios, baluarte y garantía de la acción. Esta fue la segunda dirección fundamental de la lucha de Marx y Engels durante los años, cerca de veinte, que median entre la revolución del '48 y la aparición de *El Capital*. Y también esta preocupación y esta meta se hallan presentes en la esencia misma de la obra cuyo centenario celebramos. Pues ésta suministra a la clase obrera lo más valioso: el fundamento científico de su lucha, la ley cardinal que lleva a la expropiación de los expropiadores.

La lucha de Marx y Engels por la formación en escala nacional de fuertes partidos obreros, firmes, independientes e ideológicamente sólidos, capaces de encabezar la lucha del proletariado y llevarlo a la victoria, en las reivindicaciones diarias y en los objetivos finales, es algo medular en su vida y en su doctrina. La teoría y la práctica del partido proletario es uno de los cimientos incommovibles del marxismo. El documento inmortal, la verdadera acta de nacimiento del marxismo fue el "Manifiesto del Partido Comunista". Y la agrupación de los trabajadores más conscientes en el primer partido de clase del mundo, en la Liga Comunista, orientada y dirigida por Marx, permitió a la avanzada obrera de varios países de Europa desempeñar un papel importante en la revolución del '48.

En las décadas posteriores, el desarrollo del movimiento obrero en extensión, con características propias en cada país, aunque con fundamentos y objetivos comunes, internacionales, puso a la orden del día la creación de partidos obreros de carácter nacional.

El movimiento obrero alemán, con el que Marx y Engels, por razones claras, se sentían más directamente vinculados, se hallaba por los años del '60 escindido en dos fracciones: la que obedecía a las inspiraciones de Lassalle, de orientación marcadamente nacionalista y reformista, no exenta de contubernios con Bismarck, el Canciller prusiano, y la llamada de Eisenach, dirigida por los hombres más cercanos a Marx y Engels, entre los que se destacaban las figuras de Augusto Bebel y Guillermo Liebknecht. No fue sino hasta el Congreso de Gotha, en 1875, ya después de la guerra franco-prusiana, cuando se llevó a cabo la fusión de las dos acciones, para crear el Partido obrero socialdemócrata alemán, en el que, a fines de siglo, muerto ya Marx, comenzarían a imponerse las tendencias oportunistas y colaboracionistas, hasta conducir a la bochornosa bancarrota de la socialdemocracia, al estallar la guerra imperialista del '14.

Tres años antes de aparecer *El Capital*, en enero de 1864, las elecciones al Reichstag o parlamento alemán dieron a los socia-

listas su primer triunfo electoral resonante, con 350,000 votos y nueve actas, seis de las cuales recayeron en candidatos de la fracción eisenachiana. Pero los grandes forjadores del partido proletario no se dejaron aturdir nunca, como otros, por las victorias parlamentarias. Sin desdeñar la importancia de estos avances para la lucha general de la clase obrera y su vinculación con los pueblos —de lo que tenemos claro testimonio, hoy, en el ejemplo de algunos países—, sabían que eran la firmeza teórica, los fundamentos programáticos, la claridad ideológica y la adecuada organización, los que tenían que servir de base para el triunfo. Y, en relaciones no siempre cordiales y nunca componedoras, con la firmeza y la intransigencia reclamadas por los principales y que permanecerán para siempre como un ejemplo insuperable de política revolucionaria, se mantuvieron sin desmayo en pie de lucha, orientando, criticando e incluso, a veces, fustigando, cuando era necesario, a sus propios amigos, en la dirección del partido obrero.

La cohesión internacional, sindical y política, de la clase obrera era también otra fundamental preocupación del autor de *El capital* y fue otra de las grandes batallas victoriosas libradas por él. En 1864, tres años antes de aparecer su obra maestra, fue fundada la Primera Internacional, la Asociación Internacional de Trabajadores, de imborrable memoria, la gloriosa cuna del movimiento internacional de la clase obrera, cuyo primer centenario celebró el mundo hace tres años. En la alocución inaugural, redactada por Marx, resuena una nota en la que se entrevé al hombre empeñado por aquellos años en los estudios que habrían de conducir a *El Capital*: "En todos los países de Europa —leemos en este documento excepcional— es hoy una verdad incommovible que ningún investigador imparcial podría negar, que ni los progresos del maquinismo, ni la aplicación de la ciencia a la agricultura o a la industria, ni los recursos y artificios de los medios de comunicación, ni la conquista de nuevos mercados, ni el librecambio, ni todas esas cosas juntas, son capaces de acabar con la miseria de las masas trabajadoras, sino que, por el contrario, todo nuevo impulso que se imprime a la fuerza creadora del trabajo sobre la base falsa del régimen existente no conseguirá más que ahondar el abismo y agudizar el conflicto social".

A mediados de siglo y en las primeras décadas de su segunda mitad, la expansión del mercado mundial había comunicado un poderoso auge al capitalismo, difundiéndolo por toda la tierra, en unos países como palanca de desarrollo, en otros como fermento de subdesarrollo colonial. "La introducción de la maquinaria de vapor —nos dice Marx en su obra *Miseria de la filosofía*— impu-
sú

con tal fuerza la división del trabajo, que la gran industria, desgajada de su suelo nativo, dependía ya exclusivamente del mercado mundial, del cambio internacional y de la división internacional del trabajo". Ya ninguna nación se bastaba por sí misma. Las materias primas extranjeras, el carbón, el hierro, el algodón, como más tarde el petróleo, el caucho o el yute, condicionaban la producción de los grandes países industriales. Se alumbraban, así, las fuentes económicas del colonialismo, del imperialismo y de las guerras imperialistas, de este mundo rapaz y criminal a cuyos exteriores asistimos hoy, gracias al heroísmo de los pueblos.

El volumen del comercio internacional, que en el 1800 era de 6,000 millones de marcos, se había duplicado en 1840 y diez años más tarde ascendía a la cifra de cerca de 90,000 millones. El volumen de importación de fibra algodonera por Inglaterra saltó de 5 millones de libras en 1752 a 142 millones en 1820. La acumulación de capital en manos de las grandes empresas capitalistas, antecesoras de los gigantescos monopolios de hoy, siguió un camino paralelo. He aquí dos datos, tomados de Inglaterra y los Estados Unidos. Para 1884, existían en la Gran Bretaña 8,192 sociedades anónimas, que atesoraban un capital de 480 millones de libras esterlinas. En quince años, las cifras respectivas se elevarán a 29,230 compañías y 1,540 millones de libras. El National City Bank de Nueva York poseía en 1879 un capital de 17 millones de dólares; veinte años después, la cifra había aumentado a 128 millones.

El desarrollo del capitalismo es inseparable de un fenómeno estudiado a fondo en *El Capital*: las pavorosas crisis, esa "peste social", que, en los momentos álgidos de desajuste, echan sobre los hombros de los trabajadores y del pueblo, en forma de paro, espantosa miseria y desesperación, las consecuencias del sistema y de la anarquía congénita de la producción. Los ciclos de prosperidad —para los explotadores— y de depresión y crisis —para los explotados— llenan todo el siglo XIX, en rítmica reiteración. En 1857, diez años antes de publicarse *El capital*, se manifestó una crisis de grandes proporciones. Y quienes hoy, queriendo argumentar a su manera la invalidación de la gran obra de Marx, alegan la pretendida superación de las crisis bajo el capitalismo actual, pierden de vista que en el mundo de hoy, que es el del capitalismo imperialista, las grandes potencias capitalistas han encontrado el modo de paliar las crisis con remedios peores que la enfermedad: mediante guerras criminales como las de Corea y el Vietnam y cebándose en la miseria de los países subdesarrollados.

Pero, la dialéctica objetiva de la historia hace que el capitalismo, al crecer, multiplique, aglutine y fortalezca a la potencia que,

nacida de él, representa su inevitable negación y aniquilación: el proletariado. Y que ésta, al extenderse y avanzar, polarice en torno suyo a las grandes fuerzas de los pueblos y de la humanidad, abriendo ante ellos, por unas vías o por otras, en la paz o en la guerra, los horizontes de la nueva sociedad. Basta echar una mirada al mundo en que vivimos, para convencerse de que es así. Cuando, en 1848, resonaron en el mundo por primera vez las famosas palabras: "¡Proletarios del mundo, uníos!" pocas fueron —nos dice Engels— las voces que contestaron al llamamiento. En el Primero de Mayo de 1890 —ya Marx no vivía—, "el proletariado europeo y americano —leemos en el prólogo de Engels a la edición del *Manifiesto comunista* publicada en dicho año— pasó revista por vez primera a sus contingentes puestos en pie de guerra como un ejército unido bajo una sola bandera y concentrado en un solo objetivo: la jornada normal de ocho horas, proclamada por la Internacional en el Congreso de Ginebra de 1889" y más tarde elevada a ley.

Hace poco más de un siglo, sólo existía en el mundo un partido obrero incipiente y medroso, el de los Cartistas ingleses. Hoy, los partidos proletarios encabezan el poder en una gran parte de la tierra. Y en otros países, en que el capitalismo, maltrecho y a la deriva, aún es una realidad, son los firmes abanderados de la revolución democrática y luchan, en nuevas condiciones, por el mañana socialista de sus pueblos. En todos ellos está presente, con profunda conciencia, la huella indeleble de *El Capital* y de la obra y la vida de su autor.

El mundo político en que nació *El Capital* —o, más concretamente, el tinglado político de la Europa de aquellos días— puede abocetarse en pocas palabras. Inglaterra, el país clásico del capitalismo, donde fue escrito este libro y de muchos de cuyos elementos se nutrió, la Inglaterra isabelina de los Palmerston, los Disraelí y los Gladstone, gobernada por una burguesía que, al amparo de la hegemonía industrial y apoyada en las tendencias reformistas y tradeunionismo y la "aristocracia obrera" —cuyas huellas siguen presentes en el partido laborista de hoy— podía envolverse en los cendales del hipócrita liberalismo, a la par que disfrutaba las conquistas de su imperio económico y colonial —implacablemente denunciado sin desmayo por el autor de *El Capital*—, con un respeto relativo y farisaico a las leyes formales del desarrollo económico y a las formas políticas de la libertad tradicional, en aquello, naturalmente, que no contravenía a sus intereses.

La sangrienta represión del movimiento obrero y revolucionario francés en el año '48 y en el período subsiguiente, allanó el camino para el golpe de Estado y el entronizamiento de Napoleón el

Pequeño, triste engendro de la monarquía orleanista y de la Segunda República, cuyos sueños imperialistas habrían de estrellarse en los campos mexicanos, contra el coraje de un pueblo el año mismo en que vio la luz *El Capital*. Ya en 1849, a raíz de la orgía de sangre en que los generales verdugos de la ralea de Cavaignac ahogaron la insurrección de junio, Marx, expulsado de Francia, se vio obligado a buscar refugio en Londres, donde pasaría el resto de su vida.

Alemania, la tierra natal de Marx y Engels, cuya cobarde burguesía, incapaz de llevar adelante la revolución democrática, que traicionó, entregada por ella a los junkers feudales, se hallaba bajo la férula militarista de los Hohenzollers y de Bismarck. Un país que llegaba tarde al reparto del botín colonial y que, desde el triunfo de la guerra del '71, encastillada tras una unidad impuesta a sangre y fuego, trataría de recuperar por la violencia y la agresión, el tiempo perdido, preparando así, ya desde muy pronto, el advenimiento del fascismo hitleriano.

Italia, aplastada en la revolución de 1848 las fuerzas populares que habrían podido sentar los cimientos para una auténtica unificación nacional, humillada e invadida por la autocracia austriaca de los Habsburgos, encontró en Cavour, gracias sobre todo a las victorias garibaldianas, al forjador de su unidad bajo la monarquía que tan bochornoso y merecido final habría de tener en la última guerra, condenada sin remedio por su alianza con Mussolini y los nazis.

La España semifeudal de Isabel II, la reina del lupanar palaciego, la España de un pueblo heroico tantas veces escarnecido y desangrado, gobernada por los grotescos espadones, los O'Donnell y los Narváez, antecesores en el odio y el miedo al pueblo del tenebroso general que hoy la pisotea desde El Pardo.

Y, en el Este de Europa, en medio de lo que entonces era el hormiguero de los pueblos eslavos, la Rusia zarista, el gran gendarme de la más negra reacción, reserva y baluarte de todas las Santas Alianzas. Una mancha oprobiosa que pronto va a hacer cincuenta años lavarían radical y definitivamente para su pueblo y para el mundo los bolcheviques, forjados en la escuela de Marx.

Ese era, políticamente visto por arriba, el cuadro de la Europa de los años sesentas, en que Marx entregaría al mundo su obra magistral. Pero como dice Marx, el abismo se abría a los pies de aquella sociedad. El verdugo llamaba a sus puertas. El capitalismo y la burguesía, en su período de florecimiento, no podían, como vemos, jactarse de haber dado a sus pueblos muchas figuras gloriosas de estadistas. En la gran batalla entre el capital y el trabajo, el Estado cumplía celosamente su misión de guardián de los intereses enco-

mandados a su custodia. Y lo único que exigía de sus prohombres era el cumplimiento escrupuloso de este cometido. Las libertades humanas y nacionales, el destino de los pueblos, la dignidad del hombre, los valores de la cultura quedaban relegadas a segundo plano ante esta misión "sagrada". La historia había dispuesto que estas altas banderas pasaran a ser empuñadas ahora por la clase nueva que, en la consecución de sus propias metas, guardaba también el secreto del gran futuro luminoso de la humanidad.

Marx y Engels habían comprendido desde muy pronto que la acción del proletariado por su liberación y la de los pueblos tenía que cimentarse sobre los fundamentos de su vida material. No porque ellos lo quisieran así, sino porque así lo imponía la naturaleza misma de las sociedades. La importancia determinante del factor económico se reveló ante Marx en cuanto comenzó a tomar contacto con las realidades de la vida política. Y el estudio afanoso y profundo de la economía política, de sus fenómenos y sus leyes, pasó a ocupar un lugar primordial en la pasmosa formación intelectual de aquel hombre, al que ninguno de los grandes campos de la cultura, filosofía, historia, poesía, ciencias matemáticas y naturales, le era ajeno. En él confluían, como nos dice Lenin, los tres grandes ríos caudales por los que fluía lo mejor de la cultura del siglo XIX, cuyo heredero legítimo estaba llamado a ser, por mediación de Marx, el proletariado, arrancando esta herencia de manos de una clase y una sociedad que la habían envilecido: la economía clásica inglesa, la filosofía clásica alemana y el gran socialismo francés. Y, en el centro de ello, la economía, por ser ésta —como el propio Marx expone en su famoso Prólogo a la *Contribución*, avanzada de *El capital*— la ciencia que guarda el secreto de las leyes cardinales de la vida social.

Resultado y culminación de este largo y gigantesco proceso intelectual, fecundado por la lucha revolucionaria de cada día, por la savia vital de la acción combativa, es la obra que hoy cumple cien años. *El capital* es el fruto más alto de la teoría y la práctica del marxismo, síntesis luminosa de la economía, la filosofía y la doctrina socialista del marxismo. Aspectos fundamentales de su contenido y de su significación serán examinados por otros en este ciclo de conferencias. A mí sólo me toca señalar los grandes pasos que contribuyeron a su creación.

Es una lástima que no dispongamos aún, en versión española, de los preciosos *Esbozos para una crítica de la economía política* de los años 1857-58, un volumen de cerca de mil páginas, cantera inagotable de ideas, notas, apuntes y materiales para la obra que llegaría a ser *El Capital* y cuyo primer volumen, el único redactado por Marx en versión definitiva, salió de las prensas, en texto alemán, el mes

de septiembre de 1867. Nada revela de modo tan impresionante como estos esbozos o trabajos preparatorios, sólo en pequeña parte utilizados después, la ingente labor de diez años, en realidad de toda una vida, cuyos resultados habrán de plasmarse en *El Capital*.

El Capital es, visto en síntesis, el fruto de tres grandes revoluciones teóricas llevadas a cabo en el terreno del pensamiento, al calor de las radicales transformaciones de la sociedad y de la vida real.

La primera de ellas se opera en la base misma de la vida social, en la economía. En el período de auge del capitalismo, la fuerza ascendente de este régimen había hecho surgir en Inglaterra una teoría económica que reflejaba, de una parte, el optimismo de una sociedad segura de sí misma y, de otra, la relativa sinceridad de los ideólogos de una clase que aún no veía resquebrajarse el edificio de su poder. Era la economía política clásica inglesa del siglo XIX. Adam Smith, el economista de la manufactura, y David Ricardo, el economista de la banca, sentaron las bases para un análisis del valor basado en el trabajo. Para ellos, este fenómeno era natural y laudable. El capitalismo estaba en sus glorias. Aún no comenzaban a entenebrerse sus horizontes. Las leyes del capitalismo no eran las leyes históricas de un régimen que había nacido y debía morir; eran las leyes eternas e inmutables de la naturaleza humana y la naturaleza social. El capitalismo, la meta última, el non plus ultra de la humanidad. La ganancia del capitalista, la fuente ideal del progreso humano, del paraíso sobre la tierra.

Los economistas clásicos, además, sólo veían el aspecto cuantitativo del fenómeno, el incremento progresivo de la riqueza, que era, para ellos, no la de los explotadores, sino la riqueza social, la "riqueza de las naciones". No penetraban en la sustancia cualitativa del trabajo como fuente creadora de valor. El salario era, visto así, sencillamente al precio del trabajo, la retribución justa de éste, en el mejor de los mundos posibles.

Cuando las luchas del proletariado comenzaron a ennegrecer el risueño horizonte y el optimismo se nubló, la economía burguesa dejó de ser realmente una ciencia, para convertirse en una apologética, en la defensa sistemática y turbia del capitalismo, que se sentía, ahora, amenazado. Comenzó el período de la que Marx llama la economía vulgar, la época de los propagandistas burdos y los espadachines seudocientíficos a sueldo de la burguesía.

En el prólogo y el posfacio al tomo primero de *El capital*, Marx denuncia este envilecimiento de la ciencia de la economía, convertida en una técnica económica al servicio de los intereses de la explotación. Y señala cómo este proceso de degeneración inte-

lectual, aun teniendo características generales, cayó en su punto más bajo y pantanoso entre los alemanes, donde la economía clásica, por el atraso de su desarrollo, no tenía una tradición.

La vitalización de la ciencia económica, enlazada a los grandes lineamientos de la economía clásica, sólo podía lograrse por obra del pensamiento de una clase, de la clase explotada, libre de los compromisos que cerraban el camino del futuro. Y así, la economía política resurge, en el pensamiento de Marx, bajo la forma de la economía política del proletariado, de la economía política del socialismo.

Desde la nueva plataforma, podía ya verse la realidad tal cual es, sin miedo a sus consecuencias, sino, por el contrario, con una fe ilimitada en el futuro. Complementando y ahondando el análisis puramente cuantitativo con el análisis cualitativo del valor, penetrando por debajo del fetichismo de la mercancía y del fenómeno superficial del trabajo en la esencia profunda de la fuerza de trabajo, que es la vida misma y la capacidad del trabajador, descubre el gran secreto, la clave de la explotación capitalista, de la plusvalía, como motor y punto focal de la granjería y el enriquecimiento de todas las clases no trabajadoras y sus edecanes. Y, demostrando, a la luz de un riquísimo arsenal de hechos históricos, el nacimiento, la formación y el desarrollo de este sistema, pone de relieve el carácter transitorio, percedero de él y proclama el golpe de muerte, descargado ya por la historia misma, a la concepción del capitalismo como un régimen eterno, basado en la naturaleza humana. Demuestra que el capitalismo, lo mismo que la esclavitud o el feudalismo, nacido al calor de determinadas circunstancias y una vez cumplida su misión histórica, está llamado a desaparecer, para dejar paso a una sociedad más alta. Pero no de un modo automático, sino por la fuerza de la lucha de clases, por la acción y la lucha de la clase nueva, del proletariado, como vanguardia de todos los explotados y de la humanidad entera.

Para abordar y resolver así el problema, en la base misma, era necesario situarse ante él desde la atalaya de pensamiento de una filosofía, de una concepción del mundo que fuera capaz de penetrar en la esencia de los fenómenos, en la materia en movimiento y en las leyes de su desarrollo. La economía, como la vida social toda, sólo revela sus secretos a quien la investigue partiendo de los fundamentos de una filosofía certera. Y aquí reside la segunda de las grandes revoluciones del pensamiento que da como fruto *El capital*. Partiendo de lo más vital de la filosofía alemana clásica, de Hegel, de Feuerbach y de los grandes materialistas ingleses y franceses y revolucionando profundamente sus ideas, Marx crea la filosofía del

materialismo dialéctico y del materialismo histórico, basado en la materia económica de la vida social y que, nacida así, le ofrece el instrumento revolucionador para transformar la ciencia de la economía.

El propio Marx nos lo dice. En manos de Hegel y de sus secueces reaccionarios, la dialéctica o filosofía del desarrollo transfiguraba e idealizaba el orden existente, como la economía clásica en manos de Adam Smith y Ricardo. Pero esta filosofía, aplicada en su forma auténtica, racional, "provoca —son las palabras de Marx— la cólera y es el azote de la burguesía y de sus portavoces doctrinarios, porque en la inteligencia y explicación positiva de lo que existe abriga a la par la inteligencia de su negación; porque (esta filosofía), crítica y revolucionaria por esencia, enfoca todas las formas actuales en pleno movimiento, sin omitir, por tanto, lo que tiene de perecedero y sin dejarse intimidar por nada".

La dialéctica se convierte así, revolucionada por Marx, en la gran arma filosófica de la revolución. Basada en la economía, la revolución a su vez y abre y esclarece los caminos del futuro. La dialéctica materialista, la filosofía del marxismo, es el método sobre el que descansa *El capital*. Esta obra no habría podido concebirse y escribirse sin haber superado filosóficamente las posiciones antihistóricas de la metafísica, para la que el mundo es estabilidad y armonía, y las posiciones de la dialéctica idealista hegeliana, para la que el motor de los cambios es la idea y, en última instancia, Dios. Sin haber descubierto en el principio de la contradicción y de la lucha, que en la vida social es la contradicción entre las posibilidades inagotables de progreso de las fuerzas productivas, del potencial del desarrollo, y los intereses de la clase dominante y explotadora. Sin haber esclarecido la ley de la lucha de clases, nacida de esa irreductible contradicción, como el motor de la historia y el camino, impuesto por la historia misma, hacia la sociedad sin clases, hacia la sociedad comunista.

Pero todo lo anterior habría sido letra muerta, pura especulación, una economía y una filosofía meramente explicativas y no transformadoras, estáticas y no dinámicas, si a la par con todo ello y en el centro mismo de ello, no se hubiere descubierto en la realidad de la historia misma la gran palanca del cambio, la fuerza fundamental que está llamada de derecho a transformar, y está transformando ya, de hecho, el mundo; la clase que, en esta transformación puede ganarlo todo y nada tiene que perder: la clase del proletariado. Aquí se cifra la tercera y más alta de las revoluciones profundas que sirven de cimiento a *El capital*. El gran paso —para

decirlo en los términos consagrados— del socialismo utópico al socialismo científico.

Los socialistas utópicos de la fase anterior, las grandes y generosas figuras de pensadores a quienes nadie ni nunca ha rendido un homenaje tan encendido como Marx y Engels, un Owen, un Fourier, un Saint-Simon, habían criticado acervamente las lacras del capitalismo e iluminado con entusiasmo apasionado y genial los horizontes del socialismo. Fueron ellos los primeros en poner de manifiesto que el capitalismo no era un régimen eterno, sino una etapa en el multiseccular proceso de la producción social. Pero aquellos hombres geniales, manteniéndose en el terreno de la condenación puramente ideal, no supieron descubrir las fuerzas motrices del desarrollo y, en el centro de ellas, la gran fuerza social que en la realidad misma está llamada a instaurar con su acción la nueva sociedad. Por eso, las doctrinas de los utopistas se mantenían al margen de lo esencial, que es la necesidad de la lucha revolucionaria del proletariado. Sus ideales socialistas eran levantados, pero inocuos, pues se hallaban desgajados de la realidad y de sus leyes y condenados, por tanto, al fracaso. Subjetivamente, por sus sentimientos y sus ideas, eran revolucionarios. Pero, objetivamente, por sus hechos—ese es el testimonio de la historia— sus doctrinas, en la experiencia vívida, sólo dieron pábulo a la formación de sectas reaccionarias.

Marx siguió cabalmente el camino contrario. Después de descubrir en la clase obrera, en el hombre del trabajo material—tal es el resultado medular de sus escritos juveniles, que habrían de conducir al *Manifiesto comunista*—al cimiento real de su nuevo humanismo, del humanismo operante y revolucionario, dedicó su vida entera a infundir a esta clase la conciencia de la misión que le asignaba la historia misma y a pelear incansablemente por pertrecharla con las armas de la organización nacional e internacional y de la táctica combativa que le permitirían llevar a cabo esa gran misión. Ese es el sentido central y determinante del marxismo. Marx fue, ante todo y por encima de todo, el gran maestro y dirigente del combate del proletariado. De su teoría y de su acción práctica no nacieron sectas o capillas, sino el gran partido mundial de la clase obrera.

Y este sentido profundo es el que informa y nutre todas las páginas de *El capital*, del principio hasta el fin. En años muy duros de privaciones y de miseria, haciendo el más grande de los sacrificios, Marx se retrajo, aparentemente, de la escena de la lucha activa, para poder entregar a los trabajadores, con *El capital*, un arma poderosa de combate, una obra en que la ciencia, basada en un análisis riguroso, profundo y concienzudamente documentado, fortalece

al proletariado con el fallo de la certeza de su causa y la convicción de que la ejecución de este fallo, pronunciado por las leyes de la historia, sólo depende de su conciencia de clase, de su organización y de su grado de combatividad.

Toda la obra está escrita para los obreros y con la vista puesta en sus luchas. Cuando, en los días históricos del año '67, estaba a punto de salir de la imprenta el primer tomo de *El capital*, Marx escribía a su viejo amigo Becker, con frase sardónica, pero llena de elocuencia, que, después de tan arduos años de estudios, se disponía "a arrojar a la cabeza de la burguesía" el poderoso proyectil. En 1872, al autorizar la edición francesa por entregas de la obra, en carta al traductor Maurice Lachâtre, daba como razón fundamental de ello al hacer, así, el libro más asequible a la clase obrera, "razón —decía— más importante para mí que cualquiera otra". Pues a la clase obrera, como instrumento de conciencia y de lucha, iba dirigida sobre todo esta obra cumbre de la ciencia económica universal. "No podría apetecer mejor recompensa para mi trabajo —escribe Marx en las palabras finales o posfacio a la segunda edición, en 1873—, que la rápida comprensión dispensada a *El capital* por amplios sectores de la clase obrera alemana". "Jamás —comenta Engels en un artículo sobre la obra—, desde que existen en el mundo capitalistas y obreros, se ha publicado un libro que tenga para los obreros la importancia de éste".

Yo creo, para terminar, que el mejor de los homenajes a una obra, cimentada sobre las realidades de la historia, es la que le rinde la realidad histórica irrefragable de un mundo en el que cientos de millones de hombres viven ya bajo las banderas de la nueva sociedad auspiciada por ella, mientras en el resto de la tierra masas inmensas de trabajadores se organizan, luchan y avanzan, sabiéndolo o ignorándolo, bajo la acción de los grandes postulados sustentados durante toda una vida por el autor de *El capital*. Adonde quiera que miremos, entre las luces y bajo las sombras, está presente la huella de este libro inmortal.

Y ante quienes, en estos días de rememoración emocionada, dejan caer sobre la grandeza lo único con que ellos pueden realizarla, el tributo de su rabia, de su ignorancia y de su impotencia, reafirmemos las palabras magníficas del Dante con que Marx rubrica el prólogo a *El capital*: "Segui il tuo corso, lascia dir le genti", sigue tu camino, y deja que las gentes murmuren.

El camino es el que Marx nos trazó: el del trabajo, la lucha y la entrega apasionada a la verdad.

Dimensión Imaginaria

MENÉNDEZ Y PELAYO. NI LEYENDA NEGRA. NI LEYENDA BLANCA

Por R. OLIVAR BERTRAND

DESCUBRIR a estas alturas la doble significación de Menéndez y Pelayo¹—el hombre de libros y el banderizo— sería pedantería imperdonable y ridícula. No es esto lo que me propongo. Habiendo vivido largos años en un ambiente de continua exaltación de la personalidad del santanderino, no he conocido la fase vivida por multitud de muchachos españoles que, hartos de escuchar y leer la apología de los Reyes Católicos, se prometieron no volver a tocar el tema hasta el día del juicio final. Me repetía que, de resucitar Menéndez y Pelayo, habría abominado de la prolífera legión de panegiristas que en esos largos años se desgañitaron asentándole en una cumbre que no le correspondía. Concretemos, que no le ha correspondido a ningún gran español: la del *tabú*.

El maestro, y lo llamamos así con la sencillez que él hubiera aceptado, era plenamente consciente de sus debilidades, de su apasionamiento, amor propio y vanidad, estoy seguro de ello. Esa conciencia le habría hecho rechazar ditirambos y endiosamientos de la especie sociológica últimamente aparecida: la de los menéndezpelayistas, pareja en sus aberraciones de la de los donosocortesistas, perseguidores de fines turbios en la tierra con el señuelo de finalidades eternas. Son muchos ya los que van completando las características de la especie mencionada,² de la que procuraré olvidarme por ahora para acercarme, humanamente, respetuosamente, a la calidad indiscutible de don Marcelino.

No podemos dudar de su altura después de leer las firmas que el 12 de febrero de 1912 se juntaron pidiendo a la Academia de Bellas Letras de Estocolmo el premio Nobel para Menéndez y Pe-

¹ Coloco la copulativa entre los dos apellidos. Y no por capricho, sino porque la tengo delante, ahora mismo, escrita por el propio don Marcelino. Acostumbrado estoy a transcribir documentos, respetando en ellos la voluntad de sus autores en lo que respecta a la ortografía de los nombres propios.

² V. el artículo de GUILLERMO DE TORRE, "Nueva discusión de Menéndez Pelayo", en *Universidad* (Universidad Nacional del Litoral, Argentina, 1958), p. 36.

layo. Resulta tan incuestionable su erudición y laboriosidad, que al fallecer, apenas cumplidos los cincuenta y seis años, no suena exagerada la afirmación de que el gran polígrafo había excedido de las humanas dimensiones. Todos estamos concordes en saludar a don Marcelino como el más portentoso "memorió" del siglo³ y por haber sabido aunar investigación científica y expresión artística. Y damos de lado otras excelencias que hoy no nos importan.

Lo que no podemos admitir, entre la sarta de elementos que pretenden convertir en santón al que fue indiscutible personalidad es, por ejemplo, lo que se trasluce del siguiente párrafo escrito a pocos días fecha del fallecimiento del maestro: "Su juicio era el más imparcial, el más sereno, el más justo que puede esperarse entre hombres. Campeón de la idea católica, jamás, sin embargo, la pasión de partido, ni siquiera el ardor del combate en que fue un hombre tan denodado, hubieran de llevarle a cerrar los ojos ante el mérito de ningún autor, ni ante la verdad histórica y artística".⁴ Al margen de sus debilidades —entre otras, excesiva afición a la bebida—, y sin prejuicio de aportar algunos testimonios demoledores de la leyenda sostenida en el párrafo transcrito, sentemos que la reciedumbre de don Marcelino es tanto más sólida cuanto más humana nos lo representamos, hasta disculpando obscenidades de fraile.⁵ Y es que la perfección no es de este mundo, dándose el caso, sin embargo, que los menendezpelayistas, en contacto siempre con los negocios del otro, suelen olvidar el aserto multisecular cuando de don Marcelino se trata.

Pasando a los hechos, apuntemos a una realidad de don Marcelino mantenida en comunidad con famosísimos intelectuales de todos los tiempos y países. Don Juan Valera, protector, maestro y amigo del santanderino, nada sospechoso por tanto, escribe en Madrid, el 5 de diciembre de 1895: "Acaso Menéndez no llegue a venir y se haya escamado de los desdenes y melindres de mi mujer y de mi hija. Mucho me pesa de ello, pero no puedo negar que ambas tienen alguna razón en mostrarse melindrosas y desdenosas. Menéndez,

³ En el mediodía europeo. En el norte se llevó la palma, coetáneamente, Lord Acton.

⁴ *El Peregrino*, Madrid, 15 de julio, 1912; p. 287.

⁵ V. mis *Confidencias del bachiller de Osuna* (Valencia, Castalia, 1952), p. 30. Recordemos la anotación de los hermanos Goncourt, en su *Journal*, año de 1858 (París. Flammarion, 1956), t. 1º, p. 418: "L'homme a besoin de dépenser journellement certaines grossièretés et certaines crudités de langue et de pensée, et surtout l'homme de lettres, l'homme d'idée, le brasseur de nuages en qui la matière opprimée par le cerveau semble se venger ainsi et le fait volontiers le parler le plus cru. C'est sa façon de prendre terre comme Antée, c'est sa façon de descendre du panier de Socrate..."

como no se lava nunca, huele bastante mal, a pesar de los fríos del invierno. . . Lástima que Menéndez, el más sabio de los españoles y uno de los eruditos y discretos escritores que viven en el día sobre la faz de nuestro planeta, esté tan asqueroso y tan poco de recibir".⁶ Pasando de realidades físicas, que en los grandes hombres suelen tolerarse a realidades de orden moral, empecemos por registrar su crudeza para con los que no mantenía trato ni muy asiduo ni muy amistoso. "No le creía a usted capaz de escribir este libro", contesta a Gabriel Maura, el entonces mozo recién casado conde de la Montera, que le acababa de firmar una dedicatoria. Algo más tarde, como el padre del citado conde observara en un salón de la Academia: "Viene hoy muy ocurrente Cotarelo", don Marcelino, en una, digamos, de sus espontaneidades de niño mimado,⁷ exclama: "Sí, hoy con la cuba llena. . .".⁸

No se destaca don Marcelino con moderación frente a la opinión contraria a la suya en aquellas sus ruidosas polémicas juveniles. "Tengo ganas de darle otro palo", escribe a Pereda, refiriéndose a Revilla. Y abarcando la totalidad de esa opinión contraria la asimila a la especie canina. Textualmente: "Supongo que ahí seguirán ladrando contra nosotros. Está visto que con eso medran". Campoamor y Moreno Nieto trabajan, sencillamente, como "energúmenos", porque se oponen a que se modifique la ley suprimiendo de ella el requisito de la edad para tomar parte en las oposiciones a la cátedra de la Universidad de Madrid. La misma razón le hace escribir que "todos los sabios del Ateneo y de la universidad central están que arden".⁹ Acercándonos al terreno político, no será difícil agavillar unas cuantas expresiones dentro del mismo tono.

La sublevación de Villacampa de 1886 le sugiere la posdata que copio: "Le supongo a usted enterado de la nueva e inaudita bestialidad de Ruiz Zorrilla". Posdata que completa días después con la siguiente exclamación: "¡Lo que pueden hacer cuatro soldados borrachos pagados por un bestia!".¹⁰ En el terreno estrictamente literario, para don Marcelino la Pardo Bazán tiene "el gusto más depravado de la tierra, se va ciega detrás de todo lo que reluce, no discierne lo bueno de lo malo, se parece por los bombos, vengan de

⁶ *Correspondencia de D. Juan Valera*, pp. 228-9.

⁷ V. algunas en mis *Confidencias*, pp. 127-132.

⁸ Ambas frases me las citó don Prudencio Rovira y Pita, secretario de don Antonio y don Gabriel Maura, sucesivamente, durante más de sesenta años.

⁹ Citas de *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo* (Santander, C.S.J.C., 1953), pp. 20, 35, 45-46.

¹⁰ Citas de *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1879-1905* (Madrid, Espasa-Calpe, 1946), pp. 298, 307.

donde vengan, y no tiene la menor originalidad de pensamiento, como no sea para defender extravagancias". Más adelante, añadirá que "no tiene sentido común, además de ser una cursilona empecatada".¹¹ Fastenrath le merece el parrafito que va a continuación: "Creo haber dicho a usted que me pareció muy bien y me hizo mucha gracia el artículo de usted sobre Fastenrath. El mameluco aquél habrá quedado tan satisfecho, y, sin embargo, la conclusión que saca del artículo todo lector avisado es que Fastenrath es un tonto políglota e internacional, lo cual centuplica su tontería".¹²

La falta de medida evidente en las citas anteriores se rastrea, sin salir del campo literario, en su repulsa del naturalismo. A los que contemplamos el fluir de la Historia como el de una caudalosa, inquieta y variada corriente, nos asombran —a par que nos lastiman— las condenas de estilos, escuelas y tendencias. Sobre que la actitud de juez es una de las más discutibles,¹³ denigrar en masa la literatura de un país como el francés, literatura exponente de una selección de su espíritu en la segunda mitad del siglo diecinueve, es actitud que no encaja en la semblanza de ecuanimidad esquematizada en el período escrito a pocas fechas de la muerte del maestro y que reproduce más arriba. Seleccionaré tres pasajes representativos. Es el naturalismo, para don Marcelino, "la barbarie más estúpida, más pesada y más soez". El conjunto de la moderna literatura francesa, "digna de execración por todos conceptos". "Espíritu de sórdida y vil ganancia" que acabaría por lanzarla "en la más grosera y abominable prostitución que puede imaginarse". Como broche de este párrafo y haciendo esfuerzos para acallar la protesta que me sugiere la *élite* de la capital francesa en los años ochenta del Ochocientos, he aquí otro juicio de Menéndez y Pelayo: "A mi entender, por grande que sea París —y lo es mucho, sin duda—, para las cosas del espíritu será siempre un villorrio, mientras los escritores parisienses no se convenzan de la necesidad de vivir en comunicación intelectual con el resto de los humanos, y de no limitar el campo de su observación a esfera tan pobre y limitada como la de un pueblo que, naturalmente y a pesar de tantas condiciones brillantes, ha caído en verdadera degeneración artística".¹⁴

¹¹ *Ibidem*, pp. 388, 432.

¹² *Ibidem*, p. 403.

¹³ Una de las más "infames", en opinión de los hermanos Goncourt. Copio el texto oportuno del reiterado *Journal*, t. 19, p. 642: "Toutes les professions qui impliquent pour l'homme un niveau au dessus de l'humanité, tel que la prêtré, le juge, le critique, sont des professions infâmes, parce qu'on n'est pas parfait et qu'on remplit des fonctions qui commandent de l'être."

¹⁴ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, pp. 228, 311, 326.

He conocido maestros inolvidables en la Escuela Normal, en el Instituto y en la Universidad para los cuales era la cátedra deber primero, sagrado y con plena dedicación cumplido, para satisfacción de los alumnos ante todo; para pagar después, con servicio concienzudo y sin fraudes, al Estado que les había facilitado la cátedra. A Menéndez y Pelayo se le dispensó la edad para que se posesionara de la cátedra madrileña que su erudición merecía. Leámosle un párrafo sugerido por el ejercicio de esa reiterada cátedra. El 10 de enero de 1889 escribe a Pereda: "Llevo una vida intolerable, la mayor parte de los días tengo que pasar cinco horas en la Universidad, primero en clase, y luego en un maldito tribunal de oposiciones de latín, cuya presidencia acepté en malhor".¹⁵ Aprovecho la ocasión para dejar constancia de que don Marcelino, en esta siempre escandalosa fiesta nacional española de oposiciones y elecciones académicas, no se distinguió por su rigidez científica ni por su inflexibilidad moral. Fácil sería sacar citas significativas de las recomendaciones, insinuaciones y promesas que abundan en su correspondencia.¹⁶ Nombres hay que merecen reproducirse, asociados al juicio que merecieron a don Marcelino. Por ejemplo, "un señor don Eduardo Benot" es para aquél, simplemente, "autor o refundidor de los métodos Ollendorff", y su nombramiento "detestable".¹⁷ Recomienda, en cambio, "con especial ahinco", a Cotarelo,¹⁸ y también al ...marqués de Villasinda, título que Luis Valera lucía después de su matrimonio, prefiriéndolo al honroso apellido de su padre.¹⁹ En el terreno universitario rozado en este párrafo cabría valorar una vez más lo que fue anécdota, sencillamente, para Menéndez y Pelayo, su premio extraordinario del Doctorado en Filosofía y Letras, tan inmerecido como alegremente aceptado. Para Joaquín Costa fue "una iniquidad" mantenida oculta, calladamente, treinta y dos años. Cuatro antes de morir, Costa especifica las únicas razones de la injusticia con él cometida: Menéndez y Pelayo era ultramontano y pidaliano, Costa "'Krausista' (como entonces se decía)".²⁰

¹⁵ *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, p. 114.

¹⁶ V. por citar una el *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, p. 110.

¹⁷ *Ibidem*, p. 240.

¹⁸ *Ibidem*, p. 536.

¹⁹ "Marqués de Bragueta" se le hubiera podido llamar, como a un oscuro profesor de la Universidad de Sevilla (v. mis *Confidencias*, pp.147-8). La recomendación de don Marcelino a favor de Luis Valera puede verse en el Archivo Maura, cta. fechada en Madrid, el 21 de febrero, 1909.

²⁰ Comillas y paréntesis en el texto del propio Costa. V. el episodio, excelentemente documentado, en "Menéndez Pelayo, Costa and the Premio Extraordinario del Doctorado en Filosofía y Letras", de G. J. G. CHEYNE,

Antes de corroborar con un lance final el carácter apasionado de Menéndez y Pelayo, bien estará que no pasemos por alto su posición de "banderizo" en el terreno nunca muy limpio de la política. ¡Cuántas veces no se habrá discutido el famoso brindis del Retiro en 1881! O "tremenda pitada", en opinión de don Juan Valera, el grande. . . Me limitaré a reproducir el comentario que la actualidad estentórea del brindis arrancó al autor de Pepita Jiménez:²¹ "Mucha amabilidad y equilibrio será menester que usted y yo empleemos para no hablar sino de aquello en que estamos de acuerdo; sobre todo desde que usted ha dado tan tremenda pitada en el *simposio* de los catedráticos. Confieso mi candidez; hasta que usted dio la pitada, yo he creído posible, no la conversión rápida, sino una lenta y suave conversión de usted. Ya la creo imposible. Usted ha puesto su *chic* en echarla de archicatólico y de inquisitorial, se ha engolfado en ello y ya no hay modo de remediarlo". A pesar de la moderación que fue adquiriendo con los años, veinte después exactamente, escribía don Marcelino a Pereda: "En *Los españoles pintados por sí mismos* hay un artículo de Gabino, que debe ser de lo más antiguo suyo, y en que ya se revela su Santa inquina contra los progresistas".²² Sin comentario.

Nuevamente quiero llamar la atención sobre el propósito que me mueve en esta valoración. Y no porque pretenda erigirme en juez, posición difícil siempre y, con frecuencia, infame. . .²³ Nunca alimenté animadversión ninguna por don Marcelino; he aprovechado muchos de sus libros y, durante bastante tiempo, viví en la admiración que por el maestro logró infundirme don Francisco Rodríguez Marín, a quien el santanderino dio sólidos espaldarazos. Pero al cabo de los años, largos y penosos, en los que de la vida pública española se quiso borrar algunos nombres excelentes con la audacia deshonesto de sustituirlos por otros con marchamo de significación opuesta, la protesta se abrió camino en mi trayectoria mental. Ante todo porque la experiencia me demostró temprano que los marchamos y etiquetas de tipo religioso o político no son cedazos infalibles para dar con buena o mala persona. A continuación, por la costumbre adquirida en la primera juventud de distinguir entre obra y hombre. Fi-

profesor de la Universidad de Newcastle upon Tyne, publicado en *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 42, nº 2, abril de 1965.

²¹ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 85. Para todo lo referente al famoso brindis, léase en el *Boletín de la Bibliografía de Menéndez Pelayo*, el artículo de la p. 289, oct-dic., 1932.

²² *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, p. 161. El subrayado es mío.

²³ V. nota 13.

nalmente, por apreciar a este último con mayores quilates por su graduación de hombría que por la de santidad. A Menéndez y Pelayo, al igual que a otra docena de figuras señeras de la historia española, se le ha empujado santamente hacia las candilejas, y contra esto me he rebelado, pues, si estamos contra la leyenda negra, no lo estamos menos contra la leyenda blanca. O rosada. . .

Trayendo a la actualidad de este instante, por tercera vez, la engañosa loa de los panegiristas sobre la imparcialidad, serenidad y justicia del maestro, no dejaré de registrar la gran contrariedad que experimentó don Marcelino al no ser elegido, frente a don Alejandro Pidal, director de la Real Academia Española. Más que contrariedad, yo diría mortificación en su amor propio, dado que los fracasos en ilusiones los sobrellevamos todos, sin acepción de valía personal. Mortificación, repetiré, que no supo ocultar cuando la votación²⁴ ni en los cinco años que le quedaron de vida.²⁵ Y, para terminar este toque de atención, vaya levemente bosquejada la ocurrencia siguiente, tomando por testimonio una carta del marqués de Pidal.

En la *Gaceta* del 24 de abril de 1904 aparece la convocatoria a premios de la Academia a los que concurre un mozo de arrostos, Mario Méndez Bejarano, con su original sobre Blanco White, al que la Comisión, el 6, y la Junta de la Academia, el 20 de junio de 1907, otorgaría el correspondiente premio, según queda registrado en los libros de la Corporación.²⁶ La que no se registró oficialmente fue la tormenta que el tal premio desencadenó desde el punto y hora en que la obra empezó a leerse en la "tertulia" académica.²⁷ No nos im-

²⁴ Don Marcelino se votó a sí mismo, actitud en que no le imitó Pidal. V. MARCIAL SOLANA Y GONZÁLEZ, "Menéndez Pelayo, candidato a la dirección de la Real Academia Española (Santander, *Boletín de la Bibl. de Menéndez Pelayo*, 1946), pp. 26, 35. El "triste y desairado papel" de don Marcelino en esta ocasión inspira a Emilio Cotarelo el juicio corroborado por todos cuantos trataron al santanderino de que "no tenía [Menéndez y Pelayo] sentido alguno de la realidad". (V. cta. de Cotarelo a don Antonio Maura, Archivo Maura, Madrid, 26, nov., 1913).

²⁵ V. a este respecto un curioso sucedido en mis *Confidencias*, pp. 128-131.

²⁶ Tardaría en editarse, como lo atestigua la portadilla de la obra: *Vida y obras de don José María Blanco y Crespo (Blanco-White) por don Mario Méndez Bejarano. Obra premiada por la Real Academia Española en el certamen abierto el 22 de abril de 1904*. Madrid, Tip. de la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos", 1920; 607 pp. + 1 lámina.

²⁷ "... una tertulia agradable: porque a esto se reduce la Academia después de todo", escribe don Marcelino (*Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, p. 150), a los tres lustros de entrar en la Corporación. Opinión menos

porta esclarecer ni el valor intrínseco de la obra ni de qué parte estaría la razón. Lo único que importa es poner de manifiesto tanto la nota apasionada del carácter de don Marcelino como el concepto que de él tenían sus compañeros de corporación. En carta a don Antonio Maura,²⁸ Pidal alude a las tachas que desde el punto de vista patriótico y religioso se han encontrado en la obra de Méndez Bejarano y a la indiscreción de don Marcelino a quien se le atribuye haber dicho al autor que si corregía las afirmaciones impropias, se le habría de conceder el premio. Como el autor no corrigiera sino parte de los lunares que se le señalaban, dejando otros, un dictamen redactado "en ausencia de Menéndez y Pelayo le negó el premio. Al enterarse de ello, el autor se *enfadó y amenazó* al parecer con prensa, etc. Un verdadero *chantage*".²⁹ La consecuencia inmediata fue retirar el dictamen y esperar a que "regresase a su puesto oficial de *veraneo* de diciembre el celoso director de la Biblioteca Nacional. Lo sereno no quita lo divertido", añade Pidal. Al reunirse la Comisión, Menéndez y Pelayo sostuvo el premio, pese a los argumentos de Cotarelo que demostraban "lo impropio de que la Real Academia premiase y publicase por su cuenta conceptos ofensivos a la patria y a la religión...". El padre Mier sostenía que Blanco White no era autor español, sino inglés, y que por tanto no entraba en las condiciones del certamen. Esto sin contar con que, al parecer, la obra era mala literariamente. El engorroso asunto provocaba dictamen, voto particular y "discusión fastidiosa, porque la *ligereza y soberbia* de Marcelino y la timidez (léase cobardía) ante las amenazas del autor" no le permitían contentarse con pedir un accésit. En posdata, escribe Pidal: "Si no fuese Marcelino, yo citaría a la Comisión (toda compuesta de amigos) y veríamos el modo de orillar las amenazas del autor, causa de todo; pero dado como está Marcelino, no lo puedo hacer, pues por nada dejaría él hoy de darse el gustazo de producirle un conflicto, si viera que lo tenía yo...".³⁰

placentera tuvieron de la Academia otros inmortales. Según confidencia de don Prudencio Rovira, recordada por él de su jefe y patrón don Antonio Maura, parece ser que un buen día presenta Emilio Cotarelo a don Antonio el esquema del acto de honor que debía tributarse a un personaje. Al ver que se especificaban veinticinco minutos para cada uno de los cinco oradores que pensaban tomar parte, don Antonio, director entonces de la Academia, vitaminó que el acto sería aburrido. A lo cual replicó vivante Cotarelo: "Pero don Antonio, ¿es que viene alguien a la Academia a divertirse?"

²⁸ Archivo Maura, Madrid. La carta, como muchas de Pidal, no lleva fecha; pero por los antecedentes debe ser, de diciembre 1906 a enero 1907.

²⁹ *Ibidem*. Los subrayados, abundantes en la carta, son del propio Pidal.

³⁰ *Ibidem*.

Creo que los fragmentos transcritos son lo bastante explícitos para no necesitar de comentarios. Por colofón, destaquemos la nota más simpática de don Marcelino, evidente aunque no la admitan los que han querido convertirle en santón inflexible: su proceso de liberalización, que presta aire y gracia a su sabiduría.

JUAN RULFO: CUENTISTA

Por Donald K. GORDON

LA renombrada novela de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, ha velado su excelencia como cuentista. Pero su notable habilidad en este género, como lo prueban los quince cuentos de *El llano en llamas*¹ no se puede ignorar. Los cuentos revelan la total compenetración de Rulfo con la mente y la vida del campesino, así como la maestría de su técnica literaria.

La esencia de *El llano en llamas* es la trágica vida del campesino mexicano, o más concretamente, del campesino de Jalisco, tierra natal de Rulfo; pero lo regional no es más que el vehículo por el cual Rulfo logra expresión universal. Los cuentos son auténticamente mexicanos—en efecto, casi todos los sucesos ocurren en Jalisco—, pero en ellos la adversa faz de la naturaleza y las emociones humanas quedan tan bien retratadas que tienen validez dondequiera que vivan los desheredados de la tierra.

De la novela hispanoamericana, ha dicho Rulfo: "La gran novela de acá no podría hablar de otra cosa que no sean la miseria y la ignorancia".² *El llano en llamas* prueba que este punto de vista se puede aplicar igualmente al cuento. Para Rulfo el cuento no puede ser un ejercicio en el uso de un lenguaje artificial;³ al contrario, ha de ser un retazo de la vida real, y el campesino de quien Rulfo se preocupa de un modo tan vibrante, no halla feliz la vida.

"Es que somos muy pobres" indica lo mucho que el bienestar moral depende del bienestar económico. Las dos hermanas mayores de Tacha se han descarriado principalmente a causa de la pobreza de su hogar. Para evitar que Tacha siga la misma senda, su padre, con gran esfuerzo, ha logrado hacerla dueña de una vaca, ya que, como dice su hermano, "no hubiera faltado quien se hiciera el ánimo

¹ Las citas mencionadas aquí son de *El llano en llamas*, quinta edición (Colección Popular), México, Fondo de Cultura Económica, abril 1961.

² Citado en *Prensa de Reynosa*, Monterrey, 12 de julio, 1964.

³ En mi conversación con Rulfo, el 17 de mayo de 1965, en el Instituto Nacional Indigenista, México, D. F., él insistió en que el lenguaje de *El llano en llamas* "no es un lenguaje escrito—es el auténtico de los provincianos, de los jaliscienses, por ejemplo".

de casarse con ella, sólo por llevarse también aquella vaca tan bonita" (34). Ahora bien, a la Serpentina se la ha llevado la crecida del río, y la única esperanza es que el becerro no haya seguido a la madre "porque si así fue", dice el hermano de Tacha, "mi hermana... está tantito así de retirado de hacerse piruja" (34). Que los temores de la familia quedarán justificados se ve de un modo patente en la frase final del cuento, frase que muestra los eficaces medios literarios de que se sirve Rulfo en la presentación de los problemas de los campesinos. Dice así: "El sabor a podrido que viene de allá [del río] salpica la cara mojada de Tacha y los dos pechitos de ella se mueven de arriba abajo, sin parar, como si de repente comenzaran a hincharse para empezar a trabajar por su perdición" (35-36). Aquí hay sinestesia—'El sabor a podrido que... salpica...' y la consiguiente asociación de ideas; hay el diminutivo afectivo "pechitos". y una proliferación de verbos que indican acción incesante; hay la locución adverbial "como si de repente" que sugiere esperanzas deshechas; y hay aliteración que imparte un aura de insistente finalidad inescapable.

En el mundo del campesino la suprema realidad es la muerte, y el tema de la muerte está presente en cada cuento de *El llano en llamas* (la traducción italiana de Giuseppe Cintioli se titula *La morte al Messico*).⁴ Un asesinato puede ser proyectado deliberadamente ("Talpa"), puede ser llevado a cabo con macabro humor y sangre fría ("La cuesta de las comadres"), puede causar remordimiento en el autor del mismo ("Talpa"). El temor a la muerte puede motivar un desesperado deseo de aferrarse a la vida ("¡Diles que no me maten!") o se puede esperar la muerte con expectación ("Luvina"). Rulfo siempre usa recursos que crean y transmiten una actitud y atmósfera particulares. En "La cuesta de las comadres" (donde se lleva a cabo un asesinato con macabro humor y sangre fría), el protagonista, después de matar fríamente a su antiguo amigo, observa con un símil propio de un hombre de su experiencia: "... dio dos o tres respingos como un pollo descabezado y luego se quedó quieto" (29). En "Luvina" donde la muerte llega a ser un alivio deseado, el ambiente es el protagonista. Su escalofriante esterilidad se refleja en las mujeres vestidas de negro con sus cántaros negros en la negra noche. Parecen enormes murciélagos en la oscuridad.

El método narrativo de Rulfo siempre se compagina bien con el tipo de cuento de que se trata. Es un experto en el cuento que se desarrolla a través del diálogo (p. ej.: "Paso del Norte"). Pero su

⁴ *La morte al Messico*. Tomo 472 de la Colección "La Medusa". Milán, Mondadori, 1963. [En 8º, 200 páginas, 1,400 liras].

modo favorito de narración es el del narrador en la primera persona. Lo usa ya sea en el monólogo completo ininterrumpido (p. ej. "Macario"), o en el monólogo con diálogo ocasional recordado por el monologuista mismo (p. ej. "Nos han dado la tierra"). Pero el más complicado de todos es el cuento organizado omniscientemente por el autor, el cuento que se mueve en planos diferentes pero simultáneos con personajes que revelan la personalidad y la situación de cada uno a través de monólogos interiores. A esta categoría corresponde "El hombre", el cuento de mayor complicación técnica de la colección, que vale la pena examinar con cierto detalle.

Los incidentes del cuento son bastante sencillos en sí mismos. Urquidi ha matado al hermano de José Alcancía y José Alcancía ha exterminado a los dos hijos e hija de Urquidi. Por eso Urquidi busca vengarse de José Alcancía, lo sigue y le dispara en la nuca. Un pastor da cuenta a las autoridades del hallazgo de un cadáver en un remanso del río.

Reducir el cuento a estos términos es realmente hacer violenta injusticia a la maestría de Rulfo, maestría que despliega los mismos procesos mentales de los personajes implicados en él.

Estructuralmente, el cuento se divide en dos partes. En la primera dominan los monólogos del hombre y su perseguidor, mientras este último trata de alcanzar y acorralar al primero, quien a su vez procura alejarse lo más posible de la escena de los asesinatos que ha cometido. De vez en cuando el hombre muestra algún remordimiento por lo que ha hecho: "No debí matarlos a todos . . . Al menos no a todos" (39). "No debí matarlos a todos . . . No valía la pena echarme ese tercio tan pesado en mi espalda. Los muertos pesan más que los vivos; lo aplastan a uno" (41). Estas repetidas expresiones de remordimiento aparecen intercaladas no sólo con otros pensamientos del hombre, sino también con los del perseguidor sobre quien se concentra intermitentemente la lente escrutadora de Rulfo. El perseguidor sigue implacablemente a su presa asegurándose con raro instinto de todos sus movimientos: "El hombre ese se quedó aquí, esperando. Allí estaban sus huellas (40) —mientras repasa en retrospectiva lo que ha ocurrido: "El vino por mí. No los buscaba a ustedes, simplemente era yo el final de su viaje, la cara que él soñaba ver muerta, restregada contra el lodo, pateada y pisoteada hasta la desfiguración. Igual que lo que yo hice con su hermano; pero lo hice cara a cara. José Alcancía, frente a él y frente a ti y tú nomás llorabas y temblabas de miedo" (41). Así, de un modo incidental, nos enteramos del nombre del perseguido. En otro monólogo, el perseguidor piensa en su hijo de quien estaba separado cuando lo mataron, y se

dirige a él: "Hijo... la cosa es que yo no estuve contigo... No estaba contigo. Eso es todo. Ni con ella. Ni con él" (42-43). El omnisciente autor ha relatado previamente que al hombre, en el acto de asesinar, "cuando llegó al tercero, le salían chorretes de lágrimas" (39), el hombre ha sentido el "tercio tan pesado en mi espalda" (41) —"tercero" y "tercio" se comprenden ahora perfectamente cuando se conectan con "hijo", "ella" y "él" en el subsiguiente monólogo del perseguidor.

Tanto el hombre como su perseguidor se hallan bajo una tensión mental rayana en la alucinación. El primero se detiene en cada horizonte "para medir su fin: 'No el mío, sino el de él', dijo. Y volvió la cabeza para ver quién había hablado" (37). Poco después, mientras bate los matojos con su machete, surgen sus amenazadores pensamientos hacia su perseguidor: "'Se amellará con este trabajito, más te vale dejar en paz las cosas'.

Oyó allá atrás su propia voz" (38).

El estado casi alucinatorio del hombre corre paralelo al del perseguidor. Este último recuerda la seguridad de protección que había dado a su hijo: "'Nadie te hará daño nunca, hijo. Estoy aquí para protegerte. Por eso nació antes que tú y mis huesos se endurecieron primero que los tuyos'.

Oía su voz, su propia voz, saliendo despacio de su boca. La sentía sonar como una cosa falsa y sin sentido" (41).

El perseguidor anda buscando venganza y la atmósfera creada es apropiada para la ejecución de un crimen. Al principio no se mueve ni una brizna; ramas muertas. Una frase llena de ásperas aliteraciones acentúa la torva aura: "Era ese tiempo seco y roñoso de espigas y de espigas secas y silvestres" (38). Una aurora fría y gris da paso a un día en el cual el sol no llega a brillar ni un solo momento. Es el día en el que el hombre encontrará su destino, un día similar a aquel en que había aniquilado a los hijos de su perseguidor. Porque, nótese bien, también aquel día, el cielo estaba gris y el sol no se dejó ver.

Una y otra vez Rulfo conecta sucesos relacionados que ocurren en distintas ocasiones mediante el eficaz recurso de repetir palabras claves en situaciones subsiguientes. El hombre, fatigado por su larga huida, "mascó un gargajo mugroso y lo arrojó a la tierra con coraje" (38). Poco después, la lente se enfoca sobre su perseguidor: "Lo señaló su propio coraje —dijo el perseguidor—. El ha dicho quién es..." (38).⁵

⁵ Otro ejemplo de esta técnica.

Anticipando su inminente venganza, el perseguidor prevé que el hombre se ha metido en un rincón del que no puede escapar: "Te has metido

Las imágenes de "El hombre" armonizan con el aura del crimen. El perseguidor piensa en sus hijos aniquilados por el hombre: "Hizo un buen trabajo. Ni siquiera los despertó. Debíó llegar a eso de la una, cuando el sueño es más pesado; cuando comienzan los sueños; después del 'Descansen en paz', cuando se suelta la vida en manos de la noche y cuando el cansancio del cuerpo raspa las cuerdas de la desconfianza y las rompe" (38-39). La repetición de "cuando" que introduce varias cláusulas en las que el mismo sentimiento es expresado de varias maneras, da intensidad al pesar del perseguidor por haber estado ausente de su hogar.

Por una compleja asociación simbólica, la imagen de una serpiente aparece relacionada con el hombre. Abandonando su machete "lo vio brillar como un pedazo de culebra sin vida, entre las espigas secas" (39); el río que va y viene "como una serpentina enroscada sobre la tierra verde" no es audible para el hombre, "sólo lo veía retorcerse bajo las sombras" (39). Su perseguidor recuerda cómo después de la muerte del hermano de José Alcancía, había esperado a éste "despierto de día y de noche, sabiendo que llegarías a rastras, escondido como una mala víbora" (41).

El río y sus inmediaciones sirven de escenario donde el perseguidor acorrala al hombre. En la descripción de este escenario el símil y la imagen se complementan respectivamente: "El río . . . se resbala en un cauce como de aceite espeso y sucio. Y de vez en cuando se traga alguna rama en sus remolinos, sorbiéndola sin que se oiga ningún quejido". (42).

Estructuralmente, en lo que se refiere a la progresión real, la primera parte del cuento termina cuando el perseguidor aparece esperando pacientemente el momento en que el hombre trate de salir del estrecho desfiladero en que se encuentra acorralado. Mientras está esperando, recuerda que había estado ocupado en el entierro de un recién nacido. El hombre, yendo río arriba, también piensa en retrospectiva, volviendo a vivir las emociones que había experimentado la noche de su crimen " 'Creí que el primero iba a despertar a los demás con su estertor, por eso me di prisa' . . . y después sintió que el gorgoreo aquel era igual al ronquido de la gente dormida. . . ." (43). Este símil, que comienza con el onomatopéyico "gorgoreo" completa cuidadosa y precisamente la anterior reflexión del perseguidor: "Ni siquiera los despertó" (38).

en un atolladero. Primero haciendo tu fechoría y ahora yendo hacia los cajones, hacia tu propio cajón. No tiene caso que te siga hasta allá. Tendrás que regresar en cuanto te veas encañonado" (42). Es indisputable la presencia del perseguidor: "El hombre vio que el río se encajonaba entre altas paredes y se detuvo: 'Tendré que regresar', dijo". (42).

Así pues, al final de la primera parte la acción queda suspendida con el perseguidor al acecho de su presa. La segunda parte, delimitada por un espacio en blanco, envuelve un cambio de técnica. Aquí ya no hay monólogos interiores ni narraciones del autor esparcidas intermitentemente. Al contrario, el autor cede la palabra completamente a un nuevo narrador —un pastor— cuyo relato ininterrumpido nos da a conocer el desenlace. El pastor, naturalmente, no tiene previo conocimiento del odio a muerte que existe entre el hombre y su perseguidor. Ha venido sencillamente a informar al licenciado acerca de la aparición de un cadáver en una poza del río, cadáver que reconoce como el de un desequilibrado a quien ha visto recientemente en la comarca, y con quien llegó a establecer relaciones de amistad.

La técnica de Rulfo aquí es magnífica. El pastor habla sin interrupción, y sin embargo, a través de sus palabras nos hace sentir la presencia del licenciado, y comprender su papel conversacional. "¿Dice usted que mató a toditita la familia de los Urquidi?" (45); "¿Y dice usted que me va a meter en la cárcel por esconder a ese individuo?" (46). Estas dos preguntas encierran datos vitales. La primera nos da a conocer el nombre del perseguidor —de un modo tan incidental como llegamos a conocer el nombre del hombre (41), y la segunda subraya la injusticia a que pueden quedar sujetos los humildes pobres. Después que el inocente pastor dice al licenciado todo lo que sabe acerca del muerto, se le considera sospechoso: —"¿De modo que ora que vengo a decirle lo que sé, yo salgo encubridor? Pos ora sí . . . Yo sólo vengo a decirle que allí en un charco del río está un difunto. Y usted me alegra que desde cuándo y cómo es y de qué modo es ese difunto. Y ora que yo se lo digo, salgo encubridor. Pos ora sí" (46).

La información proporcionada por el pastor respecto al difunto sirve para precisar, en esta segunda parte del cuento, asuntos suscitados en la primera. Acerca del hombre, informa lo siguiente: "Vi que no traía machete ni ningún arma. Sólo la pura funda que le colgaba de la cintura, huérfana" (43): en la primera parte se relató cómo el hombre "soltó el machete que llevaba todavía apretado en la mano cuando el frío le entumeció las manos. Lo dejó allí" (39). Acerca del cadáver, con la cabeza colgando en la poza, el pastor informa: "le vi . . . la nuca repleta de agujeros como si lo hubieran taladrado" (47): en la primera parte el perseguidor había jurado: "Y yo le dejaré ir un balazo en la nuca" (38), y más tarde había empleado el tiempo en que esperaba a su víctima "para medir la puntería, para saber dónde . . . colocar la bala" (42).

La revelación que hace el pastor de la preocupación del hombre por su mujer e hijos —“Me contaba de su mujer y de sus chamácos. Y de lo lejos que estaban de él. Se sorbía los mocos al acordarse de ellos” (46)— sirve para hacer del hombre una figura más trágica, porque junto con su remordimiento frecuentemente expresado por haber matado tan a capricho (39), había un cinismo descarado: “Después de todo, así de a muchos les costará menos el entierro” (40). “Después de todo, así estuvo mejor. Nadie los llorará y yo viviré en paz” (42). El hombre, por supuesto, tiene un final desastroso, “la nuca repleta de agujeros” (47).

En la narración del pastor, Rulfo se sirve nuevamente de aquellos recursos literarios que más adecuadamente reflejan carácter y situación.

El pastor, al contar al licenciado las circunstancias en que vio por primera vez al muerto, dice: “Lo vi desde que se zambulló en el río” (43). Las observaciones subsiguientes van subrayadas mediante el uso de la anáfora: “Lo vi venir de nueva cuenta al día siguiente . . .” “Lo vi venir más flaco que el día antes . . .” “Lo conocí por el arrastre de sus ojos . . . Lo vi beber agua . . .” (44). La metáfora y el símil se ajustan a las experiencias del pastor en su ocupación: “Le vi los ojos, que eran dos agujeros oscuros como de cueva” (45), “sus manos como tenazas” (45).

El pastor emplea ese expresivo y peculiar vocabulario tan típico de los campesinos mexicanos: “Y usted me alega que desde cuándo y cómo es y de qué modo es ese difunto” (46), “de haber sabido quién era . . . no me hubiera faltado el modo de hacerlo perdedizo” (46). En todo el cuento, el uso del diminutivo predomina, casi exclusivamente, en el vocabulario del pastor —“Que me lo dieran ahorita” (44), “pero era él, enterito (47) [otros ejemplos son “afuerita” (44), “bajito” (45), “animalito” (46)].

La ansiedad del pastor porque no se le considere como ocultador de un criminal hace la repetición muy significativa. El no sabía quién era el hombre, pero ¡si lo hubiera sabido! “¡De haberlo sabido!” (44) “De haberlo sabido lo atajo de puros leñazos” (45). Su disgusto por su ignorancia no deja de tener humor: “Me gusta matar matones, créame usted. No es la costumbre; pero se ha de sentir sabroso ayudarle a Dios a acabar con esos hijos del mal” (44), pero él vive “remontado en el cerro, sin más trato que los borregos y los borregos no saben de chismes” (45). Una y otra vez repite: “Sólo soy un cuidador de borregos . . .” (44), “Yo no soy más que borreguero . . .” (46), “Soy borreguero y no sé de otras cosas” (47) y con esta negación termina su relato.

El conducir un cuento a niveles diferentes pero simultáneos constituye cuando menos una tarea peligrosa en todo tiempo. Sin embargo, con el difícil medio del monólogo interior, Rulfo desarrolla con éxito la acción de su cuento hasta llevarla a un punto de suspenso, y al mismo tiempo los monólogos de los personajes nos permiten penetrar profundamente en su psicología. El pastor como relator ante el licenciado reemplaza al omnisciente autor y añade una nueva dimensión narrativa, dimensión que constituye parte integrante del todo.

Rulfo ha dicho que "la verdadera misión del escritor moderno es recoger en lenguaje fácil y sencillo trozos de la vida diaria, los grandes y pequeños acontecimientos que a todos nos pueden ocurrir".⁶ *El llano en llamas* constituye un brillante testimonio de su credo. No obstante, la sencillez de Rulfo es la más complicada de todas—aquella en la que los recursos literarios utilizados son tan indispensablemente correctos— la retrospectiva por los monologuistas en "El hombre", el paralelismo, las imágenes, el expresivo vocabulario, la metáfora, la significativa repetición, la correspondencia de las partes componentes situadas en varios lugares—que parecen inevitables.

Los cuentos de *El llano en llamas* atestiguan la capacidad artística de Rulfo. Pero más aún, demuestran su preocupación por los problemas elementales de la humanidad. Desde el ámbito de sus propias experiencias, ha moldeado obras de significación universal.

⁶ Entrevista con Olga Yolanda Couoh, *El Sol de Puebla*, 17 de enero, 1960.

EL ALCALDE DE PÁTZCUARO

RETABLO ANIMADO

Por *Sol ARGUEDAS*

Ilustraciones de

Manuel PEREZ CORONADO

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICION:

UN muchacho voceador de periódicos.

La ciudad de Pátzcuaro.

El vate Luna Abarca, primo del Alcalde.

Dos señoritas, hijas del señor maderero.

El maestro.

Otra señorita, sobrina de la esposa del señor maderero.

Una pareja de indígenas.

Una turista.

El cura.

El boticario, casado con una hermana del comerciante.

Dos ejidatarios.

Cinco estudiantes universitarios.

El señor maderero, tío del Alcalde y del vate Luna Abarca.

Comerciante, pretendiente de la señorita segunda, hija del señor maderero.

El secretario del Ayuntamiento, primo, tío, sobrino y compadre de todo el mundo.

PRIMER MOVIMIENTO

ANTES de subir el telón aparece el voceador con periódicos bajo el brazo. Atraviesa el proscenio corriendo y gritando: "¡La Voz del Pueblo...!"

Al escenario se ha trasladado el final de una calle de Pátzcuaro que desemboca en una plazuela: balcón con marco de piedra labrada y reja: muro encalado; tejas; calle empedrada. Un farol iluminará posteriormente

la escena. En la plazuelita, una fuente patzcuareña sobre lo que fue un antiguo pozo, y, en un costado, portales con anuncios de los establecimientos habituales. En el fondo de la escena se abre la sala del Cabildo: sillas que esperan a sus ocupantes y un estrado para la autoridad.

Al subir el telón estarán todos los personajes en escena, formando un semicírculo.

El vate Luna Abarca (adelantándose un paso): Aunque soy el poeta del pueblo, temo no encajar bien dentro del género: no recito en las fiestas escolares; no pronuncio discursos en las fechas patrióticas, ni animo las veladas familiares. En verdad casi ni hago versos. Me ocupo en recoger las leyendas que flotan sobre el lago y la palabra de los fantasmas que vagan por la noche en las calles. Organizo el archivo histórico de Pátzcuaro y edito un periódico diario: *La Voz del Pueblo*. Estamos reunidos aquí porque deseamos ver a mi primo el Alcalde y todos me han pedido que sea yo quien le hable. (Retrocede a su lugar anterior; todos los personajes se adelantarán un paso y retrocederán después, al igual que el vate, cuando tomen la palabra).

Una de las señoritas (al mismo tiempo que señala a su compañera y que ésta se adelanta medio paso): Ella y yo somos hermanas. No nos parecemos ¿verdad? Ella es muy callada; quiere estudiar y yo quiero casarme. Mi mamá quiere que yo estudie y que ella se case. Mi papá, el señor maderero, no quiere oír ni de una cosa ni de la otra. Nos tiene encerradas. Si pasamos por aquí es porque vamos para la iglesia, al rosario. (Suspirando). ¿Para qué nos sirve que papá tenga tanto dinero?

El maestro: Soy el maestro. Estudié en México gracias a una de las becas que nos dio el general Cárdenas; los otros que fueron conmigo, allá se quedaron. Aquí me respetan y tengo amigos (mira sucesivamente al vate, a la otra señorita y al boticario). Quiero hacer algo grande por mi pueblo.

Otra señorita: Estoy en entredicho. Soy un escándalo porque paseo con el maestro por las calles y platico con el boticario que es casado. Los dos me prestan libros y queremos formar, junto con el vate Luna Abarca, un círculo literario. Me gustaría ir a México, a la Normal o al Politécnico, pero no tenemos dinero; aquí vivimos de milagro. Y si aceptara ayuda de mis tíos, el señor maderero y su esposa, luego me lo cobrarían muy caro, cada uno a su manera.

Un indígena (su mujer se adelanta también, detrás de él): Somos indios...

Una turista (con acento extranjero no muy marcado): He venido a Pátzcuaro en viaje de estudios, durante mis vacaciones, en los últimos cinco años consecutivos. Estoy escribiendo una monografía de la ciudad. Este año vino también mi marido. El sí es turista: ni ve, ni oye, ni entiende. De nuestro viaje a Italia, a Grecia y a Egipto no recuerda más que el calor y las moscas. Creo que el año próximo ya no vendrá conmigo, a menos que

olfatee aquí algún buen negocio. Vine hoy porque me invitaron mis amigos (mira al vate, al maestro, al boticario y a la otra señorita) para que veamos juntos al Alcalde.

El cura: Aprendí a hablar el tarasco y ya casi olvidé el latín. Conozco a Michoacán como a mis manos. Nací en Quiroga y recibí las órdenes en el seminario de Zamora. Cuando les llevé a mis superiores un estudio acerca del reparto de tierras desde el punto de vista de la Iglesia, me dijeron: "Mire usted, padre Vasco, no ande jugando con fuego..." y lo archivaron. Cuando quise colaborar con el Gobierno para establecer un museo de artesanías populares, me dijeron: "Mire usted, padre Vasco, el Gobierno es el Gobierno, y usted... manténgase aparte". Siempre obedezco, pero...

El boticario: Boticario sin retortas ni probetas y con medicinas de patente porque ya son otros tiempos; eso sí, chismoso y platicador como siempre ¡a las órdenes de ustedes! Antes de leer *La Voz del Pueblo*, el periódico de mi amigo el vate, la gente pregunta: ¿qué se dice por la botica? Pero más que la botica me interesa la política. Ya lo verán ustedes...

Voceador (sale de los portales gritando): La Voz del Puebloooo... acusa a ex funcionarios por malversación de fondoos... (el boticario le hace señas y le compra un periódico). Se empezarán las obras de pavimentación de las callees... (le compran sendos periódicos el maestro, la otra señorita, el cura y la turista). Famosos artistas del cine vendrán a Pátzcuaroooo... (la primera señorita le compra varios periódicos. Todos leen con interés, haciendo gestos: de aprobación el boticario; de fruición la primera señorita que comenta con su hermana en voz baja, y de censura los otros que comentan, también inaudiblemente, entre ellos. Sale el voceador).

Ejidatario I: Yo y mi compañero (al señalar al ejidatario II, éste también se adelanta) semos ejidatarios y venimos en comisión a ver al Alcalde, que como nació allá de donde semos, los compañeros pensaron que tal vez nos oiga. Tenemos muchos problemas...

Estudiante I: Este, yo y aquél somos michoacanos y estudiamos en la Universidad de Morelia; aquellos otros son de México, de la UNAM (los muchachos no forman grupo: están dispersos entre los demás personajes). Venimos a Pátzcuaro yo no sé para qué. A mí me dijeron: "¿Vamos?" y yo dije "¡Vamos!"

Estudiante II (al estudiante I): ¡Si serán berengo! Nos estás poniendo en ridículo delante de estos señores (señala a los demás actores y a todos los espectadores) haciéndoles suponer que no sabemos lo que estamos haciendo.

Estudiante I: ¿Y a poco tú lo sabes? ¡Vete mucho a... estudiar el pensamiento de Mao...! ¡Chambón! A ver, explícame...

Estudiante III (dirigiéndose al público): Ustedes disculpen, señores, lo que pasa es que ninguno de estos dos tiene conciencia de clase, ni claridad ideológica...

Estudiante II: ¿Y ahora tú, metiche? ¿Quién te mandó venir desde México a inmiscuirte en nuestros asuntos? Por tu culpa se nos echaron encima los periódicos y se nos hizo muy mal ambiente.

Estudiante IV (con la seriedad de un líder estudiantil): Somos universitarios y por lo tanto tenemos la obligación de conocer los problemas que agobian a nuestro pueblo. Michoacán es parte de nuestro país, y como mexicanos, no podemos permanecer indiferentes ante los conflictos que se presentan a cada rato en la Universidad Nicolaíta. Por eso, compañero michoacano, es injusto que nos reproches nuestra presencia entre ustedes.

Estudiante V (en la misma forma que el anterior y dirigiéndose a éste): ¡Compañero! Yo no sólo no les reprocho nada sino que como universitario y como michoacano, estoy profundamente agradecido por la solidaridad que nos han demostrado los estudiantes de otras partes del país. (Al público) Invitamos a estos compañeros de México a venir a Pátzcuaro porque nos enteramos que el Alcalde convocó al pueblo para una reunión con él y queremos conocer cuál será su nueva política. (Antes de retroceder a sus respectivos lugares, el estudiante II le da un empujón al estudiante I, y ambos empujan al estudiante III).

El señor maderero: Nadie tiene más dinero que yo en el pueblo, y ese monigote del Alcaldillo, que es mi sobrino y quiere ser mi yerno, cree que va a poder conmigo. Está deteniéndome el negocio del cemento en que estoy interesado porque ya casi no hay de dónde sacar madera. ¡Quiere presumir de muy honrado! Como decía un general allá en nuestros tiempos cuando hacíamos la revolución: ¿de cuánto querrá el cañonazo? Soy revolucionario de los que se fajaron de veras. ¿No es justo que ahora obtenga mi premio? Ya repartí mis tierras: entre mis hijos, mis hermanos y mis cuñados (se ríe con ganas). Quito y pongo a las autoridades. ¡No faltaba más que permitiéramos que se saliera el poder de nuestras manos! Entonces ¿para qué peleamos?

Voceador (vuelve a entrar corriendo): Se descubre gigantesco negocio con cementoooo... detrás de supuestas mejoras en el puebloooo... (Parándose frente al señor maderero y con insolencia). A usted l'interesa, don Antonio, ¿no mi lo compra? (habla con marcado acento local. El señor maderero se enfurece y hace ademán de golpear al muchacho. Este sale disparado, riéndose, y desaparece).

Comerciante: Aquí mi compadre (señalando al señor maderero) no sabe lo que yo tengo. Y lo que tengo, lo tengo en efectivo en cualquier momento, no como lo de él, tan enredado y tan repartido. A mis bodegas vienen todas las cosechas y desde aquí las aviento ¡a mis precios! En esta vida lo que vale es el comercio... Pude haberle madrugado el negocio del cemento, pero me conformo con llevarlo a medias, porque quiero granjeármelo como futuro suegro. Esa chaparrita tan calladita es la que quiero (mira a la señorita segunda); por ella sigo soltero. Para el negocio del ce-

mento fui yo y no mi compadre quien amarró al socio extranjero, pero este desgraciado quiere la parte del león, y no es justo, ya que nosotros corremos muchos riesgos ¡las cosas están medio chuecas!

El secretario del Ayuntamiento: Quiero ser diputado, por las buenas o por las malas. Tengo mucho aguante y paciencia, y aunque todo sea cosa de suerte, no olvido el refrán: "el que a buen árbol se arrima..." Por eso me verán ustedes bien arrimado y haciendo méritos como secretario del Ayuntamiento. Ahora lo único que me preocupa es quedar bien con todos. En este pueblo, desde el Alcalde para abajo, todos son mis parientes: quien no es mi sobrino es porque es mi tío, y el que no es mi primo es compadre mío.

Voceador (corriendo y gritando): Lean ustedes el artículo "Alcaldada en Pátzcuaro..." reproducido de un diario de la Capitaal... (el secretario lo ahuyenta persiguiéndolo. El muchacho se esconde detrás de una de las columnas de los portales).

El Alcalde: ¡Soy el Alcalde de Pátzcuaro!

Voceador (sale de su escondite, atraviesa el escenario gritando y desaparece por la calle del fondo): El pueblo se reúne hoy con el Alcaldeeee... A ver si de veras lo oyeeee... (Se apagan las luces).

SEGUNDO MOVIMIENTO

COMO en este movimiento el único personaje que habla es el vate Luna Abarca —el poeta periodista— los demás deben poner énfasis en sus respectivas mímicas. Cuando se encienden de nuevo las luces la escena está desierta. Por la calle de la derecha aparece el vate Luna Abarca, quien presentará al público un personaje no presentado aún y que ha permanecido todo el tiempo en la escena: la ciudad de Pátzcuaro. Pasea lentamente su mirada por la plazuela, los portales y la fuente; la detiene en el conjunto formado por el balcón, el muro, el tejado y el piso empedrado.

Vate: Tejas de barro sedientas, ávida cal y seca piedra. Mujeres tras las rejas. (Mirando hacia el fondo de la calle en donde se adivina el lago de Pátzcuaro). La sed avanza, en forma de ribera, sobre una lágrima quieta, sola, inmensa. Recogieron sus alas las mariposas del lago, y sus vientres repletos de blancos peces regresaron a Janitzio en la madrugada. Más tarde los indios los traerán al mercado. (Se adelanta hacia la fuente de la plazuela y vuelve a mirar alrededor). Agua en los contornos del recuerdo, agua en el aire, agua en la tierra. (Se sienta en el brocal del pozo). Marchita está la piel del indio, marchita el alma del mestizo... (se levanta vivamente). ¡Agua! (Comienza un radio a difundir, a todo volumen, sus anuncios comerciales. El vate desesperado se lleva las manos a la cabeza y hace ademanes de súplica dirigidos a alguien dentro de los portales. Es atendido y cesa el ruido. Entran por los portales las dos señoritas muy acicaladas. Las mantillas

de encaje negro sobre las cabezas, en contraste con los vestidos, les da un aspecto híbrido. Todo en ellas parece nuevo, sin estrenar. Sonríen al vate).

Vate: ¡Las violetas escondidas! ¿A qué se debe el milagro? (Tañen las campanas suplicando a los fieles). ¡Ah! Van al rosario... Ya decía yo que ustedes no tenían problemas que tratarle al Alcalde... a menos que sean problemas muy personales... (La primera señorita niega sonriendo). ¡Ah! (alegremente al ver que ella le presenta un libro empastado). Le cumpliré mi promesa de escribirle un pensamiento en su álbum. Con el permiso de ustedes me sentaré a escribirlo (se sienta en el brocal; las muchachas se acercan un poco. El vate interrumpe repetidamente su tarea para mirar a la primera señorita: ella se deja admirar muy complacida. Por los portales entran el maestro y la otra señorita conversando animadamente, pero en voz tan baja que nadie los oye. Detienen el paso al descubrir el grupo junto al pozo, pero siguen hablando entre ellos).

Vate (deja de escribir y lee en voz alta): "La huella de mil años; cincuenta generaciones que grabaron su paso; montañas, cielo y lago ¡eso es Pátzcuaro!" (La señorita primera hace un mohín de disgusto). Usted quería algo más personal ¿verdad? Ya verá... (Escribe de nuevo y lee). "Hermoso escenario que es, para ti Carmelita, un digno marco". (Las muchachas ríen; toman el libro y se ponen a leer. El vate ve a los recién llegados). ¡Amigos! ¿Por qué no fueron anoche a la casa del boticario? Los anduvimos buscando por todo el pueblo. (Los interpelados intentan hablar al mismo tiempo, pero el vate los detiene). Debimos haber redondeado más lo que le diremos al Alcalde. (El maestro le extiende un papel; el vate lo mira). ¡Trabajaron bien! La lista de pueblos está completa. (Empieza a leer en voz alta. Mientras tanto las dos señoritas cuchichean entre ellas; sus gestos y miradas dicen claramente que están hablando de la otra).

Vate: Erongarícuaro, Maravatio, Ajuno (a medida que lee, la música de los nombres tarascos lo embriaga hasta hacerle leer la lista de los pueblos en tono declamatorio, acariciando las sílabas con la voz). Cuitzeo, Yuriria, Ihuatzio, Arúmbaro, Simairao (mientras lee entran silenciosamente los indios; se deslizan a través del escenario y se sientan en un rincón, en el suelo. Nadie los nota). Janitzio, Tzintzuntzan, Irímbo, Yonué, Tzirimícuaro, Hui-murio, Zirahuén, Tzintziro, Cueneo (al terminar de leer repite, ensimismado, algunos de los nombres, alargando las íes) Yuriiiiria, Iriiimbo, Tzirimiiicuaro... (El maestro le quita el papel de las manos y lo vuelve a la realidad, al mismo tiempo que le devuelve el papel, sonriendo).

Vate: Como no fueron ustedes ayer pude hablar a solas con el boticario durante largo rato. Me le abrí de plano, y puedo asegurarles que no me defraudó. El hombre está dispuesto a romperse el alma contra el nudo de políticos profesionales. En cuanto a ese asunto que nos preocupa, no sólo ya me había firmado el manifiesto contra la pavimentación con cemento de las calles, sino que anoche me escribió un resumen de la topografía y geología

de Pátzcuaro, que nos puede ser muy útil. Leyéndolo da risa el cuento de que resultaría muy caro traer adoquines desde Querétaro. ¡Como si hiciera falta traerlos desde allá! ¿Recuerdan cuando excavaron la calle del Espejo? Se encontraron vetas de piedra porosa y compacta, tan grandes, que algunos vecinos vendieron la piedra que continuaba hasta sus patios a varios compradores incluido entre ellos, nada menos, que el Ayuntamiento. ¿Cómo pueden afirmar que aquí no hay piedra? (El maestro lo interrumpe y le dice algo). ¡Sí! Es preciso quitar eso y decirle al boticario que suprima también, en la copia que se guardó, los nombres de los albañiles que nos dieron costos, por metro cuadrado, de piedra ya trabajada e incluyendo el precio de la mano de obra en la colocación de las mismas. Cuando les probemos a estos bárbaros que sería más barato pavimentar con piedra que con cemento, además de que así respetaríamos la tradición histórica y la belleza de Pátzcuaro, tomarían represalias contra los maestros albañiles y sus peones. Sabemos que manejan a su antojo el sindicato. . . (El maestro toma los papeles, busca en ellos y tacha algunos párrafos. Se queda con los papeles).

Vate (soñadoramente): ¡Ah! nuestro hermoso Pátzcuaro. . . (Coléricamente). ¡Pavimentado con cemento! ¿Qué haremos para que esta gente entienda en qué consiste el auténtico progreso? (Entra la turista). Te esperábamos, Dorothy. Muéstranos esas fotografías de las artes populares. (Cambio de sonrisas con todos y apretones de mano en plan muy amigable. La turista saca de una mochila un montón de fotografías y las entrega al vate. El maestro y la otra señorita se acercan a mirarlas).

Vate (barajando las fotografías): Tejidos, cerámica, cobre martillado, lacas. . . Me pregunto: ¿apreciará el Alcalde todo lo que nuestro pueblo hace? (A la turista). ¿Ya se las enseñaste al padre don Vasco? El sabe de estas cosas. Los investigadores de México que las estudian dicen que aquí no han tenido que luchar contra un cura ignorante y fanático. ¡Pobre don Vasco! ¡Cuántos dolores de cabeza le causarán sus superiores por habernos ayudado! Si ya, por lo pronto, le han prohibido decir misa. . . Dorothy: ¿trajiste también las fotografías de las iglesias, conventos y casas notables que se están derrumbando? (La turista las busca y se las entrega. Las dos primeras señoritas no han dejado de mirar insistentemente a su prima y al maestro. Siguen cuchicheando maliciosamente y riéndose, pero dirigen las miradas hacia otra parte cuando su prima trata de saludarlas).

Vate: Buenas tardes, don Vasco. (Por la calle aparece el sacerdote. Se dirige hacia el grupo formado por el vate, la turista, la otra señorita y el maestro, pero lo detiene la segunda señorita que, al verlo, se desprende de su sitio, le toma la mano y se la besa. El sacerdote la bendice). Venga a ver las fotografías de Dorothy. (Aparte al maestro y hablando rápidamente). Muéstrese amable con don Vasco. No sea sectario y comecuras. Guárdese sus resentimientos. ¿No ve que éste es distinto y nos ayuda? (El sacerdote conversa con la turista. Por los portales entra el boticario. Todo el

tiempo estará moviéndose de un lado al otro, primero saludando y después platicando con cada uno de los personajes).

Vate (al boticario, que después de saludar a los de este grupo se dirige a las muchachas): Venga, venga, no se me vaya... que usted es la principal fuente de noticias locales para mi periódico. (Regresa el boticario. Las señoritas primera y segunda se sienten tan excluidas que no saben qué hacer: lanzan piedrecitas en el pozo. Les alivia momentáneamente su incomodidad el boticario, cuando viene a platicar con ellas. El maestro llama aparte al boticario; le muestra los papeles con los párrafos tachados y habla con él en voz baja; gestos de aprobación del boticario. En algún otro momento el maestro le devolverá los papeles al vate).

Vate: Usted qué dice ¿nos oirá el Alcalde? (El boticario enarca las cejas y levanta los hombros en gesto de duda). Porque está duro para él que le presentemos los problemas graves del pueblo (gesto afirmativo y prolongado del boticario. Todos prestan atención al vate). Veremos si son ciertas las promesas de que habrá una política nueva. (Todos ejecutan gestos que traducidos quieren decir: "Veremos..."). Venga, venga, no se me vaya... (el boticario está ya con las muchachas).

Vate (dirigiéndose al público): ¡Ah qué escurridizo este boticario! Pero es buena persona y creo que podemos confiar en él. Queremos hacerlo diputado. (El maestro se le acerca y le dice algo). ¡Es cierto! También el Alcalde es buen muchacho... o ¡era! ¿Quién sabe? Ya lo sabremos... El poder es una ruda prueba para los hombres. Me pregunto: ¿Cuántos de nosotros saldríamos airosos de esa prueba? (mira largamente al boticario; todos los demás lo imitan. El boticario, que ha oído las palabras del vate, se vuelve y se enfrenta, tranquila, confiada y valientemente, a la inquietud y a la duda de todos. Su figura junto al pozo, crece).

Vate (dirigiéndose a la otra señorita): Martita, comentábamos el maestro y yo que su proyecto de creación de becas para estudiantes pobres es magnífico y perfectamente realizable. ¡Ojalá no se le haya olvidado al Alcalde lo pobre que era él cuando estudiaba! La felicito de veras. Esto permitiría diversificar los estudios —ya estamos de abogados hasta la coronilla!— y preparar los técnicos que tanto necesitamos. (Entran por la calle los ejidatarios. Se acercan con timidez).

Vate (a ellos): Por aquí, muchachos. No se me achicopalen. (Explicando a los otros) Estos campesinos vienen desde muy lejos... (Otra vez a ellos). Ya tengo la relación de los ejidos, pero no me entregaron a tiempo y por escrito las quejas. (Los ejidatarios, confusos, se miran).

Vate (comprendiendo): Pero ¡alguien debe saber escribir entre ustedes! ¿o no es cierto, maestro? (Este niega con la cabeza).

Vate (con desaliento y hacia el público): Todo está por hacerse... (a los ejidatarios). No se preocupen, ya ustedes me platicaron sus problemas y les prometo que se los presentaré bien al Alcalde. (Los ejidatarios, que se

habían quitado los sombreros al acercarse al grupo, se los vuelven a poner y, caminando hacia atrás, se colocan junto a los indios sentados en el suelo; allí se quedan también inmóviles, aunque en pie. La turista toma fotografías del grupo éste. Los ejidatarios usan camisas y calzones blancos muy limpios y sombreros de la región; los indios están vestidos como los de alrededor de la laguna. Sin perder su aparente inmovilidad, los indios estarán tejiendo sendas canastas de tule durante todo el tiempo que permanecen en escena. El maestro se acerca al cura. Por la mímica se advierte que discuten, señalando de vez en cuando a los indios. El maestro se acalora; el cura lo calma y siguen discutiendo amigablemente. La otra señorita no pierde ni una sílaba de la discusión y aprueba o desaprueba con la cabeza, alternativamente, a uno o al otro).

Vate (al boticario): Venga usted, hombre. Anoche platicamos tanto (significativamente) y de tantas cosas, que olvidé entregarle una copia del informe sobre hospitales que me dio el médico. A usted le interesa. (Saca unos papeles del bolsillo, los revisa y le entrega unas cuantas hojas). Y a propósito... pero mejor vámonos a aquel rinconcito para hablar a solas. Se dirigen hacia el lado izquierdo de la escena).

TERCER MOVIMIENTO

(**E**L mismo escenario. El vate y el boticario se encuentran apartados de los otros).

Vate: Debo escribir una reseña de este acto tan importante en nuestra vida local para publicarla, si es posible, pasado mañana. Con las fotografías de Dorothy y la ayuda de usted ofreceremos una buena información. Dígame: ¿qué tanto discutían el señor cura y el maestro?

Boticario (riéndose a carcajadas francas): Usted siempre tirándome de la lengua. Oiga ¿y cuándo me empieza a pagar por ayudarle a escribir su periódico?

Vate (medio amoscado): Bueno, bueno... tampoco... así no la llevamos... Usted sabe muy bien qué es lo que quiero y para qué quiero saberlo.

Boticario: ¡Ya a a...! ¿A poco mi distinguido poeta y fino amigo se olvidó de las bromas? (Esto último lo pronuncia con solemnidad fingida. Cambia de tono y continúa hablando con naturalidad). Nuestro amigo el maestro le decía a don Vasco...

(Se apagan las luces. Un reflector ilumina con su círculo de luz el centro de la escena, a donde se han trasladado el cura, el maestro y la otra señorita, en las mismas actitudes que mantenían al apagarse la luz).

Maestro (con tono un tanto petulante, un tanto ingenuo; un poco pedante, otro poco pedagógico): ¡Si no estoy contra usted, don Vasco! Per-

mitáme resumir lo que le he dicho para que juzgue si hay animadversión personal en mis opiniones. Primero: considero que la caridad cristiana está reñida con la justicia social. ¿Por qué? Por las siguientes razones: a) fortalece la idea de que siempre hubo, hay y habrá, por los siglos de los siglos, ricos y pobres, y que, por lo tanto, no existe otra posibilidad más que predicar resignación y humildad en los pobres y caridad en los ricos; b) la Iglesia ofrece premios a los sufrimientos y al buen comportamiento de los individuos en esta vida, pero espera, para repartir tales premios, ¡hasta la otra vida! Y como falta por saber si esa otra vida existe, la realidad nos obliga a buscar la justicia ahora mismo, mientras estemos vivos; c) la doctrina de la caridad cristiana no ataca los problemas en sus verdaderas raíces. Se limita a mitigar momentáneamente, y en pocos individuos aislados, los terribles infortunios de la humanidad. Lo cual equivale a extraer unas cuantas gotas de agua al océano, pero que basta, sin embargo, para tranquilizar la mala conciencia de la buena gente, paralizándole cualquier intento, por pequeño que fuera, en el sentido de investigar las causas reales y luchar por remediar la injusticia social.

Don Vasco (con marcada ironía): Me deslumbra usted con su elocuencia. Por eso permítame que trate de imitar su método de exposición tan claro y tan lógico. Primeramente: en ningún momento dejé traslucir la sospecha siquiera de que usted esté, personalmente, en contra mía. Seguidamente: tampoco juzgo que mi doctrina en este aspecto sea tan incompatible con la suya. ¿Por qué? Por las siguientes razones: a) tenemos la misma preocupación por los mismos problemas, aunque utilizamos diferente lenguaje para nombrarlos; b) la caridad cristiana bien entendida no consiste en dar al necesitado lo que a nosotros nos sobra, sino en promover la armonía y el amor entre los hombres. Finalmente, ¿no me ha dicho usted mismo, en varias ocasiones, que parezco más un marxista convencido que un sacerdote tradicional?

Maestro: Que a veces lo parece ¡sí! Pero que llegue a serlo de verdad ¡eso nunca!

La otra señorita: Yo ya no entiendo nada. En primer lugar... (La interrumpe don Vasco).

Don Vasco: ¿Así que tú también vas a utilizar el método didáctico de nuestro amigo en tu exposición?

Maestro (riéndose): Hago escuela, padre, hago escuela...

La otra señorita (muy resueltamente): No me hagan bromas, por favor. A veces me quedo con las ganas de decir o preguntar algo porque siento que no me van a tomar en serio. ¡Y yo tengo muchos deseos de aprender!

Los dos hombres (al unísono): ¡Por favor, Martita!

Don Vasco: Dinos lo que querías decir.

La otra señorita (ya menos resueltamente): Bueno, pues yo... nada más quería decir... bueno... que me parecía que ustedes habían empezado a hablar de una cosa y que habían seguido con otra. Primeramente (se corrige y dice) digo, al principio, discutían el modo de ayudar a los indios de esta región para que no fueran tan pobres y para que pudieran seguir haciendo las cosas tan bonitas que hacen. Después hablaron de las teorías del comunismo, que son mucho muy interesantes y mucho muy importante comprenderlas, pero yo... la verdad... a mí de momento me interesaba más la conversación acerca de los talleres de artesanías que está formando don Vasco. Y cuando estaba a punto de interrumpirles para rogarles que reanudaran la primera conversación, salió el maestro diciendo que eso era un resumen de todo lo que habían hablado antes. Pues ¿qué tenía que ver una cosa con la otra? (Al notar que tanto el maestro como el cura intentan decir algo, continúa): Un momentito, por favor, permitanme añadir algo más que tampoco entiendo. El maestro siempre ha estado en contra de los talleres de usted, don Vasco, porque juzga que con sus métodos no se logrará la liberación verdadera del indígena, ya que, según él, sus métodos de usted dependen de la caridad de un grupo de señoras ricas de aquí que tratan de aliviar la pobreza de unos cuantos indios, mientras sus maridos siguen causando esa misma pobreza a todos los indios en general y hasta a los que no son indios. Sin embargo, cuando usted me propuso que le ayudara en sus talleres como secretaria y coordinadora, el maestro me aconsejó que aceptara ¿quién lo entiende?

Maestro: Pero...

La otra señorita: Espéreme, espéreme tantito, que ya voy a terminar. Por su parte, don Vasco me dijo que si no le acepto un sueldo mensual retira su proposición. ¡El, que no tiene ni quinto y que vive casi de la caridad pública, arañando los centavos para sostener esa institución que ha fundado! Yo, la verdad, estoy muy necesitada. Quisiera poder ayudar más a mi mamá para que no se pase la vida en la cocina haciendo ates, moliendo chocolate en metate y horneando panes para los días de plaza. Pero también estoy muy necesitada de otras cosas, como darle un sentido a mi vida, hacer algo importante por los demás, y no desesperarme mientras me hago vieja en este pueblo. Entonces pienso que si trabajara con don Vasco y aceptara el sueldo, resolvería mis dos necesidades, además de permitirme ahorrar algo para poder estudiar lo que quiero. Pero para aceptar debo primero convencerme de dos cosas: una, que la obra de don Vasco beneficie realmente a los indígenas, y usted, maestro, me ha metido mis dudas al respecto; la otra, que sea lícito ganar dinero en una labor que constituye una obligación moral para todos y que nos produciría mucha satisfacción espiritual. Bueno, eso es todo lo que yo quería decirles.

(Don Vasco y el maestro se miran sorprendidos. Al intentar hablar al mismo tiempo, efectúan esos ademanes que en la cortesía habitual se tra-

ducen por: "Hágame el favor, usted primero...", "De ninguna manera, después de usted..." Por fin habla el maestro).

Maestro: El asunto es bastante largo de explicar aunque nada difícil de entender. ¿Me permite dejarlo para más tarde, ya que ahora tendríamos que interrumpir la conversación por la llegada del Alcalde?

Don Vasco: Y mal haríamos en sofocarte buscando una solución a ese conflicto que tienes, cuando no sólo la proposición que te hice, sino hasta la existencia misma de los talleres-escuela está dependiendo de lo que hoy se resuelva.

La otra señorita: ¿Por qué, padre? Si hasta ahora usted ha trabajado solo...

Don Vasco: Tú lo has dicho: "Hasta ahora..."; pero llega un momento en que resulta indispensable la colaboración de las autoridades, la coordinación con las gestiones del gobierno, porque tú comprenderás que es imposible, por utópico, tratar de crear una sociedad paralela a ésta en que vivimos, o una sociedad distinta dentro de otra.

La otra señorita: Entonces ¿de qué depende concretamente?

Don Vasco: De la actitud del Alcalde.

El maestro (como un eco): ¡Del Alcalde!

(Se apaga el reflector. Al encenderse las luces, el grupo formado por don Vasco, el maestro y la otra señorita, ha desaparecido del centro de la escena y ocupa su lugar anterior, al igual que todos los personajes. La acción transcurre como antes: todo el mundo conversa en voz baja, inaudiblemente. Sólo se oyen las voces del boticario y del vate).

Boticario: Bien, ya le conté la discusión entre don Vasco, el maestro y Marta. Ahora ¿qué más quiere que le cuente? (Observando al vate que se ha quedado ensimismado). Pero, usted ya ni me oye...

Vate (distráidamente): ¡Cómo no, cómo no! (Sigue pensativo durante unos momentos y dice, como si hablara consigo mismo). Me gustaría oír la explicación que le dará el maestro a Marta. Porque ese conflicto de ella lo tenemos todos, y, la verdad, yo no le encuentro solución. ¿Cómo conciliar nuestras necesidades, intereses, gustos o predilecciones individuales, con las necesidades y los intereses de la colectividad? Por otra parte ¿cómo identificar la satisfacción de nuestras necesidades materiales tan apremiantes con las satisfacciones espirituales que también necesitamos? (Dirigiéndose al boticario que lo ha seguido atentamente en su soliloquio). Dígame con toda la franqueza de amigo: ¿usted cree que mi periódico sirva para algo, sea útil al pueblo, responda a sus intereses?

Boticario: ¡Válgame el cielo! ¡Qué pregunta! Si no lo creyera así, no andaría contándole todo lo que oigo por ahí para que usted después lo publique.

Vate: Usted conoce las penalidades que paso para sacar diariamente el periódico; sabe de mis dificultades económicas; lo pobremente que vivo.

¿Cree usted que yo podría alguna vez ganar dinero con el periódico sin tener que cambiar su línea, su orientación y sus directrices? ¿No será mi torpeza para manejarlo comercialmente lo que me impide ganar un poco de dinero y vivir más decentemente? ¿O es que todo negocio debe ser necesariamente sucio? ¿Cree usted que para hacer algún bien a la comunidad sea absolutamente indispensable sacrificarse personalmente?

Boticario: ¿Y no cree usted que son demasiadas preguntas las que me está formulando? Porque a menos que esté hablando para usted mismo, o pensando en voz alta, déjeme un poco de respiro para pensar a mi vez y tratar de contestar una a una sus preguntas. Y espéreme tantito, que me estoy dando cuenta en este momento de que lo que usted plantea es lo mismo que había en el fondo de las palabras de mi cuñado el comerciante...

Vate: (muy interesado). ¿Sí? ¿Qué le dijo su cuñado?

Boticario: Vino a casa como de costumbre, en plan de visitar a sus sobrinos y de preguntar por la salud de su hermana; pero a mí me latió desde el principio que traía su gato encerrado. Y así fue. Muy casualmente, como quien no quiere la cosa, sacó la conversación acerca de mi negocio de la botica y sobre lo que él llamó "mis comienzos de una brillante carrera política..."

(Se apagan las luces. El reflector iluminará el extremo opuesto al que ocupan el vate y el boticario. Ya sea desarrollándolo en un plano más alto, o con una luz distinta, se tratará de diferenciar este diálogo más antiguo de los otros que han transcurrido unos momentos antes. Ambos personajes aparecen cómodamente sentados en sendas mecedoras).

Comerciante: ... porque para todo se necesita dinero, hasta para ser comunista. Usted no tiene derecho de hacer unos pordioseros de sus hijos sólo por seguir las ideas de esos amigotes que se ha echado últimamente. ¿Qué ganaría usted? Esas ideas serán muy buenas en teoría, pero a ver, dígame: ¿a cuántos obreros y campesinos le dan trabajo esos amigos suyos? A ninguno. ¿Y cómo viven ellos? Muertos de hambre y amargados. Miri: yo no me avergüenzo en reconocer que lo que me gusta es hacer dinero ¡y lo hago! Le doy gusto a mi gusto y vivo muy tranquilamente. Según el padre don Vasco yo le hago daño a mucha gente, pero no considera a cuánta otra gente le hago bien. Miri, cuñado, para ganar dinero siempre hay que sacárselo del bolsillo a alguien ¿no es cierto? Pero también para obtener algo, lo que sea, tiene uno que sacárselo del propio bolsillo. Siempre hay alguien que tiene que pagar por lo que otro hace, y éste por otro, etc., en una cadena sin fin que se va alejando. Entonces hay que convencerse que uno no puede hacer el bien o el mal, directamente, más que al grupo de personas que tiene cerca: los clientes, los amigos, los peones, los criados, y, ¡claro!, la familia. Pensar que se puede hacer el bien a toda la humanidad de una vez, únicamente se les ocurre a los curas como don Vasco; así como soñar con una justicia igual para todo el mundo son berengadas de los comunistas como

el maestro. ¡Pero usted es una persona sensata! No tendría perdón de Dios si desperdicia esta oportunidad de empezar una brillante carrera política apoyado por el señor maderero y por mí. ¡No nos obligue a apoyar a ese menso del secretario del Ayuntamiento que se muere por ser diputado! Si lo hiciéramos diputado a usted, entonces por fin tendría la ocasión de poner en práctica sus buenos deseos de ayudar al pueblo. Podría conseguir que se hicieran caminos, escuelas, fábricas...

Boticario: ... y que se pavimentaran con cemento las calles de Pátzcuaro ¿verdad?

Comerciante: Bueno... también, ¿por qué no? Usted tiene unas ideas románticas muy raras. No ve la realidad y el sentido práctico de la vida. Sólo le pido una cosa, en nombre de mis sobrinos y de mi hermana: que no haga tonterías y piense bien lo que va a hacer. Yo le ofrezco el dinero que necesite para ampliar el negocio de la botica. Me lo pagará cuando pueda. Pone a varios empleados para que le manejen el negocio y se dedica de plano a organizar su campaña política. Voy a volver a hablar de este asunto con el señor maderero, a ver si no le ha retirado su apoyo a causa de sus amigotes...

Boticario: ¿Y contaría también con el apoyo del Alcalde?

Comerciante: Bueno... ése es un verdadero zorro. Nunca dice que sí o que no, a nada. Su tío, el señor maderero, lo está trabajando desde hace tiempo, pero yo le tengo mis reservas porque a ese muchacho le estuvieron metiendo ideas raras en la cabeza, lo mismo que ahora a usted. Sin embargo, no hay que comer ansias, porque ya muy pronto tendrá que definirse...

Boticario: ¿Cuándo?

Comerciante: La semana entrante, en la reunión con el pueblo a la que ha convocado.

(Se apaga el reflector. Todo sigue como antes).

Boticario: ¿Qué dice, mi vate? ¿Verdad que hay relación entre las preocupaciones que usted hizo el favor de confiarme y las reflexiones de mi cuñado?

Vate: Claro que sí. El vive muy en paz consigo mismo y le está brindando la ocasión de que adquiera esa misma tranquilidad, si es que acaso a usted le apetece esa clase de tranquilidad. Por lo que entendí, su cuñado el comerciante le planteó esta disyuntiva: o acepta usted la designación para diputado y el dinero para agrandar la botica, a cambio de ayudarlo a él y al señor maderero en sus negocios, o pierde usted la oportunidad de iniciar una brillante carrera política y sus hijos se volverán pordioseros como nosotros. ¿No es así?

Boticario: Más o menos. Según él no hay ningún conflicto entre mi obligación de ganar dinero para mantener la familia, mis deseos sinceros de ayudar al pueblo y la posibilidad de hacerlo: todo puedo lograrlo a la vez siempre que pague el precio convenido. En otras palabras: que para que

yo pueda ayudar a unos cuantos, debo permitir que ellos frieguen a muchísimos más. Pero según la filosofía de mi cuñado, así son las cosas en la realidad y no se pueden cambiar.

Vate: Mucho me temo que su cuñado tenga razón. Tal como está organizado este mundo en que vivimos, no es más que una trampa sin salida posible. Mire: yo le digo a usted que a mí no me asustan los que quieren cambiar de arriba a abajo las formas de vida. ¿Cómo me van a asustar si no hay otra solución? Lo que no me gusta son los métodos que proponen. Nosotros debemos buscar otros caminos. ¿No cree usted? Le apuesto a que le adivino lo que estaba pensando cuando oía a su cuñado el comerciante. . .

Boticario: ¡Ni que se necesitara tanta perspicacia para adivinarlo, mi vate! Eso lo hubiera pensado cualquiera. . . El Alcalde no puede fallarnos; tenemos que dar juntos la batalla a todos los sinvergüenzas. (Tomando del brazo al vate y en actitud confidencial). Se fijó usted en un detalle muy importante? Mi cuñado no estaba nada seguro (recalca las palabras "nada seguro") de la influencia del señor maderero sobre su sobrino. (Casi con ternura). Aquí en el pueblo todos conocemos a Lorenzo, y nadie puede afirmar que haya dado motivos para pensar que de Alcalde no siga siendo tan honrado como cuando no era Alcalde. (Con entusiasmo). ¡Vamos a ver qué pasa! Yo prefiero esperar. . .

Vate: Tiene razón: yo haría lo mismo en su lugar. Y ahora, mientras esperamos la llegada del Alcalde, siga contándome las conversaciones de los demás.

Boticario: Bueno; no todos tienen preocupaciones. . . digamos tan intelectuales. . . Por ejemplo las muchachas. . .

(Se apagan las luces. El reflector ilumina el centro de la escena, en donde se encuentran las dos hijas del señor maderero).

Señorita primera: Te equivocas al decir que no tenemos vela en este entierro. Sí que la tenemos, grandísima tonta. Mira: oí a mi papá contarle a mi mamá que el negocio del cemento ya sólo depende de Lorenzo nuestro primo, el nuevo Alcalde. Le estaba diciendo que si Lencho no sabe ser agradecido y no le corresponde bien, que ya puede ir haciendo sus maletas. . . para el infierno. Y tú conoces a papá: como ya dejó por la paz la madera y los aserraderos, ahora quiere pavimentar las calles de Pátzcuaro, hacer caminos, edificios, y qué sé yo cuántas cosas más. Si lo dejan es capaz de cambiar hasta la imagen de Nuestra Señora de la Salud por una de cemento. Estoy rogándole a todos los santos para que mi primo le falle, no porque me importe que se pavimente o no con cemento —¡por mí que corte hasta los viejísimos fresnos de la plaza mayor y haga unos nuevos árboles de cemento!— sino porque es la única manera de que Lencho pierda las esperanzas de casarse conmigo. ¡Quiero casarme con quien yo quiera! No soy como tú, que aunque te mueres por estudiar, si te dicen que te cases con el comerciante, obedeces sin chistar y tan contenta.

Señorita segunda: Tan contenta tampoco; pero ¿cómo voy a desobedecer a papá? Y no porque le tenga miedo, como tú me dices constantemente, sino porque pienso que con su experiencia y el cariño que me tiene, él sabrá mejor que yo lo que más me conviene. ¡Y yo ya me voy de aquí aunque tú insistas en quedarte! A mí la reunión del pueblo con el Alcalde ni me va ni me viene.

Señorita primera: ¡Si te digo que eres tonta, retonta! ¿No te das cuenta que Lorenzo nuestro primo te apoya y que es el único en la familia que le ha pedido a papá que te deje estudiar? Si como Alcalde lo favorece ¿tú crees que después le negará nada? Así que espérate nomás, que de hoy dependen tu suerte y la mía. A ver cuál de las dos gana, manita. Si el Alcalde le falla a mi papá, salgo ganando yo; si no le falla, a mí me lleva patas de catre, y sales ganando tú. Pero oye, hermanita, esta vez mi papá no se saldría con la suya, y aunque se muriera del disgusto por el escándalo que se armaría en el pueblo, antes me iría de la casa que casarme con Lencho...

(Se apaga el reflector. Al encenderse las luces las muchachas están en su sitio anterior. El vate y el boticario siguen hablando).

Boticario: (riéndose). ¡Ah qué Carmelita tan avispada y tan atrevida! Bien sabemos todos con quién quiere casarse. ¿O no lo sabe usted, vate?

Vate: ¿Quién, yo? ¡No! ¿Cómo voy a saberlo? Y a propósito de casorios, se me hace que el maestro y Marta...

Boticario: ¡Ojalá y así fuera! Sería lo mejor para ambos; pero lo veo difícil, al menos por ahora, porque el maestro tiene para pronto otros planes. Le oí cuando le decía a Dorothy...

(Se apagan las luces. Aparecen en el centro el maestro y la turista bajo la luz del reflector).

Maestro: ...y si el Alcalde aprueba este proyecto, entonces renuncio al magisterio y me voy a México a seguir los cursos de adiestramiento en el Instituto Nacional Indigenista. No es que no me guste ser maestro; pero es imposible seguir viviendo como vivo. ¿Qué tiempo y qué energías me quedan para dedicarme a lo que siempre ha constituido mi mayor ambición? Aquí no quiero ni puedo colaborar con don Vasco en sus famosos talleres porque no es por ahí que va la solución de los problemas de los indígenas. Con todo y sus buenas intenciones, don Vasco lo único que consigue es complicar y entorpecer una gestión que debe ser científica y racional, fundamentalmente. Es verdad que a últimas fechas don Vasco ha aprobado en parte mi proyecto y que lo apoyará hoy frente al Alcalde; pero esto no cambia en nada mi decisión de trabajar bajo la dirección del Instituto Indigenista. Ahora tenemos que conseguir la colaboración del gobierno local, ya que es éste el requisito exigido por aquella institución federal para enviar sus técnicos. Como ves, Dorothy, mi suerte está dependiendo de lo que decida hoy el Alcalde...

La turista: . . . y la suerte de muchas otras cosas también. Yo cada vez entiendo más a este país en unos aspectos y menos en otros. Llevo años ofreciéndole a la ciudad de Pátzcuaro mi archivo fotográfico, las grabaciones de música purépecha, la colección de trajes indígenas y la de tejidos antiguos y modernos de la región. Lo único que pido a cambio es un local adecuado, la formación de un patronato que maneje la donación y las seguridades de que se vaya a utilizar correctamente todo ese material. Nunca me han hecho caso, a pesar de la buena disposición del Instituto Nacional de Antropología para colaborar con el gobierno local en este asunto. Ultimamente el señor maderero y el comerciante se han ofrecido para hablarle al Alcalde; pero a estos señores les importa un cacahuete mis colecciones. Lo que buscan es que yo no me oponga a que mi marido entre como socio en su proyectado negocio con el cemento. Y como el dinero es mío, y no de mi marido, es fácil comprender el motivo de tan súbito interés por la cultura. Ahora me han renacido esperanzas, ya que, por una parte, tanto el señor cura como usted, con quienes siempre tuve que trabajar por separado y con muchas dificultades, están ya de acuerdo en presentar un solo proyecto al Alcalde. Por otra parte, confío, como muchos, en los buenos antecedentes del nuevo Alcalde y en el reciente movimiento por fortalecer el poder y las funciones del municipio. . .

(Se apaga el reflector; las luces de nuevo iluminan a todos. El maestro y la turista han regresado a sus lugares anteriores. Hablan el boticario y el vate).

Boticario: ¿Y de dónde tanta amistad ahora entre el cura y el maestro? ¿Oyó eso de que don Vasco apoyará el proyecto indigenista del maestro? Se me hace raro. . .

Vate: Pues a mí no tanto. Las vueltas que están dando la Iglesia por su lado, y los revolucionarios por el suyo, no son nada casuales. Yo me quiebro la cabeza tratando de comprender lo que está pasando en el mundo para analizar la política de México y ¡admírese usted!, para tratar de entender lo que nos sucede en Pátzcuaro. ¿Recuerda lo que platicábamos anoche en su casa?

Boticario: Pero ¡si eran cosas de politiquería local!

Vate: ¿Local? Le repito las quejas de un amigo mío, oculista él, contra algunos de sus pacientes: "Se imaginan que los ojos son un par de bolitas dentro de sus agujeros y que no tienen nada que ver con el resto del cuerpo", me decía. Así le contesto yo a usted.

Boticario: Nosotros hablábamos de la posibilidad de mi diputación. . .

Vate: ¡Justamente! Y le vuelvo a preguntar como anoche: ¿con cuál partido? Porque sin el apoyo de su cuñado el comerciante, del señor maderero y del nuevo Alcalde, se le cerrarían las puertas del partido oficial. Supongo que no pretenderá que voten por usted los del partido católico, o los comunistas que, por otra parte, no están registrados oficialmente. Y en

cuanto al otro partido de la izquierda, les sucede lo mismo que al católico, que no han podido sacudirse la tutela del gobierno para escoger libremente a sus propios diputados.

Boticario: Sigo insistiendo en que no veo la relación. . .

Vate: . . .entre su pretendida diputación, la amistad entre el cura y el maestro y lo que está pasando en el mundo. (Se ríe y añade). Parece una adivinanza ¿no es cierto?

Boticario: Casi, casi. . . Y ahora ¿por qué de repente tan serio? Ni que estuviera a punto de transmitirme una gran verdad trascendental.

Vate: A transmitírsela, no; a preguntársela, sí. ¿Por qué ni usted, ni yo, ni el maestro, ni Marta, ni ninguno de nuestros verdaderos amigos es miembro activo de algún partido político?

Boticario: Usted sabe mejor que yo el por qué. ¿A qué viene la pregunta?

Vate: Porque realmente no conozco la respuesta. Nos defendemos diciendo que no tenemos verdaderos partidos; repetimos muchas de las que con seguridad son calumnias contra sus dirigentes, pero andamos al garete sin poder ejercer nuestro derecho y nuestra obligación a la lucha política. Así no llegaremos a ninguna parte.

Boticario: ¿Cómo no! Acabaremos por llegar al partido oficial, como. . . bueno. . . como tantos que conocemos. Y eso de que "andamos al garete" no es expresión suya. Se la aprendimos juntos al señor maderero ¿recuerda?

Vate: Bromas aparte. A usted le convendría platicar alguna vez con los maestros latinoamericanos que trabajan en el Centro de Educación Fundamental que estableció la UNESCO, aquí en Pátzcuaro, en la casa que regaló el general Cárdenas. ¿No se imagina cómo se aclaran las ideas conociendo la política en otros países, sobre todo de nuestro Continente! Comparando lo que pasa aquí con lo de allá y lo de más allá, tal parece que por todas partes se está efectuando una nueva reagrupación de fuerzas políticas que responde más a nuestros tiempos. A veces pienso que nosotros estamos dándonos de cabezazos contra un fantasma, un enemigo que ya no existe. . .

Boticario: ¿Llama usted fantasmas a los enemigos tradicionales del pueblo: clericales, acaparadores, malos funcionarios, etc? Sin ir más lejos, puedo empezar a señalar nombres aquí mismo, en nuestro pueblo. . .

Vate: . . .y yo podría completar la lista. Si por individuos no queda; éstos sobran. Yo pregunto por su organización política, el partido que los agrupe a todos. Y por exclusión: ¿dónde está el partido, o mejor dicho, la coalición de partidos que nos comprenda a todos los militantes, en un sentido ideológico, de la izquierda?

Boticario: Volvemos a lo mismo. Esos partidos existen y a mí me parece que están bien definidos. ¿A poco cree usted que hay izquierdistas en el

partido católico, reaccionarios en el partido de izquierda o comunistas en el partido oficial?

Vate: Todo depende del significado que demos a las palabras izquierda y derecha en política. Porque siempre se está a un lado o al otro de un punto de referencia. Y este punto de partida cambia de una época a otra. Volviendo a lo de antes: ¿con cuáles partidos identificaría al señor maderero, al comerciante, a don Vasco, a usted mismo, a mí, al maestro y a Marta, por ejemplo?

Boticario: Pues... el señor maderero... no olvide que él peleó durante la revolución en las filas michoacanas del general Amaro y que se considera a sí mismo un ilustre miembro de la vieja guardia revolucionaria del partido oficial, lo que no le perdonan algunos románticos contemporáneos suyos, que han formado rancho aparte, y quienes dicen que a este señor le importan más sus negocios que la mística de la revolución. El comerciante, como todos sabemos, ayuda al partido católico bajo cuerda, pero milita ostensiblemente en el partido oficial. Don Vasco, como sacerdote no goza de derechos políticos, pero debería, obviamente, simpatizar con el partido católico, aunque la mera verdad, pensándolo mejor, yo no le veo nada en común con éstos, a no ser la religión, y eso que relativamente. Yo, como usted sabe, estoy y no estoy en el partido oficial, lo mismo que usted. El maestro debería estar, si es que no lo está, en el partido comunista, o, de perdida, en el otro partido de izquierda, y Marta no creo que todavía sepa bien a bien qué cosa es el juego político.

Vate: (riéndose). ¡Vaya con su análisis! Me gusta por preciso. Fulano debería estar en tal parte pero está en tal otra; zutano y mengano están y no están aquí; perengano se avergüenza secretamente de estar allá... ¿Ve lo que le decía? Los que están dentro no están a gusto, y los que están fuera no se deciden a entrar. Mire, mi querido amigo, ¿sabe lo que realmente necesitamos? Algo que pensé aquel día en que el señor maderero nos acusó a usted y a mí de "andar al garet"... (El boticario empieza a reírse maliciosamente). ¿De qué se ríe? Yo no le veo la gracia...

Boticario: No, si no me río del chistecito del señor maderero, sino de lo que sucedió ese día: que acabó usted de arreglarse con la hija y de des-arreglarse con el papá. No me diga que lo más importante fue la parte política de nuestra conversación...

Vate: No; pero ésas no son cosas para andarlas comentando... Si le conté la primera parte que usted no presencié fue porque así, de pronto... tan de sorpresa... (Un poco molesto). Bueno, ya que tuve la debilidad de contárselo, ahora le ruego que lo olvide.

Boticario: ¡Si ya lo había olvidado! Usted fue quien lo recordó...

(Se apagan las luces. El reflector iluminará el mismo extremo del escenario en el cual se desarrolló la conversación entre el comerciante y el boticario. Aparecen el vate y la primera señorita sentados: ella en un sofá



El Voceador de periódicos



La ciudad de Pátzcuaro

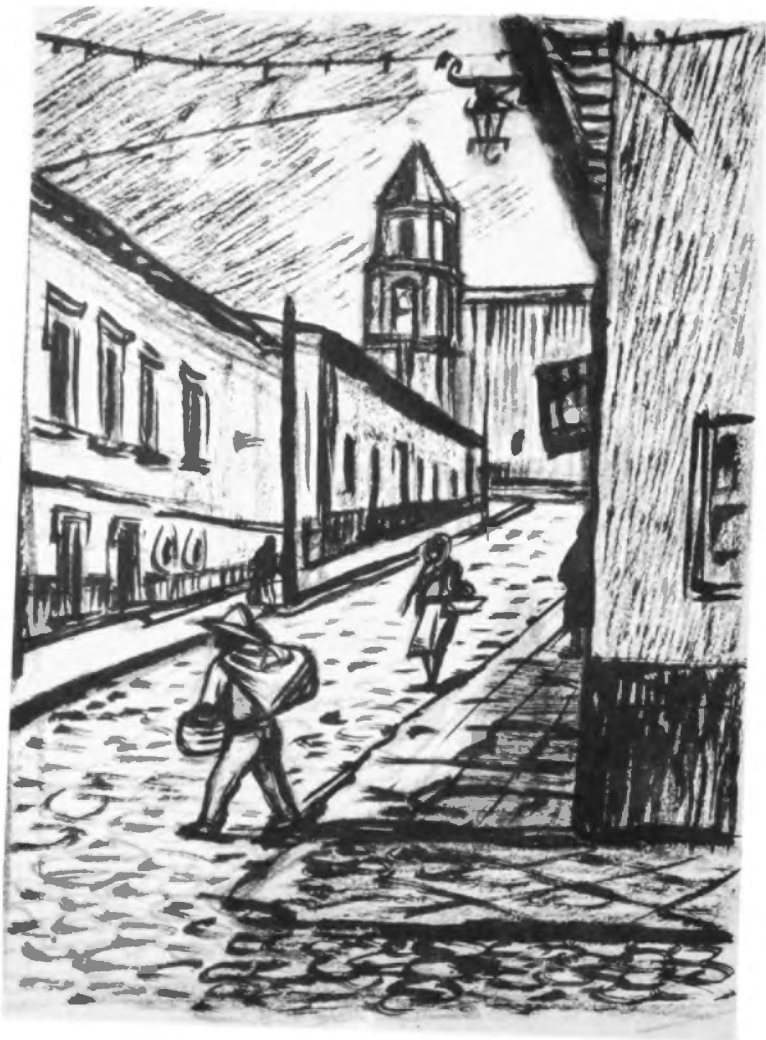




La Plazuela



Los Indios



Las calles del Pueblo



El Maestro



Las Hijas del Sr. Maderero

A de FLORES



La otra Señorita

Una Pareja de indios





La Turista



El cura Don Vasco



El Boticario



Los ejidatarios



El señor Maderero



El Comerciante



El Secretario del Ayuntamiento



El Alcalde de Pátzcuaro

y él en una silla. Hay otras sillas vacías, una mesita y algunos adornos que indiquen lujo y cursilería de una gran sala de la cual éste es un rincón. Los dos personajes parecen incómodamente rígidos. Después de un silencio embarazoso habla ella).

Primera señorita: ¿No desea tomar una copita de rompopo? Lo hicimos aquí en casa...

Vate: Si lo hizo usted, lo tomaría con mucho gusto. ¿Le parece que esperemos a su papá para brindar juntos? (Se quedan de nuevo en silencio).

Primera señorita: Usted fuma ¿verdad? Le mandaron a mi papá unos puros de Veracruz que dizque son muy buenos. ¿Quiere uno? (Antes de recibir respuesta se levanta vivamente y va en busca de la caja sobre la mesita. El vate se levanta también).

Vate: Permítame... (Toman la caja entre los dos. Se miran y se acercan uno al otro. El vate está notoriamente emocionado por la proximidad de la muchacha). Carmelita... yo... yo vine a ver a su papá...

Primera señorita: Ni falta que me lo diga. (Con insinuante coquetería). ¿A poco cree que me hago ilusiones pensando que vino por mí?

Vate: ¡Pero si vine por usted! Quiero decir... a hablarle de usted...

Primera señorita: ¿Y por qué no me lo dice a mí primero? (Lo mira tan intensamente, y se le acerca tanto, que el vate pierde la poca serenidad que le resta).

Vate: Bueno... yo... yo... quería preguntate... si tú... si usted aceptaría...

Primera señorita (explosivamente): ¡Sí! (Lo rodea con sus brazos. El vate, fuera de sí, la abraza, le acaricia la cara, la vuelve a abrazar, le acaricia el pelo).

Vate: Carmelita, Carmelita...

Primera señorita: Antonio, Antonio... (Se oyen voces. La pareja se separa rápidamente).

Señor maderero: Pase por aquí, mi amigo. Me avisaron que ya el vate había llegado. (Se acerca acompañado por el boticario). ¿Cómo te va, sobrino? Hace tiempo que no te paras por esta tu casa. Pues ¿qué te hemos hecho que así nos abandonas? (El boticario le da una palmada en la espalda al vate y saluda ceremoniosamente a la señorita). Hija: ofréceles alguna cosita a estos señores.

Primera señorita: Sí, papá. (Sale. Los demás se sientan).

Señor maderero (al vate): Conque ¿qué pasó? ¿Qué es de tu vida?

Vate: Pues aquí, pasándola no más, tío. Pero ya sabe usted cómo son las cosas: se va enredando un día con otro y no queda tiempo ni para visitar a la familia.

Señor maderero: Puros pretextos. Lo que pasa es que andas por ahí alebrestándome a la gente y no quieres presentarme la cara. (Desde este momento el vate abandona la actitud familiar y el tono afectuoso).

Vate: Si así lo quiere juzgar, así será, don Antonio.

Boticario: (conciliadoramente): Sabe, don Antonio, que le propuse al vate que viniéramos juntos a verlo a usted para tratarle un asunto relacionado con su hija Carmelita, y él aceptó con muchísimo gusto. Me dijo que así aprovecharía la ocasión para saludarlos y que hacía mucho tiempo que quería venir a verlos y que...

Señor maderero (cortantemente): Está bien, está bien; luego hablaremos de ese asunto. Son ya tan contadas las ocasiones en que tengo enfrente a mi sobrino, que no quiero desaprovechar ésta para decirle unas palabritas. Digo, siempre que él no se oponga...

Vate: Las que usted quiera, don Antonio.

Señor maderero: Conque ya no soy tu tío, sino don Antonio... Pues bien, tocayo, vamos al grano. Me parece que te estás metiendo en cosas que no te incumben y que estás mezclando otras que no se deben mezclar. Muy bien que te dediques a promover la cultura en este pueblo; eso te lo agradecemos todos. Y si quieres hacer política, pues ¡qué bueno también! Gentes como tú y el amigo boticario nos están haciendo mucha falta en nuestro partido, del mismo modo que a ustedes les está haciendo falta el partido. ¿Qué pueden hacer sueltos y al gairete? Pero haz cada cosa por aparte, o si quieres juntas, pero no revueltas. Y sobre todo no las mezcles con mis negocios. Estás formando un batidillo que nadie entiende a través de tu periódico. En nombre de la tradición histórica, del arte, en fin, de la cultura, incitas a la gente, tratas de convencer al Alcalde y ya me andas volteando también a este tonto boticario que te hace caso. Pues no sé qué entiendes tú por cultura si estás tratando de impedir que yo haga progresar a este pueblo pavimentándole sus calles. Te crees muy revolucionario, pero quieres seguir viviendo como se vivía durante la Colonia; muy revolucionario, pero no sales de la casa del cura. Y no es que yo tenga nada personal en contra de don Vasco, todo lo contrario: quizá sea él la única excepción que conozco; pero la religión es una cosa y los curas son otra. A éstos tenemos que mantenerlos a raya, como nos enseñó don Benito Juárez. ¿Pues qué clase de revolución es la que buscas? Revolución de verdad la que hicimos nosotros, y para que lo sepas de una vez, la que seguimos y seguiremos haciendo. Pero a nuestro modo, sin que venga nadie de afuera a enseñarnos cómo hacerla.

Vate: Mire, tío, conozco muy bien cómo piensa usted porque lo he oído toda mi vida; pero usted no sabe cómo pienso yo ni cómo piensan otras gentes más jóvenes. Y ahí está lo malo. Por eso no hay entendimiento posible. Yo lo respeto no sólo por ser mi tío, sino por su actuación revolucionaria cuando era joven. Además, usted no es como su compadre el comerciante. A pesar de todos sus negocios, yo sé que no es el dinero por el dinero lo que usted busca, sino conservar el poder que ha adquirido. Lo que quiere es seguir mandando aquí como si todo el pueblo fuera una hacienda suya y

todos nosotros estuviéramos a sus órdenes. Le gusta emprender obras y ayudar a la gente. Y de verdad lo hace: el dinero que le entra por un bolsillo le sale por el otro. Pero eso sí: quiere dirigir siempre y que todo pase por sus manos. Y tío, ¡eso ya no es posible! Ahora la vida es más complicada y las necesidades de la gente han aumentado y se han diversificado. ¿Comprende usted? Lo que andamos buscando los que pensamos así no es nada nuevo ni revolucionario. Es algo tan viejo, tan viejo, que ya muchos lo han olvidado. Se llama democracia. Pero democracia de verdad, no sólo de boca.

Señor maderero: Pues no les fuera a pasar a ustedes lo que a las ranas que pidieron otro rey. Conque quieren más democracia, ¡eh! ¿Sabes tú lo que nos pasaría si dejáramos de controlar las elecciones? Que a lo mejor las ganarían los mochos, los reaccionarios y los sinarquistas. No se puede educar democráticamente a un pueblo de la noche a la mañana; nosotros lo estamos consiguiendo, pero poco a poco. ¿Y sabes lo que podría suceder también? Que no pudiéramos controlar a los extremistas y ellos se adueñaran del país. Y entonces ¿quién detendría a nuestros vecinos del norte? Con el trabajo que nos cuesta ahora mantenerlos tranquilos... Pero por lo visto ustedes no le tienen ningún temor ni a los reaccionarios de adentro ni a los de afuera.

Vate: Posiblemente sea eso lo que más nos diferencia, tío. Nosotros hemos aprendido a confiar más en nuestro pueblo, por una parte, y, por otra, han sucedido y siguen sucediendo cosas en el mundo que nos están enseñando a perder el miedo a nuestros vecinos.

Boticario: Entiendo lo que usted quiere decir. Pero ¿se ha detenido a pensar qué riesgos correríamos, y qué terrible precio tendríamos que pagar si los acontecimientos se precipitaran?

Señor maderero (con satisfacción): ¡Bravo!, mi amigo. Eso mismo estaba yo pensando. Usted y yo acabaremos entendiéndonos... Y a propósito, ustedes venían a tratarme otro asunto, y yo aquí no más quitándoles el tiempo sin escucharlos. Además los tengo a boca seca. (Levantándose). ¡Carmelita! ¡Carmelita! (Entra la primera señorita con una botella y copas en una bandeja. La coloca sobre la mesita y empieza a llenar las copas).

Señor maderero: Conque ¿en qué puedo servirles?

Boticario: Sabe usted, don Antonio, que la Cruz Roja anda de a tiro muy pobre y estamos organizando un festival para allegarle fondos. El comité organizador acordó celebrar un concurso para elegir una reina y se me nombró para que efectuara los arreglos. Ya he visto a muchos comerciantes de la plaza, a grupos de estudiantes, etc., y han salido dos candidatas: una de ellas es Carmelita.

Señor maderero: ¿Oyes eso, hija? (la muchacha sonríe complacida).

Boticario: No es de sorprender; Carmelita es la muchacha más bonita del pueblo...

Señor maderero: ... y tiene un papá que compraría más votos que cualquier otro ¿no es eso? (Al ver que su hija se ha puesto muy seria). No te enojés, hijita, si es una broma, no me hagas caso.

Primera señorita: No, no... estoy pensando en otra cosa... (Con ansiedad, al boticario). ¿Usted y el vate vinieron juntos ver a mi papá?

Boticario: Bueno, no llegamos juntos, pero veníamos a lo mismo. ¿Por qué? (La muchacha se demuda). ¿Qué le pasa, Carmelita?, ¿se siente mal?

Señor maderero: Pero, hija, si no es para tanta emoción. No te creas que te van a nombrar reina de Inglaterra.

Boticario: Yo supuse que como el vate llegó primero, él ya le había preguntado si aceptaría usted... (Se vuelve hacia el vate, y al ver la cara descompuesta de éste, dice) Y ahora ¿qué le pasa a usted, vate? Parece que se pusieron de acuerdo para sentirse mal al mismo tiempo.

Primera señorita (al vate y casi a punto de llorar): Así que eso era lo que usted quería saber cuando me preguntó si yo aceptaría... (Mira fijamente al vate; éste no resiste el evidente sufrimiento de la muchacha).

Vate (con firmeza): ¡Sí, Carmelita! Pero nos interrumpieron y ya no pude preguntarle otra cosa.

Primera señorita (con ansiedad): ¿Qué?

Vate: Lo que usted pensó al principio y que ya me contestó. (La muchacha busca a tientas una silla y se deja caer sin dejar de mirar al vate, con otra mirada distinta, a la cual él corresponde de igual manera. El señor maderero y el boticario cruzan miradas interrogativas).

Señor maderero (molesto y en tono seco): No sé qué le habrás contestado al vate, pero en todo caso debiste haber esperado a oír mi opinión.

Primera señorita (hablando mecánicamente y con los ojos puestos en el vate). Le dije que sí, papá.

Señor maderero (con intención): Me refiero a tu candidatura para reina del festival de la Cruz Roja.

Primera señorita (como un eco de sí misma): Le dije que sí, papá.

Señor maderero: ¿Y qué tal si ahora yo digo que no? ¿Y no crees que también debiste haber esperado a oír la opinión de tu madre?

Primera señorita (recuperando su tono alegre y ligero). ¿Mi mamá? A mi mamá la convenzo pronto para que me ayude a convencerlo a usted, si es que se opone... (Mira al vate con maliciosa sonrisa).

Señor maderero (con el ceño fruncido y de mal talante): Bien, señores. Agradezco mucho el honor que le hacen a mi hija designándola candidata a reina del festival. Pero éstas son cosas que debo consultar con mi mujer, y realmente es ella quien debe decidir. Así que permítanme hablar primero con ella y yo les avisaré. Muchas gracias de nuevo. (Se pone en pie. Los otros lo imitan. Al vate, amenazadoramente). Y tú, sobrino, me gustaría volver a hablar contigo pronto y saber qué has meditado sobre nuestra conversación de hoy. Espero que para entonces ya no estemos tan en

desacuerdo, y, sobre todo, que hayas dejado de andar enemistándome con el Alcalde.

Vate: Pues mucho me temo que seguiremos en desacuerdo, tío. Nuestras diferencias son demasiado grandes para zanjarlas fácilmente. Le ruego que salude en mi nombre a mi tía y a mi prima.

Boticario: Y lo mismo de mi parte. Buenas tardes, Carmelita. Muchas gracias por su atención, don Antonio. (El vate y la primera señorita no se despiden: sólo se miran en silencio. Salen el vate y el boticario. Se apaga el reflector y se encienden las luces).

(El vate y el boticario, ya en su sitio anterior, permanecen silenciosos).

Vate: Está usted muy callado. . .

Boticario: Usted también. . . (Pausa).

Vate: ¿En qué piensa?

Boticario: Si se lo digo se enoja. ¿No me pidió que olvidara ese asunto?

Vate: Bueno, no me haga caso.

Boticario: Me quedé pensando en Carmelita.

Vate: Yo también.

Boticario: En el fondo soy un sentimental sin remedio. ¿Qué ha pasado entre ustedes?

Vate: Nada, que ahora la cuidan peor que si yo pensara robármela.

Boticario: Pues tendrá usted que hacerlo.

Vate: Si no queda más remedio ¡ni modo! Ni ella ni yo quisiéramos forzar las cosas; por eso usted se ha dado cuenta cómo nos tratamos en público. Sin embargo, con todo y lo difícil que me la están poniendo, no me preocupa tanto como otras cosas.

Boticario: Lo imagino sin que me lo diga: es la manera como la han educado.

Vate: Dirá mejor la manera como *no* la han educado. Ella vive en otro mundo muy diferente al mío.

Boticario: Usted puede cambiarla, hacerla a su modo. . .

Vate: Son las ilusiones que nos hacemos los hombres. (Se ríe). Y a veces sucede todo lo contrario: son ellas quienes nos cambian. (Con soberbia) ¡Claro que no sucedería en mi caso! (Entusiasmándose) ¿Verdad que podría intentarlo? (Soñadoramente) Y realmente valdría la pena. . .

Boticario (riéndose): De verdad está enamorado. Lo que no me gustaría es que a través de la hija acabara el padre por domesticarlo a usted.

Vate: ¿Cómo cree? Le tengo mucha rabia a mi tío, y no sé si es más por motivos políticos que por las intenciones que le han salido ahora de casar a Carmelita con el Alcalde.

Boticario: Podría jurarle que es más por motivos políticos. ¿Y sabe por qué? Porque a Carmelita la tiene usted bien asegurada; en cambio duda de su posición política. Cada día se siente más alejado de las gentes como el señor maderero, pero no acaba de decidirse por romper definitivamente

con ellos. Usted cree que le tiene rabia a su tío, cuando en el fondo se tiene rabia a usted mismo.

Vate: Perdóneme, pero su análisis psicológico es demasiado alambicado. ¡Y lástima que no sea cierto! Usted habla de romper o no romper con un partido como solución a un conflicto personal. Eso se llama romanticismo, mi querido amigo. Una posición política se debe adoptar en función de las corrientes y circunstancias de la época en que se vive. Recuerdo que empezaba yo a explicarle lo que a mi juicio necesitábamos en nuestro país, cuando nos pusimos a hablar de aquella memorable visita que hicimos juntos al señor maderero. Pero ahora, si no me vuelve a interrumpir, se lo diré. ¿Sabe lo que realmente necesitaríamos? Que se juntaran lo que pareciera ser el ala izquierda de la derecha tradicional con lo que se ha convertido en ala derecha de la antigua izquierda para formar, ahora sí, el partido de una verdadera derecha moderna. Los residuos indeseables de tal fusión se irían al basurero de la historia, y nacería un partido inédito aún en nuestro escenario mexicano: el partido de la Democracia Cristiana. ¡Imagínese usted! Un partido así calzaría como un guante en el panorama político actual de México, y tendríamos una nueva derecha definida, con un lenguaje contemporáneo. . .

Boticario: ¡Párale, párale! Que me está pareciendo sospechoso tanto entusiasmo por una Democracia Cristiana mexicana. . .

Vate (sin oírlo y siguiendo el curso de sus pensamientos) . . . entonces todos los de la izquierda nos aglutinaríamos en un partido de núcleo indudablemente socialista, pero que rebasaría las limitaciones que le han impuesto o se han impuesto los partidos de la izquierda que ahora existen. (Con entusiasmo) ¿Comprende usted?

Boticario: ¡No! ¿De dónde sacaría usted su Democracia Cristiana y su gran partido Socialista?

Vate (calmado un tanto su entusiasmo por el enérgico ¡No! del boticario) Los sacaría de la caja de Pandora.

Boticario: ¿Cuál caja de Pandora?

Vate: El partido oficial. Se puede meter la mano dentro de él y encontrar lo que se quiera. ¡Allí hay de todo como en su botica!

Boticario: ¿Y los partidos que ya existen?

Vate: Esos se funden o los fundimos.

Boticario: Entonces ¿reduciría usted el número de partidos a solamente dos?

Vate: No. Además de un gran partido Socialista amplio y de una Democracia Cristiana, que llevarían el peso principal del juego político, necesariamente tendrían que coexistir el partido Comunista y un partido de la burguesía reaccionaria que se definiera francamente.

Boticario: Total: casi lo mismo que hay ahora: Una derecha y una izquierda; una izquierda y una siniestra.

Vate: ¡No, señor! Se trataría de un reacomodamiento completo de las fuerzas políticas que se encuentran actualmente mal barajadas unas, o sin instrumento preciso de expresión, otras.

Boticario (mirando fijamente al vate): Se supone que en este pueblo el bromista soy yo y no usted; pero también se supone que quien tiene imaginación es usted y no yo. Me hará pensar mucho... Aunque... ¿no estará usted, por variar, haciendo poesía de la política, mi querido Vate?

Vate: Usted me contó acerca de su último viaje por nuestro Estado; me platicó de sus cambios de impresiones con la gente de Morelia, de Uruapan, de Apatzingán, de Acámbaro y de otros lugares. Me transmitió la inquietud que se siente en todas partes esperando que se defina y se estructure el nuevo movimiento por fortalecer el municipio. Este movimiento lleva en sí algo mucho más profundo, y acabará por imponerse, aunque fracase inicialmente, o aunque su líder se atemorice. No importaría: vendrían pronto otras banderas y otros líderes. Porque no sólo es una renovación del partido oficial, como piensan algunos, lo que se espera, sino el comienzo de las necesarias definiciones. Y fíjese ¿a quiénes oyó usted? Unos eran del partido oficial; otros, sin partido; algunos desilusionados de Liberación Nacional; había hasta simpatizantes de los comunistas, y algunos miembros del otro partido de izquierda listos para dar el cambiazó. Encontró usted idéntica esperanza lo mismo entre liberales que entre católicos. Todo esto ¿no le dice nada? ¿Insiste en sospechar que mis opiniones políticas son poesía pura, como usted las llama?

Boticario: Sí, pero no se ofenda; recuerde que siempre reconozco que yo de usted aprendo muchas cosas. Ya que me ha hablado con tanta sinceridad, sabré corresponderle. (Adoptando un tono confidencial y tomándole del brazo) No se crea, también yo he estado pensando y dándole vueltas a este asunto. Conozco al Alcalde desde que íbamos a la escuela, y por eso sé que a él le simpatiza el movimiento por fortalecer el municipio. Además, esta convocatoria de hoy, con la promesa de iniciar un nuevo estilo de gobierno, y algunos hechos aislados, actitudes y palabras suyas, me dan mucha, pero mucha esperanza de que no nos lo hayan echado a perder. (En tono más confidencial aún y apretándole el brazo) Esto que le voy a decir es sólo para usted: de la actitud y de lo que resuelva hoy el Alcalde depende que yo acepte ser diputado por el partido oficial, a pesar de la repugnancia que me inspiran los padrinos que llevaría.

Vate: Es decir, que entraría usted ya de plano a formar parte del partido oficial, de la familia revolucionaria como se dicen ellos.

Boticario: Sí y no. Lo que pasa es que no me ha entendido bien a bien. Mire, la diferencia entre usted y yo es la siguiente: Usted cree que el progreso político no se logrará si no se diversifican los partidos, lo cual nos llevaría a transformar el régimen presidencialista que tenemos, en un régimen parlamentario que, dicho sea de paso, no tiene en nuestro país ninguna

raíz ni tradición. Y por algo son las cosas como son. A lo mejor esto tiene algo que ver con nuestra manera de ser. Desde nuestros antepasados aztecas y tarascos, o desde el hombre de Tepexpan si se quiere ir más lejos, no ha habido en nuestra historia un solo periodo estable de democracia parlamentaria o de algo que se le pareciera. ¿A poco no le cortaron la lengua a don Belisario Domínguez por andar tomándose en serio como parlamentario? Sin embargo, aunque esta falta de tradición sea mucho muy importante, no es mi argumento principal, porque después de todo, el hecho de que nunca haya existido una cosa no impide que pueda empezar a existir. No. Mis argumentos son otros. Mire, el crecimiento económico de nuestro país y el fortalecimiento de la gran burguesía hará que la diversificación de partidos que anda usted buscando favorezca nada más a los dueños del poder económico. ¿Y sabe a lo que llegaríamos? A algo así como lo que sucede entre los vecinos del norte, que en realidad tienen un solo partido poderosísimo con dos cabezas diferentes que se turnan las riendas del gobierno. ¿Y el pueblo? Muy bien, muchas gracias... El pueblo se ve obligado a escoger entre el millonario fulano o el millonario zutano, escogiéndolo a base de pura propaganda comercial, como quien escoge un nuevo desodorante o unas nuevas pastillas para la tos que se anuncian mucho. Y los partidos de verdadera oposición se verán cada vez más debilitados porque aunque legalmente tengan libertad de expresión, les estará cerrados los medios de expresión porque cuestan mucho dinero. ¿Ve usted?

Vate: Síga, síga por favor, que hasta ahora no me ha dicho cuál es su posición de usted.

Boticario: Bueno, yo, la verdad, no estoy en contra de la existencia de un partido único. Porque eso es en la realidad lo que tenemos aquí. Los dos partiditos legales dizque de oposición, mimados y ayudados por el gobierno, vienen a ser algo así como el ala derecha y el ala izquierda de ese gran aparato burocrático-electoral que es el llamado partido ovidial. Pero no estoy en contra de esta situación porque rechace la idea de un partido único. Todo lo contrario: creo que un partido único poderoso que tuvo origen en una verdadera revolución como la nuestra, y que sirva de sostén a un gobierno progresista y se encargue de la educación política de las masas populares, constituye un enorme avance político. En cambio, la diversificación partidista que usted defiende es más bien un peligroso retroceso político. Fomentar un anacrónico liberalismo político, mientras se rechaza el liberalismo económico, resulta una incongruencia y un asincronismo, si se me permite inventar esta palabra. Yo estoy en contra de la organización y estructura internas de este seudopartido que padecemos. Y de tanta porquería como tiene por dentro. Lo que necesitamos es convertirlo en un auténtico partido y, sobre todo, lograr su democratización interna. Me parece que más claro no puedo explicárselo. ¿Ve usted por qué estoy tan ansioso por conocer esa nueva política que nos ha prometido el nuevo Alcalde?

Vate: Por lo pronto hay algo en que sí estoy enteramente de acuerdo con usted. Creo que debemos apoyar al nuevo Alcalde, colaborar con él, crearle una fuerza política de origen popular que fortalezca el poder local del municipio y le permita al Alcalde cambiar los viejos y desacreditados métodos de gobernar. Naturalmente, todo depende en gran parte de su actitud personal, de la actitud que tome hoy en la reunión a la que nos ha convocado.

Boticario: ¡Eso es! Esperaremos al Alcalde... Oiga, mi Vate, ahí hay otros que también esperan al Alcalde (señala a los ejidatarios y a los indios).

(Por los portales entran en grupo, y bulliciosamente, los estudiantes. Se apagan las luces. El reflector ilumina únicamente al grupo formado por los indios y los ejidatarios que han sido trasladados al centro de la escena y guardan idénticas posiciones que tenían en su sitio anterior).

Ejidatario I: Nos dijeron que si en lugar de más sembráramos duraznu, chirimoya, pera, membrillo, cereza o guayaba, podríamos sacarli entre 15 o 20 toneladas por hectárea, y que con eso viviría muy bien una familia de 15 personas. ¿Cómo lo ve usted, compadre?

Ejidatario II: Miri: los técnicos lo saben porque pa'eso han estudiao. Nos ofrecin dar los arbolitos sin que téngamos que pagar nada por ellos, y hasta nos van a insiñar cómo cuidarlos pa' que rindan más. Pero, compadre, ¿de qué vamos a vivir mientras crecin los arbolitos y dan sus frutitas?

Ejidatario I: Ahí'stá la dificultad. Yo sé que a los del rumbo de San Juan lis ha ido muy bien y hasta han formao una cooperativa pa' vender toda la cosecha junta; les aconsejó un ingeniero que lis mandó el gobierno de Morelia. Lo malo es que no todos téngamos la misma suerti de topar con ingenieros honraos.

Ejidatario II: No siempre es cosa de suerti; a veces, sí; a veces, no. Si pensáramos que sólo es cosa de suerti no estaríamos aquí pa' hablarle al señor Alcaldi y quejarnos de quienes nos dierun el abono mezclo con otras cosas, pa' luego vender lo qui si habían roboo a otros campesinos dueños de parcelas pequeñas. ¡Ah! Pero a la hora de descontarnos el Banco Ejidal, intoncis sí: tanto por el camino, tanto por el agua de riego, y tanto por el abono. Al Alcaldi l'oyin en la Federación y el pudi lograr que nos hagan caso y mandin a investigar lo que pasó. Y si no logramos nada por el abono, por lo menos que resuelva el Alcaldi mandarnos técnicos d'aquí mesmo, que conozcan y sientan nuestros problemas, y nos quiten de muchas ignorancias. Pues, ¿no supo usted, compadri, lo qui les pasó a unos campesinos pobrecitos? Se lo cuento como me lo contaron. Recibieron el abono del Banco Ejidal, pero como no lis explicaron qué cosa era, ni pa' que servía, criyeron que se trataba d'unos polvitos mágicos, y todos los días regaban una poquita en sus casas y en sus vestidos, y se lo untaban a las vacas, a los puercos y a las gallinas.

Ejidatario I: Esas son puras berengadas. ¿Cómo n'uiban a saber qué cosa es el abono? Claro que saber cómo usarlo ya es otra cosa. Volviendo a nuestro asunto ¿cómo mi dijo qui se llamaba esa escuela de Uruapan que haci técnicos? Siempri si mi olvida el nombre, y si me pregunta el Alcaldi y no sé pronunciarlu, va a pensar que mis compañeros escogieron un mal delegao.

Ejidatario II: Si llama Facultad de A-gro-bio-lo-gí-a. La genti dice que los técnicos qui salin d'iahi sólo sirven pa' cuidar bosques. Eso tenemos que preguntárselo al Alcalde. Oiga compadre: l'ixplicó usted al máistro lo del tule?

Ejidatario I: Si ya lo sabía mejor que nosotros. Ultimadamente fue él quien mi lo explicó a mí. Dice que hoy presentará al Alcalde un proyecto pa' que vuélvamos a pagar el tule de tejer al mismo precio que cuando se lo comprábamos directamente a los pescadores del lago, y no al señor comerciante que nos lo revende más caro porque primero lo compra todo. Me dijo también que en su proyecto se habla de comprarnos los petates y los sombreros a nosotros, y las canastas a los del lago, dándonos mejor precio que el que nos paga el señor comerciante. Es un proyecto muy bonito el del máistro y el padrecito don Vasco está d'iacuerdo.

Ejidatario II: Intoncis ¿el proyecto del máistro tieni que ver con los talleres de don Vasco?

Ejidatario I: ¡Pues cómo! Así no nos serviría de nada. Si tuviéramos que venir a los talleres pa' tejer los petates y los sombreros, y los del lago pa' tejer sus canastas ¿quién nos sembraría las parcelas y quién les agarraría a ellos sus pescados?

Ejidatario II: ¡Ah bueno! Así que por todos lados estamos dependiendo del Alcalde. Yo creo que él nos oirá a todos y que nos ayudará. Lo conocí de muchacho allá en el pueblo; siempri' estaba preocupao por los demás y ayudaba a todo el mundo. Qué dice usted ¿nos oirá?

Ejidatario I: Cuando lo vea. Mejor es no hacersi ilusiones desde antes. Esperemos que llegue el Alcalde. . .

(Los indios han permanecido inmóviles todo el tiempo, sentados en el suelo y tejiendo sus canastas. Se apaga el reflector y se encienden las luces. El grupo ha vuelto a su lugar anterior).

Boticario: ¿Ve usted cuántos problemas reales tiene nuestro pueblo? Es como para quitarle a cualquiera las ganas de formular teorías y más teorías políticas.

Vate: Si me lo dice como un reproche, no lo acepto. Es precisamente con base en estas realidades que construyo mis teorías. Oiga: ¿quiénes son csos muchachos que acaban de llegar? Son fuereños ¿verdad?

Boticario: Son tres estudiantes de Morelia y dos de la Universidad Nacional de México. Andan desde ayer por aquí recogiendo adhesiones para no sé que movimiento en la Mongolia Exterior, y firmas para protestar por

el encarcelamiento de unos mineros en una nueva república africana que se llama algo así como Burumbum...

Vate: Burundi, querrá decir. Y estos muchachos ¿piensan quedarse a la reunión con el Alcalde?

Boticario: Pues si a eso vinieron.

Vate: ¿Y por qué les interesa nuestra reunión?

Boticario: A decir verdad, es muy difícil entenderles porque todos hablan al mismo tiempo y dicen cosas distintas. Estuve hablando con todos ayer, pero hoy hablé especialmente con los dos que parecen más serios. ¿Sabe lo que me dijeron? Que somos más peligrosos nosotros que los verdaderos reaccionarios.

Vate: ¿Cuáles "nosotros"?

Boticario: Pues usted, yo, y me imagino que todos los demás que se reúnen hoy con el Alcalde.

Vate: ¿Por qué?

Boticario: Por eso mismo: por la reunión. Dicen que a causa de las ilusiones que nos hacemos seguimos engañados, aguantando y aguantando no más y sin hacer nada.

Vate: ¡Ah qué...! Estos muchachos lo que deberían hacer es ponerse a estudiar y no andar buscando un fuego que no saben cómo prender y que menos sabrían cómo apagar. ¡Vamos a ver qué cara ponen cuando el Alcalde nos responda!

Boticario (mirando fijamente al vate): ¿Tanta seguridad tiene usted en la actitud del Alcalde?

Vate: Bueno... pues... más o menos la misma que usted.

Boticario: En fin, falta poco para salir de dudas. ¡Mire quien viene ahí! (Le da un codazo al vate, mientras que con la cabeza le señala la calle).

Vate (elevando la voz y dirigiéndose a todos): ¡Ya vienen los meros, meros!

(Todos miran en aquella dirección, menos los indios que siguen como ausentes).

Señorita primera: ¡Virgen del eterno parto! ¡Mi papá...! (A su hermana) ¡Córrele... al rosario! (Salen disparadas por los portales. En los momentos en que salen vuelven a repicar las campanas, llamando otra vez a los fieles).

Vate (burlescamente): No se apuren tanto que todavía falta la última llamada...

(Por la calle desemboca el grupo formado por el Alcalde, el señor maderero y el comerciante. A la zaga, con un cartapacio y numerosos documentos, viene el secretario que entra directamente en la sala del Cabildo y empieza a arreglar papeles sobre la mesa en el estrado. Al entrar los nuevos personajes todos los demás despejan la escena, arrojándose a los lados. Los recién llegados caminan con marcada solemnidad y mirando fijamente hacia

ninguna parte; se detienen en el centro de la escena, frente a la puerta del Cabildo y de espaldas al público. Visten de negro. Siguen repicando las campanas; cuando cesan, los tres personajes penetran en la sala. A todos les ha quedado la impresión de que las campanas repicaban por ellos. La turista toma fotografías del solemne momento. Don Vasco, al primer indicio de la llegada de los personajes, se arrima, instintivamente, a los indios; cuando se acercar coloca sus manos sobre la pareja sentada en el suelo. Se enciende el farol de la esquina).

Vate: ¡Vamos! (Entran todos en el Cabildo. Se apagan las luces).

CUARTO MOVIMIENTO

(Al encenderse las luces el escenario ha cambiado. La sala del Cabildo ocupa ahora el primer plano. Los personajes están sentados: el señor maderero y el comerciante en la primera fila, cuyas otras sillas quedan vacías; los demás, en las filas siguientes. Los indios se quedan casi afuera; don Vasco junto a ellos. Todos están de espaldas al público excepto el Alcalde, sentado en el estrado; el secretario, en una silla más baja, y el vate de pie cerca del estrado, con un fajo de papeles en la mano).

Secretario (servilmente): Con la venia de la alta autoridad procederé a la lectura del acta anterior. (Lee) "En la ciudad de Pátzcuaro, y a los siete días del mes próximo pasado del corriente año, se reunió en pleno el Honorable Ayuntamiento para recibir la protesta del nuevo Presidente Municipal, elegido por la voluntad del Pueblo Soberano. Una vez rendidos protesta y juramento, el nuevo gobierno en funciones procedió a ratificar su confianza al señor tesorero del Hache Ayuntamiento saliente, cuya conducta había sido vilmente calumniada por personas resentidas a quienes mueven intereses ajenos a nuestra Gloriosa Revolución. Como muestra inconcusa de confianza, el nuevo gobierno solicitó del señor tesorero (deja de leer y dice) —aquí presente— (Se pone en pie el comerciante y hace una reverencia; la asamblea silba con desaprobación. El secretario efectúa un gesto como diciendo: ¿qué se va a hacer? El Alcalde parece una estatua esculpida en piedra. El comerciante se sienta y el secretario continúa leyendo)... "el nuevo gobierno solicitó del señor tesorero continuar en sus funciones con la probidad y el desinterés de los que siempre ha hecho gala. Se convino, para evitar comentarios apriorísticos, no hacer público tal nombramiento hasta su momento oportuno. Seguidamente, el nuevo gobierno dispuso la creación de una Honorable Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material de la Ciudad, para cuya presidencia se sugirió la persona (dejando de leer, dice aduladoramente) —más idónea en mi parecer— (continúa leyendo) "...del señor Antonio Abarca Miranda (se pone en pie el señor maderero y hace una reverencia. La asamblea grita: ¡Nooo! El secretario vuelve a efec-

tuar el mismo gesto anterior. Sigue leyendo) "... del señor Antonio Abarca Miranda, distinguido agricultor y maderero retirado (una voz en la asamblea interrumpe: ¡Por que se acabó los bosques! El secretario sigue leyendo) "... maderero retirado y ahora progresista impulsor de nuestra incipiente industria local. Como uno de sus primeros actos de gobierno, el señor Presidente Municipal dispuso emprender una nueva política de colaboración del pueblo en la solución de los ingentes problemas de la Entidad (la asamblea aplaude). En lo sucesivo el señor Presidente Municipal oírá cuidadosamente las quejas de los vecinos y tomará en cuenta las soluciones a los problemas que proporcionen las personas dedicadas a su estudio (aplausos prolongados y exclamaciones de ¡Bravo, bravo! Continúa leyendo el secretario). "Se levantó la sesión después de aprobar que se celebrara una reunión pública en fecha próxima con los fines antedichos". (Deja de leer y dice). Siguen las firmas de los miembros del Hache Ayuntamiento de la ciudad de Pátzcuaro. (Después de un instante de silencio el secretario dice). ¿Quién es el primero en el uso de la palabra? (A partir de este momento la acción será muy rápida. El secretario escribirá furiosamente todo el tiempo. Se levanta el maestro, siempre de espaldas al público. Los demás personajes también se mantendrán de espaldas al público al levantarse; el poeta-periodista hablará por ellos).

Vate: No hay suficientes escuelas. Además, los niños de los pueblos no asisten a clases porque tienen que pescar en el lago, traer leña del monte y arar la tierra. Otros, porque no entienden el idioma español. (Se sienta el maestro y se levanta la otra señorita).

Vate: No podemos estudiar los que no tenemos dinero, y hacen falta médicos, maestros y técnicos. (Se levanta la otra señorita y se levanta el voceador de periódicos).

Vate: No me queda otra que vender periódicos o limpiar zapatos. ¿No habrá por ahí otro empleo? (Se sienta el voceador y se levanta la pareja de indígenas).

Indio (dirigiéndose a su mujer): ¡Uaxá! (La mujer obedece y se sienta). Iqui-re-vanda-qua tondo-guarichen-cu-ra cha-va ymacande te cachemsta-va-ca. (Se sienta el indio y se levanta la turista).

Vate: No hay suficientes hoteles, ni guías, ni caminos, y si siguen destrozando el ambiente típico ¿a qué vendremos a Pátzcuaro? No hemos de venir de tan lejos para ver lo que allá tenemos. (Se sienta la turista y se levanta el cura).

Vate: Los pobres son cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos. ¿Dónde están las enseñanzas de Cristo? (Se sienta el cura y se levanta el boticario).

Vate: El poder es un botín para los que llegan. Queremos autoridades capaces y honradas. (Se sienta el boticario y se levantan los ejidatarios).

Vate: La reforma agraria sin créditos y sin ayuda técnica es un cuento. (Se sientan los ejidatarios y se levanta el señor maderero).

Vate: ¡El progreso es cemento! (Se sienta el señor maderero y se levanta el comerciante).

Vate: ¡Libertad para la iniciativa privada! (Se sienta el comerciante. El secretario deja de escribir y se desploma, cansado, en su silla. El vate, sin moverse, extiende los papeles hacia el Alcalde. Este sigue impertérrito. Hay una pausa. El ritmo de la acción se normaliza).

Vate: Las soluciones a nuestros problemas han sido estudiadas y aquí se las presentamos. (El secretario se repone y se apresura en recoger los papeles que presenta el vate). Queremos una vida mejor y más digna sin salirnos de los cauces de nuestra propia historia. Entendemos el progreso como perfeccionamiento y adaptación de nuestras tradiciones. (Dirigiéndose al señor maderero y al comerciante). Queremos que el cemento sirva para levantar fábricas y nuevas escuelas en lugares adecuados y no para sepultar un pasado que nos singulariza y un presente que en aquél se afirma.

Señor maderero (señalando acusadoramente al vate): ¡Retrógrado!

Comerciante (en la misma forma): ¡Comunista!

Secretario: Calma, señores, la Patria nos necesita unidos. (Mira a todos muy satisfecho porque le salió muy bien su frase). Sigamos la discusión con orden. El señor maderero, Presidente de la Hache Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material de la Ciudad, ha entregado a esta secretaría unas declaraciones que desea hacer públicas. (Media reverencia al Alcalde). Con la venia del señor Alcalde procederé a su lectura. Dice así el documento del señor maderero: (Lee) "Nos habíamos abstenido de hacer públicamente el menor comentario o contestar los infundados ataques y maliciosas publicaciones, porque siempre lo hemos considerado innecesario. No obstante, y habiéndonos enterado del artículo denominado *Alcaldada en Pátzcuaro*, reproducido en el diario *La Voz del Pueblo*, hemos de referirnos a lo que se ha dado en llamar "problema de Pátzcuaro", y, especialmente, al artículo antes mencionado (todos vuelven la cabeza en dirección del vate Luna Abarca). Debemos lamentar el poco escrúpulo que han tenido para reproducir lo que personas interesadas, malinchistas y perversas han propalado, dando un panorama totalmente diverso de la realidad. La realidad es que no podemos seguir viviendo a la zaga de otros pueblos más progresistas que nos dan el ejemplo (el comerciante aplaude. El secretario deja el papel y comienza también a aplaudir, pero deja de hacerlo cuando todos vuelven los ojos hacia él; se hace el disimulado. Continúa leyendo) ... "de otros pueblos más progresistas que nos dan el ejemplo. Lo que en mi concepto ha dado lugar a que se dé publicidad a tales infundios es la mala fe, el interés personal y la venganza política de, entre otros, el boticario del pueblo (todos vuelven la cabeza hacia éste) cuyas tortuosas ambiciones políticas son de todos bien conocidas (satisfacción mal disimulada del secretario; continúa leyendo. "La

Presidencia de la Hache Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material de la Ciudad, que me honro en ocupar, y la Presidencia Municipal, en la persona del señor Alcalde (efectúa una reverencia en dirección a este último), ha programado como obras de mejoramiento la pavimentación de concreto de las calles que conectan directamente la entrada y salida de la carretera nacional. . .

Una voz cualquiera (imitando la voz del secretario): Para que las hijas y las esposas del señor maderero no se rompan los tacones de sus zapatos. . .

Otra voz (en el mismo tono): Para que entren más fácilmente los camiones de carga y descarga de las bodegas del comerciante que vive cerca de la plaza. . .

Otra voz (idéntica a las anteriores): Para que no se maltraten las llantas del Cadillac del señor Alcalde. . .

Secretario (sin inmutarse): . . . de las calles que conectan directamente la entrada y salida de la carretera nacional sin que se incluya todavía la mayor parte de la calle de la población, que se conservan y se mantienen con el aspecto típico y colonial que han tenido. . .

Una voz: ¡Llenas de basura!

Otra: ¡Sin drenajes!

Otra: ¡Con las venerables piedras sueltas!

Secretario (como si no hubiera oído, sigue leyendo): "Refiriéndome al artículo publicado en *La Voz del Pueblo* el día de ayer, debo decir para su director Antonio Luna Abarca (todos vuelven los ojos hacia el vate) . . . que al conocerse el dizque (irónicamente) sustancioso documento elaborado por los dizque (con más ironía aún) beneméritos ciudadanos, presididos por él, y que integran la Junta de Conservación del Aspecto Típico y Colonial de la Ciudad, se les pidió asistir a una reunión con las autoridades y vecinos notables, a la que sólo asistió uno (recalca la palabra "uno") de los miembros de dicha Junta. . .

Una voz: ¡Los tienen asustados!

Otra: ¡Quítenle primero la pistola al señor maderero!

Secretario: Calma, señores. Esto es una sesión solemne, no es un mitin. (Busca la aprobación del Alcalde, mas éste no le presta atención. Sigue leyendo). ". . . Como la abstención de asistir de los miembros de la Junta de Conservación del aspecto Típico y Colonial de la ciudad de Pátzcuaro no puede interpretarse de otra manera que como aprobación de nuestro proyecto ya en vías de realización, y en vista de la entusiasta solidaridad del pueblo (deja de leer y dice): patente en esta nutrida reunión. . .

Voces: ¡No, no, no!

Secretario (sigue leyendo): ". . . hemos decidido pedir al señor Alcalde continuar las obras emprendidas, que marcarán un hito en el camino ascendente de nuestro pueblo hacia el progreso. La posteridad se lo agradecerá eternamente. . .

Una voz: ¡Ya cállate...! Que hable el Alcalde...

Coro de voces: ¡Sí... que hable... que hable... (Pausa).

Vate: Señor Alcalde: estamos aquí porque hemos creído en su promesa de iniciar una nueva y distinta política. Nosotros ya hablamos. Ahora tiene usted la palabra. (Se sienta el vate. Expectación general. Se pone en pie el Alcalde con gran prosopopeya y se limpia la garganta de la carraspera).

Alcalde: Yo... (carraspea)... ustedes (carraspea más fuertemente)... ¡La Patria (tose)... nuestros problemas... (suspira). ¡Ay! el País... la agricultura... la industria... el progreso en alianza... ¿cómo? ... como un solo hombre (carraspea)... ¿cuándo ... el pasado... el presente... el futuro (tose)... raza de bronce... (suspira). ¡Ay! un arduo camino (se pone un dedo en la boca en gesto de pedir silencio) sh sh sh sh sh... por el centro (saca un pañuelo y se suena la nariz)... ¡los destinos! (puja con esfuerzo)... en la hora decisiva... ¡no! (con énfasis) ¡sí! (con duda) ¿quién sabe? (aparte y como para sí mismo) ¡jijos! ya me hice bolas... (se repone). ¡El enigma!... nuestra sangre (suda; se limpia la frente con el pañuelo)... un día... se sabrá... el trabajo fecundo... creador... la unidad... la constitución... las leyes... la legislación... los legisladores... legislando... legalmente... (suspira). ¡Ay! sin doctrinas exóticas... ¡Nosotros! ciudadanos viriles... estuvimos solos... estamos solos... estaremos solos... hasta el fin de los siglos... amén... m m m m m m m... ¡No!... ¡jamás!... sudor... lágrimas... y un día... campanas... tan... tan... tan... tilín... tolón... clarines... tarará... tarará... (vuelve a ponerse el dedo en la boca) sh sh sh sh sh... todos juntos... gritaremos... chiqui ti pun... a la bim bom ba... a la bio... a la bao... ¡el Alcalde, el Alcalde!... ra-ra-ra...

(Ejecuta un gesto magnífico y se queda inmóvil en esa posición).
(Larga pausa).

(En medio de un marcado silencio, se van poniendo en pie cada uno de los personajes).

Secretario (recoge apresuradamente los papeles dispersos y dice): Señores: el señor Alcalde había nombrado previamente una comisión con el objeto de estudiar y dictaminar sobre las soluciones que ustedes proporcionarían para los problemas de nuestro amado pueblo. Como los integrantes de dicha comisión, el señor maderero y el señor comerciante, están aquí presentes, haré entrega formal de los documentos a los señores mencionados. (Hace además de entregarlos, pero se adelanta el vate y se los arrebató. Nadie dice una palabra. Salen el secretario, el comerciante y el señor maderero, rápidamente y en fila, uno detrás de otro. Los demás salen en grupo compacto, lentamente, sin hacer el menor ruido. Antes de salir, se vuelve el maestro hacia el público y dice, sordamente y con rabia).

Maestro: ¡No nos seguirán engañando por mucho tiempo! (Pausa. Rompe el silencio un coro de carcajadas teatralmente burlonas: son los estu-

diantes que salen de últimos; las carcajadas siguen oyéndose cada vez más lejanas hasta extinguirse).

(En la escena se han quedado solos el Alcalde y el vate. Aquél, inmóvil sobre el estrado y en la actitud estereotipada que le dejó el último gesto magnífico de su discurso. Este, cabizbajo y con gran desaliento. Hay una larga pausa. El vate se yergue, avanza lentamente hacia el proscenio y dice, dirigiéndose al público).

Vate: ¡Era verdad la promesa de que habría una nueva política! Ahora nos permiten hablar, hablar, hablar...

(Cae, compasivamente, el telón).

Libros y Revistas

LIBROS

Por *Mauricio DE LA SELVA*

KEWES S. KAROL, *China: el otro comunismo*, Edit. Siglo XXI, S. A., 521 págs., México, D. F., 1967. Colec. El Mundo del Hombre.

La obligación del hombre informado de nuestros días es, precisamente, recoger hasta donde le sea posible opiniones y puntos de vista útiles para explicarse mejor los acontecimientos políticos y sociales que preocupan cotidianamente a los pueblos del mundo. Vietnam, la Revolución Cultural China y las diferencias surgidas en el campo socialista redondean algunos de tales acontecimientos. Por eso, pocos libros resultan tan oportunos como este del polaco Kewes S. Karol, ya que en sus páginas no sólo se interpreta lo esencial de los tres hechos citados sino que se esbozan aproximaciones para el entendimiento de otras circunstancias no menos graves.

Los editores de Siglo XXI han incluido, con mucho tino, en su sección Sociología y política el volumen *China: el otro comunismo*, libro que su autor denominó —para la edición francesa del año pasado—: *La China de Mao: el otro comunismo*. La traducción del francés al español se debe a Francisco González Arámburo. El volumen se compone de seis capítulos, una pequeña cronología, anexos y fotografías tomadas por Marc Riboud. Los anexos, en número de cinco, no sirven sólo para abultar el tomo sino que proporcionan documentación como, por ejemplo, los datos acerca de las comunas visitadas por el autor o el texto de la entrevista hecha a Chou En-lai, por supuesto, sobre lo dicho hay algo más que motiva la importancia del libro escrito por Karol, una parte del párrafo final del capítulo seis, "China y el mundo", ilustra al respecto:

Como quiera que se vea el porvenir próximo, se encuentra este dato fundamental: China se halla en el centro de la política mundial y demasiadas cosas dependen de ella para que podamos contentarnos con condenarla y con desconocerla. Lo oportuno, más bien, sería intentar comprenderla.

A fin de lograr esa comprensión, el autor desarrolla sus tesis examinando esta disyuntiva vinculada con la actualidad: ¿estamos en presencia de una grave enfermedad política del régimen de Mao Tse-tung o se trata, simplemente, de un fenómeno armónico con una crisis natural de creci-

miento que conducirá a fortalecer a la República Popular China? Karol se inclina por lo segundo.

Sometido a ese optimismo, el autor describe a la China comunista dentro del marco de su historia y de sus problemas fundamentales, sirviéndose para ello de sus experiencias directas adquiridas en 1965 durante los cuatro meses que permaneció en territorio chino. Podría pensarse que ante la vertiginosidad con que se han producido los hechos y sucesos de la política china, este libro ha envejecido durante 1966 y lo que va de 1967; sin embargo, no es así porque el enfoque para su elaboración partió del interés que despiertan dos fenómenos: el impulso y organización de la nueva sociedad basada en una superación moral que, por lo mismo, no descansa en ventajas materiales para el presente, y el culto sin precedentes que al líder Mao Tse-tung le rinde su pueblo.

Y que no ha envejecido lo confirma el Prólogo de Kewes S. Karol escrito para los lectores de la edición mexicana, fechado en París el 15 de febrero de 1967, y donde se aprecia que sucesos de este mismo año, como los ocurridos en Shangai a principios de 1967, no invalidan el propósito esencial confesado por el autor, o sea, facilitar al lector la obtención de datos ciertos para que pueda orientar sus razonamientos.

En otras palabras, los capítulos de este libro han sido integrados observando un antiguo principio con el que no se pretende engañar a nadie puesto que implica una justa y adecuada llamada de atención: no juzgar en forma sencilla los objetos y los hechos apreciados sólo en su apariencia, y en el caso de China, donde hasta la apariencia es complicada quizá por nuestra falta de orientación, tomar en cuenta que el análisis, la penetración y la exigencia crítica resultan premisas forzosas que, si bien garantizan la honradez del opinante, después de todo, no testimonian ausencia de equívocación.

¿Cuál es la objetividad de Kewes S. Karol para exponer sus puntos de vista sobre la política y el desarrollo social de China? Podemos deducirla tanto de las palabras de Bouteflika dichas en Argelia a Chou En-lai ("es un periodista amigo de todas las revoluciones") como de su aborrecimiento del estalinismo que a ratos lo conduce a confundir éste con la URSS. Ahondando, el autor es un escritor honrado que trabaja y escribe no en favor o en contra de China, sino de sus propios prejuicios nacidos al calor del descontento que le producen sus divergencias ideológicas; por otra parte, sus experiencias no agradables forjadas durante los siete años —época de la Segunda Guerra Mundial— que vivió en la URSS lo animan y enfilan en su exposición a restar simpatías al esfuerzo soviético. En cualquier capítulo que el lector señale puede localizarse esta casi deformación exegética de Kewes S. Karol, la que, sin embargo, no anula posibilidades de certeza en datos crudamente expuestos; respecto a la orden de salir de China que los técnicos y expertos soviéticos recibieron de su Gobierno, Karol escribe:

Los chinos, como he visto, hablan mucho hoy de esta "calamidad rusa" de 1960 y afirman que su industria sufrió daños más graves que si hubiesen padecido una invasión armada... El bloqueo económico es el arma a la cual se recurre para derrocar al régimen de un país sin atacarlo militarmente: se comprende que los norteamericanos se valgan de ella contra China, pero ¿qué interés podría tener Jruschev en asfixiar a China?... No era la primera vez que la Unión Soviética se ensañaba contra un país hermano. Doce años antes, en 1948, Stalin había establecido el bloqueo de Yugoslavia pero, antes de tomar esta decisión había hecho excomulgar a Tito por la Kominform, en la que estaban representados nueve de los más grandes PC europeos. Las sanciones aplicadas por Stalin no perjudicaban, pues, a camaradas, sino a "traidores" y el derrumbamiento del régimen de Tito había reforzado a la iglesia de Stalin... cuesta trabajo comprender que Jruschev, después de haber reprochado severamente a Stalin el "gran error de 1948" haya cometido el mismo, pero en escala monumental.

El periodista polaco advierte, a fin de que el lector no desconfíe de los hechos expuestos en *China: el otro comunismo*, que él no ignoraba los recursos de que disponían los chinos para "informarle" o permitirle información sólo acerca de lo positivo, pues recordaba perfectamente cómo se procedía con los extranjeros que visitaban a la URSS cuando él vivía allí, o sea que únicamente le dejarían obtener datos útiles para escribir sobre una visión de China propia para la exportación; así sus conocimientos, se preocupó de neutralizar aquellos recursos y burló cualquier sutil presión; no obstante, quizá el peligro de engaño para quien lea no es dicha posible propaganda neutralizada por Kewes S. Karol, sino la tendencia de éste a sacar victoriosa a China de una comparación histórica con la URSS.

OSKAR LANGE, *La economía en las sociedades modernas*, Edit. Grijalbo, S. A., 290 págs., México, D. F., 1966. Colec. Norte.

Esta obra del eminente economista polaco ha sido traducida del alemán al español por Mireia Bonfill; su título, en la edición original polaca, es más amplio: *Tendencias del desarrollo y de la economía en las sociedades modernas*. Oskar Lange, nacido en 1904 y muerto en 1965, es de sobra conocido en los medios de su especialización en América y Europa; su criterio, afirmado sobre una concepción marxista de la economía, puede no ser compartido por quienes perseveran en sentido opuesto, pero es observado con respeto debido a la honradez con que defiende las exposiciones de sus argumentos.

Quizá, como un modesto homenaje al autor fallecido a principios de 1965 la casa editora de *La economía en las sociedades modernas* reitera, en distintas partes del libro, una serie de datos biográficos de Oskar Lange: sumándonos a tal posibilidad no resistimos copiar algunos de esos datos:

las exigencias del horizonte cultural de Lange no sólo le hizo iniciarse con Marx, Engels y Kautsky sino también con los naturalistas Darwin y Haeckel; más adelante, le llevó a interesarse en el estudio de la antropología, la historia de las religiones, la filosofía comparada, la sociología, los estudios orientales y la lengua china; en la Universidad de Cracovia se inscribió para estudiar historia social, derecho y economía; ahí mismo, 1931, comenzó a servir como profesor de estadística; luego, 1938-45, sirvió la cátedra de teoría económica en la Universidad de Chicago. De regreso en su patria fue nombrado, 1946, Embajador de la República Popular de Polonia en Washington, y hasta 1948 fue delegado de Polonia en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; cuatro años después fue nombrado miembro de la Academia de Ciencias Polaca; más tarde, 1955 y 1957, fungió respectivamente como miembro y como presidente del Consejo de Estado de la República Popular de Polonia. Entre 1957 y 1959 fue presidente de la Comisión Económica Europea de la ONU. Desde 1937, año durante el que publicó *Sobre la teoría económica del socialismo*, escribió más de una decena de libros.

Por lo que de sus datos biográficos deducimos, Oskar Lange tuvo la oportunidad de compenetrarse de dos épocas (guerra y posguerra) y del funcionamiento de dos sistemas económicos: su talento, ya puesto a prueba cuando rebatió a Ludwig von Mises —de la Escuela de Economía Política de Viena— sosteniendo la validez e innegabilidad de la economía planificada socialista; realizó su mayor esfuerzo al abordar las cuestiones económicas como una problemática indivisible de nuestro tiempo. Eduard März, en el Prólogo a la edición austriaca de *La economía en las sociedades modernas*, escribe:

Lange se ha ocupado de los decisivos problemas económicos, sociales y políticos de nuestra época. Como que ha adeptado, tal vez como ninguno de los principales científicos sociales de este siglo, las mejores tradiciones académicas de dos mundos aún separados por motivos de desconfianza e incompreensión, se halla destinado en gran medida a inducir a los dos bandos a una mejor comprensión mutua. Para que la era de coexistencia creadora de conflictos dé lugar, lo más pronto posible, a una era de cooperación.

Al parecer, esta comprensión así como su interés por perfeccionar los métodos, instrumentos esenciales, principios y "disciplinas matemáticas auxiliares de una planificación socialista" absorbieron buena parte de la mentalidad estudiosa de Lange; lo cual, durante su exilio en los Estados Unidos, indujo a los ociosos poco observadores a difundir que el economista polaco se esforzaba en presentar la formulación de una nueva corriente de la teoría keynesiana.

La economía en las sociedades modernas reúne artículos que el autor preparó en distintas épocas, y tiene en su favor que no se trata de artículos sólo comprensibles para el economista puesto que la intención que los anima

se dirige al entendimiento de un círculo más amplio de personas; los grupos temáticos dan cuerpo, fundamentalmente, a tres partes del libro: Socialismo, El desarrollo económico y Teoría económica. Un cuarto apartado sería el que denomina Perspectivas, donde cabe el socialismo como humanismo y el papel de la ciencia en la sociedad socialista.

Tanto las partes anotadas como el cuarto apartado giran —descartadas sus inconfundibles diferencias— alrededor de cambios socioeconómicos advertibles mundialmente en nuestro momento; Oskar Lange reduce esos cambios a "un común denominador" equivalente a la coexistencia y enfrentamiento del socialismo y el capitalismo, recurriendo casi siempre, para servir una mejor explicación, a reiterar el origen, crecimiento y madurez del sistema socialista imperante ahora en una extensa parte del mundo.

Lange anota que la situación histórica se complica no sólo por la rivalidad de los órdenes sociales en pugna antes dichos, sino también por el resurgimiento o aparición de un orden más, orden representado por los pueblos coloniales que van emancipándose y que buscan un camino acertado para recuperar el tiempo de la involuntaria frustración histórica, un instrumento efectivo que dentro de la libertad actual les conduzca al progreso economicosocial; este orden, como ya suponemos, no es otro que el identificable como Tercer Mundo, observador multinteresado de las dos vías a seguir: capitalismo o socialismo.

El autor hace ver que el progreso económico y cultural de los países socialistas ha influido e influye en los países industriales capitalistas; asimismo, que la realización en los campos de la economía y de la técnica de los primeros han sorprendido e impresionado a los segundos, especialmente al que está a la vanguardia de éstos: Estados Unidos; sorpresa e impresión que sin duda procuran transformar en un aprendizaje para mantenerse con decoro a la altura del desarrollo que manifiesta el sistema rival; "ha aceptado —escribe Lange— la lección del socialismo y habla de planificación económica y de política de crecimiento consciente".

El economista polaco asegura que la competencia del capitalismo y el socialismo va, finalmente, a resolverse en el Tercer Mundo, sin dejar de sellar que antes de que se alcance tal resolución las influencias recíprocas de progreso de los tres órdenes constituyen un signo que caracteriza a nuestra época. Huyendo de la parcialidad, Lange reconoce también los adelantos técnicos y científicos de los países capitalistas utilizados en la estructuración industrial de los Estados socialistas.

Para acercarnos a la idea que el autor procura darnos como eje de comprensión de los artículos recogidos en *La economía en las sociedades modernas*, vale releer estos dos párrafos:

En todo caso, podemos decir que, actualmente, no se pueden estudiar ni las leyes de desarrollo de la economía y la sociedad capitalistas, ni las tendencias del desarrollo de los países capitalistas, sin considerar el socialismo y los

países socialistas. Esto es aún menos posible en los países del Tercer Mundo, donde la pugna entre socialismo y capitalismo se manifiesta claramente.

Actualmente, el mundo se ha convertido en una unidad. La correlación entre las fuerzas sociales diferenciadas comprende todo el globo. El problema del desarrollo social de los pueblos nunca se vio determinado internacionalmente en tan alto grado como lo está actualmente, puesto que todos los grandes problemas sociales y económicos son comunes a grupos de países e incluso a continentes enteros. La unidad del mundo se ve reforzada por las nuevas condiciones que ha creado el desarrollo de la técnica nuclear, cuyos efectos ponen en peligro la subsistencia de la civilización y la cultura, e incluso las condiciones biológicas necesarias para la existencia humana... Resolver de una forma amistosa, sin peligro de desencadenar una guerra atómica, los problemas de desarrollo de los pueblos y las contradicciones y conflictos con ellos relacionados, se ha convertido en una necesidad vital. Así, el afianzamiento de la coexistencia pacífica se convierte en la tarea fundamental del momento presente.

H. LABORIT, *Del sol al hombre*, Edit. Labor, S. A., 154 págs., Barcelona, España, 1967. Nueva Colección Labor, Núm. 1.

Miguel Crusafont Pairó, catedrático de Paleontología de la Universidad de Barcelona, revisó la traducción que de la edición francesa hizo Fernando Gutiérrez y escribió el prólogo alusivo tanto a los méritos indiscutibles del doctor Laborit como a la finalidad que persigue en los ocho capítulos que integran la presente obra. En dicho prólogo, se nos anticipa que el autor, reconocido por sus investigaciones mediante el Premio Lasker, vincula su exposición a una verdad generalizada como es el transcurrir de la vida gracias a la energía solar. En efecto, el investigador francés preocupado por el desarrollo constante de las estructuras de los seres vivientes, de su organización jerárquica, examina la interacción energética que se entrecruza del medio ambiente a los elementos atmosféricos y que, con la determinante energía solar, teje la infinita "red de la fenomenología" animada en la bioquímica y la biofísica.

El plan calculado a fin de comunicar a los lectores los conocimientos que Laborit recoge en *Del sol al hombre*, plan que considera el desconocimiento de la materia por parte de los lectores no especializados, es sin duda lo que otorga valor al libro, ya que el autor nos introduce a un mundo de dudas no siempre inobjektivas, a "un cosmos secreto, incomprensible en su finalidad", derivante en aprehensión literaria y no en búsqueda científica. Laborit preside sus reflexiones partiendo del pensamiento de Blaise Pascal frente a las interrogaciones de la ciencia: la desesperante situación dolorosa del hombre en cuanto criatura que no puede explicarse a satisfacción la complicada trama que oculta el mundo que lo rodea.

Inspirado en tal maestro y asistido sin duda por una subconsciencia religiosa que lo lleva a sugerir el infinito como secuencia mágica y no como

consecuencia de lo finito, o sea lo desconocido como sucesión coherente de lo que hasta aquí conocemos, Laborit se pregunta—sin reparar en el peligro de mezclar lo científico con lo metafísico—: ¿el conocimiento racional de ahora justifica el pasado del hombre?, ¿somos dueños de todos nuestros conocimientos?, ¿existe en realidad la historia?

Con ese punto de vista reflexivo, el autor francés propone, sin exponerlo directamente, estudiar, investigar, agotarse en la seguridad de que la conclusión más reciente a que se haya llegado quizá no es siquiera una referencia de la relación entre la imagen y su acusado objeto; no debemos confundirnos, asegura, aun cuando nos servimos de instrumentos tales como las palabras puesto que ellas apenas significan aspectos parciales de las cosas.

Ese ponernos alerta, en la forma planteada por Laborit, puede conducir a una trama de anarquía o a un retroceso histórico en los estímulos de la investigación científica; sin embargo, si el lector se previene contra la asechanza que podría inducirlo a meditaciones del medievo o a esperanzas de finalidad metafísica, es posible que extraiga elementos cognoscitivos enriquecedores de su ámbito cultural.

Ya prevenidos de las personalísimas tendencias del autor para comunicarnos sus interpretaciones e ideas, podemos leer ejerciendo nuestro propio criterio, informarnos con una suprainterpretación y hacer a un lado, por ejemplo, que ante el reclamo de "haber mezclado aquí y allí a Dios a la mecánica de un determinismo dialéctico que algunos encontrarán desesperante", Laborit responda que "Dios no puede ser sino lo real" y que como sólo tiene acceso científico a lo desconocido "ha evitado hablar de lo real". Asimilado este punto de vista, el lector está a salvo.

Las relaciones de los seres vivientes con la gama compleja y múltiple de los fenómenos del cosmos, difícilmente son expresables —asegura Laborit— a través del tiempo con los mismos conceptos; cambian éstos como también aquellas relaciones ya que igualmente cambian las impresiones transmitidas "por el tosco intérprete de nuestros sentidos"; así, las impresiones que limitan la comprensión del mundo exterior indicando temperatura, forma, sonido, color, dimensión, sólo refieren una relación con la realidad de un momento; es decir, realidad que mañana podrá no ser o ser, "por el tosco intérprete", alterada.

Incluso en los casos en que la reiteración de los fenómenos en un mismo sentido otorgan derecho al investigador para establecer el principio científico, éste debe ser considerado como una expresión de la realidad y no como la realidad, ya que de ella siempre tendremos *sólo* aproximaciones; simplemente —cree H. Laborit—, ilustremos nuestro pensamiento recordando cómo en la actualidad los conceptos de espacio y tiempo han sido reinterpretados debido a la mecánica cuántica y a la teoría de la relatividad.

CHARLES ALLEN SMART, *Juárez*, Edit. Grijalbo, S. A., 521 págs., Barcelona, España, 1965. Colec. Biografías Gandesa.

Los méritos que deben exigírsele a una biografía de Benito Juárez dependen de un buen número de puntos de vista que conformen el criterio del autor, pero sobre todo, de aquellos que en forma autocrítica contribuyen a llenar el grueso del libro aportando nuevos datos o nuevas interpretaciones acerca del biografiado; esencial es, sin duda, la novedad, aunque no sea absoluta; y ya se sabe que hay un conjunto de datos históricos que son insoslayables, a los que siempre el biógrafo o el historiador habrá de recurrir.

El autor, un escritor estadounidense, publicó en 1963 la primera edición en inglés titulada *¡Viva Juárez!*, de la que fue traducida al español por Angel Arnau; como se ve, el libro fue elaborado pensando en una mentalidad norteamericana como público lector, razón por la que Allen Smart acepta que la obra tuvo que sujetarse a "algunas restricciones", o mejor dicho: a alguna censura que se trata de justificar tanto porque "los mexicanos parecen haber olvidado el papel que jugó la Doctrina Monroe en su liberación (1867) y que los defendimos en dos guerras mundiales... que los estamos defendiendo incluso ahora y que la Alianza para el Progreso es un tremendo esfuerzo en favor de la democracia a la que dedicó Juárez su vida entera", como porque "por nuestra parte, parecemos haber olvidado que bajo el mandato del presidente Polk robamos la mitad del suelo mexicano en 1846-48, que el presidente Buchanan y compañía, insatisfechos, querían más aún, y que nuestra actuación desde la época de Juárez no ha sido en modo alguno irrepachable".

En las dos posiciones que tales palabras revelan se descubre al medio la propia del autor, que no es otra que la de un hombre liberal empeñado en elaborar la biografía de un Juárez ubicado no siempre dentro de su estricto marco histórico y sí, a ratos, bajo el enfoque de un entendimiento romántico.

Charles Allen Smart expone cómo se decidió a escribir su Juárez; según nos informa esperó treinta años para reunir los recursos económicos que le permitirían dedicarse a estudiar la figura y trascendencia del patriota mexicano; más o menos la mitad del tiempo de los diez años anteriores a la publicación del libro vivió en México, se documentó en cinco diferentes archivos y en una respetable biblioteca, conversó con gentes informadas sobre el tema y visitó, con excepción de Chihuahua y Ciudad Juárez, todos los lugares donde el prócer residió.

Entre los libros referidos a Benito Juárez que atrajeron la atención del autor éste menciona el publicado por Justo Sierra hace sesenta años y el del norteamericano Ralph Roeder hace casi veinte años; sin embargo, afirma que para su propósito ambos no le sirvieron dadas sus respectivas orienta-

ciones de ensayos políticos, y más bien le ayudó el *Epistolario* de Jorge L. Tamayo.

Allen Smart se pronuncia en favor del respeto a la veracidad histórica, su exhaustivo trabajo se aleja de la biografía novelada y opta casi por la interpretación de lente fotográfica; añade al mérito de lo veraz la incorporación de cierto material inédito relativo a "la esposa de Juárez y la acción naval que tuvo lugar en 1860 en Antón Lizardo; pero hay otros detalles y pormenores que los eruditos podrán apreciar por sí mismos, si se toman la molestia de leer esta obra con atención".

Quizá, como ya atrás lo apuntamos, por estar originalmente dirigido a la mentalidad norteamericana el libro presenta una "limpieza" conceptual que raya a veces en una envidiable ingenuidad; por otra parte, no debemos perder de vista la forma peculiar y literariamente narrativa para informarnos de las secuencias históricas, las cuales, en honor a la verdad, están investigadas a conciencia en una pletórica documentación.

STUART CHASE, *El estudio de la humanidad*, Edit. UTEHA, 417 págs., México, D. F., 1966. Colec. Manuales, Núm. 335/abc.

Esta primera edición española fue traducida de la segunda inglesa (1963) por Andrés M. Mateo. En nuestro idioma, los estudiosos de las ciencias sociales disponen, a partir de la distribución de este libro, de un esfuerzo cuya comprensión presupone no sólo el dominio de las llamadas ciencias de la conducta sino también la especialización del autor en el campo de la economía.

Desde la primera edición —indudablemente menos acabada que la segunda— los críticos y comentaristas más autorizados saludaron con entusiasmo la aparición del libro, no dudando en calificarlo de obra clásica en el estudio de las ciencias sociales por ofrecer un material científico de primer orden al conceptuar novedosamente las relaciones del hombre con sus conciudadanos. En 1948, varios autores coincidieron en admitir que se trataba de la aparición de un "libro clásico", de un "libro novedoso" y de un libro viable para ser considerado uno de los de más influencia en aquella década.

Para la segunda edición el autor tuvo tiempo de afinar muchos conceptos, de investigar de nueva cuenta bastante del material recogido originalmente, obteniendo como resultado que el libro creció más de una tercera parte. El entusiasmo que despertó la primera edición se extendió a la segunda, los calificativos y las adjetivaciones favorables no le fueron regateados. ¿Cuál es el origen de tal entusiasmo? ¿Qué aporta de novedoso el libro?

Más que las conclusiones a que pueda llegar el autor, en *El estudio de la humanidad* hay otros aspectos que resultan apreciables; entre ellos, la claridad en la presentación de temas y datos técnicos a tal punto que son asimilables por las personas más desprevenidas en las respectivas especializaciones, y —quizá el aspecto de mayor relevancia— la facilitación de una seleccionada serie de datos coleccionados por investigadores sociales durante la Segunda Guerra Mundial.

Stuart Chase se encontró de pronto con la oportunidad de su vida; el material precioso estaba ahí, surgido por las presiones de intereses y urgencias relacionados con el desgaste de aquella conflagración ya concluida; la posguerra planteaba nuevos problemas a la humanidad, especialmente a los Estados Unidos. El material acumulado planteaba, a su vez, su propia problemática entendida en una interrogación: ¿Las ciencias sociales se concretaban a la especulación o en realidad servían al progreso de la sociedad?

Con el filón investigado durante la guerra y con las necesidades apremiantes de la posguerra el autor se apresuró a planear su libro en veintiocho capítulos, algunos de los cuales nos dan, a través de sus denominaciones, una idea de los casos seleccionados según las capacidades y conocimientos de Stuart Chase: Escalas científicas, Variedades de la ciencia social, El concepto de cultura, Valores comunes de la humanidad, Leyes del cambio social, Forma de tratar a los hombres, Causa y remedio de las huelgas, La ciencia de las encuestas, Etapas de sondeo de la opinión, Algunos instrumentos económicos, Notas sobre el comportamiento político y Las ciencias de la comunicación.

El estudio de la humanidad se preocupa por demostrar que "el método científico es aplicable tanto al hombre como a su mundo y recorre, dentro de sus páginas, una serie de conceptos que van desde el intento de definición de lo que es ciencia social hasta la comprensión de que las ciencias sociales aplicadas sirven para reparar los trastornos causados por la tecnología a la sociedad. Con este criterio, Stuart Chase define la ciencia social como "el uso del método científico para resolver los problemas de la conducta humana", definición con la que difícilmente muchas personas pueden estar de acuerdo, pero que Chase suele respaldar cuando en forma simplista dice:

Yo suelo imaginarme al científico social como un hombre pertrechado de un cuaderno de apuntes, que observa la conducta de la gente. Puede observar lo mismo una asamblea municipal de Nueva Inglaterra, que un motín religioso en la India o una escuela de enfermeras de Pasadena o un campo japonés de concentración. Quizá la imagen que me represente con más vívidos colores sea la del hombre del cuaderno en la fábrica Hawthorne, de la Western Electric Company, tratando de averiguar, en un experimento famoso en el mundo entero, qué es lo que hace trabajar a los obreros...

Con ese mismo simplismo, más adelante, en el capítulo "¿Es la economía una ciencia?" pone en duda la efectividad de la economía, valiéndose para ello de quince predicciones económicas que no se cumplieron y que no son, viéndolo bien, sino quince excepciones sujetas a generalidades de errores de cálculo o de falsas exégesis.

Repitamos entonces que no son las conclusiones a las que llega Stuart Chase lo que concede mérito a su libro, puesto que ellas siempre se traducen en el soslayo de los verdaderos problemas de la humanidad originados en las deformaciones económicas que causa el sistema capitalista, al que Chase en ningún momento se atreve a señalar. Lo importante de *El estudio de la humanidad* radica en que pone a la disposición de los estudiosos un material investigativo que de otra manera tal vez aún sería inalcanzable.

Por lo demás, el gran manipuleo de datos por parte de los investigadores sociales durante la Segunda Guerra Mundial sólo conduce a pensar en la seriedad con que los monopolios norteamericanos consideraron, en aquel momento, organizar la vida de la ciudadanía para sujetarla a un nivel de dominio que estuviera a la altura de sus intereses.

WALTER L. SLOCUM, *Sociología agrícola*, Edit. UTEHA, 531 págs., México, D. F., 1964. Colec. Ciencias Sociales.

Aunque editado en 1964, este volumen de Walter L. Slocum —profesor de Sociología Rural en la Universidad del Estado de Washington— que tradujo del inglés al español Mario G. Menocal, empieza apenas a circular entre nosotros durante 1966. Slocum se preocupa aquí de estudiar varios aspectos sociológicos de la vida en las granjas estadounidenses.

El autor, después de nueve años de ausencia de su cátedra (1951) e insatisfecho con los libros de texto sobre sociología rural de los que entonces se disponía, decidió escribir su libro a fin de exponer resultados armónicos con la realidad sociológica de la agricultura en los Estados Unidos, para lo cual procedió a organizar e interpretar el material investigado durante cincuenta años por estudiosos norteamericanos de las ciencias sociales y por sociólogos rurales.

Slocum no se aparta del marco expositivo general ya utilizado por otros autores norteamericanos, pero sí presenta la variante de considerar los conceptos sociológicos únicamente como medios para ganar cierto entendimiento del problema. En el análisis de éste "enfoca la agricultura norteamericana como una ocupación y una manera de vivir. No sólo subraya los cambios recientes y los que están produciéndose aún en la agricultura y en la vida de las granjas, sino también el fondo social y cultural sobre el cual hay que evaluar dichos cambios".

Los cambios, por supuesto, están ligados con los campos de especiali-

zaciones diversas observables en la agricultura, lo que implica la urgencia de mayor información sobre las zonas social y cultural relacionadas con aquéllos; por otra parte, el sociólogo señala que la necesidad de dicha información se acentúa si tomamos en cuenta que la población agrícola disminuye y son, por lo tanto, cada día más las personas que pertenecen a sectores sin experiencia en la agricultura; ha pasado el tiempo en el que las generaciones norteamericanas crecían con la experiencia rural formando parte de la personalidad.

La finalidad e importancia de esta *Sociología agrícola* las apreciamos sabiendo que está dividida en cinco secciones: La población rural, La cultura herencia del pasado, Los progresos sociales aspectos dinámicos de la vida, Los sistemas sociales redes de relaciones y Desarrollo de las comunidades; y que a su vez, las secciones se subdividen en veinticinco capítulos que contienen, entre otros aspectos, las características y tendencias de la población rural, las migraciones de la población agrícola, las contribuciones de emigrantes de las capas de nacionalidad extranjera, la integración y el control sociales en el ambiente agrícola, los procesos de interacción en la población rural, las granjas familiares y otros sistemas de organización de granjas, grupos primarios informales, organizaciones formales voluntarias, sistemas religiosos rurales y sistemas de gobierno: locales, estatales y federales.

En el libro, como ya se ve, se analizan factores sociales y culturales que concurren en las vidas de quienes se vinculan con la agricultura, abordando por igual los procesos dinámicos que los sistemas de relaciones verificados por individuos y grupos; asimismo, la participación de éstos en sistemas de mayor ámbito como la Iglesia, el Estado y la nación. Al analizar los factores culturales se hace como resultante de haber investigado parte de las fuerzas que influyen en las decisiones y actos de los individuos dedicados a la agricultura.

No obstante que las páginas de este volumen recogen la intensidad de un estudio esencialmente agrícola, se procura recurrir a comparaciones con sectores de población alejadas por completo de las rutinas de las granjas, ello con la idea de ayudarnos "a comprender mejor las características singulares de la vida en las granjas norteamericanas, así como los aspectos que aquélla comparte con la vida urbana y con la de las personas que habitan las regiones rurales pero que no se dedican a la agricultura".

Esta *Sociología agrícola*, como casi todos los textos o tratados de sociología, está portentosamente ilustrado en lo conceptual para el planeamiento amplio de problemas sociales, pero no ahonda en ningún momento respecto a los orígenes de dichos problemas y el camino a seguir para emplear las debidas soluciones; así, Walter L. Slocum, maneja un caudal de elementos que se antoja envidiables en cuanto al conocimiento de la problemática sociológica agrícola, mas no adelanta nada respecto a la investigación de las causas de ésta.

De tal manera, los lectores nos encontramos con párrafos en los que se nos dice que "muchos granjeros son muy ingeniosos para resolver los problemas que surgen en su propia granja", pero que también "no todos los granjeros norteamericanos han tenido éxito... están escasamente instruidos y mal albergados y su producción es apenas suficiente para que puedan cubrir las necesidades de su vida"; sin embargo, las investigaciones realizadas por los científicos durante el último cuarto de siglo ha beneficiado a la agricultura norteamericana, beneficio que condujo —y aquí surge nuevamente la problemática— a un aumento tan colosal de la productividad "que el gobierno federal ha promulgado leyes para la regulación de las cosechas y el mantenimiento de los precios, y las mismas han afectado mucho la libertad de los granjeros. Todavía se está muy lejos de llegar a una solución respecto a la disposición de los excedentes agrícolas, y el promedio de los ingresos de los granjeros sigue siendo muy inferior al de las personas que se dedican a otras actividades". Con todo, y a fin de que consideremos estas complejidades como males menores e insignificantes, Slocum, poco sagaz, reactiva su científica parcialidad y recurre a expedientes como éste:

En contraste con este cuadro, aún hay muchos millones de personas dedicadas a la agricultura en las zonas subdesarrolladas del mundo que producen muy poco, o nada, para el mercado. Estos individuos cultivan parcelas pequeñas, con técnicas primitivas. Son analfabetos y están sumidos en la pobreza, y su vida se caracteriza por el trabajo constante, el azote de la enfermedad y, en muchos casos, el hambre y la muerte.

VIOLETTE LEDUC, *La mujer del zorrillo*, Edit. Sudamericana, 103 págs., Buenos Aires, Argentina, 1967.

Esta es una novela traducida del francés por Enrique Pezzoni, es un relato de ternura, desamparo y soledad, un relato donde los objetos que rodean a una mujer de sesenta años de edad casi cobran vida para concederle alguna compañía. Ubicada en un pobrísimo cuartucho de París, la protagonista divide su presente entre los recuerdos de una infancia y una juventud pródigas y la preocupación burda de no dejarse vencer por la miseria. Para esto cuenta con dos posibilidades; la primera consiste en hacer rendir el máximo a los comestibles de que dispone:

Apoyaba dos dedos aquí y aquí, allá y allá. Su frente: su situación, auscultaba. ¿Tostadas o paq blanco? Las tostadas cuestan más, pero se conservan. ¿Podría vivir con un cuarto de tostada por día? Los que ayunan durante cuarenta y cinco días no mueren. Come poco todos los días, ¿de qué puede quejarse? Y hasta puede contar con esa gota de agua que cae a intervalos regulares.

La segunda posibilidad es "el zorrillo", esa piel vieja que encontró sumergida en un bote de basura pero que se ha convertido en su orgullo, su confidente, su "ángel", su niño, su toque de elegancia sobre el desteñido y relumbroso abrigo verde y bajo el abollado sombrero que cubre la cabeza cana; con todo, "el zorrillo" es la esperanza de conseguir dinero en el empeño o en la venta; sin embargo, como su deterioro no transmite la otra riqueza, la subjetiva que le concede su dueña, es rechazado y vuelve con él a la lóbrega habitación donde sufre una crisis nerviosa por su mala acción: los objetos, los muebles viejos, se rebelan, le reclaman el mal comportamiento, la traición que significa haber intentado vender al "zorrillo".

Y ella, nerviosamente destruida, inconsolable pero firme en el autorreproche, se expresa así ante "el zorrillo":

Angel mío, no estés triste. Angelito. Inocente. Quería separarme de ti por dinero. No han querido saber nada contigo. Le besaría la mano a quien no ha querido saber nada contigo. Angel mío, angelito, me he enterado de lo que ya sabía, acabaremos juntos la vida. No me separaré nunca de ti. Te aprieto, uno tiene fríos cuando lo han maltratado. Calientate, estamos más cerca que dos candelabros sobre una chimenea.

El relato está contado sin más mecanismo que el de la imitación del proceso mental del único personaje para trasladarse del presente al pasado; el hambre, el frío, la soledad, la angustia, las ratas, el animalito que hace crujir la madera, la animación de los objetos, constituyen recursos técnicos que confunden las agradables figuras del recuerdo con las sombras chinasas del delirio.

MARIANO GRANADOS, *La estrella y el camino*, Edit. Finisterre, 61 págs., México, D. F. 1967.

La poesía de este volumen puede ser calificada de desconcertante en lo que se refiere a temática; Granados se muestra anárquico, místico, celeste, terrestre, seguro de la vida, temeroso de la muerte y, al final, indeciso ante lo que forma su existencia.

Los poemas, elaborados en construcciones libres y en sonetos imperfectos, oscilan respecto a lo que comunican entre *la estrella y el camino*; el recorrido subjetivo va del barro a la nube, de la roca al lucero; el hombre no se finca en sí mismo y sólo cree "encontrarse" invocando monótonamente la palabra "Dios". *La estrella* es el sueño; el *camino*, la vida; huir de ésta para refugiarse en aquélla es, precisamente, equivocarse porque nadie se realiza en aquél; sin embargo, más que para la reflexión el poema sirve aquí para la evasión; la poesía está al servicio del sueño y el sueño al de la poesía; así, el autor puede escribir lo para otros incomprensible.

Pero olvidemos, si es que resulta posible, tal actitud y leamos estos versos referentes a la niñez:

Me persigue mi infancia,
y el dulce niño de otros tiempos
se duerme en mi regazo, acurrucado
al calor de mi pecho.
Míralo, amigo mío, está en mis brazos,
huérfano, casi yerto.
Está solo y sin brillo,
solo ya, en el espacio y en el tiempo.
Soy yo en mi soledad, solo y desnudo,
pequeño, muy pequeño.
Soy yo en mi soledad.
Soy yo en mi sola soledad sin término.
Soy yo en mi soledad, solo y desnudo,
sin diálogo posible con un viejo.

Me persigue mi infancia,
y ahora el tiempo
que volaba como un pájaro esquivo
se remansa. Está quieto.
Anonadadamente quieto.

Ya no oye. No pasa. Me traspasa.
Me deja en el espejo.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

BIBLIOGRAFÍA ARGENTINA DE ARTES Y LETRAS, Fondo Nacional de las Artes, Director: Emilio Villalba Welsh, Núm. 31, diciembre, Buenos Aires, Argentina, 1967.

En este número hay trabajos de: Augusto Raúl Cortázar y Yolanda H. Buffa Peyrot.

CORMORÁN Y DELFÍN, Revista Internacional de Poesía, Director: Ariel Canzani D., Año 3, Núm. 12, junio, Argentina, 1967.

En este número hay trabajos de: A. Grove Day, Stefan Baciú, Genevieve Taggard, R. Tam, Jean Yamasaki, Lynn O'Connor, Cristóbal Garcés Larrea, Rafael Díaz Icaza, Agustín Vulgarín, César Dávila Torres, Carlos Eduardo Jaramillo, David Ledesma Vázquez, Euler Granda, Francisco Araujo Sánchez, Antonio Preciado, Ana María Iza, Luis Fernando Artieda M., Alvaro Yunque, Adriana Maro, Sigfrido Radaelli, Iverna Codina, Atilio Jorge Castelpoggi, Francisco Gandolfo, Elvira Amado, Teresa de Lewin, Alberto Blasi Brambilla, Felipe Reisin, Gustavo Ocampo, Sergio Sergi, A. A. Balán, Ariel Canzani D., Reynaldo Mariani, Isidoro Laufer, Ruy Rodríguez, Sergio Mulet, Mario Satz, Juan Cunha, Roque Daltón, Washington Delgado, Javier Heraud, Rocha Filho, Caupolicán Ovalles, Stella Leonardos, Bino Rebellato y Ugo Fasolo.

REVISTA DEL COLEGIO NACIONAL, Universidad Nacional de la Plata, Director: Adolfo Nicolás Barbano, Núm. 3, mayo, La Plata, Argentina, 1967.

En este número hay trabajos de: Angel R. Argenti, María Zulema Larrea, Alba Loedel, Nelly M. Placeres, María D. Buergo, Marcela Conort de Vázquez, María Elena Ferrando, Natalie N. Gambin de Lizzoli, Eithel Orbit Negri, Jorge Carlos Sica, Adolfo N. Barbano, Haydée Fernández de Penedetti, Sara García Durand, Ana María Ezquiaga de Arriaga, Enrique Francisco Lonné, Alberto Masaccesi, Enrique Pazziaia, Enriqueta Ribé, Ne-

jama de Sager, Raquel Sajón de Cuello, Carlos A. Repetto, Luis M. Canosa, Daniel H. Villulla, Jorge R. Falbo, Mariano Mendy, Aldo A. Oggero, Andrés R. Allende, Néstor A. Cipriano, Celia A. Freyre, Lido Lacopetti, Lía Noemí Uriarte Rebaudi, Mario West Ocampo, José Marotta y Humberto B. Vera.

ECO, Revista de la Cultura de Occidente, Redacción: Hernando Valencia Goelkel, Tomo XIV-6, Núm. 84, abril, Bogotá, Colombia, 1967.

En este número hay trabajos de: Stefan George, Heinrich Böll, Kurt Kusenberg, Antonio Avaria, Rudolf Köhler, Werner Conze, Fernando Charry Lara, Eduardo Camacho Guizado, Gretel Wernher, Carlos Bolívar, Günther Schütz y Hernando Valencia Goelkel.

ESPIRAL, Revista de Letras y Arte, Director: Clemente Airó, Núm. 102, junio, Bogotá, Colombia, 1967.

En este número hay trabajos de: Alfredo A. Roggiano, Hugh Fox, Parm Mayer, Charles Bukowski, Duane Locke, Lucila Fox, Jorge Carrera Andrade, Oscar Echeverri Mejía, Josefina Plá, Paulina Medeiros, Ariel Canzani D., Raúl Gustavo Aguirre, Miguel Arteche, Néstor Madrid Malo, Alfonso Bonilla Naar, Manuel Pacheco, Fernando Soto Aparicio y Julián Garavito.

RAZÓN Y FÁBULA, Revista Bimestral de la Universidad de los Andes, Director: Andrés Holguín, Núm. 1, mayo, Bogotá, Colombia, 1967.

En este número hay trabajos de: Danilo Cruz Vélez, José Ferrater Mora, Alberto Zum Felde, Carlos Patiño Roselli, G. Reichel-Dolmatoff, Stan Long, Eduardo Camacho Guizado, Dina Moscovici, Eutiquio Leal, María Fornaguera, Jorge Restrepo Trujillo, Abelardo Forero Benavides, Andrés Holguín, Luis Antonio Escobar, A. S., Eduardo Gómez, Gretel Wernher, Ricardo Camacho, Alfonso Hanssen, Antonio Caballero, Elena Iriarte de Londoño, J. G. Cobo-Borda y Gustavo Mejía.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, Directores: Lucrecio Jaramillo Vélez y Jorge Montoya Toro, Tomo XLIII, Núm. 164, enero-marzo, Medellín, Colombia, 1967.

En este número hay trabajos de: Alberto Saldarriaga V., Alfredo Correa Henao, Max Olaya Restrepo, Alfonso Méndez Plancarte, Breton Cambell, Horacio Franco, Humberto Jaramillo, Rigoberto Cordero y León, César Vaca, Nicolás Castellanos, Luis Cambor, José Ma. Rodríguez, Jorge Montoya Toro, Octavio Amortegui, Alberto Angel Montoya, Isabel Lleras de Ospina, José Vicente Cristancho, Jairo Cain, Andrés Holguín, Fernando Charry Lara, Emilia Ayarza de Herrera, Luis Zalamea, Alvaro Mutis, Lucía Vergara Díaz, Carlos Medellín, Homero Villamil Peralta, Carlos Obregón, Elvira Lascarro de Mendoza, Gabriel Ulloa, Anita Durán de Jones, Dora Castellanos, Francisco Romero Otero, Alberto Hoyos Gómez, Efraín Giraldo Vanegas y Gloria Inés Arias Nieto.

CASA DE LAS AMÉRICAS, Director: Roberto Fernández Retamar, Año VII, Núm. 43, julio-agosto, La Habana, Cuba, 1967.

En este número hay trabajos de: Cesare Luporini, Benjamín Page, Ana María López Day, Emilio Díaz Valcárcel, William Agudelo, Manuel Rojas, Thelma Nava, Jorge Edwards, Noé Jitrik, José Carlos Becerra, Manuel Díaz Martínez, Sergio Pitol, Pedro Pérez Sarduy, Reinaldo Arenas, Mario Benedetti, Rafael Humberto Gaviria, José Bianco, Manuel Rojas, Marcio Veloz Maggiolo, Angel Rama, Adelaida de Juan, Manuel Maldonado-Denis, Marcos Llanos, Guillermo Rodríguez Rivera, Reynaldo González, Augusto Roa Bastos y Carlos Fuentes.

CONJUNTO, Revista de teatro latinoamericano. Organó del Comité Permanente de los Festivales, Jefe de Redacción: Rine Leal, Año 2, Núm. 4, agosto-septiembre, La Habana, Cuba, 1967.

En este número hay trabajos de: Abelardo Estorino, Aimé Césaire, Gervasio G. Ruiz y Ernesto Fernández.

TEORÍA Y PRÁCTICA, Revista mensual editada por las Escuelas de Instrucción Revolucionaria del PCC, Director: Juan F. Meireles, Núm. 37, junio, La Habana, Cuba, 1967.

En este número hay trabajos de: Ramón Aja, Rafael del Valle, José Rodríguez, Arnaldo Silva y Pierre Macherey.

UNIÓN, Revista Trimestral de la Unión de Escritores de Cuba, Jefe de Redacción: Fayad Jamís, Año VI, Núm. 2, abril-junio, La Habana, Cuba, 1967.

En este número hay trabajos de: Ernesto Ché Guevara, Eliseo Diego, Marie Christine Lorient, Boris Vian, René Depestre, Roberto González Gómez, César Leante, Gustavo Eguren, Constantin Brancusi, Reynaldo González, Ángel Augier, Oscar Hurtado, Manuel Díaz Martínez, Belkis Cusa Malé, Enrique Lihn, César López, Blas de Otero, Virgilio Piñera, Miguel Collazo, Luis Marré, Cesare Pavese, Ángel Augier, Salvador Bueno, Almayda Catá, Hernán Loyola, Umberto Peña, Carmelo González, Chago, Gerardo Cantú, Héctor Villaverde, Salvador Corratgé, Raúl Martínez, E. N. C., Heberto Padilla y Elpidio Pacios.

BOLETÍN DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, Publicación mensual, Director: Enrique Bello, Núms. 71-72, noviembre-diciembre, Santiago, Chile, 1966.

En este número hay trabajos de: Werner von Braun, J. Bochenski, Manuel Barrera, Jorge Jobet, Adolf Portmann, Víctor E. Frankl, Hermann Schubennell, Alejandro Lipschutz, Alfredo Jadresić, Hugo Gunckel, G. Zampighi, P. Kittl, R. Alvarez, Miguel Castillo D., Sergio Harnecker, Ettore Rognoni, Heinrich Wigand Petzet, Bruno Walter, Günter Böhm, Adolfo Alvia y Jaime Quiroz.

INDOAMÉRICA, Nuevo pensamiento de un pueblo nuevo, Revista Cultural, Directores: Agustín Cueva y Fernando Tinajero V., Año III, Núms. 7-8, enero-mayo, Quito, Ecuador, 1967.

En este número hay trabajos de: Fernando Tinajero Villamar, Francisco Proaño Arandi, Egbert Espinosa, Agustín Cueva, Ulises Estrella y Simón Corral.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Revista mensual de Cultura Hispánica, Director: José Antonio Maravall, Vol. LXX, Núm. 210, junio, Madrid, España, 1967.

En este número hay trabajos de: Juan Antonio Gaya Nuño, Juan Luis Panero, Tomás Oguiza, José Antonio Gómez Marín, Emilio Sosa López,

José Alvarez Junco, Josefina Pla, Delfín Carbonell, Raúl Chávarri, Andrés Amorós Juan Carlos Curutchet Oswaldo López Chuhurra, Ricardo Domelech, Obdulia Guerrero, Fernando F. Sanz, Marina Mayoral, Manuel Revuelta, Julio E. Miranda, Nieves Hoyos, Alberto Gil Novales, Jaime de Echanove, Gallego, José Barbosa, Luz Caballero de González, Noé León, Heitor dos Prazeres, Cidiña, Jaime Saldívar, Mario González, Alfredo Spampinato, Ph. Latortue, José Torre Zapico, Ana Sokol, Joseph Kantor y Lucio Muñoz.

AMÉRICAS, Publicación mensual de la Unión Panamericana, Director: Guillermo de Zéndegui, Vol. 19, Núm. 9, septiembre, Washington, Estados Unidos, 1967.

En este número hay trabajos de: William Sanders, C. P. Idyll, H. Tracy Sturcken, Damián Carlos Bayón, José R. Castro, James Mechem, Roberto Estopinán, Gonzalo Arango, George Meek y Samuel Muschkin.

REVISTA HISPÁNICA MODERNA, Directores: Eugenio Florit y Susana Reondo de Feldman, Vol. XXXII, Núms. 3-4, julio-diciembre, Nueva York, Estados Unidos, 1966.

En este número hay trabajos de: Miguel Enguíanos, Emilio González López, Hugo Rodríguez-Alcalá, John Garganigo, Carlos Alberto Pérez, Alfredo Lozada, Julio Rodríguez Puértolas, Carlos Feal Deibe, Guillermo de Torre, Enrique Anderson Imbert y Pablo Neruda.

BULLETIN ANALYTIQUE DE DOCUMENTATION, Publicación mensual de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Director: Jean Meyriat, Año 22, Núm. 5, mayo, París, Francia, 1967.

MUNDO NUEVO, Revista mensual, Director: Emir Rodríguez Monegal, Núm. 15, septiembre, París, Francia, 1967.

En este número hay trabajos de: Raymond Aron, Max Aub, Daniel Moyano, Juan Cunha, Guillermo Sucre, Mario Maurín, Carlos Fossatti, Arrabal, Federico Gorbea, I. Iglesias, Elena de la Souchère, Vicente Barrcto,

Mario Alfonso Corneiro, Wanderley Guilherme dos Santos, Jean-Jacques Faust y Héctor Sapia.

COMUNIDAD IBÉRICA, Publicación bimestral, Director: Fidel Miró, Año V, Núms. 29-30, julio-octubre, México, D. F., 1967.

En este número hay trabajos de: Gregorio Gallego, Eugenio Relgis, Manuel Díaz Marta, José Peirats, Pedro Herrera, Adolfo Hernández, Diego A. de Santillán, Pedro Bargalló, Fidel Miró, José C. Valadés, Raimundo Jiménez, Griselda Alvarez, Ernesto Navarro, Solzhnitsyn, Juan M. Molina, Conrado Lizcano, Jaime R. Magrina, Juanel, Juan M. Molina, Josefa Rivas y Miguel Hernández.

DIÁLOGOS, Artes-Letras, Director: Ramón Xirau, Vol. 3, Núm. 5, septiembre-octubre, México, D. F., 1967.

En este número hay trabajos de: W. H. Auden, Víctor L. Urquidi, Jorge Edwards, Sara de Ibáñez, G. T. Warnock, Alberto Hoyos, Elena Poniatowska, José Matos Mar, Frida Kahlo, Ramón Xirau, Kooning, Josefina Zoraida Vázquez de Knauth, Margarita Peña y Genovés.

LA PALABRA Y EL HOMBRE, Publicación trimestral de la Universidad Veracruzana, Director: Sergio Pitol, II Epoca, Núm. 42, abril-junio, Xalapa, Veracruz, México, 1967.

En este número hay trabajos de: César Rodríguez Chicharro, Luis Carodoza y Aragón, Julio Cortázar, Mario Benedetti, Elvio Romero, Enriqueta Ochoa, Alejandro Aura, Velia Márquez, Víctor Manuel Alcaraz R., Juan García Ponce, José Bianco, Noé Jitrik, Baica Dávalos, James Willis Robb, Jerzy Andrzejewski, Demetrio Aguilera-Malta, Carmen Galindo, Mario Muñoz M., Francisco Pabón, Silvia Sigüenza S. y Roberto Williams García.

MEXICANA, Revista mensual educativa, Director: Abel López Llerenas, Núm. 25, septiembre, Colima, Colima, México, 1967.

En este número hay varios trabajos de autores anónimos.

PUNTO DE PARTIDA, Revista de los estudiantes universitarios, Director: Margo Glantz, Núm. 5, México, D. F., 1967.

En este número hay trabajos de: Manuel Radilla Ludwig, Víctor Romero, Miguel Angel Carbajal, Pedro Olea, Juan Ortuño Mora, José Nemorio, Vicente Guzmán, Jaime Goded, Alfonso Melo Añorve, Jesús Monjaraz Ruiz, Ignacio Otero, Mercedes Díaz, Gladys Vargas del Valle, Enrique Michel Santibáñez, Nemrac Ladiv, Margo Glantz, Jesús Flores Sevilla, Mónica Manzour, María Adeath de Azuz, Alejandro Reza, Nicolás Pérez R., Arturo García López, Alejandro Reza Laurrabaquio, Xavier Mendoza Maya, Luis González, Dalibor Soldatic, Luis Adolfo Domínguez, Jorge Pinto y Visnja Lukavac.

CAHIERS POLONAIS, Publicación de la República Popular de Polonia, Núm. 8, Varsovia, Polonia, 1967.

En este número hay trabajos de: Wladyslaw Gomulka y Josef Cyran-kiewicz.

REVISTA POLACA, Se edita en los idiomas: alemán, español, checo, francés, inglés y ruso, Núm. 28, agosto, Varsovia, Polonia, 1967.

En este número hay trabajos de: Zdzislaw Morawski, Henryk Galat, Hanna Frenkiel, Jerzy Wojciewski, Marian Podkowinski, Adam Kruz, Tadeusz Konwicki, Víctor M. Ferreras, Félix Pardo Ruiz, Jerzy Nowosad, J. A. Aragón, Z. Lengren y Carol Ferster.

GUAJANA, Director: Vicente Rodríguez Nietzsche, Segunda Epoca, Núm. 5, enero-marzo, Santurce, Puerto Rico, 1967.

En este número hay trabajos de: Thelma Nava, Guillermo Gutiérrez, Nimia Vicens, Juan Antonio Corretjer, Marina Arzola, José Manuel Torres Santiago, Andrés Castro Ríos, Edgardo López Ferrer, Wenceslao Serra Deliz, Marcos Rodríguez Frese, Vicente Rodríguez Nietzsche, Juan Ríos, Carlos R. Rivera y A. Maldonado.

RUMANIA, Documentos, artículos e informaciones de, Año XVIII, Núms. 13-14, agosto, Bucarest, Rumania, 1967.

En este número hay trabajos de: Ion Cernea, Mircea Deac y Alex. Rosu.

LITERATURA SOVIÉTICA, Organó mensual de la Unión de Escritores de la U.R.S.S., Director: V. Azháev, Núm. 8, agosto, Moscú, U.R.S.S., 1967.

En este número hay trabajos de: Alexéi Kápler, José Vento, Yuri Zhúkov, Isabel Vicente, Irina Velembóvskaia, Aurora Kantoróvskaia, Andréi Turkov, A. Tvardovski, Rafael Alberti, María Teresa León, Yuri Smolich, Alexandr Besimenski, Víctor Shklovski, V. Vicente Esteban, Mijáil Svietlov, Anna Obraztsova, Irina Akíмова, Víctor Popkov, Victorina Kríguer, Evgueni Ternovski, Gueorgui Stepánov, Galina Biélaia, Evgueni Serguéiev, Zoya Krajmálnikova y Boris Guerman.

TIEMPOS NUEVOS, Revista mensual, Núm. 37, julio, Moscú, U.R.S.S., 1967.

En este número hay trabajos de: Irina Trofíмова, Serguéi Dalin, Monika Warnenska, Mijaíl Kruglov, Juan Cobo, Yuri Tissoovski, Vitali Cherniavski, Vadim Kassís y Iordanski.

MARCHA, Periódico semanal, Responsable: Julio Castro, Núm. 1362, julio, Montevideo, Uruguay, 1967.

En este número hay trabajos de: Serandy Cabrera, Esteban F. Campal, Alfredo Castellanos, Milton Hourcade, Roberto Ibáñez, Antonio Larreta, Marcos Lijtenstein, Limay, Washington Lockhart, Carlos López Matteo, Lucien Mercier, Benjamín Nahum, Eduardo Payssé González, Carlos Real de Azúa, Mercedes Rein, Eusebio Rodríguez Gigena, Luis Romero Diano, Jorge Selavo, Blankito, Jorge Centurión, Yenia Dumnova, Fresar, Francisco Laurenzo, Mingo, Miyo, Carlos P. Pieri y Pedro Seoane.

REVISTA DE LA FACULTAD DE ARQUITECTURA, Universidad de la República, Director: Oscar Maggiolo, Núm. 7, diciembre, Montevideo, Uruguay, 1966.

En este número hay trabajos de: Jaime Carbonell, Bolt Beranek and Newman, Oscar Maggiolo, Juan Pablo Terra, H. Iglesias Chaves, Horacio

Martorcelli, E. Acosta Romeu, D. López Pongibove, J. C. Abella Trías, Alvarez Lenzi, Hugo Baracchini, Leopoldo C. Artucio, Eduardo Yepes, F. Villegas Berro, Aurelio Lucchini, Carlos Hareau, W. G., y T. M.

CULTURA UNIVERSITARIA, Revista de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, Director: José Ramón Medina, Vol. XCII, julio-septiembre, Caracas, Venezuela, 1966.

En este número hay trabajos de: J. M. Bianco, Juan David García Bacca, Jorge Zalamea, Julio Rosales, Alirio Díaz, Antonio Otero Seco, Reyna Rivas, Ramón de Garciasol, Clara Silva, César Dávila Andrade, Lucila Velázquez, Aníbal Castillo, Luis Felipe Bernaza, Margarita Aguirre, Alejandro Lasser, Antonio Pasquali, Julio F. Pagallo, J. R. Núñez Tenorio, Felipe Carrera, Rodolfo Quintero, Ismael Da Costa, R. A. Villarroel, Mario Lope-Bello, José Moreno C., J. F. Reyes Baena, Silvio Orta, Antonio Paiva Reinoso, Manuel Caballero, T. Perdomo, Sergio Alves Moreira, Ramón Palomares, Jean Aristeguieta, Eduardo Zambrano Colmenares, Rafael Cabello, A. A. B., Israel Peña y Antonio Lopetegui.

ZONA FRANCA, Revista de Literatura e ideas, publicación mensual, Director: Juan Liscano, Año III, Núm. 48, agosto, Caracas, Venezuela, 1967.

En este número hay trabajos de: Manuel Pedro González, Claudio Trobo, Gustavo Labarca, Max-Pol Fouchet, Omar Aramayo, R. Bueno, Helena Hosmann, Ada La Neire, Max Neira González, Gerardo García Rosales, Walter Márquez, Abel Rubio, José Luis Ayala, Alberto Valcárcel, Brunilda Joyce, Reynaldo Pérez, Félix Navarrete, Ciro Molina, Mauricio Fernández, Manuel Ruano, José Emilio Pacheco, Juan Bañuelos, Horacio Espinosa Altamirano, Eliseo Quiñones, Raúl Cáceres Carengo, Antonio Acosta, William Agudelo, Gonzalo Arango, Roberto Fernández Iglesias, Vladimiro Rivas Iturralde, Luis Buitraco Segura, L. T., Baica Dávalos, Juan Sánchez Peláez, Blasco Perkins y Angel Ramos Giugni.

Í N D I C E S

DE

CUADERNOS
AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 6 7

Año XXVI

Vols. CL al CLV

Nos. 1 al 6

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

	<i>Núm.</i>	<i>Pág.</i>
ANTONIO GARCÍA. Las clases medias y la frustración del Estado Representativo en América Latina	I	7
GILBERTO LOYO. Algunos problemas demográficos de México y América Latina	I	41
JAVIER RONDERO. La política de los Estados Unidos en la OEA y la convivencia americana	I	65
FRANCISCO JULIÃO. ¡Hasta el miércoles, Isabela!	II	7
ALFREDO S. DUQUE. Celebramos los veinticinco años de <i>Cuadernos Americanos</i>	II	57
ALONSO AGUILAR M. ¿Una OEA más fuerte o una América Latina más débil?	III	7
GUSTAVO DÍAZ ORDAZ. México en Punta del Este	III	27
MARIO MONTEFORTE TOLEDO. El II Congreso Latinoamericano de Escritores	III	32
JOHN SAXE-FERNÁNDEZ. El Consejo de Defensa Centroamericano y la Pax Americana	III	39
F. B. SCHICK. La libertad de empresa de los Estados Unidos de América del Norte y la guerra contra la pobreza	III	58
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA. El nacionalismo de los países oprimidos	III	74
MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. Cuba. Una revolución en marcha	IV	7
CARLOS M. RAMA. Pasado y presente de la religión en América Latina	IV	25
LUIS QUINTANILLA. Impresiones de un viaje a China	IV	44
RISIERI FRONDIZI. Paz y Justicia Social. Análisis de las causas de la guerra	V	7
CARLOS M. RAMA. Pasado y presente de la religión en América Latina. (Segunda Parte)	V	28
JAVIER RONDERO. El Conflicto Árabe-Israelí	V	37
MARÍA EMBEITA. En Torno a España. Una entrevista con el Prof. José Luis Aranguren	V	59
JAVIER RONDERO. La revolución negra en los Estados Unidos	VI	7

	<i>Núm.</i>	<i>Pág.</i>
C. ANDRES. Una carta de New York sobre la rebelión de los negros	VI	15
PABLO CONDE SALAZAR. El Salvador en 1967	VI	19
ANTONIO GARCÍA. Nacionalización y reforma agraria en América Latina	VI	30
LUIS E. VALCÁRCBL. Nuevas corrientes culturales en el Perú	VI	59
MANUEL DE LA ESCALERA. España 67. El Delito Doloso	VI	65

Notas

El Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, de Venezuela por DIEGO CÓRDOBA	II	61
La América Latina en la Unión Soviética, por OLGA P. FERRER	IV	60
Perfil del General Vicente Rojo, por RAÚL BOTELHO GOSÁLVEZ	IV	64
Los evangélicos contra el imperialismo, por OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO	VI	75

H O M B R E S D E N U E S T R O L I N A J E

JUAN MARICHAL. La Protesta Liberal de Manuel Azaña (1934-1939)	V	71
--	---	----

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Ensayos

ANTONIO CASTRO LEAL. El Pueblo de México espera. Estudio sobre la radio y la televisión	I	75
ELÍ DE GORTARI. Problemas de la investigación tecnológica	I	103
RICHARD STILLINGER. <i>Cuadernos Americanos</i> y el camino hacia la paz	I	114
RAÚL CARDIEL REYES. Benedetto Croce; historicismo y filosofía política	II	77
JUAN DAVID GARCÍA BACCA. Kierkegaard y la filosofía contemporánea española	II	94
JACOBO KOGAN. Filosofía y poesía en Heidegger y en Hegel	II	106
ENRIQUE BARBOZA. La filosofía de Benedetto Croce	III	91
JAIME TORRES BODET. Proust y la estética del sueño	IV	71

	Núm.	Pág.
JUAN CUATRECASAS. Sueño y Poesía	IV	85
FERNANDO CARMONA. Reflexiones sobre el desarrollo y la formación de clases sociales en México.	V	89
LEÓN PACHECO. Miguel de Unamuno y la agonía	V	120
JUAN CUATRECASAS. Antropología de la libertad	VI	91
ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Entre la razón y el mito	VI	109

Notas

Isidro Fabela, por FEDRO GUILLÉN	IV	106
--	----	-----

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

SEYMOUR B. LIEBMAN. Los judíos en la historia de México	I	145
R. OLIVAR BERTRAND. Conflictos de España en el Caribe juzgados por Estados Unidos (1860-1870)	I	157
MAURICIO DE LA SELVA. Algo más sobre Mariátegui	I	174
F. COSSÍO DEL POMAR. La extraordinaria cultura mochik	II	135
EDUARDO NOGUERA. La influencia del ambiente geográfico en las culturas prehispánicas	II	150
MANUEL TUÑÓN DE LARA. La obra del profesor Noël Salomón sobre los campesinos en las comedias de Lope de Vega	II	156
JESÚS SILVA HERZOG. La Constitución Mexicana de 1917	II	178
JUAN COMAS. ¿Son los amerindios un grupo biológicamente homogéneo?	III	117
MAURICIO MAGDALENO y BENJAMÍN CARRIÓN. Homenaje a Benito Juárez	III	126
MANUEL MALDONADO-DENIS. Vigencia de Martí en el Puerto Rico de hoy	III	131
FRANCISCO I. MADERO. Mis memorias	III	147
DICK EDGAR IBARRA GRASSO. Sobre la primitiva organización gentilicia	IV	119
JESÚS SILVA HERZOG. El Comercio de México durante la época colonial	IV	127
RICARDO DONOSO. La Polémica de 1912	IV	154
MIGUEL LEÓN PORTILLA. La institución de la familia náhuatl prehispánica. Un antecedente cultural	V	143
JESÚS SILVA HERZOG. Fray Servando Teresa de Mier	V	162

	Núm.	Pág.
JORGE L. TAMAYO. Las relaciones de México con los Estados Unidos durante la intervención francesa y el imperio	V	170
EDUARDO NOGUERA. El deporte entre los aztecas	VI	129
MANUEL SÁNCHEZ SARTO. El concepto de región	VI	134
ANTONIO VILANOVA. España, 1810	VI	150
WENCESLAO ROCES. En el centenario de <i>El capital</i>	VI	170

Notas

Netotiliztli o danzas de placer y regocijo, por SAMUEL MARTÍ	IV	171
--	----	-----

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Ensayos

ALFREDO CARDONA PEÑA. Recreo sobre la ciencia-ficción	I	189
RAÚ BOTELHO GOSÁLVEZ. El tiempo de fra Angélico.	I	196
FRANCISCO AYALA. <i>El Lazarillo</i> : nuevo examen de algunos aspectos	I	209
FLORENTINO M. TORNER. La crítica en crisis: el caso Shakespeare	I	236
ANDRÉS IDUARTE. Antirreeleccionismo	I	252
EMILIO ORIBE. Poemas	II	195
MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. Leopoldo Marechal y la novela fantástica	II	200
LOLÓ DE LA TORRIENTE. Landaluze: el pintor más cubano de su época	II	212
MARÍA J. EMBEITA. Tema y estructura en <i>Pedro Páramo</i>	II	218
HUGO RODRÍGUEZ-ALCALÁ. A los cuarenta años de <i>Don Segundo Sombra</i>	II	224
MAURICIO DOMÍNGUEZ T. El Otro rostro del amor	II	256
MARTHA STEFANÍA CABALLERO. Poemas	III	177
OTTO DE SOLA. Poemas	III	182
EDUARDO NEALE-SILVA. Rubén Darío y la escultura	III	187
PETER G. EARLE. <i>Camino oscuro</i> : la novela hispanoamericana contemporánea	III	204
SEGUNDO SERRANO PONCELA. Un estudio de <i>La regenta</i>	III	223
ASDRÚBAL SALSAMENDI. La esquila	III	242
CINTIO VITIER. El Hombre del Arco.	IV	177
RAÚL SILVA CASTRO. Reflexiones en torno a la definición del Modernismo	IV	181

	<i>Núm.</i>	<i>Pág.</i>
JOSÉ ANTONIO PORTUONDO. Corrientes literarias en Cuba . . .	IV	193
JORGE J. CRESPO DE LA SERNA. Arte y vida en el pintor mexicano Hermenegildo Bustos	IV	214
CHARLES HENRY MILLER. B. Traven y el "Problema Petrolero"	IV	225
LUIS LEAL. El realismo mágico en la literatura hispanoamericana	IV	230
MARLENE GOTTLIEB. La Guerra Civil Española en la poesía de Pablo Neruda y César Vallejo	V	189
ALEJANDRO PATERNAIN. Poesía y transfiguración de Roberto Ibáñez	V	201
FLORENCIO ESCARDÓ. Visión de América en una novela	V	223
PABLO GIL CASADO. La novela social en España	V	230
C. ENRIQUE PUPO-WALKER. <i>Los de abajo</i> y la pintura de Orozco. Un caso de correspondencias estéticas	V	237
MAX AUB. Los hijos	V	255
R. OLIVAR BERTAND. Menéndez y Pelayo. Ni leyenda negra, ni leyenda blanca	VI	189
DONALD K. GORDON. Juan Rulfo: Cuentista	VI	198
SOL ARGUEDAS. El Alcalde de Pátzcuaro	V	206

O P I N I O N E S

OPINIONES: De diferentes colaboradores de varios países: España, Italia, Estados Unidos y América Latina, con motivo de los 25 años de vida de la revista	I	261
---	---	-----

L I B R O S Y R E V I S T A S

MAURICIO DE LA SELVA. Libros, revistas y otras publicaciones	II	263
— . Libros, revistas y otras publicaciones	III	257
— . Libros, revistas y otras publicaciones	IV	239
— . Libros, revistas y otras publicaciones	V	261
— . Libros, revistas y otras publicaciones	VI	245

INDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

(Abrev.: N.T.: *Nuestro Tiempo*.—A. del P.: *Aventura del Pensamiento*.—P. del P.: *Presencia del Pasado*.—D.I.: *Dimensión Imaginaria*.—H. de N. L.: *Hombres de Nuestro Linaje*.—L. y R.: *Libros y Revistas*.—O.: *Opiniones*)

	<i>Núm.</i>	<i>Pág.</i>
AGUILAR MONTEVERDE, Alonso.—¿Una OEA más fuerte o una América Latina más débil? (N.T.)	III	7
ANDRES, C.—Una carta de New York sobre la rebelión de los negros. (N.T.)	VI	15
ARGUEDAS, Sol.—El alcalde de Pátzcuaro (D.I.)	VI	206
AUB, Max.—Los hijos (D.I.)	V	255
AYALA, Francisco.— <i>El Lazarillo</i> : nuevo examen de algunos aspectos (D.I.)	I	209
BARBOZA, Enrique.—La filosofía de Benedetto Croce. (A. del P.)	III	91
BOTELHO GOSÁLVEZ, Raúl.—El tiempo de fra Angélico. (D.I.)	I	196
——. Perfil del General Vicente Rojo (N.T.)	IV	64
CABAILLERO, Martha Stefania.—Poemas (D.I.)	III	177
CARDIBL REYES, Raúl.—Benedetto Croce; historicismo y filosofía política. (A. del P.)	II	77
CARDONA PEÑA, Alfredo.—Recreo sobre la ciencia-ficción. (D.I.)	I	189
CARMONA, Fernando.—Reflexiones sobre el desarrollo y la formación de las clases sociales en México. (A. del P.) . . .	V	89
CARRIÓN, Benjamín.—Homenaje a Benito Juárez. (P. del P.)	III	126
CASTRO LEAL, Antonio.—El pueblo de México espera. Estudio sobre la radio y la televisión. (A. del P.)	I	75
COMAS, Juan.—¿Son los amerindios un grupo biológicamente homogéneo? (P. del P.)	III	117
CONDE SALAZAR, Pablo.—El Salvador en 1967. (N.T.)	VI	19
CÓRDOBA, Diego.—El Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes de Venezuela. (N.T.)	II	61
COSSIO DEL POMAR, F.—La extraordinaria cultura mochik. (P. del P.)	II	135
CRESPO DE LA SERNA, Jorge J.—Arte y vida en el pintor mexicano Hermenegildo Bustos. (D.I.)	IV	214
CUATRECASAS, Juan.—Sueño y poesía. (A. del P.)	IV	85
——. Antropología de la libertad. (A. del P.)	VI	91

	Núm.	Pág.
DÍAZ ORDAZ, Gustavo.—México en Punta del Este. (N.T.) . . .	III	27
DOMÍNGUEZ T., Mauricio.—El otro rostro del amor. (D. I.) . . .	II	256
DONOSO, Ricardo.—La polémica de 1912. (P. del P.) . . .	IV	154
DUQUE, Alfredo S.—Celebramos los veinticinco años de <i>Cuadernos americanos</i> . (N.T.) . . .	II	57
EARLE, Peter G.— <i>Camino oscuro</i> : la novela hispanoamericana contemporánea. (D.I.) . . .	III	204
EMBEITA, María J.—Tema y estructura en <i>Pedro Páramo</i> . (D.I.)	II	218
— En Torno a España. Una entrevista con el Prof. José Luis Aranguren. (N.T.) . . .	V	59
ESCALERA, Manuel de la.—España 67. El Delito Doloso (N.T.)	VI	65
ESCARDÓ, Florencio.—Visión de América en una novela (D.I.)	V	223
FERNÁNDEZ SUÁREZ, Alvaro.—Entre la razón y el mito. (A. del P.) . . .	VI	109
FERRER, Olga P.—La América Latina en la Unión Soviética (N.T.) . . .	IV	60
FRONDIZI, Risieri.—Paz y Justicia Social. Análisis de las causas de la guerra (N.T.) . . .	V	7
GARCÍA, Antonio.—Las clases medias y la frustración del Estado Representativo en América Latina (N.T.) . . .	I	7
— Nacionalización y Reforma Agraria en América Latina (N.T.) . . .	VI	30
GARCÍA BACCA, Juan David.—Kierkegaard y la filosofía contemporánea española. (A. del P.) . . .	II	94
GIL CASADO, Pablo.—La novela social en España (D.I.) . . .	V	230
GONZÁLEZ, Manuel Pedro.—Leopoldo Marechal y la novela fantástica (D.I.) . . .	II	200
— Cuba. Una revolución en marcha (N.T.) . . .	IV	7
GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo.—El nacionalismo de los países oprimidos (N.T.) . . .	III	74
GORDON, Donald K.—Juan Rulfo: Cuentista (D.I.) . . .	VI	198
GORTARI, Elí de.—Problemas de la investigación tecnológica (A. del P.) . . .	I	103
GOTTLIEB, Marlene.—La Guerra Civil Española en la poesía de Pablo Neruda y César Vallejo (D.I.) . . .	V	189
GUILLÉN, Fedro.—Isidro Fabela (A. del P.) . . .	IV	106
IBARRA GRASSO, Dick Edgar.—Sobre la primitiva organización gentilicia (P. del P.) . . .	IV	119
IDUARTE, Andrés.—Antirreeleccionismo (D.I.) . . .	I	252
JULLÃO, Francisco.—¡Hasta el miércoles, Isabela! (N.T.) . . .	II	7
KOGAN, Jacobo.—Filosofía y poesía en Heidegger y en Hegel (A. del P.) . . .	II	106

	Núm.	Pág.
LEAL, Luis.—El realismo mágico en la literatura hispanoamericana (D.I.)	IV	230
LEÓN PORTILLA, Miguel.—La institución de la familia náhuatl prehispánica.—Un antecedente cultural (P. del P.)	V	143
LIEBMAN, Seymour B.—Los judíos en la historia de México (P. del P.)	I	145
LOYO, Gilberto.—Algunos problemas demográficos de México y América Latina (N.T.)	I	41
MADERO, Francisco I.—Mis memorias (P. del P.)	III	147
MAGDALENO, Mauricio.—Homenaje a Benito Juárez (P. del P.)	III	126
MALDONADO DENIS, Manuel.—Vigencia de Martí en el Puerto Rico de hoy (P. del P.)	III	131
MARICHAL, Juan.—La protesta liberal de Manuel Azaña (1934-1939) (H. de N. L.)	V	71
MARTÍ, Samuel.—Netotiliztli o danzas de placer y regocijo (P. del P.)	IV	171
MILLER, Charles Henry.—B. Traven y el "Problema Petrolero" (D.I.)	V	225
MONTEFORTE TOLEDO, Mario.—El II Congreso Latinoamericano de Escritores (N. T.)	III	32
NEALE SILVA, Eduardo.—Rubén Darío y la escultura (D.I.)	III	187
NOGUERA, Eduardo.—La influencia del ambiente geográfico en las culturas prehispánicas (P. del P.)	II	150
— El deporte entre los aztecas (P. del P.)	VI	129
OLIVAR BERTRAND, R.—Conflictos de España en el Caribe juzgados por Estados Unidos (1860-1870) (P. del P.)	I	157
— Menéndez y Pelayo. Ni leyenda negra, ni leyenda blanca (D.I.)	VI	189
OPINIONES.—De diferentes colaboradores de varios países: España, Italia, Estados Unidos y América Latina, con motivo de los 25 años de vida de la revista	I	261
ORIBE, Emilio.—Poemas (D.I.)	II	195
PACHECO, León.—Miguel de Unamuno y la Agonía (A. del P.)	V	120
PATERNAIN, Alejandro.—Poesía y transfiguración de Roberto Ibañez (D.I.)	V	201
PORTUONDO, José Antonio.—Corrientes literarias en Cuba (D.I.)	IV	193
PUPO-WALKER, C. Enrique.— <i>Los de abajo</i> y la pintura de Orozco: Un caso de correspondencias estéticas (D.I.)	V	237
QUINTANILLA, Luis.—Impresiones de un viaje a China (N.T.)	IV	44
RAMA, Carlos M.—Pasado y presente de la religión en América Latina. (N.T.)	IV	25

	Núm.	Pág.
— Pasado y presente de la religión en América Latina (Segunda Parte) (N.T.)	V	28
ROCES, Wenceslao.—En el centenario de <i>El capital</i> (P. del P.)	VI	170
RODRÍGUEZ-ALCALÁ, Hugo.—A los cuarenta años de <i>Don Segundo Sombra</i> (D.I.)	II	224
RODRÍGUEZ ARAUJO, Octavio.—Los evangélicos contra el imperialismo (N.T.)	VI	75
RONDERO, Javier.—La política de los Estados Unidos en la OEA y la convivencia americana. (N.T.)	I	65
— El Conflicto Arabe-Israelí (N.T.)	V	37
— La revolución negra en los Estados Unidos (N.T.)	VI	7
SALSAMENDI, Asdrúbal.—La esquila (D.I.)	III	242
SÁNCHEZ SARTO, Manuel.—El concepto de región (P. del P.)	VI	134
SAXE-FERNÁNDEZ, John.—El Consejo de Defensa Centroamericano y la Pax Americana (N.T.)	III	39
SCHICK, F. B.—La libertad de empresa de los Estados Unidos de América del Norte y la guerra contra la pobreza (N.T.)	III	58
SELVA, Mauricio de la.—Algo más sobre Mariátegui (P. del P.)	I	174
— Libros, revistas y otras publicaciones (L. y R.)	II	263
— Libros, revistas y otras publicaciones (L. y R.)	III	257
— Libros, revistas y otras publicaciones (L. y R.)	IV	239
— Libros, revistas y otras publicaciones (L. y R.)	V	261
— Libros, revistas y otras publicaciones (L. y R.)	VI	245
SERRANO PONCELA, Segundo.—Un estudio de <i>La regenta</i> (D.I.)	III	223
SILVA CASTRO, Raúl.—Reflexiones en torno a la definición del Modernismo (D.I.)	IV	181
SILVA HERZOG, Jesús.—La Constitución Mexicana de 1917 (P. del P.)	II	178
— El Comercio en México durante la época colonial (P. del P.)	IV	127
— Fray Servando Teresa de Mier (P. del P.)	V	162
SOLA, Otto de.—Poemas (D.I.)	III	182
STILLINGER, Richard.— <i>Cuadernos Americanos</i> y el camino hacia la paz (A. del P.)	I	114
TAMAYO, Jorge L.—Las relaciones de México con los Estados Unidos durante la intervención francesa y el imperio (P. del P.)	V	170
TORNER, Florentino M.—La crítica en crisis: el caso de Shakespeare (D.I.)	I	236
TORRES BODET, Jaime.—Proust y la estética del sueño (A. del P.)	IV	71
TORRIENTE, Loló de la.—Landaluze: el pintor más cubano de su época (D.I.)	II	212

	<i>Núm.</i>	<i>Pág.</i>
TUÑÓN DE LARA, Manuel.—La obra del profesor Noël Salomón sobre los campesinos en las comedias de Lope de Vega (P. del P.)	II	156
VALCÁRCEL, Luis E.—Nuevas corrientes culturales en el Perú (N.T.)	VI	59
VILANOVA, Antonio.—España, 1810 (P. del P.)	VI	150
VITIER, Cintio.—El hombre del Arco (D.I.)	IV	177

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTA REVISTA EL DIA 1° DE
NOVIEMBRE DE 1967 EN LOS
TALLERES DE EDITORIAL
CVLTVRA, T. G., S. A. DE
AV. REP. DE GUATEMALA
NUM. 96, DE LA CIUDAD DE
MEXICO, D. F., SIENDO SU
TIRO DE 1,750 EJEMPLARES.

Nº 780

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

ASOMANTE

Revista trimestral literaria, la edita la
ASOCIACION DE GRADUADAS DE LA UNIVERSIDAD
DE PUERTO RICO

Apartado 1142 San Juan, Puerto Rico 00902 Fundada en 1945

Directora: NILITA VIENTOS GASTON

Ha publicado números-homenaje a:

Cervantes, Goethe, Balsac, Salinas, Martí, Zono Gardá, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Palés Matos, Alfonso Reyes, Camus, Unamuno, García Lorca, José de Diego.

Núms. 1 y 2, 1967

(Homenaje a Rubén Darío):

Vigencia de Rubén Darío, Guillermo de Torre; Desde Rubén, **Raimundo Lida**; Rubén Darío, España y los españoles, **Ricardo Guillón**; Rubén Darío y la fuente, **Cecilia Zardoya**; Rubén Darío, novelista: "El hombre de oro", **Juan Loveluck**; Lectura de un poema de Rubén Darío. Reflexiones sobre la originalidad, **Bernardo Glewate**; García Lorca y Darío, **Daniel Devoto**; Rubén Darío y Rosalía de Castro, **Julietta Gómez Pasi**; Le preguntaron por los persas, **Roberto Fernández Retamar**; Itinerario estético de Rubén, **Gastón Figuera**; Con Azorín y otros dentro de Rubén Darío, **Jacinto Luis Guereña**; Rubén Darío y la lengua inglesa, **José A. Balseiro**; Darío y Bonafoux, **José Luis Cano**; Rubén Darío visto desde Italia, **Giuseppe Bellini**; Lo social en Rubén Darío, **Antonio Oliver Balmás**; Rubén Darío en Mallorca, **Antonio Fernández Molina**; Rubén Darío y el modernismo en Puerto Rico, **Jaime Luis Rodríguez Velásquez**.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 4.00
Otros países	4.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO

Secretario-Tesorero: SAÚL SIBIRSKY

Dirección: 1617 C. L., University of Pittsburgh, Pittsburgh 13,
Pennsylvania, U. S. A.

Suscripción anual:

U. S. A. y Europa, 6 dólares; América Latina, 2 dólares.

Han aparecido 60 números
(Véase *Índice*, publicado por la Unión Panamericana)

Solicite colección completa o números atrasados

*Una revista especializada en las letras de
Iberoamérica, que responde al lema:*

¡A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA!

REVISTA SUR

REVISTA BIMESTRAL

SUMARIO

RODOLFO FINKELSTEIN: León Shestov. **LEON SHESTOV:** Ciencia e investigación libre. **BAICA DAVALOS:** Asalto al Arca. **HOMERO ARIDJIS:** Perséfone. **ERNESTO MEJIA SANCHEZ:** Tres poemas terrenales. **JORGE BOSCH:** Blanchot o el esplendor del espacio literario. **MARTA ALVAREZ:** Poemas. **OSVALDO ROSSLER:** Poemas de infancia. **JAIME BARYLKO:** El mundo de S. J. Agnón.

CRONICAS Y NOTAS

El poder y un ensayista alemán, por Aldo Prior ● NOTAS BIBLIOGRAFICAS por Lucía de Sampietro, María Elena Lasala, David Lagmanovich, Pablo Capanna, Miguel E. Dolan, Alfredo E. Roland, Beatriz López Vargas y Mario A. Lancelotti ● TEATRO: Autor como individuo, autor como generación por Jorge Cruz ● NOTICIAS SOBRE LOS COLABORADORES ● PREMIO DE NOVELA "BIBLIOTECA BREVE", 1967 ● CONVOCATORIA EN HOMENAJE A LARRA DE "LA REVISTA DE OCCIDENTE".

302

SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1966
BUENOS AIRES

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.
Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

DOS LIBROS SENSACIONALES

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
El drama de la América Latina. El caso de México, por FERNANDO CARMONA	25.00	2.50
El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson, por ALONSO AGUILAR MONTEVERDE	10.00	1.00

De venta en las principales librerías

Distribuye:

“CUADERNOS AMERICANOS”

Avenida Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 975
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

(A partir de diciembre próximo nuestro teléfono será el 75-00-17)

Ediciones Ruedo ibérico

Horizonte español 1966

Primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico

Un libro indispensable para conocer la actual evolución política, económica y social de España

Sumario

Tomo I

1. Esteban Pinilla de las Heras. **España : una sociedad de diacronías.**
2. C.E.Q. García. **De la autarquía económica al Plan de Desarrollo.**
3. Equipo de jóvenes economistas. **Las 100 familias españolas.**
4. Pedro Marcos Santibañez. **La familia « F ».**
5. Xavier Flores. **La propiedad rural en España.**
6. Macrino Suárez. **Problemas de la agricultura española.**
7. Vicente Girbau. **La entrevista de Hendaya.**
8. Felipe Miera. **La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América.**
9. Ignacio Fernández de Castro. **La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias.**
10. P.B. **Significación religiosa, económica y política del Opus Dei.**
11. Luis Ramírez. **Visión actual de la guerra civil (encuesta).**

Tomo II

12. Enrique Fuentes. **La oposición antifranquista de 1939 a 1955.**
13. Xavier Flores. **El exilio y España.**
14. Jorge Semprun. **La oposición política en España : 1956-1966.**
15. Fernando Claudin. **Dos concepciones de « la vía española al socialismo ».**
16. Martín Zugasti. **El problema nacional vasco.**
17. Santiago Fernández. **El movimiento nacional en Galicia.**
18. Joan Roig. **Veinticinco años de movimiento nacional en Cataluña.**
19. Antonio Linares. **Las ideologías y el sistema de enseñanza en España.**
20. Antoliano Peña. **Veinticinco años de luchas estudiantiles.**
21. Angel Bernal. **Las paradojas del movimiento universitario.**
22. Antoliano Peña. **Las Hermandades de Labradores y su mundo.**
23. Iñaki Goitia. **El orden laboral y las Magistraturas del Trabajo.**
24. Jordi Blanc. **Las huelgas en el movimiento obrero español.**
25. Ramón Bulnes. **Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración.**
26. Blai Serratés. **Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español.**
27. Raúl Torras. **Problemas de la entrada de España en el Mercado Común.**
28. Angel Villanueva. **Causas y estructura de la emigración exterior.**
29. Ramón Aboy. **Españoles en Alemania.**
30. Juan Claridad. **Nueva realidad : nueva prensa.**

Ilustraciones de Católica, Genoves, César, Ges, Rojo y Vázquez de Sola.

Tomo I : 288 páginas, 6 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos 21,— F

Tomo II : 436 páginas, 10 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos 30,— F

Los dos tomos 51,— F

Para adquirir la obra completa al precio de 20 F, es necesario ser suscriptor de **Cuadernos de Ruedo ibérico**, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F reciben automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F pueden adquirir el suplemento previo de envío de un complemento de suscripción de 20 F.

5 rue Aubriot Paris 4

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Dls
RENDICION DE ESPIRITU (I) y (II), por Juan Larrea	20.00	2.00
LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez ..	20.00	2.00
ESTUDIOS SOBRE LITERATURA HISPANOAMERICANA, CLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (en tela)	20.00	2.00
SIGNO, por Honorato Ignacio Magallón	16.00	1.00
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe	25.00	2.00
LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	20.00	2.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña	20.00	2.00
NAYE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Álvarez Acosta	20.00	2.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Álvarez Acosta	25.00	2.50
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo ..	10.00	1.00
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Pm Fereidas ..	20.00	2.00
ACTO POETICO, por Germán Pardo García	20.00	2.00
U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García ..	20.00	2.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Casio del Pinar	20.00	2.00
OTRO MUNDO, por Luis Suárez	20.00	2.00
EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	8.00	0.80
POESIA RESISTE, por Lucía Velásquez	20.00	2.00
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	20.00	2.00
RAZON DE SER, por Juan Larrea	25.00	2.50
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alagía ..	12.00	1.20
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	40.00	4.00
ETERNIDAD DEL RUISEROR, por Germán Pardo García ..	20.00	2.00
ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdalena	10.00	1.00
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce ..	20.00	2.00
PACTO CON LOS ASTROS, galaxia y otros poemas, por Luis Sánchez Pontón	20.00	2.00
LA EXPOSICION. Divertimiento en tres actos, por Rodolfo Usigli	20.00	2.00
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por Frederic H. Young	20.00	2.00
HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA, por varios autores	20.00	2.00
TRAYECTORIA IDEOLOGICA DE LA REVOLUCION MEXICANA, por Jesús Silva Herzog	12.00	1.20
LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por Emilio Romero Espinosa	12.00	1.20
EL PUEBLO Y SU TIERRA. MITO Y REALIDAD DE LA REFORMA AGRARIA, por Molisés T. de la Peña	60.00	5.50
EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA. El caso de México, por Fernando Carmona	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por Mauricio de la Serna	15.00	1.50
GUATEMALA. PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLUCION, por Pedro Guillén	8.00	0.80
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Gerard Pierre-Charles	25.00	2.50
INQUIETUD SIN TREGUA, ensayos y articulos recogidos 1937-1965, por Jesús Silva Herzog	40.00	4.00
EL PANAMERICANISMO. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson, por Alonso Aguilar Monteverde	10.00	1.00
MARZO DE LABRIFICO, por José Tiquet	72.00	7.20
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por Lucila Leal de Arango	25.00	2.50

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

MEXICO	100.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	8.00
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	11.00

PRECIO DEL EJEMPLAR

MEXICO	20.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.15

Ejemplares atrezados, precio convencional

EL PENSAMIENTO
ECONOMICO, SOCIAL Y
POLITICO DE MEXICO

1810 - 1964

Un nuevo libro de
JESUS SILVA HERZOG

Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas

México, D. F.

1967

Desde hace varios lustros, Jesús Silva Herzog ha sido un estudioso de los problemas de México, particularmente de los de carácter económico. En 1947 dio a la luz pública un pequeño libro titulado "El Pensamiento Económico en México", primer intento de exploración sobre asunto tan importante para el estudio de las personalidades que han contribuido al conocimiento de la realidad mexicana. Hoy, después de cuatro años de leer total o parcialmente algo menos de 400 libros que se listan en la bibliografía, se publica esta obra que amplía considerablemente la anterior, no sólo en cuanto a las ideas económicas sino abarcando las de carácter social y político.

El Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas cree prestar un servicio de significación a los economistas, sociólogos e historiadores; y para poner al alcance del mayor número posible de lectores esta obra, no ha dudado en sacrificar utilidades en provecho de aquéllos. Al FIJAR EL PRECIO DEL EJEMPLAR EN \$ 70.00 DENTRO DEL PAIS Y DE 6.00 DOLARES EN EL EXTRANJERO. MUY POR DEBAJO DE LOS PRECIOS DEL MERCADO PARA EDICIONES SEMEJANTES. Además, el autor con igual propósito ha renunciado a percibir regalías por su laborioso trabajo.

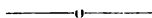
Ahora bien, en el libro de que se trata se estudian las ideas de las personalidades mexicanas que se indican a continuación:

DEL GRITO DE DOLORES AL PLAN DE AYUTLA: Hidalgo, Morelos, Teresa de Mier, Maldonado, García Salinas, Zavala, Mora, Oterq, Morales, Antuñano, Alamán, Ortiz, De la Rosa.

DE AYUTLA A TUXTEPEC: Arriaga, Vallarta, Castillo Velasco, Olvera, Juárez, Lerdo, Ocampo, Zarco, Ramírez, I., Prieto, Romero, Pimentel, Adorno.

DURANTE EL PORFIRISMO Y LOS REZAGADOS DEL PORFIRISMO: Sierra, Macedo, Casasús, Limantour, Díaz Dufóo, Martínez Sobral, Orozco, López Portillo, Ramírez, S., Bulnes, Calero, Rabasa, Esquivel Obregón, Vera Estañol.

LA EPOCA CONTEMPORANEA: Madero, Carranza, Molina Enríquez, González Roa, Alvarado, Pani, Nieto, Cabrera, Flores Magón, Bassols, Mendizábal, Gamio, Reyes, Fabela.



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Distribuye

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12. D. F.

Apartado Postal 965
México 1. D. F.

Tel.: 23-34-68

(A partir de diciembre próximo nuestro teléfono será 75-00-17)

Precios:

México	\$	70.00
Exterior	Dls.	6.00

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR

- Apuntes sobre evolución económica de México. 1927.
- Aspectos económicos de la Unión Soviética. 1930.
- El pensamiento socialista. 1937.
- El pensamiento económico en México. 1947.
- Meditaciones sobre México. 1948.
- El agrarismo mexicano y la reforma agraria. 1959.
- Breve historia de la Revolución Mexicana. 1960.
- Historia del pensamiento económico-social de la Antigüedad al siglo XVI. 1961.
- Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana. 1963.
- Antología del pensamiento económico-social. I. De Bodino a Proudhon. 1963.
- Historia de la expropiación de las empresas petroleras. 1964.
- Inquietud sin tregua. 1965.
- Mensaje a un joven economista mexicano. 1967.

N U E S T R O T I E M P O

- Javier Rondero* La Revolución negra en los Estados Unidos.
C. Andrés Una carta de New York sobre la rebelión de los negros.
Pablo Conde Salazar El Salvador en 1967.
Antonio García Nacionalización y reforma agraria en América Latina.
Luis E. Valcárcel Nuevas corrientes culturales en el Perú.
Manuel de la Escalera España 67.

Nota, por OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Juan Cuatrecasas* Antropología de la libertad.
Alvaro Fernández Suárez Entre la razón y el mito.

PRESENCIA DEL PASADO

- Eduardo Noguera* El deporte entre los aztecas
Manuel Sánchez Sarto El concepto de región.
Antonio Vilanova España, 1810.
Wenceslao Roces En el centenario de *El capital*

DIMENSIÓN IMAGINARIA

- R. Olivar Bertrand* Menéndez y Pelayo. Ni leyenda negra, ni leyenda blanca.
Donald K. Gordon Juan Rulfo; Cuentista.
Sol Arguedas El Alcalde de Pátzcuaro.

LIBROS Y REVISTAS

- Mauricio de la Selva* Libros, revistas y otras publicaciones.

INDICE GENERAL DEL AÑO DE 1967

Printed in Mexico